



**EUDISTAS**  
Provincia de Colombia

# HISTORIA DE LAS CONSTITUCIONES

TOMO IX

Centenario de la edición de Obras Completas

## LAS CONSTITUCIONES UN POCO DE HISTORIA<sup>1</sup>

Con la redacción hecha por asamblea general de 1983 y con su aprobación por las congregaciones romanas competentes, culmina una etapa de la historia de nuestras Constituciones. Se empezó en 1966 con la invitación hecha por la Iglesia del postconcilio a revisar los textos constitucionales de todas las comunidades y a ponerlos al ritmo de la historia y del mundo que nos ha tocado vivir. La prudencia de la misma Iglesia nos pidió un período de experimentación antes de llegar a algo definitivo. No podemos decir que los 14 años transcurridos entre 1969 y 1983 hayan sido cortos ni infecundos. Fruto de ello es la nueva ley que ahora tenemos entre manos.

Esta experiencia no ha dejado de causar inquietud. Se ha vivido un poco en lo provisional, se ha tenido la sensación de un vacío de legislación propia que ha llevado a pensar a algunos que su misma vinculación con *la pequeña Congregación* palidecía.

Pero por otra parte hemos vivido un momento intenso en la historia de nuestra comunidad. No es la primera vez que la Congregación revisa sus Constituciones. En varias ocasiones se ha detenido para mirarse a sí misma y para confrontarse con el Evangelio, con la Iglesia de la época, con el mundo al que es enviada; y de esa mirada y de esa

---

<sup>1</sup> A.A.V.V. (s.f.) Comentario de las Constituciones de los Eudistas. Bogotá: Centro Carismático "Minuto de Dios" Colección Eudistas No. 7

confrontación han surgido diversos textos de Constituciones. Esos procesos han tenido una cierta dialéctica histórica, han implicado pasado y futuro, han sido momentos de retomar la frescura de la fuente para reemprender el camino y avanzar hacia el porvenir.

1. San Juan Eudes no empezó por redactar Constituciones para la comunidad que fundaba en 1643. Comenzó por vivir con sus compañeros la experiencia de *ser comunidad-sacerdotal*. De seguro hubo reglamentos, horarios, encuentros de oración, de reflexión, conferencias sobre la espiritualidad que los animaba. Pero en ese tiempo prevaleció la vida sobre la institución. En 1645 presentó a la Asamblea del Clero de Francia una primera redacción de un *reglamento* bajo el título sugestivo de *Manera de vivir en el seminario*. Es ya un resultado de lo vivido en aquellos años.

En el mismo año de 1645 san Juan Eudes redactó, en latín, un texto del que se conserva el capítulo 2 en los Archivos nacionales de París. Lleva el título de *Statutorum Congregationis Jesu et Mariae*<sup>2</sup>.

2. 1648 es un año miliar en esta historia. Es el año de las *Reglas Latinas*. San Juan Eudes daba importancia capital a esta obra. Su contenido marcadamente teológico (principios de Vida cristiana y sacerdotal) no puede pasamos desapercibido. El representa dentro de nuestros textos fundamentales la Utopía, el llamado incesante a un ideal, la presentación de una vida a la que debemos tender

---

<sup>2</sup> Se puede leer en OC 12, 145-146

y que siempre nos sobrepasa. Y también es para recordar que San Juan Eudes hubiera empezado, incluso en el tiempo, por ese escrito fundamental.

3. En 1658 publica una obra empezada en 1652 y cuyo título completo es: *“Estatutos y Constituciones de la Congregación de Jesús y María”*. Es el texto primigenio de las Constituciones, aquel al que nos solemos referir como Constituciones de San Juan Eudes y está publicado íntegro en el tomo IX de las Obras Completas. Empieza con las Reglas Latinas y viene luego el texto constitucional que comprende unas 460 páginas. Encontramos en él la teología de la vida cristiana, de la vida de comunidad, de las virtudes en particular con una riqueza innegable; pensemos por ejemplo en los capítulos que se refieren a la caridad, a la virtud de religión, etc. Y al lado de esas páginas otras muchas en que el Santo entra en los detalles mínimos de la organización de una casa en su quehacer cotidiano. Por curiosidad se podría leer por ejemplo el oficio del encargado de la despensa (OC 9, 552-553).

San Juan Eudes debió trabajar cuidadosamente ese texto. En una carta escrita en 1657, un año antes, tiene frases que van a aparecer casi literalmente en las Constituciones (cf. OC 10, 417).

Esa obra recoge seguramente la experiencia de 15 años de congregación. Lo ya vivido a lo largo del año, de los meses, de los días. Los reglamentos, las costumbres, las enseñanzas. La comunidad cumple sus 15 años y San Juan Eudes se cuida bien de presentarla en Sociedad con su

identidad y sus propósitos.

Ese texto venerable no fue impreso y divulgado sino doscientos años después.

Se conservaba en Caen. De modo que cada miembro de la Congregación no tenía a la mano el texto constitucional. Era un texto de lejana referencia.

4. La necesidad de obtener la aprobación definitiva de la Congregación de parte de las autoridades hizo que en 1722 se redactara, y se publicara luego en 1725, un resumen de las Constituciones conocido como los 27 Artículos. Este texto se llamó "*Constituciones de la Congregación de Jesús y María*". Era el requisito para obtener del rey las Letras patentes, carta aprobatoria de la comunidad, firmada por el rey. De ese trabajo nos habla la asamblea general de 1725. ¿Qué repercusión tuvo en la vida misma de la comunidad? No sustituyó el texto de San Juan Eudes.

5. Desde 1693 se había pedido que se hiciera un compendio de las Constituciones. Sólo 76 años después (1769) se dio satisfacción a esta petición y apareció bajo el título *Abrégé des Constitutions* un escrito que jamás fue impreso y se conserva en los Archivos generales como manuscrito. Respondía al deseo de tener un libro pequeño, con las indicaciones prácticas más usuales, en lugar del texto largo de San Juan Eudes.

Como ejemplo puede servir el número 1 de estas

Constituciones. Muchas preocupaciones y trabajos nos cuestan en las redacciones recientes elaborar ese número liminar en el que quisiéramos condensar nuestra historia y nuestra identidad. En cambio, en aquel texto se lee: “*Se observará el silencio en los corredores y galerías en todo tiempo...*” Otros tiempos y otros problemas. Pero no olvidemos que estamos en 1769, a finales del siglo 18. Ya se sentían los pasos de la *Ilustración (Aufklärung)*. Eran los tiempos de la *Enciclopedia*. Ya figuraban *Voltaire, Diderot, D’Alembert*, y 20 años después vendría la Revolución Francesa. ¿Por qué no se percibió la gravedad del momento que se vivía? ¿Se pensó que el problema fundamental de la Congregación, se diría incluso de la Iglesia en ese momento, era el silencio de en los corredores y galerías? ¿No apareció entonces un cuestionamiento sobre la misión de la Iglesia y de la comunidad en ese contexto de Francia? Tal vez sea anacrónico pensarlo. Pero esto nos sugiere una pista: Las Constituciones de una comunidad no pueden dar la espalda al mundo en que se vive. Lo tuvo en cuenta el documento *Ecclesiae Sanctae*.

6. Pasada la Revolución y reconstituida la comunidad llegó el momento de pensar en obtener de Roma la aprobación definitiva para la obra de San Juan Eudes. El primer paso que debía darse era el de contar con unas Constituciones que pudieran ser presentadas a la Santa Sede. Para ese efecto la Asamblea General de 1862 aprobó un texto, bastante extenso, que seguía de lejos el de San Juan Eudes. Fue publicado en 1865, como “*ad*

*experimentum*” por diez años<sup>3</sup>. Ocho años más tarde, en 1873, una comisión, en la que tuvo mano fuerte el P. Angel Le Doré, sometió a revisión el trabajo de 1865. En el archivo general se conserva el ejemplar usado por el P. Le Doré, corregido minuciosamente, con largos extractos intercalados. El criterio que presidió esta revisión fue el de un “*retorno lo más completo posible*” a San Juan Eudes. Otra vez llega al corazón de la Congregación la nostalgia de la fuente, de la inspiración fundante.

7. Fue este texto el que se presentó a Roma para la aprobación de la Congregación. Recibió efectivamente dicha aprobación el 13 de agosto de 1874 y fue publicado en 1875<sup>4</sup>. Fue reeditado en 1899<sup>5</sup>. En esta edición se añadieron algunas decisiones de asambleas generales. En este de las Constituciones se formaron muchos de los eudistas que vinieron a las provincias de América. Ahí aprendieron a vivir como eudistas no pocos de los eudistas, franceses y colombianos, que aún laboran hoy en el quehacer de las provincias.

8. Vino el año de 1917, importante en la historia de la Iglesia del siglo veinte. Fue el año de la publicación del

---

<sup>3</sup> Edición de 1865. Rennes, Impr. Ch. Catel, pp. 462

<sup>4</sup> Edición de 1875. Redon, Impr. P. Chauvin, pp. 594

<sup>5</sup> Edición de 1899. Amiens, Impr. Piteux Frères, pp. VI y 566.

Este texto contiene, además de las Constituciones, lo siguiente:

- Extractos de las deliberaciones del Consejo de la Congregación.
- (A partir de pg. 534).
- Reglamento de nuestros seminarios y escolaticados.
- Modelos de procuración.
- Actas que deben firmar los Hermanos.
- Conclusión del Libro de Reglas y Constituciones (Texto primitivo del P. Eudes).

Código de Derecho Canónico. Quienes lo elaboraron pensaron que hacían obra que iba a durar siglos. De hecho, no iba a alcanzar los 50 años. El 26 de junio de 1918 apareció el decreto, subsiguiente a la publicación del nuevo código, por el cual se imponía a todas las comunidades revisar sus textos legislativos conforme a las normas del nuevo documento. Era una revisión de marcado carácter jurídico como era la mentalidad de la época.

La comunidad de los eudistas se puso a la obra. La asamblea general de 1921 nombró una comisión que se encargara de elaborar el nuevo texto de las Constituciones. La asamblea general de 1926 aprobó dicho trabajo que, con ligeras modificaciones, fue aprobado por Roma el 29 de junio 1928. Son las Constituciones de 1928 en las que fuimos formados muchos de los eudistas de hoy.

En comparación del texto de 1875, vigente hasta entonces, largo, cercano al de San Juan Eudes, el de 1928 era corto, casi esquelético; en él se redujeron al mínimo las consideraciones de orden teológico y espiritual; en cambio abundan las listas casi exhaustivas de “casos”, por ejemplo, quienes pueden entrar a la comunidad, quienes no; qué es lo válido y lo lícito en esos casos. El texto quedó reducido a un librito de 100 páginas 16º, frente al libro de Constituciones de 1899 de casi 500 páginas en 8º.

9. Bien pronto se dejó sentir la necesidad de tener un escrito de inspiración más espiritual. Mucho del patrimonio espiritual de San Juan Eudes había sido sacrificado en las Constituciones de 1928 en aras de lo jurídico ¿Cómo



recuperarlo? Vino la idea de un manual *complementario*, no concebido como Reglas Prácticas, sino como fuente de espiritualidad. En el noviciado de Francia se preparó un material para ser presentado a la asamblea general de 1930. Un novicio de la época, presente en la asamblea general de 1983, recordaba aún que en cuadernos que serían presentados a los miembros de la asamblea, se pegaron trozos selectos de las Constituciones de San Juan Eudes. La asamblea, reunida principalmente para dar un sucesor al P. Alberto Lucas, súbitamente fallecido, estudió ese trabajo y ordenó su publicación. Es el libro publicado en 1931 y que lleva por título: *“Règles complémentaires de la Congrégation de Jésus et Marie, approuvées par l'Assemblée générale de 1930”* (288 págs). Se tenía así lo jurídico en las Constituciones y lo teológico-espiritual en las Reglas Complementarias.

10. El paso del tiempo fue dejando sentir otra necesidad. La de unas Reglas prácticas propiamente dichas, distintas de las Constituciones. La asamblea general de 1953 se ocupó de esto. Pidió la publicación de un trabajo bajo el nombre de *“Directoire général de la Congrégation de Jésus et Marie”*, dividido en dos partes. En 1955 apareció la primera parte intitulada *“Règles pratiques, approuvées par l'Assemblée générale de 1953”*. Es un texto de 150 páginas que recoge y actualiza las normas prácticas de la Congregación y reúne algunos formularios de uso en ciertas circunstancias. La segunda parte debía tener un carácter más espiritual. Su publicación sólo se hizo en 1964. Su título

es “*Règles et Directoire spirituel de la Congrégation de Jésus et Marie*”. Es un texto de 400 págs. encabezado por las Reglas latinas en edición bilingüe. El resto es una selección afortunada de pasajes de San Juan Eudes tomados de las Constituciones primitivas. Estos dos libros debían reemplazar las Reglas complementarias de 1931.

11. Y llegó para la Iglesia lo que se venía gestando en ella desde un siglo atrás: una renovación. Juan XXIII le va a dar nombre de *aggiornamento*. Tuvo su instrumento primordial en el Concilio Vaticano II. Este movimiento de renovación trajo consigo, necesariamente, como ya en 1917, la actualización de todas las instituciones eclesiales, entre ellas las comunidades religiosas.

Una vez más la Congregación de los Eudistas se puso a la obra. Había criterios muy precisos en el decreto “*Ecclesiae Sanctae*”. Iluminada por esos principios la Congregación emprendió la tarea primero en las provincias: se recogieron las sugerencias hechas por la base. Una asamblea provincial (1968) recogió esas inquietudes e hizo un primer esbozo de Constituciones. Además, llegaron a Roma todas las proposiciones de las provincias. El P. Marcel Lebourg, recogió ese material e hizo una extraordinaria síntesis en un proyecto de texto que debía llegar a la asamblea general especial de 1969.

El trabajo de esta asamblea, íntegramente dedicado,

durante seis semanas, a la elaboración de unas Constituciones que al tiempo guardaran la inspiración eudista y respondieran a las exigencias del espíritu nuevo en la Iglesia, produjo el texto de 1969 publicado bajo el nombre de “*Constituciones y Reglas prácticas de la Comunidad de Jesús y María*”, publicado en español en 1970.

La reforma salida del Concilio Vaticano II fue en cierto modo la contrapartida de la de 1917. ¿Obedece ello a una ley de la historia que va oscilando de extremo a extremo? ¿Aquella marcada por el afán de lo jurídico, ésta nacida de un anhelo de mayor y más efectivo compromiso pastoral? A ejemplo de la Iglesia, las instituciones hicieron una doble revisión: una mirada al interior de sí mismas que se preguntaba por la identidad original, y una mirada al mundo que cuestionaba los caminos seguidos en la misión evangelizadora. De ahí resultó un texto de Constituciones de marcado acento pastoral, con anhelo de regreso explícito al Evangelio, con una afirmación clara de la vocación misionera, con una búsqueda de la auténtica raíz eudista. El nuevo trabajo se presentaba como inverso al de 1928. En la primera parte, llamado Constituciones, venía el aliento espiritual, la inspiración utópica, y en la segunda parte los elementos prácticos y jurídicos.

11. Las Constituciones de 1969 estaban marcadas por lo provisional. La Iglesia quería que fueran *ad experimentum*. Debía venir el momento de presentar un modelo

constitucional de carácter definitivo. La historia de los pasos dados para lograr ese objetivo es reciente y de todos conocida. El año de 1983 quedará marcado en los anales de la Congregación como el año de las Constituciones nacidas de la renovación de la Iglesia. No es el momento de hacer un análisis de ellas. Solo quedaría por recordar que un texto de Constituciones no puede equipararse sin más a una serie de reglamentaciones, Por traducir el Evangelio será ciertamente una norma de vida, pero igualmente será un llamado a una forma de vida y a una acción que nos sobrepasará siempre. Es una guía practicable pero no agotable. Esa es su necesaria utopía.

12. ¿Qué seguirá? Se ha afirmado en estas notas que se trata de un texto definitivo. ¿Será posible? Este relato nos dice que en la corta historia de nuestra Congregación hemos tenido 12 pasos de evolución en la expresión de nuestras Constituciones. La historia misma se ha encargado de exigir a la comunidad estas revisiones sucesivas. El fenómeno de la aceleración de la historia, anotado en el Concilio Vaticano II como uno de los signos de nuestros tiempos (GS 5) hará que en tiempo quizás breve nos veamos abocados a nuevas situaciones que nos exigirán repensarnos, junto con la Iglesia, y expresar de nuevo nuestra voluntad de servicio al Reino de Dios y las formas como entenderemos ese servicio. *¿Serán otros tiempos y otros hombres?* Puede ser, pero será siempre la misma pequeña Congregación animada del espíritu de San Juan Eudes que se esforzará por guardar la doble fidelidad que la

debe caracterizar: fiel al pasado, al Evangelio, a su inspiración original, y fiel al presente que le toque vivir, al cual estará siempre enviada para la misión de la Iglesia que es evangelizar.

***P. Álvaro Torres Fajardo CJM.***

**Nota.** Releo este texto que es el resultado de una presentación de la historia de las Constituciones que se me pidió hacer, de un día para otro, durante la asamblea general de 1983. En julio de 2015 me pregunto si el espíritu nuevo que ha traído a la Iglesia el servicio del papa Francisco pudiera provocar una nueva revisión del texto constitucional. Hay urgencias nuevas y un estilo de vida y de servicio de la misión que tienen la antigüedad y la novedad perpetuas del evangelio. En este nuevo contexto san Juan Eudes tiene una actualidad que debe inspirarnos y comprometernos. Álvaro Torres Fajardo. Valmaría, julio 3 de 2015.



**EUDISTAS**  
Provincia de Colombia

# LAS REGLAS LATINAS

TOMO IX

Centenario de la edición de Obras Completas

## LAS REGLAS LATINAS

Se conoce con este nombre un texto escrito por san Juan Eudes hacia 1644 y 1645. La Congregación de Jesús y María estaba recién fundada y todavía no tenía texto de Constituciones. Se usaba entonces entre los religiosos que al texto de Constituciones propiamente dichas precediera una **Regla** que sirviera de inspiración a ese texto en buena parte muy jurídico y muy dedicado a los detalles prácticos de la vida personal y comunitaria. Eran conocidas las Reglas de san Agustín, de san Basilio y de san Benito.

San Juan Eudes no se propuso fundar una congregación estrictamente encasillada en el cuadro de los religiosos. Para él los miembros de su congregación eran sacerdotes muy conscientes de sus compromisos bautismales y sacerdotales. No había por tanto que darles una de las Reglas apropiadas para los religiosos.

Pensó entonces en escribir él mismo una Regla que fundamentara la vida cristiana a partir del bautismo, que sustentara la vida sacerdotal y que fuera inspiración de la vida comunitaria. Y qué mejor que ponerla en labios del mismo Señor Jesús y de la misma Virgen María a quienes él consideraba como los verdaderos fundadores de la congregación.

¿Cómo hacerlo? Lo más indicado era tomar el texto de la Biblia, ordenarlo por temas fundamentales y proponerlo como Regla de vida. Conocedor como pocos en su época de la Palabra de Dios dedicó tiempos largos de su vida a seleccionar los textos, a unirlos entre sí, de modo que se hiciera una lectura continua. Para ello se

permitió algunas licencias gramaticales, como el cambio de tercera persona a segunda persona, sin alterar en lo mínimo el sentido de la Escritura. Como usó el texto latino de la Vulgata y sabedor de que todos los miembros de la congregación lo entendían hizo la publicación original en latin. El resultado es un texto inspirador, apropiado para la lectura y la meditación, que ha sido traducido a varias lenguas, en múltiples ediciones.

La primera parte se llama ***La Regla del Señor Jesús***. El primer capítulo presenta los fundamentos de la congregación: la gracia divina, la cruz del Señor, la divina voluntad y la devoción especial a Jesús y María. Luego en los capítulos segundo y tercero desarrolla la vida cristiana como compromiso bautismal de renuncia y seguimiento del Señor. El capítulo cuarto está reservado para los deberes de los miembros de la congregación en su condición de sacerdotes.

La segunda parte se llama ***La Regla de María santísima, virgen y madre de Dios***. En quince capítulos presenta las virtudes que deben enriquecer la vida del eudista, en especial las llamadas virtudes comunitarias.

Inútil ponderar la riqueza de ese texto. Contiene un total de 637 citas de la Biblia, entretajadas entre sí, de modo que se pueda leer con facilidad y sentido. Del Antiguo Testamento hay 246 citas y 391 del Nuevo Testamento, 106 tomadas de los evangelios y 204 de san Pablo. Casi todos los libros de la Biblia están citados en este corto texto, de unas 70 páginas, cuyo mérito fundamental es cimentar la vida cristiana y sacerdotal. Es aconsejable a todos los cristianos, clérigos y laicos,



hombres y mujeres. Estas Reglas no son exclusivas de los eudistas sino que son patrimonio de todos los cristianos.

***Álvaro Torres Fajardo, CJM.***



**EUDISTAS**  
Provincia de Colombia

# REGLAS Y CONSTITUCIONES

TOMO IX

Centenario de la edición de Obras Completas

**REGLAS Y CONSTITUCIONES DE LA CONGREGACIÓN  
DE JESÚS Y MARÍA  
(Obras Completas. Tomo IX. Ed.1909)**

**INTRODUCCIÓN**

San Juan Eudes entró al Oratorio a la edad de 21 años, el 25 de marzo de 1623; se formó en la vida interior y en el apostolado bajo la dirección digna y fuerte de los Padres de Bérulle y de Condren; ya ordenado sacerdote fue enviado al Oratorio de Caen y dedicado a la obra de las misiones.

Desde el principio obtuvo éxitos prodigiosos, pero los resultados de esas misiones no eran durables porque no había pastores virtuosos y celosos que los perpetuaran. El santo se lamentaba de ello.

Cuando veía los pueblos movidos por la gracia y dispuestos a perseverar, decía a sus cohermanos:” Mirad estas pobres gentes con excelentes disposiciones; pero ¿qué se puede esperar bajo la conducción de tales pastores? ¿No es una gran tristeza que olviden pronto las grandes verdades que los han conmovido durante la misión y recaigan en sus anteriores desórdenes?

El mal venía de la ignorancia y de la corrupción del clero. El santo trató de remediarlos por medio de conferencias a los sacerdotes durante las misiones. Comenzó en 1641 en Remilly y

luego nunca dejó de hacerlo. Reunía a los sacerdotes de la región, una o dos veces por semana y les hablaba de la dignidad del sacerdocio y de la santidad que exige y de los medios para cumplir dignamente sus ministerios.

Estas conferencias eran muy concurridas y hacían un bien inmenso a los sacerdotes. Por desgracia, cuando el misionero partía, la mayor parte recalaban en su abandono y en sus desórdenes. El remedio era insuficiente. El único medio de tener buenos sacerdotes era formarlos nuevamente, tratando de llegar a los ordenandos y preparándolos cuidadosamente para recibir las sagradas órdenes.

Para esto, San Vicente de Paul estableció en Paris y en otras partes los “ejercicios de los ordenandos”. El P. Eudes comprendía su importancia y hubiera querido verlos en todas las diócesis. Pero estos ejercicios por sí solos no le parecían suficientes. Semejantes a lluvias de tempestad, producían sin duda grandes efectos, pero su duración era efímera.

Faltaba una formación más lenta y continua que sólo se conseguiría reuniendo los ordenandos, durante un tiempo más considerable en los seminarios, donde se los formaría con buen tiempo en el espíritu y virtudes de su estado.

El P. Eudes pensaba que, si la obra era difícil, no era imposible intentó su realización en el Oratorio de Caen, del que era Superior y creyó que se le autorizaría con tanto más gusto, por cuanto éste era uno de los fines del P. de Bérulle al fundar su Congregación.

Fue una decepción para las esperanzas del santo. Le rehusaron autorización que solicitaba y tuvo el dolor de ver que los cohermanos con cuyo apoyo contaba para su empresa se mostraron totalmente desfavorables. El Oratorio no debía tener el honor de establecer en Francia la obra de los Seminarios.

Iluminado sin duda por luces sobrenaturales, el P. de Condren parece haberlo reconocido, pues, mientras el P. Eudes pensaba fundar un seminario en Caen, él confiaba al P. Bourgoing la conducción del Oratorio y consagraba sus últimos años a formar algunos sacerdotes de élite que él destinaba también al establecimiento de seminario y que efectivamente no tardaron en fundar el seminario y sociedad de San Sulpicio.

Algunos años después de la muerte del P. de Condren, la reforma del clero, tan ardientemente soñada por los padres de Bérulle y de Condren se cumplía en gran número de diócesis.

El Oratorio no fue extraño a este movimiento. Mientras permanece fiel a sus primeras tradiciones, fue un modelo vivo de la verdadera disciplina eclesiástica; pero, luego, demasiado preocupado por la dirección de los colegios, escollo fatal contra el que debió estrellarse bien pronto, a pesar de las precauciones de \*4 fundador, sólo pudo secundar de lejos el movimiento de restauración tan enérgicamente emprendido por la sociedad de San Sulpicio y tal visiblemente bendecida por Dios. (Perraud, "El Oratorio Francia", p.203).

El P. Eudes se convenció más y más de que la gran necesidad de la Iglesia era la regeneración del clero y de que la fundación

seminarios era el único medio de alcanzarla.

El Oratorio rehusaba encargarse de ellos y por esto le vino la idea de retirarse de esa Congregación y fundar una nueva, que recogieron el pensamiento del P. de Bérulle y la pusiera en ejecución.

Reflexioné en ello largamente y para asegurarse de que proyectos estaban conformes a la voluntad divina, los sometió numerosas personas cuya sabiduría y experiencia conocía.

Tranquilizado y animado por ellos, abandonó el Oratorio el 24 de marzo de 1643 y al otro día fundaba en Caen la Congregación de Jesús y María.

La nueva Congregación fue largo tiempo el blanco de la oposición más encarnizada, pero a pesar de todo, terminó por prosperar 1 cuando el santo murió en 1680, había logrado fundar seminarios en Caen (1643), en Coutances (1650), en Rennes (1653), en Rouen (1658), en Evreux (1667) y en Rennes (1670).

Tal fue el origen de la Congregación de Jesús y Maria.

## I COMPOSICIÓN E HISTORIA DE LAS “REGLAS Y CONSTITUCIONES”

El P. Eudes, cuando fundó su Congregación, no tenía reglas para darle y, además, no eran necesarias. Los primeros discípulos del santo habían sido escogidos entre los sacerdotes auxiliares que lo acompañaban en sus misiones. Conocían las disciplinas y las costumbres del Oratorio. Con esto se conformó al principio, esperando que la experiencia aconsejara los cambios convenientes.

Desde 1.645, el P. Eudes redactó el primer proyecto de Constituciones, incitado por Monseñor Cospéan, obispo de Rennes, que lo consideraba indispensable para poder registrar en el Parlamento de Ruan las patentes que autorizaban el establecimiento de la Congregación. (Costil, Anales 1, p. 124; Martine-Lecointe, Vida del P. Eudes I, p. 177-17).

El santo se puso a la obra y pronto sometió su proyecto de Constituciones a Monseñor Cospéan. Era sólo un compendio en veinticuatro capítulos, pero en él el fundador señalaba lo que consideraba esencial en la organización de la Congregación. Antes de la Revolución se conservaban en Caen dos ejemplares de este compendio, uno en francés, escrito totalmente a mano por el P. Eudes y titulado:

“Constitutions de la Congrégation de Jésus et Marie”; otro en latín corregido por el santo y cuyo título era: “*Statuta Congregationis Jesu et Mariae*”.

Según el P. Costil, el contenido de los diversos capítulos era el siguiente: El 1° La Congregación. El 2°, La sumisión perfecta a la Santa Sede, donde se ve un proyecto de deseo de sostener su autoridad, no en las cosas dudosas, como han querido imputarle al P. Eudes al fin de sus años, sino sólo de defenderla de los herejes, cismáticos e impíos, lo que es deber de todos los católicos.

En la redacción definitiva, este capítulo se reemplazó por otro que trata de la dependencia de la Congregación respecto a los obispos. No es que el criterio del P. Eudes hubiera cambiado. Todos los documentos pertinentes a la fundación de la Congregación muestran que el santo quiso siempre ponerla bajo la dependencia de los obispos. Además, la autoridad de éstos está subordinada al Soberano Pontífice, y todos los católicos deben estar sometidos a la una y a la otra.

El santo dice en sus constituciones definitivas: “Como la Congregación quiere permanecer perpetuamente en la jerarquía establecida en la Iglesia por el Espíritu Santo, también, además del honor, el respeto y la obediencia que debe a nuestro Santo Padre el Papa, como al Soberano Pontífice y Vicario de Jesucristo en la tierra, quiere vivir inviolablemente bajo la dependencia de los ilustrísimos y Reverendísimos Señores Obispos.”

El texto antiguo con el proyecto de voto que encierra, recuerda un poco el voto que hacen los profesos de la Compañía de Jesús, de ponerse a disposición del Soberano Pontífice para ir donde quiera enviarlos.



Es posible también que, por este voto, el P. Eudes haya querido proteger a sus hijos de los errores de Vigor, de Richer y sus discípulos.

El 3° trata de los fines de la Congregación.

El 4°, 5° y 6°, de lo que debe hacerse cada día, etc.

El 7°, de lo que se debe enseñar en el Seminario.

El 8°, de los deberes de los seminaristas ú ordenandos.

El 9°, del gobierno de la Congregación.

El 10°, de la elección del Superior General.

El 11°, de su poder en la Congregación.

El 1°, del poder que ésta tiene sobre él.

El 13°, de la visita anual.

El 14°, de la recepción o expulsión de los miembros de la Congregación.

El 15° y el 16°, de la caridad.

El 17°, de la humildad.

El 18°, de la obediencia.

El 19°, de la pobreza.

El 20°, de las cosas temporales. (Costil, Anales I. p. 124).

Monseñor Cospéan se mostró muy satisfecho de estos estatutos y escribió a Monseñor D'Angennes, obispo de Bayeux para pedirle que los aprobara.

“No encuentro dificultad alguna. Estoy seguro que al leerlos, los aprobará. No chocan a nadie; son las máximas de la antigua Iglesia, que los Parlamentos honran y desean ver practicar. En una palabra, suscitan mucho bien y ningún mal”. (Carta de Sep.13. Anales, p. 125).

Al decir del P. Costil<sup>1</sup> y del P. Martine<sup>2</sup>, hacia esta época fueron compuestas las dos Reglas tituladas: Regula Domini Jesu y Regula SS. Virginis Mariae, que más tarde puso el santo al principio de las Constituciones.

En 1.647, M. Mannoury, discípulo de San Juan Eudes, viajó por segunda vez a Roma para tratar de obtener la aprobación de la Congregación por la Santa Sede. Entre otros documentos, llevó una copia de las Reglas y Constituciones y las presentó al Cardenal Capponi, Prefecto de Propaganda, quien leyó entusiasmado casi la mitad, el corazón le saltaba de alegría al ver nuestro propósito y los estatutos de la Sagrada Escritura<sup>3</sup>.

A veces se detenía y me decía su opinión sobre los pasajes. Me obligó a dejárselas y luego de alabar nuestro Instituto, agregó: *“O utinam essent in omnibus civitatibus ejusmodi Seminaria!”*

---

<sup>1</sup> Costil, 1, C.

<sup>2</sup> Martine, 1, p. 177.

<sup>3</sup> Se trata de la Regla de N.S. y la de la Santísima. Virgen, las únicas sacadas de la San Escritura.

(¡Ojalá hubiese en todas las ciudades esta clase de seminarios!  
Carta citada por Costil, Anales 1, p. 150)

Parece que las Reglas estaban terminadas desde esta época, no así las Constituciones. La redacción de 1.645 sólo era un bosquejo. El P. Eudes no cesaba de trabajar para terminarlas; para ello, con frecuencia le quitaba algunas horas al descanso de la noche (Martine, I, p.343). Ya en 1.652 se dedicó a poner en orden los materiales que había reunido y en esta época dividió las Constituciones en doce partes y les dio su forma definitiva. (Martine, I, c. El P. Costil remite a 1654 la composición de las Constituciones, Anales, p.208).

El P. Martine nos ha conservado preciosos detalles de cómo redactó su obra el piadoso autor. Nos dice “El P. Eudes no se contentaba con sopesar las cosas en la balanza del buen sentido, sino que oraba mucho y consultaba a Dios cada artículo, con gran pureza de intención, buscando sólo conocer su santa voluntad.

Considerando su Congregación como propiedad de Jesús y María, trataba de ordenar todo conforme a su espíritu y lo que ellos mismos hubieran establecido y regulado si hubieran estado presentes en su casa.

Después de escribir sus Constituciones, aunque aún no les había dado la última mano, las depositó en las gradas del altar, como para presentarlas a Nuestro Señor y a su santa Madre, suplicándoles que, si eran convenientes a su Congregación, les pusieran el sello de su aprobación y concedieran a todos los

miembros de su comunidad las gracias necesarias para observarlas". (Martine, I, p. 343-344).

En las Constituciones de 1.652 no se trató de los colegios. El P. Eudes no estaba de acuerdo con que la Congregación se encargara de ellos. Sin embargo, un día se vio en la necesidad de aceptar el de Rennes, cuya dirección, al mismo tiempo que la del Seminario, le ofreció Monseñor de Matignon, en 1.653.

Esta fue para él la ocasión de componer nuevos reglamentos que completó en 1.658 cuando se decidió a recibir huéspedes en el colegio de Rennes, reglamentos que fueron incorporados a las Constituciones, de las que formaron la novena parte. En fecha que desconocemos, el santo le agregó un capítulo sobre las parroquias.

Así se completó, hacia 1.658, la composición de las Reglas y Constituciones. Parece que en adelante el santo aprovechó todas las ocasiones para perfeccionar su obra, pero creemos que no hubo más adiciones ni cambios notables.

Terminado su trabajo, el P. Eudes ordenó a su secretario, M. Dufour una copia que él mismo revisó y corrigió cuidadosamente. Este precioso manuscrito se conserva en los archivos de la Congregación. Es un grueso volumen en 42, de 493 hojas numeradas, lo que da un total de 986 páginas. Se hizo encuadernar en 1.726 teniendo cuidado de no estrechar el margen para conservarla en su integridad.

(Al fin del volumen se encuentra el compendio de las Constituciones en 27 artículos escrito por el P. Costil, ordenado por la Asamblea general de 1.722 para obtener nuevas Patentes en favor de la Congregación).

El P. Costil nos enseña estos detalles en una nota que puso al principio del manuscrito.

(Nota del P. Costil: “Original de las Reglas y Constituciones de la Congregación de Jesús y María, escritas de puño y letra de M. Dufour por orden del R. P. Juan Eudes, fundador de la misma Congregación y revisadas por él mismo, según parece por las adiciones y correcciones que hay insertas de su propia mano. Encuadernadas en 1.726 con el cuidado de no cortar márgenes, para evitar el menor cambio”).

Sólo en 1725, la Asamblea general decidió la impresión de las Reglas y Constituciones, costeadas por la Congregación y se distribuyeron copias “exactas y coleccionables” a las diversas casas del Instituto.

El P. Costil verificó una de esas copias y notó algunas adiciones y correcciones del original hechas por M. Blouet de Camilly, sucesor del P. Eudes. Señaló el hecho a la Asamblea general de 1.727. Los comisarios nombrados reconocieron la exactitud.

Por unanimidad la Asamblea decidió que se concediera a las adiciones de M. Blouet la misma fuerza que al texto del Fundador y que se cumplieran como el resto de las Constituciones, pero prohibió hacer en el futuro adición o

corrección alguna sin la autorización expresa de una Asamblea general.

Debemos agregar que las adiciones de M. Blouet son pocas y de mínima importancia y fáciles de reconocer aún ahora, en el original y las haremos notar.

El P. Eudes había sometido las Reglas y Constituciones a la aprobación de los obispos que habían llamado la Congregación a sus diócesis. El P. Costil nos ha conservado la carta de aprobación de Monseñor Auvry, obispo de Coutances. Veamos el texto:

“Claudio Auvry, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica obispo de Coutances, consejero ordinario del Rey, tesorero de la Santa Capilla real del Palacio en París etc.

“Vistas y consideradas por Nos las Constituciones contenidas en este libro, dividido en 13 partes y orientadas al gobierno y dirección de los Sacerdotes Misioneros de la Congregación de los Seminarios, de la que hemos establecido una casa y comunidad en la ciudad de Coutances, nuestra sede episcopal, por nuestras cartas del 8 de diciembre de 1.650.

“Para dar a dichas Constituciones el peso y la fuerza que pueden recibir de la autoridad episcopal, las hemos aprobado y las aprobamos por estas presentes, en general y en particular, como si fueran aquí especificadas e insertas literalmente, exhortando a todos los sacerdotes, clérigos y demás miembros de dicha Congregación a que las cumplan tanto más

exactamente, cuanto que no hay medio más necesario y eficaz para mantenerla, conservarla y hacerla crecer y hacer que preste muchos servicios a la Iglesia y honor a Dios, que la puntual observancia de dichas Constituciones.

Ellas ordenan la obediencia, sumisión y dependencia que los dichos Sacerdotes Misioneros deben tener a nuestra autoridad y jurisdicción episcopal y a nuestros sucesores, especialmente las que dicen que el que sea escogido y nombrado como Superior de dicha casa y comunidad, deberá presentarse a Nos o a nuestro Vicario General para ser aprobado y confirmado en el cargo”.

“Dado en París, en el Palacio de Monseñor Mazarino, el 14 de enero de 1.657. Firmado

✠Claudio, obispo de Coutances.”

A pesar de sus fracasos anteriores, el P. Eudes no había renunciado a la esperanza de obtener la aprobación de la Santa Sede. En 1.661 un sacerdote flamenco, en quien tenía plena confianza, M. Boniface, hizo en Roma infructuosas gestiones.

En 1.673, el santo envió a Roma a M. de la Haye de Bonnefonds, uno de sus miembros, sin mejores resultados.

La aprobación de la Congregación encontró en la oposición obstinada del Oratorio y de los Sacerdotes de la Misión un obstáculo que el P. Eudes jamás pudo superar.

M. de Bonnefonds logró sin embargo obtener diversas Bulas, una de las cuales aprobaba el compendio de estatutos redactado en 1.645. (Cf. Eudes, *Memoriale Beneficiorum Dei*. n.100-Costil Anales 1, p.575, 602, 603).

En el siglo XIX, cuando la Congregación, exterminada por la revolución de 1789, logró finalmente reconstituirse en medio de innumerables dificultades, se pensó hacer aprobar las mismas Constituciones por el Soberano Pontífice.

Para ello, la Asamblea general de 1862 revisó el texto del P. Eudes y así modificadas fueron efectivamente aprobadas por diez años, por la Congregación de Obispos y Regulares, el 19 de febrero de 1864.

El entonces Superior general de los Eudistas, P. Gaudaire, las hizo imprimir en Rennes, imprenta Catel, en 1865 y las repartió a todos los miembros de la Congregación.

Revisadas nuevamente por la Asamblea general de 1873, las Constituciones fueron definitivamente aprobadas por Decreto del 13 de agosto de 1874, de la Congregación de Obispos y Regulares.

En 1875 se hizo una primera impresión en Rennes, luego otra en Aniens. No nos ocuparemos de ellas. Sólo nos interesa el texto de San Juan Eudes.

Lo veremos tal como salió de sus manos y consagraremos algunas páginas a estudiar las Reglas y las Constituciones.



## **II LAS REGLAS.**

El estudio que vamos a hacer de las Reglas tiene por objeto indicar su carácter y su contenido. Veamos pues lo que son las Reglas y en qué se diferencian de las Constituciones. Las estudiaremos separadamente.

### **1. Carácter particular de las “Reglas”, su diferencia con las “Constituciones”**

Muchos Institutos religiosos tienen a la vez una Regla y Constituciones. Otros tienen la misma Regla y Constituciones diferentes.

Esto se debe a que muchas Órdenes relativamente recientes han adoptado una Regla antigua, que han acomodado a sus obras y a su género de vida, con explicaciones y adiciones cuyo conjunto forma sus constituciones.

Entre las antiguas Reglas, las más célebres son las de San Basilio, de San Agustín, de San Benito y de San Francisco; la más extendida es la de San Agustín: “Está de tal manera animada del espíritu de caridad, dice San Francisco de Sales, que en todo y por todo sólo respira dulzura, suavidad y benignidad y por esto es propia para toda clase de personas, nacionalidades y complexiones.

Esto hace que no sólo varias Congregaciones de Religiosos enclaustrados, como canónigos y clérigos regulares, ermitaños, de Sto. Domingo, de San Jerónimo, de San Antonio, de premonstratenses, de los Siervos y de muchas Órdenes

religiosas de caballeros como las de San Juan de Jerusalén, los de San Mauricio y San Lázaro, los Teutónicos, los de Santiago y otros, se hayan alineado bajo el estandarte de este admirable conductor”. (Prefacio de las constituciones de la Visitación).

El P. Eudes no podía someter sus hijos a una regla religiosa: se oponía a la naturaleza de su Congregación. Esta no era una Orden religiosa, sino un cuerpo puramente eclesiástico, destinado a conducir a sus miembros a la perfección de su estado y a hacerlos modelos y educadores del clero secular, en cuya categoría se proponían permanecer. Es evidente que en estas condiciones ninguna regla les podía convenir.

El P. Eudes no renunció por esto a darles una Regla que sirviera de base a sus Constituciones. Sólo que, en vez de tomarla de las antiguas reglas, se decidió a componerlas él mismo y buscó los elementos en la sagrada Escritura. A falta de votos de religión, los miembros de su Instituto se obligan por lo que se llama los votos del Bautismo y del Sacerdocio y para cumplirlos con más perfección se someten a las exigencias de la vida comunitaria.

Las Reglas no se encuentran en ninguna de las ediciones de las Constituciones publicadas en el siglo XIX, pero están editadas aparte en 1841, 1872 y 1892. En 1905, el P. Regnault sacó una edición enriquecida con un “ensayo de plan analítico”, que se puede consultar provechosamente.

El P. Eudes recogió con cuidado las más bellas enseñanzas de la Biblia sobre los deberes de la vida cristiana, las obligaciones del sacerdocio y las virtudes particularmente requeridas en la vida comunitaria; las agrupó metódicamente y las unió de tal manera que formaran un texto continuo. Es la escogencia exquisita de máximas sacadas de la sagrada Escritura, que colocó bajo el nombre de Reglas, al principio de las Constituciones.

El santo dividió su Regla en dos partes, que forman como dos reglas distintas, pero llamadas a completarse mutuamente.

La primera es atribuida a Nuestro Señor y gira en torno a las obligaciones que nos incumben como cristianos y sacerdotes.

La segunda se atribuye a la Santísima Virgen y tiene por objeto las virtudes propias de la vida comunitaria.

El reparto de las Reglas entre Jesús y María viene evidentemente de que el P. Eudes los miraba a ambos como los fundadores y verdaderos superiores de la congregación. (Prefacio de las Constituciones).

Pero no fue extraña la influencia de María des Vallées. En 1641, el P. Eudes le participó su proyecto de establecer una Congregación nueva y le pidió que encomendara a Dios este asunto. El recibió esta respuesta de Nuestro Señor: “Que el establecimiento que proyectaba le era muy agradable, que él mismo se lo había inspirado, que lo fundara sobre tres fundamentos: La Gracia divina, que daría a todos los que

entraran a la congregación; su divina Voluntad que quería hacer allí su morada y la Cruz, que le daría sus tesoros”. La hermana María agregó: “Que la Santísima. Virgen le regalaría tres de sus hijas: la Sobriedad, la Castidad y la Humildad”. (Costil, Ana les, I. p. 54).

Todo lo que hemos dicho muestra suficientemente la diferencia entre las Reglas y las Constituciones. Consiste sobre todo en que las Re-Reglas ponen los principios de la perfección cristiana y sacerdotal, mientras que las Constituciones indican los medios de alcanzarla y la manera de practicarla.

Es lo que el P. Eudes mismo explica en el Prefacio de las Reglas y Constituciones y es de notar que lo hace apropiándose una parte de las explicaciones que San Francisco de Sales daba, en circunstancias parecidas, a las religiosas de la Visitación.

“Hay que notar, nos dice, que hay diferencia entre las Reglas que Nuestro Señor y su santa Madre dan a esta Congregación y las Constituciones de la misma y que esta diferencia consiste en que las Reglas son el fundamento principal de la vida cristiana y eclesiástica de la que debemos vivir: y las Constituciones contienen la manera de observar bien las Reglas.

Estas son el camino que nos lleva a la salvación eterna y a la perfección que Dios nos pide y las Constituciones son como los mojones que nos señalan este camino para poder recorrerlo más fácilmente. Las Reglas contienen los medios necesarios y convenientes para llegar a la meta y al fin para el que fue

fundada nuestra Congregación y las Constituciones muestran la manera como hay que emplearlas.

Por ejemplo, las Reglas ordenan que se dediquen a la oración, y las Constituciones especifican el tiempo, la cantidad y la calidad de la oración. Las Reglas ordenan que se prohíba la propiedad y que todo sea en común y las Constituciones enseñan cómo se debe practicar.

Por esto, no hay que extrañarse si las Constituciones contienen varias cosas de las que se haya hablado en las Reglas, pues aquellas son como una explicación de éstas”. (“Os presento esta Regla de San Agustín que seguiréis como el verdadero camino hacia la perfección de la vida religiosa, teniendo vuestras Constituciones como marcas en este camino para saberlo seguir.

Según los Doctores, las Reglas proponen los medios de perfeccionarse en el servicio de Dios y las constituciones muestran cómo. (San Francisco de Sales. Constituciones de la Visitación. Prefacio).

El P. Eudes señala aún otras dos diferencias entre las Reglas y las Constituciones.

La primera es que, por el mismo hecho de ser tomadas de la sagrada Escritura, las Reglas llevan en sí mismas su aprobación; en cambio las Constituciones necesitan ser aprobadas por la autoridad eclesiástica.

La segunda es que las Reglas y las Constituciones no obligan de la misma manera. Las Reglas reproducen los preceptos o consejos evangélicos y por consiguiente se imponen como precepto o consejo, según los casos, en tanto que por sí mismas, las Constituciones nunca obligan bajo pecado.

Agreguemos que estas se compusieron para la Congregación de Jesús y María y sólo le convienen a ella, mientras que las Reglas, salvo algunos detalles, convienen a todas las comunidades eclesíásticas y aún a todos los sacerdotes, ya que sólo contienen la flor de las enseñanzas evangélicas que atañen a la vida cristiana y sacerdotal.

No sorprende pues que el P. Eudes atribuyera gran importancia a las Reglas y que hubiera buscado los medios para grabarlas en el espíritu y el corazón de sus hijos. Para este fin nos ordenó la lectura de algunas máximas, todos los días, al terminar la cena; quiso que, en la Probación, una vez por semana, se tomara de allí el tema de las instrucciones que se les da a los Novicios.

## **2. LA REGLA DE JESÚS.**

La Regla de Jesús empieza por un prólogo corto. Nuestro Señor toma la calidad de Padre e invita a sus hijos a recibir con corazón dócil los preceptos que les va a dar. Es el amor el que se los ha inspirado y sólo tienden a desarrollar en su corazón la divina caridad.

Este pequeño prólogo está impregnado de la más exquisita suavidad y muestra el carácter dominante de la Regla que el

divino Maestro va a dar a sus hijos. El amor, que es su principio y fin, será también el fondo, de modo que, en todo, esta Regla será verdaderamente una ley de amor. (*Proecepta dilectionis*).

La Regla de Jesús se divide en cuatro capítulos:

El primer capítulo está consagrado a los fundamentos de la Congregación. El divino Maestro, su Institutor, declara que ha querido edificarla sobre cuatro fundamentos que le asegurarán su solidez y duración. Los tres primeros son los que María des Vallées había indicado al P. Eudes: **la Gracia** divina, la **Cruz** y la divina **Voluntad**. El cuarto consiste en una **devoción** singular a **Jesús y María**, que los hijos de San Juan Eudes deben considerar como el Padre y la Madre de su Instituto.

Esta devoción era uno de los rasgos distintivos del Oratorio y de allí la había tomado el santo y para explicar su naturaleza, se limitó en las Constituciones a reproducir casi literalmente una bella página del Cardenal De Bérulle.

En un corto estudio sobre las Reglas, puesto al principio de la edición de 1892, el P. Le Doré definió con mucha precisión y exactitud el carácter propio de cada uno de los cuatro fundamentos de la congregación y decía: “Para el P. Eudes, la santidad sacerdotal debe apoyarse en cuatro principios que son como los fundamentos de toda su espiritualidad: la gracia constituye la esencia y le proporciona los medios; la cruz es su método; la voluntad divina es su ley y la devoción a Jesús y María le imprime el carácter católico.”

En los dos capítulos siguientes, el santo expone a grandes rasgos las obligaciones de la vida cristiana: nacen todas del Bautismo, donde el cristiano encuentra su regeneración y adquiere el doble compromiso de renunciar a Satanás y de seguir a Jesucristo. El P. Eudes estudia sucesivamente estos dos compromisos. Comienza por analizar la ley del renunciamiento, al que consagra todo el segundo capítulo. Esta ley va hasta muy lejos.

Exige una resistencia valerosa a los reiterados asaltos del demonio; una dedicación constante a evitar el pecado, sobre todo los siete pecados capitales: orgullo, avaricia, impureza, ira, gula, envidia y pereza; el desprecio del mundo sumergido en la vanidad y en el vicio y finalmente, el odio a sí mismo, condición indispensable para la vida de Jesús en nosotros.

En el tercer capítulo, el P. Eudes expone las obligaciones que se derivan de nuestra incorporación a Jesús. Nos muestra el modelo que debemos reproducir, el tronco en el que debemos permanecer injertos para producir frutos de salvación, principio y fin de nuestra vida sobrenatural.

Después de estas consideraciones, el santo establece que por el bautismo participamos de la muerte y resurrección de Jesús, que debemos dejarnos conducir por su espíritu y ajustar nuestra vida a la que él lleva en el paraíso; para ello nos recomienda dirigir hacia el cielo nuestros pensamientos y afectos.



Ejercitamos en la oración, practicar la caridad con todo el mundo, sobre todo con nuestros hermanos, con los pobres, con nuestros enemigos, en fin, aprovechar el tiempo que huye con rapidez, para cumplir toda clase de buenas obras. He aquí, abreviado el tema de estos dos capítulos.

Contienen la explicación de la promesa que la Iglesia nos manda hacer en el Bautismo Ella es, con la profesión eclesiástica, la única que hacen los hijos del P. Eudes; por lo cual el santo se complacía en mostrar su grandeza y sus principales obligaciones. Estas ideas le eran muy familiares y las recuerda en casi todas sus obras.

Se dice que el primero de los capítulos que estudiamos encierra los principios de la vida purgante y el segundo los de la vida unitiva. Para seguir el orden lógico, el santo hubiera debido intercalar en- entre uno y otro, la Regla de la Santísima Virgen, que tiene por objeto la vida iluminativa, ya que trata de las virtudes.

Creemos que en las Reglas y principalmente en los dos capítulos en cuestión, el P. Eudes no se preocupa de las diversas fases de la vida cristiana, sino que estudia sus diversos aspectos. El renunciamento, la unión con Jesús son las dos leyes fundamentales y como las dos caras de la vida cristiana. En todos sus grados y en todas sus fases es a la vez una vida de renunciamento y una vida de unión con Jesús.

Antes de construir sobre estos fundamentos hay que triunfar de los obstáculos: es la vida purgante de los autores ascéticos. Es

una lucha encarnizada para vencer al demonio, al mundo y a sí mismo. Por una serie de victorias, el sacerdote logra liberarse del mal y debe aferrarse más especialmente a la práctica de las virtudes, es la vida iluminativa. (Regula SS. *Virginis Mariae*).

Si se hubiera seguido un riguroso orden lógico, toda la parte relativa a la adquisición de las virtudes se hubiera puesto entre el 10° y el 13° capítulos de la Regla de Jesús. Pero lo extenso de las materias y el carácter propio de su devoción llevaron al santo a repartir sus enseñanzas entre el Hijo y la Madre.

Atribuyó a María los preceptos relativos a la vida iluminativa y a Jesús la vida purgante, la vida unitiva y las funciones de la vida pública. (Reglas de la Congregación de Jesús y María. prefacio, pp.5-6. Ed. de 1892. Cf. Régnault, Nuestras Reglas Latinas, introducción p. IV. y p.49, nota 4).

El error en esta materia es que se confunde la unión con Jesús, que es el fondo de la vida cristiana y que es su comienzo, su progreso y su perfección, con la vida unitiva que es su consumación en los ardores del puro amor.

El P. Eudes tiene una expresión para designar el pleno florecimiento de la vida cristiana, la llama “el reino de Jesús” en las almas. (Reino de Jesús. O.C. T. I).

Si la hubiera querido tratar en las Reglas, la hubiera designado con este título y en este caso hubiera debido modificar sus dos opúsculos. Después del estudio de la profesión cristiana viene el de la profesión eclesiástica y sacerdotal.

El P. Eudes consagra el cuarto capítulo de la Regla de Jesús a exponer sus obligaciones de santidad que es lo único que hará del sacerdote un digno ministro de Dios.

Y esta santidad implica dos elementos; uno negativo, que consiste en la exención de toda mancha y otro positivo, que consiste en la práctica de las virtudes, especialmente la piedad, la caridad con los pobres y desdichados y el celo por la salvación de las almas.

Estas obligaciones son comunes a todos los sacerdotes; pero son especiales a los superiores, los misioneros, los predicadores, los confesores.

Según el P. Eudes, los superiores deben brillar por su humildad, caridad y abnegación; los misioneros, por la suavidad y la generosidad para soportar las fatigas y las pruebas de un laborioso ministerio; los predicadores, por la dedicación al trabajo, la pureza de doctrina, la sencillez del lenguaje y sobre todo por la práctica fiel de las verdades que predicán; los confesores, por la prudencia, el celo y una bondad llena de misericordia para los pecadores.

La Regla de Jesús finaliza con una conclusión, donde Nuestro Señor exhorta a sus hijos a recordar y practicar constantemente la ley que les ha dado, prometiéndoles, tener para ellos una ternura paternal y guardarlos como a la pupila de sus ojos y que a su muerte los Llevará a su lado en la Patria celestial.

### 3. LA REGLA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

La Regla de la Santísima Virgen comienza, como la de Jesús, por un prólogo muy corto pero lleno de gracia. La Santísima Virgen se presenta allí como Madre del Amor hermoso, Y con este título el P. Eudes nos ha enseñado a honrarla. Esta bella Madre se dirige a sus hijos, a quienes llama “sus amados” “los amados de su Corazón”, “el objeto de sus más caros afectos” y les anuncia que va a enseñarles el camino de la salvación y de la perfección.

Madre del Amor hermoso, la Santísima Virgen es, por el mismo hecho, Madre del temor y de la santa esperanza, pues el temor de Dios y la confianza en su bondad se asocian maravillosamente con la divina caridad que ellas introducen y conservan en el corazón de los fieles.

Este amor incomparable y esta caridad inefable son las que reverenciamos especialmente en nuestra Señora y queridísima Madre. Es lo que principalmente entendemos por su Santísimo Corazón. En esta calidad y bajo este precioso título de *MATER PULCHRAE DILECTIONIS* (Madre del Amor Hermoso), Madre de Amor y de Caridad, deseamos honrar y alabar singularmente a esta amabilísima Virgen y Madre Admirable. (La devoción al Santísimo Corazón y al Santísimo Nombre de la Bienaventurada Virgen. Ed. 1663, pp.37, 38. O.C. Tomo VIII, p.432).

Y por esto, ante todo la Santísima Virgen reviste a sus hijos con estas dos virtudes. Y las hace las virtudes propias de la vida comunitaria y nos invita a contemplar el modelo en la primera y

más perfecta de todas las Comunidades: la de Jesús, María y José.

Después entra en detalles y trata sucesivamente de la pobreza, la sencillez, la sobriedad, la castidad, la humildad, la obediencia, el amor de la corrección, el buen uso de la lengua, la necesidad de tomar consejo antes de obrar, la caridad fraterna, la paciencia y la mansedumbre y finalmente la fidelidad en las pequeñas cosas.

La Santísima Virgen concluye exhortándonos a hacer de su divino Hijo la regla viva de nuestra conducta y a marcar con su sello toda nuestra vida interior y exterior. En recompensa, promete mirarnos como los hijos de su Corazón y darnos en toda ocasión muestras de su ternura maternal.

Sólo hemos señalado las virtudes de que trata la Regla de la Santísima Virgen. El lector estudiará por sí mismo las enseñanzas que cada una encierra. En general, el P. Eudes comienza por mostrar su importancia y luego indica la manera y los medios de practicarla.

Creemos que es todo lo que se puede decir de cierto, sobre el plan de los diversos capítulos que componen la Regla de la Santísima Virgen y se debe hacer la misma observación que a la Regla de Nuestro Señor: no siempre es fácil comprender el orden lógico en que se presenta el detalle de las materias en cada capítulo.

Creemos aún que se haría mal en buscar un orden muy riguroso que no admitiría el género adoptado por el autor. Es fácil, en efecto, disponer sus propios conceptos en un orden riguroso, pero no es lo mismo cuando se limita a recoger y agrupar, conservándoles su propia forma, las ideas de otro. Por el hecho mismo de querer hacer de sus Reglas una colección de máximas de la sagrada Escritura sobre la vida cristiana y sacerdotal, el P. Eudes se condenaba a repeticiones y a lagunas incompatibles con un orden lógico y riguroso.

A menudo se ha expresado el deseo de tener un comentario de las Reglas. Pensamos que ya existe hace mucho tiempo: son nuestras Constituciones.

En el Reino de Jesús, el Memorial de la vida eclesiástica, el Buen Confesor y el Predicador Apostólico, se tiene desde el punto de vista práctico, un comentario completo de las Reglas. ¿Se podría desear otro? Pensamos que no. Creemos, al contrario, que el que intentara una síntesis de la doctrina del P. Eudes, no podría desde todo punto de vista, sino hacerse su propio plan, absolutamente independiente de las Reglas.

Agreguemos que al final de las Obras Completas se encuentran cuadros analíticos que permiten darse cuenta con facilidad de la manera como el P. Eudes entiende los textos citados en las Reglas y las obligaciones que allí se señalan.

### **III LAS CONSTITUCIONES.**

Primitivamente las Constituciones comprendían doce partes, tal vez en honor de los doce apóstoles cuyo ministerio debemos continuar y cuyas virtudes debemos reproducir. Se sabe que el P. Eudes se inspiraba a menudo en pensamientos de este género para la división de sus obras.

Más tarde, por la adición de los reglamentos del colegio de Rennes, fueron trece partes, que tratan del carácter y finalidad de la Congregación, la disciplina general, el reglamento y práctica de las virtudes, el reclutamiento y formación de los jóvenes, las obras de la Congregación y en fin, su organización administrativa. Estudiaremos cada uno de estos temas y luego diremos cuáles son las fuentes y el valor de las constituciones.

#### **1 CARÁCTER Y FINALIDAD DE LA CONGREGACIÓN.**

La primera parte de las Constituciones describe la Congregación, su institutor, su finalidad, sus fundamentos y su espíritu. Es muy corta, pero, como se ve por los temas, tiene importancia capital. Pone los principios de donde se desprende el resto de las Constituciones.

El tema que domina esta primera parte es la finalidad de la Congregación. Todo el mundo sabe, en efecto, que la organización de una sociedad está subordinada al fin que persigue. El reclutamiento del personal, la disciplina interna, los medios de acción, todo debe estar allí cuidadosamente

proporcionado y veremos que todo ello lo está en la Congregación de Jesús y María.

El P. Eudes le asigna un doble fin, la formación del clero por el ejercicio de los Seminarios y la renovación del espíritu cristiano entre los fieles por el ejercicio de las Misiones.

Estos dos fines, sin embargo, no van a la misma altura. A los ojos del santo, la obra de las Misiones es sólo secundaria; la de los Seminarios es la primera y principal de la Congregación. Esta se instituyó para formar los clérigos en la virtud y en los deberes de su estado.

Es su razón de ser en la Iglesia y el P. Eudes tenía tanto empeño en que sus hijos permanecieran fieles a su vocación, que en el caso de que llegaran a abandonar, de manera culpable, los ejercicios de los Seminarios, autorizó a los obispos a quitarles las casas para dárselas a otros que se dediquen en su lugar a la formación del clero.

Los dos fines que el P. Eudes asignó a la Congregación indican cual debe ser su composición. Evidentemente, sólo puede componerse de sacerdotes y de clérigos que aspiran al sacerdocio.

Admite en su seno, sin embargo, algunos laicos que, en calidad de hermanos coadjutores, se dedican al servicio de la comunidad. No siendo clérigos, no tienen derecho a usar el hábito eclesiástico, el único que se usará en el Instituto (Constituciones, p. 13.c.20).



El P. Eudes no creyó conveniente imponer a sus hijos los votos de **Re Religión**. No es que les hiciera poco caso, al contrario, él los tenía en muy alta estima (Costil, Anales, 1, p.573). Pero con razón o sin ella, estaba persuadido de que, mejor que religiosos, los sacerdotes, al encontrar en la sola dignidad de que están revestidos la razón y los medios para elevarse a la más eminente perfección, estaban en condiciones de inspirar a los ordenandos una alta idea del sacerdocio y de la santidad que éste reclama.

Estaba convencido además de que los obispos no confiarían sus seminarios sino a sacerdotes enteramente sometidos a su jurisdicción y que los ordenandos mismos se dejarían dirigir más fácilmente por hombres cuyo “status” no fuera diferente al suyo.

Sobre este punto el P. Eudes estaba en plena comunión de ideas con el P. de Bérulle y M. Olier que no creyeron tampoco que debían introducir votos de religión en las sociedades que fundaron y aun con San Vicente de Paul que lo hizo solamente después de muchas dudas y con la condición, ratificada por el Sumo Pontífice, de que los Sacerdotes de la Misión no formaran una Religión propiamente dicha, sino solamente una congregación eclesiástica. (Cf. Faillon.Vida de M. Olier p.3, l.5 n. l. Cf. Maynard. San Vicente de Paul I, p.389 ss).

El clero de Francia, dice Thomassin, encontraba más conveniente que los seminarios fueran dirigidos por eclesiásticos que estuvieran enteramente en la dependencia, que por religiosos. Lo afirmó perfectamente en la amonestación

que hizo a Luis XIII en estos términos: “Y visto que se han quejado de que la mayor parte de los seminarios han sido erigidos bajo la dirección de los arzobispos y obispos diocesanos y bajo la administración de sus funcionarios; sin embargo, la mayor parte de dichos seminarios ha sido sustraída de la jurisdicción episcopal y cayó bajo la dirección de religiosos de diferentes Órdenes.

Y plazca al Rey poner en el futuro dichos seminarios bajo la mano de los obispos que pondrán funcionarios “ad *nutum*”, para que no puedan cambiar de administración por ninguna causa. Y dará poder a los obispos para retomar en sus manos los seminarios que hubieran salido de su jurisdicción y gobierno. (Memoria del clero, tomo 3,p.1,90,91).

El punto capital que pretendía el clero era que los seminarios no pudieran ser confiados al gobierno y dirección de religiosos, que siendo privilegiados y exentos de la jurisdicción de los obispos, parecen ser menos indicados para inspirar a los clérigos jóvenes la estricta dependencia de su obispo.

S. Carlos había dado el ejemplo cuando fundó la congregación de los Oblatos y les confió sus seminarios que antes había encomendado a los RR. PP. Jesuitas”. (Antigua y nueva disciplina, p.2,I, c.102 n. V y VI).

Thomassin agrega (l.c.,n. XII): “La Providencia que vela sin cesar con tanta bondad sobre la Iglesia, habiendo hecho nacer en este último siglo varias comunidades puramente eclesiásticas, el celo y la piedad de los obispos les han confiado sin dificultad los

seminarios y han reconocido, con San Carlos, que era difícil sostenerlos y hacerlos durar sin el recurso de las comunidades cuya perpetuidad parece ser la propia ventaja.(Memorias del Clero, ed. 1675,tomo 1 p.294).

No todos los obispos pueden, como San Carlos, erigir ellos mismos una Congregación de la que sean el Superior inmediato, sino que encontrándolas establecidas, sólo deben aceptar el ofrecimiento que la Providencia les hace.

San Carlos quizás no hubiera fundado una nueva, si hubiera encontrado una semejante ya establecida, ya que estas Congregaciones puramente eclesiales son ellas mismas seminarios donde se forman los que un día deben dirigir otros seminarios.

“Era urgente hacer decidir la cuestión de los votos en Roma. Pero en Francia San Vicente no sabía a quien oír. Por un lado los Prelados no deseaban que la Compañía se constituyera en Religión, para guardar jurisdicción sobre ella y para escapar a “los celos de su autoridad y su dependencia”, y según las instrucciones de San Vicente, se pensó trasladar a Roma la sede del General. Por otra parte, los religiosos aconsejaban lo contrario, fundándose en la ligereza humana y en los grandes trabajos de la Misión.

S. Vicente trataba de conciliar estos conceptos opuestos y miraba como una inspiración de la Providencia de Dios lo que finalmente había resuelto: poner su Compañía en el estado religioso por votos simples y dejarla, sin embargo, en cuanto a

sus empleos, en el clero secular por la obediencia a los obispos”. (Maynard, San Vicente de Paul, I,p.390).

La razón que determinó a San Vicente a establecer los votos en su Instituto no es muy elevada. El santo veía en ello un medio necesario para detener la salida de sus miembros. No creemos que las sociedades donde no se hacen votos pierdan más miembros que las Congregaciones de votos simples.

La Congregación de Jesús y María es pues un cuerpo puramente eclesiástico. Se empeña en permanecer en la jerarquía y además de considerar al Sumo Pontífice como su jefe supremo, se propone también quedar bajo la jurisdicción inmediata de los obispos, para estar listos a ayudarles en la formación del clero. El P. Eudes se aferra de tal modo a este punto, que amenaza con expulsión a quien quiera sustraerse a la jurisdicción de los obispos, aunque sea el Superior general. (Constituciones, parte 1. c.2).

Por razón de su carácter puramente eclesiástico, la Congregación de Jesús y María no es una nueva Orden; es sólo una rama de la primera y más santa de todas las Órdenes, la orden sacerdotal, cuyo institutor es Jesucristo mi Santísimo Ella lo mira como su fundador y de El ha recibido su Regla. Y considera igualmente a María como su fundadora, porque está asociada de una manera admirable al sacerdocio de Jesucristo y que si María es la Madre de todos los cristianos es, particularmente, la Madre de los sacerdotes.

En cuanto al espíritu de la Congregación, no es otro que el del Sumo Sacerdote. Y quisiera que sus miembros lo posean “en plenitud” para poder comunicarlo a los demás. Para ayudarles a adquirirlo, en las Constituciones les explica detalladamente sus caracteres distintivos. Los fundamentos mismos, sobre los que está establecida: la fidelidad a la gracia, el amor a la cruz, la sumisión a la divina Voluntad, no son otra cosa que una participación del espíritu del Sumo Sacerdote y de su divina Madre.

La Congregación ve en la devoción a Jesús y María el fundamento principal sobre el que debe apoyarse. Tiene pues un culto particular al Hijo y a la Madre y se dedica especialmente a honrar sus amabilísimos Corazones a los cuales mira como sus patronos principales.

Tiene igualmente un culto especial a los Apóstoles y a todos los santos Sacerdotes y Levitas, que pone en el número de sus patronos secundarios.

## **2 DISCIPLINA GENERAL Y REGLAMENTO DE LA COMUNIDAD.**

La disciplina general de la Congregación está expuesta en la segunda parte de las Constituciones. En un primer capítulo, el P. Eudes reunió prescripciones de aplicación constante, que se relacionan con salidas, alimentos, viajes, el desprendimiento de la familia y temas de este género. Muchos son tomados casi textualmente de las Constituciones comunes de los PP. Jesuitas.

Viene luego el reglamento diario, donde ocupan gran espacio los ejercicios de piedad como es natural en una Congregación de vida puramente sacerdotal. Luego, el P. Eudes indica los ejercicios particulares de cada semana, cada mes y cada año.

El último capítulo se consagra a las “cosas temporales”. El santo regula aquí lo referente al manejo del dinero, los registros que se deben tener, la aceptación de las fundaciones, la confección de los actos públicos, pensiones, donaciones, gastos de viaje y la relación financiera de las diversas casas del Instituto.

### **3 VIRTUDES CRISTIANAS: LA RELIGIÓN. LA CARIDAD. LAS VIRTUDES MORALES.**

Luego de los temas de disciplina general, el P. Eudes se ocupa de la práctica de las virtudes. Trata de ellas ampliamente y les consagra tres partes de las Constituciones: la tercera, cuarta y quinta. Es ahí donde se puede apreciar el espíritu del santo y de su Congregación.

El no trata de todas las virtudes, sino de las que convienen particularmente al sacerdote o que son la base de la vida comunitaria. Y el orden en que el P. Eudes se ocupa de ellas no es por su excelencia, sino por su importancia práctica.

La primera virtud del sacerdote es la Religión. Es la virtud de su estado ya que está revestido del sacerdocio sólo para dedicarse al servicio de Dios. Por esto el P. Eudes se ocupa de la Religión

en primer lugar y encuentra tan importante la materia que le consagra toda la tercera parte.

Se compone de trece capítulos en los que se encuentran descripciones muy detalladas, a veces minuciosas, sobre el culto debido a Dios, a Jesús, a la Santísima Virgen, a los santos y a sus reliquias; sobre la veneración debida a la Iglesia, a sus Pastores y a sus templos; sobre las funciones sacerdotales, la celebración de la santa misa, la recitación en como del Oficio divino, las confesiones, la predicación y el catecismo.

El P. Eudes insiste tanto en la necesidad y en la manera de cumplir dignamente los ministerios sacerdotales, que en su pensamiento, la Congregación únicamente debía dedicarse a ellos; y sus hijos debían ejercerlos perfectamente y enseñar a otros a hacerlo.

El santo no se extiende menos sobre la caridad que sobre la religión, y por caridad entiende aquí, como en sus otras obras, el amor al prójimo. Esta virtud tiene una esencial importancia en las comunidades religiosas donde sólo ella puede mantener la paz, la unión y la alegría que constituyen su fuerza.

El P. Eudes la miraba como “la regla de las reglas” y quería que ella fuera el alma de su Congregación. Recomendaba a los Superiores poner todo su empeño en hacerla reinar a su alrededor.

Previene a sus hijos contra todo lo que pueda oponérsele y quiere que, en la víspera de ciertas fiestas, con un abrazo

fraternal, se recuerden mutuamente la palabra del divino Maestro: “Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn. 15, 12).

Para borrar todo germen de división y de discordia, ordena la uniformidad más completa en el traje, las ceremonias, la recitación del oficio, la administración de los sacramentos, las opiniones teológicas en materia de dogma o de moral y hasta en las pequeñas observancias, que deben ser siempre conformes a los usos de la casa madre.

En efecto, la caridad fraterna, no debe restringirse a los miembros de la comunidad respectiva, sino que se extiende a todo el Instituto y para esto, el santo quiere que se esté siempre listo a cambiar de residencia y que efectivamente se les cambie de tiempo en tiempo.

Y quiere además que los Superiores se tengan mutuamente al corriente de todo lo edificante que pase en sus casas, por un intercambio periódico de cartas. Esto no es suficiente.

La caridad debe ser católica: es necesario que se irradie fuera de la Congregación, que se demuestre la más cordial benevolencia y el más completo afecto a todo el mundo, los pobres, los enfermos, los afligidos.

El santo insiste, sobre todo, en que se evite más que la peste, todo sentimiento de indiferencia o celos frente a otras comunidades eclesíásticas o religiosas; pide que se tenga con



ellas las más fraternales relaciones y que dado el caso, se esté dispuesto a prestarles servicios.

Y que aún, si no se pueden evitar los pleitos, la caridad debe hacer sentir su influencia benéfica. Y el santo liga a esta virtud el cuidado de la salud corporal, que no se debe comprometer por un fervor indiscreto, para emplearla en el servicio de nuestro Señor. Las prescripciones relativas a la caridad ocupan toda la cuarta parte de las Constituciones.

La quinta versa sobre las virtudes morales. El P. Eudes trata allí de la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la sobriedad, la modestia, la sencillez, la verdad y la fidelidad en las palabras y promesas, de la limpieza y del silencio.

Refiriéndose a la pobreza, el santo hace esta observación de una trascendencia general: “que no hay nadie, de cualquier condición que sea, más obligado que los eclesiásticos a un completo desprendimiento y a perfeccionarse en todas las virtudes cristianas”.

No se puede dudar que estas líneas contienen una alusión a las obligaciones del estado religioso. En virtud de los votos que emiten y de la regla que se imponen, los que ingresan a este estado se comprometen en la feliz necesidad de ejercitarse permanentemente en las virtudes cristianas en toda su perfección.

Según el santo, los eclesiásticos no están menos obligados; y cuando viven en comunidad, aunque no hagan votos, deben

practicar las virtudes del mismo modo que los religiosos y aún con más perfección que ellos.

En esta quinta parte de las Constituciones se encuentra toda la disciplina que rige todos los Institutos religiosos. Creemos aún que, en cuestión de humildad, obediencia y pobreza, para hablar sólo de estas tres virtudes, el santo es más exigente con sus discípulos que en muchas sociedades religiosas.

Sus exigencias tienden a arrancar de raíz todas las inclinaciones viciosas de la naturaleza caída, y cumpliéndolas fielmente se enterraría el hombre viejo y se haría reinar en todo su esplendor las virtudes del hombre nuevo.

Todas estas reglas son tan justas, tan completas y tan prácticas que es imposible no reconocer el fruto de una experiencia consumada y de una eminente santidad.

#### **4 PASTORAL DE VOCACIONES Y FORMACIÓN DE LOS JÓVENES.**

En la sexta parte de las Constituciones, ante todo, el santo previene a sus hijos contra la tentación de querer multiplicarse. Quiere que la puerta de la Congregación sea “muy estrecha” y que sólo se admita a personas escogidas, porque “unas pocas personas muy virtuosas, que sólo buscan a Dios y que posean su Espíritu, harán cosas más grandes por su gloria y por la salvación de las almas, que gran multitud de hombres laxos e imperfectos.”

Nada más sabio que las reglas que señala el santo para la admisión de los postulantes. Entre ellas recomienda poner atención al carácter, pues dice con razón “la naturaleza no muere y a la larga da siempre su golpe, porque hay pocas personas dispuestas a recibir las gracias extraordinarias necesarias para dominar un mal carácter y raramente se pervierte un buen natural.”

Ordinariamente los jóvenes no deben ser incorporados a la Congregación sino al cabo de tres años y tres meses de probación. Es el tiempo que empleó Jesús para formar a sus Apóstoles y quiso el P. Eudes, en este y en otros muchos puntos, que su Congregación se asemejara al colegio apostólico.

Los jóvenes deben pasar al menos dos años en la casa de probación, formándose en la piedad y en las virtudes cristianas sin ocuparse de otro estudio. Al tercer año comienzan sus estudios de filosofía y teología, si no los han hecho antes.

Hallaremos en las Constituciones reglamentos muy detallados sobre los ejercicios de la casa de Probación. Lo que impresiona sobre todo en estos reglamentos es la insistencia del santo en recomendar que se forme bien a los jóvenes en la práctica de la humildad y la obediencia, de las cuales, él hace las dos virtudes propias de su Instituto.

El P. Eudes se preocupaba de que los estudios no disminuyeran la piedad de sus hijos y dedicó todo un capítulo a ponerlos en guardia contra los peligros de la ciencia adquirida. Sin embargo, se empeñaba también en que los estudios fueran serios y para

asegurarles el éxito, reglamentó que además de los estudios en la casa o en las universidades, se hiciera a los jóvenes cursos de repaso y que ejercitaran la argumentación para saber tomar parte en los debates públicos, cuando estuvieran capacitados.

Sin embargo, para mantenerlos en la humildad en que tanto insistía, el santo no era de parecer que alguien se graduara en teología y si alguno tenía el título de doctor, no se le daría ninguna distinción.

## **5. OBRAS DE LA CONGREGACIÓN: Los Seminarios, las Misiones, El Colegio de Rennes, los Curatos.**

De la formación de los jóvenes, el P. Eudes pasa a las obras de la Congregación y les consagra las séptimas, octava y novena partes de las Constituciones. La séptima versa toda sobre los Seminarios.

Para exaltar su importancia empieza diciendo: “Nada hay más importante ni más útil que los seminarios eclesiásticos, que son academias y santas escuelas que se dedican a formar, instruir y ejercitar a los que aspiran al sacerdocio o que ya llegaron, en la vida celestial que están obligados a profesar y en la manera de ejercer santa y decentemente los ministerios clericales”.

Y agrega: “Este es el primero y principal fin de la Congregación” Y por esto con gran afecto y un celo muy particular harán en cada casa, en cuanto sea posible, los ejercicios de los seminarios.”

Por estos textos, se ve lo que el santo entiende por seminarios. Son escuelas de santidad destinadas a formar a los ordenandos y sacerdotes en la vida y funciones sacerdotales. Es lo que hoy se llaman Seminarios mayores. En efecto, el P. Eudes no quería que se admitieran jóvenes a hacer sus humanidades ni filosofía.

A comienzos del siglo XVII varios obispos de Francia trataron de fundar seminarios y para ceñirse a lo prescrito por el Concilio de Trento, creyeron que debían recibir niños para instruirlos en las letras, con la esperanza de conducirlos al sacerdocio.

Estos ensayos fracasaron y se persuadieron de que los seminarios sólo tendrían éxito si recibían ordenandos o sacerdotes. Es lo que efectivamente hicieron el P. Eudes, M. Olier y San Vicente de Paul y la experiencia probó que en esto estaban bien inspirados, pues los seminarios fundados por ellos o sus discípulos, dieron desde el principio los mejores frutos y prosperaban siempre, hasta su supresión por la Revolución en 1789.

Hubo sin embargo esta diferencia entre San Vicente y sus dos émulos que San Vicente no tardó en completar su primera obra por la fundación de lo que llamamos “Seminarios menores”, mientras que el P. Eudes y M. Olier limitaron sus esfuerzos a la formación profesional del clero.

Todos los documentos relativos al origen de la Congregación y el texto de las Constituciones muestran que el P. Eudes sólo tenía en mente, al fundar los seminarios, la formación de los clérigos en las virtudes y en los ministerios sacerdotales, con

exclusión de su preparación literaria, para la cual él creía que eran plenamente suficientes los colegios existentes, y especialmente los que con tanto éxito dirigían los PP. Jesuitas.

Testigo, entre otras pruebas, este pasaje de una Memoria dirigida por el santo al Arzobispo de Ruan (Rouen) en 1647: “Como hay dos partes en el establecimiento de seminarios eclesiásticos, la una, un colegio para la enseñanza de la juventud y la otra, los ejercicios e instrucciones clericales y la práctica de dichas funciones en el empleo de las misiones, y ya que Vos habéis establecido la escuela episcopal en vuestra metrópoli, los sacerdotes del seminario creen cumplir suficientemente, rogándoos confirmar este Instituto Provincial y aceptar que en invierno se dediquen a los ejercicios y en verano a las misiones”. Citado por el P. Boulay, vida del P. Eudes, p.295.

En adelante, los Eudistas aceptaron en Rennes y otras partes establecimientos que recibieron el nombre de Seminarios menores, pero que diferían notablemente de los actuales. Estaban destinados a los “clérigos pobres” que se preparaban para ejercer el santo Ministerio en las parroquias del campo.

He aquí la idea que nos da el P. Costil, (Anales, II, p.30 y ss):

“En lo espiritual, los clérigos pobres practicarán los mismos ejercicios que se hacen a los ricos en los seminarios mayores. Se podrá hacer una comunidad para los filósofos y teólogos y otra para los terceros, las humanidades y las teóricas. Se les hará llevar la sobrepelliz en una parroquia, se les enseñará el canto y lo demás que se enseña en los otros seminarios...

Por medio de estas academias se formarán obreros del Evangelio para toda clase de ministerios, pues estando en filosofía se les enseñará a hacer el catecismo; en teología harán una homilía, un sermón, una conferencia piadosa; al final se les enseñará la argumentación, los casos de conciencia, la administración de los sacramentos.

Los clérigos pobres, hijos de campesinos, conservarán su costumbre de vivir pobremente, de alimentarse con pan moreno, tocino, legumbres, etc. y estarán así más dispuestos a servir a las parroquias pobres del campo, donde sólo hay doscientas o trescientas libras de renta y a las cuales se rehúsan a ir, cuando salen de los seminarios mayores, donde se come pan blanco, papillas, asados etc.”

Estos seminarios de clérigos pobres recibían a la vez humanistas y teólogos, que formaban, de ordinario, dos comunidades. (Costil. Anales, 1. p.30, 152, 252, 256, etc.

“Fue así como San Vicente de Paul por una aplicación más inteligente de las ordenanzas del Concilio de Trento, estableció en lo sucesivo esta distinción tan necesaria y tan fecunda entre los seminarios mayores y menores, que debía asegurar el éxito y la prosperidad de los unos y los otros.

Se ha dicho que fue un golpe maestro. Sería más exacto y más conforme al espíritu del santo decir que fue un golpe de la providencia”. (S. Vicente de Paul y El Sacerdocio. Por un Sacerdote de la Misión, p.237. París, 1900).. La Providencia

inspira este golpe maestro al P. Eudes y a M. Olier al mismo tiempo que a SANVicente.

Por lo demás, es bien claro que los seminarios del P. Eudes y en general los del siglo XVII están lejos de ser idénticos a nuestros actuales seminarios mayores.

Antes, los clérigos sólo venían a ellos en vísperas de las ordenaciones para prepararse inmediatamente a la recepción de las órdenes sagradas.

Además de los ordenandos, se recibía a sacerdotes recientemente nombrados para un beneficio, o a punto de emprender el santo ministerio, para enseñarles la manera de cumplir bien las funciones sacerdotales. Igualmente se recibía a los sacerdotes que venían a hacer retiros y a los estudiantes que seguían los cursos de teología.

En efecto, ordinariamente, al menos al principio, no se enseñaba teología en los seminarios. Se limitaba a formar a los clérigos en el espíritu y en las virtudes de su estado, a enseñarles las ceremonias, el canto gregoriano, los casos de conciencia, la manera de predicar y de hacer el catecismo, la explicación del Nuevo Testamento y de los salmos, cuyo entendimiento ayuda a recitar piadosamente el oficio sagrado. Pero hasta aquí llegaba.

Como se ve, era una formación muy práctica y no podía ser de otra manera en esa época, porque los clérigos, acostumbrados a vivir en su familia, deseaban hacer sólo una corta



permanencia en el seminario; pues encontraban en las facultades de teología la enseñanza que necesitaban.

Se verá que desde el principio el P. Eudes tenía la esperanza de que un día se llegara a enseñar la teología en los seminarios y poco a poco a esto se llegó efectivamente, aún antes de la supresión de las facultades de teología por la Revolución.

Entendido así, en la época del P. Eudes, la dirección de los seminarios no exigía personal numeroso. En los seminarios fundados por el santo, era sobre todo la obra de un Prefecto para vigilar a los seminaristas, presidir sus ejercicios, formarlos en la piedad y en la virtud, instruirlos en sus deberes, corregirles sus defectos y en una palabra hacer de ellos santos sacerdotes.

En las Constituciones, el santo exalta la importancia de este cargo y ruega a sus hijos a quienes se les confíe, que se entreguen a él totalmente y no omitan nada para cumplirlo a la perfección. Y les recomienda que se esfuercen en ganar el corazón de los seminaristas por su mansedumbre y su bondad, en demostrarles en toda ocasión mucha caridad y cordialidad “para disponerlos por este medio, a recurrir a ellos con confianza y hacer buen uso de sus enseñanzas.” P. Eudes

La octava parte de las Constituciones trata de las misiones, que son, como se sabe, la segunda finalidad de la Congregación. En tiempo del santo, la organización de los seminarios permitía a sus hijos trabajar en ellas la mayor parte del año y se sabe con qué celo y con qué éxito prodigioso, él mismo trabajó en ellas hasta el fin de su vida.

Sin duda por esto, en Coutances se designaba a los Eudistas con el nombre de “Misioneros” y en Caen, el pueblo llamaba su primer establecimiento “la Misión”.

En las Constituciones se encontrarán las reglas prácticas que él seguía en sus ejercicios piadosos. Se notará que estas reglas pretenden a la vez mantener entre los misioneros toda la regularidad compatible con sus funciones de trabajo y a inspirarles un celo animado por la más misericordiosa caridad, regulada por una santa prudencia.

Los colegios no entraban en los fines de la Congregación de Jesús y María y el P. Eudes no se inquietaba por aceptar su dirección. Al cabo de muchas dudas y quizás para no verse obligado a renunciar a la fundación del Seminario de Rennes, consintió en hacerse cargo del Colegio de esta ciudad, y tenía intención de no aceptar ningún otro en adelante, como lo declara formalmente en las Constituciones. Por esto, en las reglas relativas a este establecimiento, habla siempre del Colegio y no de los colegios. Como no duda en hablar de “Los Curatos” de los cuales la Congregación llegaría a encargarse.

En el pensamiento del P. Eudes, la dirección del Colegio de Rennes debía permitir a la Congregación ocupar los jóvenes hermanos que aún no habían recibido la unción sacerdotal y al mismo tiempo ejercitarlos en la práctica del apostolado, esperando que se les pudiera emplear en las obras propias del Instituto.

El santo recomienda al Superior del Seminario que era al mismo tiempo el Superior del Colegio mantenerlos en el espíritu y las virtudes de su vocación y en los reglamentos particulares que les dio, sobre todo, les insistía en permanecer fieles a las observancias comunes y dirigir sus esfuerzos, ante todo, en el ejercicio de sus funciones, a formar sólidos y fervientes cristianos.

Excepto el reglamento de los pensionados, las reglas del Colegio de Rennes están redactadas en latín. El plan y en gran parte el texto, los tomó el santo de las reglas que seguían los PP. del Oratorio en la dirección de sus colegios.

Los completó no obstante con un buen número de prescripciones nuevas sugeridas por su piedad y su experiencia, o por lo que antes había visto donde los Jesuitas en Caen.

Las parroquias tampoco entraban en las finalidades de la Congregación de Jesús y María; también quiso el P. Eudes que no se aceptaran sino por razones muy importantes y sólo en los lugares donde la Congregación ya está establecida, para que el cura pueda tener residencia y a su vez gozar de las ventajas de la vida comunitaria.

**6. ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA** - La Asamblea general. El Superior general. - Los Superiores locales. Los funcionarios de cada casa.

En la Congregación de Jesús y María, la autoridad es compartida entre la Asamblea general, el Superior general y los Superiores locales, de tal manera que éstos tengan poder sobre los inferiores, el Superior general sobre los Superiores locales y la Congregación sobre el Superior general, “para que éste y aquéllos tengan todo poder para obrar bien y que estén plenamente sujetos a una autoridad que los pueda reprender y corregir si hacen mal.”

La parte décima de las Constituciones señala las atribuciones de la Asamblea general; la undécima, las del Superior general y la duodécima, las de los Superiores locales.

He a qué la esencia.

La autoridad suprema reside en la Asamblea general, que representa la Congregación y se celebra ordinariamente cada tres años. Debe ser convocada por el Superior general o en su defecto por su primer Asistente. El Superior general y sus Asistentes asisten por derecho propio. La Asamblea se compone, además, de los Superiores locales y un Diputado elegido por cada casa.

Pero en el caso de que la Congregación llegue a ser muy numerosa, todos los miembros de la Asamblea, salvo el Superior general y sus Asistentes, serán sometidos a elección en las condiciones señaladas con mucha precisión por las Constituciones.

El Superior general es por derecho propio el primer funcionario de la Asamblea y a este título preside las sesiones. Los demás funcionarios son nombrados por la Asamblea, por mayoría de votos. Son los tres Consultores y los dos Secretarios.

Los Consultores reciben las mociones que presenten los particulares y después de examinarlas de común acuerdo con el Superior general, las proponen a la Asamblea o las descartan, como lo juzguen conveniente. No se podrá presentar en sesión una moción descartada por ellos, sin el permiso expreso del presidente, salvo en la última sesión, donde cada uno puede presentar la moción que desee.

El Secretario, asistido por un Secretario adjunto, se encargará de la redacción de las actas.

El Superior general, aunque es el Presidente de la Asamblea, está enteramente sometido a su autoridad y está obligado a seguir, en todo, la mayoría de votos. Sin embargo, su voto cuenta por dos.

Los poderes de la Asamblea son muy amplios. Le corresponde nombrar Superior general y sus Asistentes. El nombramiento del Superior general es vitalicio, y el de los Asistentes, sólo por tres años y no pueden ser elegidos más de dos veces consecutivas.

Además, la Asamblea general tiene la misión de controlar la administración del Superior general, y de sus Asistentes; y en este caso, ellos abandonan el salón de sesiones, para que pueda

juzgar con la más entera libertad. En algunos casos extremos, la Asamblea puede deponer al Superior general y elegir otro.

Desde el punto de vista legislativo, la Asamblea puede modificar las Constituciones relativas a los asuntos externos y temporales para ponerlas en armonía con las exigencias variables de los tiempos y lugares. Puede hacer reglamentos nuevos. Los que haga el Superior general, entre una Asamblea general y otra, sólo tendrán validez provisional y serán sometidos a la Asamblea siguiente, que puede confirmarlos o derogarlos.

En lo referente a la organización y atribuciones de las Asambleas generales, el P. Eudes adoptó las reglas del Oratorio.

El Cardenal Perraud ha hecho resaltar el contraste que presentaban con las tendencias políticas de la época. “En el siglo 17 y gran parte del siglo 18, cuando imperaban el absolutismo y la injusticia, los fundadores del Oratorio le dan una Constitución donde se encuentran tan escrupulosamente tratados los derechos de todos; en que los Superiores tienen el deber de inquirir la opinión de los inferiores, en que la autoridad es llamada a dar cuenta periódica de sus actos y dejar su poder ante un poder más alto, que es el de la Congregación representada por sus diputados.” (El Oratorio de Francia. p.93, 94).

Bajo el control de la Asamblea general, el Superior general gobierna toda la Congregación. Su autoridad es considerable y para fortalecerla, el P. Eudes decidió que fuera vitalicia.

Nadie puede admitirse a la probación ni ser incorporado ni mucho menos despedido sin su consentimiento. El debe aceptar los nuevos establecimientos, nombrar y deponer a los Superiores locales y el personal de cada casa, hacer la visita anual y dar permisos y dispensas de alguna importancia.

Le ayudan en su administración los Asistentes que le da la Asamblea general. El P. Eudes fijó su número en tres.

Tienen voto decisivo en las cuestiones de orden temporal, pero en lo demás sólo tienen voto consultivo, porque, como dice el santo, aunque sea bueno limitar el poder del Superior general en las cosas temporales, es conveniente darle más en las cosas espirituales, que se relacionan con la conducta interior de los espíritus y su avance en las vías de la perfección.

Cada comunidad se gobierna por un Superior local que se encarga de la administración temporal y espiritual, ayudado en sus funciones por dos Asistentes, un Monitor, un Ecónomo y en los seminarios un Prefecto, todos nombrados por el Superior general.

Los Asistentes tienen voto decisivo en las cuestiones materiales y voto consultivo en todo lo demás.

Los Superiores locales deben tener al Superior general informado de la marcha de su comunidad y deben recurrir a su autoridad para obtener una autorización escrita, en las cuestiones importantes, vgr. para vender o adquirir un

inmueble, para construir o demoler, prestar o tomar prestada una suma importante.

El P. Eudes quiere que el Superior general y los Superiores locales sean como servidores de sus gobernados y que les den ejemplo en toda circunstancia y los dirijan más “por caridad que por autoridad, por invitaciones que por órdenes, por suavidad que por rigor, por espíritu de mansedumbre que por espíritu de dominación y de imperio.” no como un maestro severo sino como un padre lleno de bondad y cordialidad. (Const. p.12.c.3)

La décima tercera y última parte de las Constituciones contiene las reglas que deben cumplir los empleados de cada casa. Sería largo analizarlas. Y la exacta observancia de estas reglas establecía un orden perfecto y una sabia economía en las casas.

En ninguna parte se revela de manera más completa el espíritu práctico del santo.

Al fin de esta última parte el P. Eudes puso las Reglas particulares de los “Hermanos Coadjutores” y de su Director.

## **7. CONCLUSIÓN DE LAS CONSTITUCIONES.**

La conclusión de las Constituciones está contenida en los dos últimos capítulos. Y trata de la obligación de cumplir con exactitud las Constituciones, y los medios para ello.

Por si mismas no obligan bajo pecado. Pero es raro que se las viole sin hacerse culpable de alguna falta por razones diversas,



cuya exposición el santo tomó, por lo menos en parte, de las “Pláticas espirituales” de San Francisco de Sales.

Para cumplir bien las Constituciones, el fundador recomienda tenerlas en alta estima. Ordena su lectura en ciertos actos de comunidad.

Invita a las Asambleas generales y a los Superiores a urgir su práctica e insiste en la necesidad de ser fiel en las pequeñas cosas porque, “la experiencia diaria nos muestra que la ruina de las más santas comunidades procede de la merma de observancia de sus reglas y que comienza por las pequeñas cosas que se creen sin importancia, de las que se pasa por grados a las más importantes.”

El P. Eudes termina recordando a sus hijos que la Congregación se ha fundado sólo para dar a la Iglesia santos sacerdotes y que el único medio de formarlos es cumplir con fidelidad sus constituciones y a esto los invita en uno de sus más patéticos llamados, donde estalla todo su amor por la Iglesia y por las almas.

Citemos el principio y el fin: “De rodillas, suplico humildemente a todos los hijos de la Congregación, mis queridos y amados hermanos, que mediten lo que voy a decir, lo graben profundamente en su corazón y lo practiquen cuidadosamente. Y es que como la Congregación se fundó en la Iglesia para darle ministros dignos del altar” *dignos altaris ministros*; irreprochables obreros del Evangelio, “*Operarios inconfusibiles*”; sacerdotes verdaderamente apostólicos,”

apostólicos sacerdotes”; pastores según el corazón de Dios,” pastores *juxta cor meum*”; eclesiásticos que sean imágenes vivas de su divina santidad y cumplidos modelos de perfección cristiana; en una palabra, no hombres sino Dioses y padres de Dioses, “*sacerdos est Deus Deos efficiens*”.

Y como los hijos de esta Congregación son escogidos por Dios, por bondad inconcebible, para dedicarlos a formar, perfeccionar y santificar estos dignos ministros del altar, estos obreros irreprochables, estos sacerdotes apostólicos, estos pastores según su corazón estas imágenes vivas de su divina santidad, estos modelos de perfección cristiana, estos Dioses y padres de Dioses, es evidente que nadie en el mundo está más obligado que ellos a trabajar por adquirir la perfección y la santidad.

De allí se concluye que nadie, de cualquier comunidad que sea, está más obligado a vivir en el orden y en la regla y a practicar con perfección todas las virtudes señaladas en estas Reglas y Constituciones, que los hijos de la Congregación...

Por esto, con todo mi corazón y en nombre del adorabilísimo Padre y de la muy amable Madre de nuestra Congregación, suplico de nuevo a todos sus hijos, especialmente a los Superiores, que piensen a menudo en estas verdades, que se persuadan de que el cumplimiento de las Reglas y Constituciones no es algo indiferente y nimio, sino muy necesaria e importante.

Que no es solamente un consejo u oportunidad de perfección para ellos, sino obligación perentoria de ser muy vigilantes, celosos y exactos en cumplirlas y hacerlas cumplir, no sólo las que conciernen a los hijos de la Congregación, sino a los seminaristas de toda condición, ya que sin esto es imposible que la Congregación y los seminarios que dirige puedan subsistir.” Maldición para los que desprecien o descuiden estas cosas. ¡Bendición sobre bendición para los que las practiquen!”

## **8. FUENTES DE LAS CONSTITUCIONES. SU ORIGINALIDAD. SU VALOR.**

Para la redacción de las Constituciones, el P. Eudes se inspiró en las “Reglas “de varias comunidades religiosas, principalmente en las del Oratorio y las de la Compañía de Jesús y en gran número de obras ascéticas, sobre todo en los “Coloquios espirituales” de San Francisco de Sales.

El P. Eudes había concebido su Congregación sobre el modelo del Oratorio; los fines que le asignó son los mismos que el P. de Bérulle asignó a su Instituto; el espíritu que implantó es el espíritu eclesiástico que los Padres de Bérulle y de Condren habían tratado de revivir y del que el santo se había impregnado.

Así, no extraña que en lo que corresponde a la vida y a los ministerios eclesiásticos y aún a la organización administrativa de la Congregación, los tomó de los reglamentos que el

Cardenal de Bérulle y el P. de Condren habían establecido en el Oratorio.

Las Constituciones de los PP. Jesuitas suministraron también al santo numerosas reglas que atañen a la disciplina general, la práctica de ciertas virtudes, como la obediencia; las relaciones de los inferiores con los Superiores, la admisión de las personas a la probación y otras cuestiones.

De los “Coloquios espirituales” de San Francisco de Sales, el P. Eudes tomó los principios, el espíritu de caridad, de benignidad, de cordialidad, de dulzura, que no cesa de recomendar a sus hijos.

Además, escogió con tanto discernimiento los materiales que tomó de sus predecesores y los fundió tan bien con el fruto de sus meditaciones y de su experiencia, que impresiona la unidad de pensamiento y de estilo en su obra.

En efecto, se observa de principio a fin ese profundo espíritu de religión, de celo ardiente, de caridad a la vez compasiva y firme, de abnegación total que caracteriza al P. Eudes.

Se ven en todas las cualidades maestras que el santo pone en todas sus obras, una feliz unión de principios elevados, de detalles prácticos, de abundancia y precisión, de energía y suavidad, de sencillez y fuertes imágenes.

Creemos que el libro de las Constituciones es uno de los mejores que haya salido de su pluma.

Desde el punto de vista ascético, es de una riqueza incomparable. En el aspecto literario, supera la mayor parte de sus obras, en la amplitud y regularidad del plan, la justa proporción de las partes, la precisión constante del estilo y la pureza del lenguaje. Los biógrafos del P. Eudes no han despreciado el valor de este libro y todos lo han elogiado. Dice el P. Costil: “En el año de 1654 el P. Eudes concibió el plan de las Constituciones externas que nos dio y tanto se nota en ellas el buen sentido, el espíritu cristiano y clerical y lo necesario para un buen gobierno y el sostenimiento del fervor en la Congregación, que no puede dudarse que recibió particulares luces del Espíritu Santo, además de las que tomó de las Constituciones de otras comunidades que en su tiempo vivían con regularidad.

Es el juicio que hasta hoy se han formado sus hijos, pues todos han reconocido que no hay lectura más útil que la de las Constituciones particulares que tratan de las virtudes cuyos motivos y prácticas, necesidad y ventajas el santo recomienda”.

El P. Martine dice: “No se puede dudar que el P. Eudes haya recibido luces particulares del Espíritu Santo para este trabajo tan importante y espinoso.<sup>1</sup>.

Se encuentra allí un sentido tan recto, un espíritu tan eclesiástico, tan rico conjunto de medios propios para formar y conservar un buen gobierno y también tan poderoso para

---

<sup>1</sup> Costil, Anales, p.288,289

sostener a las personas en el fervor y la piedad, que hay que convenir que el Espíritu de Dios acompañaba al autor.

Es el juicio que se han formado, hasta el presente, los que han leído estas Reglas con sencillez y sin prevención”.<sup>1</sup>

Hasta aquí, el libro de las Constituciones ha permanecido como un tesoro de familia que el público no conoce.

Las circunstancias lo han puesto a veces en manos de jueces competentes que no pertenecen a la familia del santo y que han proclamado su mérito.

Por ejemplo, M. Mollevaut a quien le habían mostrado las Constituciones del P. Eudes las encontró “admirables”<sup>2</sup> y el Cardenal Pitra confesaba U no conocer una Regla que llevara a una mayor abnegación y a una vida más sacerdotal”<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Martíne, I,p. 343.

<sup>2</sup> Dauphin, Vida del P. Louís, p. 52, 53

<sup>3</sup> Citado por el P. Boulay, Vida del V. Juan Eudes, II, p. 539.Página - 30

**CONSTITUCIONES PRIMITIVAS**

**DE LA CONGREGACIÓN**

**DE JESÚS Y MARIA**

**O.C. TOMO IX.**

**SAN JUAN EUDES.**

## **PREFACIO**

### **1. NECESIDAD Y UTILIDAD DE LAS REGLAS Y CONSTITUCIONES**

Los señaladísimos y numerosos efectos que la mano omnipotente de Dios ha obrado sobre esta pequeña Congregación para establecerla, sostenerla y protegerla por medios tan extraordinarios, contra la violencia de muchos y grandes esfuerzos que el infierno y el mundo han hecho para destruirla, nos dan motivo para esperar que como El es su autor y fundador, su divina Sabiduría y su infinita bondad la conservarán y gobernarán para su gloria y por el amor de su Hijo amado y su digna Madre, a los cuales ella pertenece de manera especial.<sup>1</sup>

Pero como el orden de su divina Providencia requiere nuestra cooperación para asociarnos con El en sus obras y hacernos partícipes, para hacer lo que nos correspondía, hemos escrito estas Reglas y Constituciones, para hacer conocer en primer lugar, el carácter de la Congregación, el objeto y fin para el que se fundó y para dar los medios de llegar a ella fácilmente, por la observancia de estas mismas Reglas y Constituciones.

Aunque nuestra profesión no sea monástica sino simplemente eclesiástica, nos engañaríamos sin embargo si creyéramos que

---

<sup>1</sup> Fuera de la alusión a las contradicciones que la Congregación de Jesús y María encontró en sus comienzos, este párrafo y el siguiente parecen tomados del preámbulo de las Constituciones de los Padres Jesuitas. San Francisco decía lo mismo de la Visitación y todos los fundadores de Órdenes han tenido un lenguaje análogo. No hay lugar entonces a ver en esta expresión del P. Eudes, un presentimiento relativo al destino de la Congregación.



no necesitamos reglas. Pues la vida de los eclesiásticos, especialmente los que viven en comunidad, no debe ser menos regulada que la de los monjes y la de los religiosos.

También es verdad que las reglas que el Espíritu Santo ha prescrito por tantos Concilios a los que están en la Orden de las órdenes, el sacerdocio, sobrepasan en número a las que los santos fundadores de las órdenes monásticas y religiosas han dado a sus hijos.

No hay estado ni condición en el mundo que no tenga sus leyes particulares y que no se gobierne por alguna regla. Qué sería si los consagrados a Dios, que ama infinitamente el orden y que odia el desorden, y consagrados de una manera tan santa y en el más santo de todos los estados y que deben ser la regla viva de los otros hombres, qué sería, digo, si estos hombres estuvieran sin regla; sólo los hijos de Belial, están sin yugo ni sujeción (“Filii Belial absque jugo” Jueces 19,22).

Los sacerdotes son los es visibles de la tierra y que representan la persona del sumo Sacerdote, que es el Santo de los Santos y que dice: “Sed santos porque yo soy santo”,(Lev. 11,44) están obligados a una altísima perfección y santidad y por consiguiente a practicar con excelencia todas las virtudes. Además, todas estas Reglas y Constituciones sólo son medios para practicarlas perfectamente.

Es verdad que la primera y principal regla es la ley interior del amor y de la caridad que el Espíritu Santo acostumbra imprimir en los corazones que Él habita.

Pero además de esta regla interior, las exteriores son necesarias, ya que el mismo Espíritu Santo las ha dado en gran número tanto a laicos como a eclesiásticos, por boca de los Prelados de la Iglesia y por las decisiones de los Concilios (Prefacio de las Constituciones de la Compañía de Jesús).

Como nuestra Congregación está empeñada en diferentes ocupaciones (Seminarios, Misiones y un Colegio) está obligada a tener muchas reglas para que todo se haga con orden.

Si todo lo que había y se hacía en la casa de Salomón, que no era sino la sombra de Nuestro Señor, estaba tan bien regulado y ordenado, hasta las menores cosas, que la reina de Saba estaba toda embelezada, ¿qué orden no se deberá ver entre los servidores del verdadero Salomón, que son los eclesiásticos? Pues toda la Iglesia es el estado de Jesucristo, el Rey de Reyes; el clero es su casa y su familia; los sacerdotes son sus servidores.

En la divina Comunidad de Jesús, María y José, que es la primera de todas las comunidades cristianas y el modelo que debemos imitar, había regla para todo, pues la divina Voluntad, que era su Superiora, regulaba hasta las menores cosas y todas las reglas estaban escritas no en el papel sino en el corazón de Jesús, de María y de José.

También en una comunidad de eclesiásticos como la nuestra que está consagrada a ella, y de la que debe ser imagen viva, todas las cosas, desde la primera a la última, deben ser reguladas y hechas con orden.

Si el Espíritu Santo les manda a todos los bautizados hacer todo con orden (1 Cor. 14,40). cuánto más los que, además del bautismo, han recibido el divino sacramento del Orden y que viviendo en comunidad están obligados por el nombre mismo de este sacramento a hacer todo con orden y según la regla. Pues Dios sólo está en el orden. Dios no está donde no hay orden.

Miremos que Jesucristo se sometió por nuestro amor y para darnos ejemplo, a gran multitud de leyes y de reglas. Pues sin hablar de las leyes de Moisés, a las que quiso sujetarse, cuando el Eterno Padre lo envió a este mundo, le regulé todo lo que debía hacer, decir, pensar y sufrir, los lugares a donde debía ir y lo que allí debía hacer, la manera como debía ejecutar cada cosa y aún los momentos en los que debía obrar sus misterios, sus milagros y hasta su menor acción.

Y entre estas reglas, le dio varias muy difíciles y rigurosas, como la de nacer en un establo, ser circuncidado, vivir varios años en las debilidades y bajezas de la infancia, vivir una vida pobre, trabajadora y sufriente, ser escupido, burlado, ultrajado, flagelado, coronado de espinas, crucificado y morir en la cruz.

El se sometió de todo corazón, por nuestro amor, a todas estas reglas, que escribió y grabé en su corazón desde el primer momento de su entrada al mundo, según dice el Espíritu Santo, en el Salmo 39,8.

Además de guardar puntualmente las reglas que su Padre le dio, sin dispensarse nunca de ellas y aunque era el Dios de su

Madre, se sometió a Ella y a San José y lo más extraño, quiso someterse a Caifás, a Pilato, a Herodes, a los verdugos y al poder de las tinieblas. (Luc.12,53).

Este amabilísimo Salvador, es el Soberano Sacerdote, el institutor, el fundador y el jefe de nuestro santo orden sacerdotal y en consecuencia, el modelo y el ejemplar a que estamos más obligados a ajustarnos.

Por esto debemos someternos de todo corazón, por su amor, a todas las Reglas y Constituciones que nos ha dado y tanto mas gustosos porque son muy suaves y fáciles y que al seguirlas, nos conducirán por el camino que El recorrió durante esta vida mortal, durante la cual nunca hizo su voluntad, a la que renunció para hacer siempre la de su Padre. En ello puso toda su devoción, su alegría y su felicidad. Por lo tanto, no nos dejemos sorprender por los engaños del espíritu maligno y de nuestro propio espíritu si nos quieren persuadir de que esta multitud de constituciones nos privarán de nuestra libertad y nos pondrán en cautividad.

La verdadera libertad no consiste en seguir nuestros deseos e inclinaciones, sino al contrario, que los que se dejan llevar por ellos pierden la verdadera libertad y se hacen esclavos del pecado y del demonio; porque la verdadera libertad consiste en renunciar a sí mismo y en desprenderse de sus pasiones y de su propia voluntad y en unirse estrechamente a Dios por una perfecta sumisión a su adorable Voluntad.

Es falso que la sujeción a todas estas Reglas y Constituciones nos ponga en cautividad, al contrario, nos dará la perfecta libertad, porque nos conduce y nos une a Dios y nos hace seguir su divina Voluntad que se nos manifiesta en ellas.

Es una maravillosa ventaja para los eclesiásticos que viven en una comunidad religiosa saber que, conduciéndose por la obediencia y siguiendo las reglas por amor a Dios, están seguros de que cumplen su santa Voluntad, que es el mayor motivo de consuelo que pueda haber en este mundo.

Y debemos recordar que solamente estamos para cumplir lo que Dios quiere de nosotros y que su divina Voluntad es nuestro fin y nuestro centro, por lo que se sigue necesariamente que nuestra salvación, nuestra perfección, nuestro descanso y nuestro soberano bien consiste en seguirla en todo y en todas partes.

Dichosos los miembros de esta Congregación que observen con fidelidad y de buen corazón estas Constituciones, por amor a Nuestra Señor y a su santa Madre, porque tendrán la verdadera paz y gustarán las inconcebibles dulzuras de la libertad de los hijos de Dios; porque imitarán a muchos grandes santos que se santificaron por este medio.

Dichosos, porque reproducirán los pasos del Hijo de Dios y de su santa Madre, y porque se harán verdaderos hijos del amabilísimo Corazón de Jesús y de María.

## **II SUMARIO DE ESTE LIBRO.**

Este libro contiene en primer lugar dos cosas principales que son:

1. Las Reglas que Nuestro Señor y su santa Madre dan a los miembros de su Congregación.

2. Las Constituciones que la Congregación da a sus hijos. Las Constituciones están divididas en dos puntos principales:

El primero contiene las Constituciones que son comunes a todos los miembros de la Congregación.

El segundo, las que son propias y particulares a diversas funciones y a cada uno de los funcionarios.

Todas estas Constituciones, tanto las comunes como las particulares, se dividen en trece partes.

Las seis primeras contienen las Constituciones comunes (excepto las de los capítulos 2, 3, 4, y 5 de la sexta parte que deben tenerse como particulares).

La primera parte contiene la descripción de la Congregación, su dependencia, su institutor, su fundador, a quién está dedicada, su fin, sus fundamentos y su espíritu.

La segunda parte contiene las Constituciones comunes y generales que deben observarse en todo tiempo, en cada día, en cada semana, en cada mes y en cada año y lo correspondiente a las cosas temporales.

La tercera parte contiene las Constituciones comunes para la práctica de las virtudes cristianas y principalmente, la virtud de religión.

La cuarta parte, las Constituciones comunes para la caridad cristiana.

La quinta, las Constituciones comunes para la humildad y otras virtudes.

La sexta, lo concerniente a los que son recibidos en la Congregación, su probación, su incorporación o despido, sus estudios y lo que se debe hacer luego de terminarlos.

La séptima, lo que atañe a los Seminarios.

La octava, lo relativo a las Misiones.

La novena, lo que corresponde al Colegio y los curatos.

La décima, lo pertinente a las Asambleas generales.

La undécima, lo atinente al Superior de la Congregación.

La duodécima, lo propio de los Superiores particulares, los Asistentes y Ecónomos.

La décima tercera contiene lo tocante a los demás funcionarios de cada casa.

Y al final, un capítulo que nos dice a qué obligan las Constituciones de la Congregación y otro que enseña los medios para hacerlas observar.

### **III DIFERENCIA ENTRE LAS REGLAS Y LAS CONSTITUCIONES.**

Esta diferencia consiste en que las Reglas que Nuestro Señor y su santa Madre dan a esta Congregación son los fundamentos principales de la vida cristiana y eclesiástica de la cual debemos vivir: y las Constituciones contienen la manera de cumplir bien las Reglas.

Las Reglas son el camino por donde debemos marchar para llegar a la salvación eterna y a la perfección que Dios pide de nosotros: y las Constituciones son las marcas puestas en este camino para seguirlo más fácilmente.

Las Reglas contienen los medios necesarios y convenientes para llegar al objeto y fin para los que nuestra Congregación se estableció y las Constituciones muestran la manera como hay que emplearlos.

Por ejemplo, las Reglas piden que se ocupe cuidadosamente en la oración: las Constituciones especifican el tiempo, la cantidad y la calidad de las oraciones que se deben hacer. Las Reglas ordenan que se proscriba la propiedad y que todo sea en común: las Constituciones enseñan el modo de hacerlo. (S. Francisco de Sales. Prefacio de las Constituciones de la Visitación). No hay que extrañarse si las Constituciones contienen varias cosas de las que ya se ha hablado en las Reglas, ya que aquellas son como una explicación de éstas.

Además, las Reglas se han tomado todas de la Sagrada Escritura y, por tanto, ellas mismas llevan su aprobación y su autoridad;



en cambio, las Constituciones necesitan ser aprobadas y autorizadas. Finalmente, ya que las Reglas son tomadas de las fuentes vivas de las divinas Escrituras, deben ser veneradas y observadas como la santa palabra de Dios, sea como mandato o como consejo. Pues lo que está en las Escritura como mandato, aquí también es mandato y lo que allí es consejo, aquí también. Pero las Constituciones no obligan sino en la manera como se declara al final de este libro.

## **ESTATUTOS Y CONSTITUCIONES De la Congregación de Jesús y María<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> La copia original decía: “de la Congregación de los Seminarios de Jesús y de María”. Las palabras “de los Seminarios” han sido borradas.

## **PRIMERA PARTE**

**Definición de la congregación, su dependencia, su institutor, su fundador, a quien está dedicada, su fin, sus fundamentos, su espíritu.**

### **CAPITULO I**

#### **COMPOSICIÓN Y CARÁCTER DE LA CONGREGACIÓN.**

Esta pequeña Congregación se compone de sacerdotes y otros eclesiásticos o que aspiran a este estado; también laicos que llevan el nombre de hermanos “coadjutores” para el servicio de la comunidad y el ministerio de las cosas temporales. (M. Blouet de Camilly, sucesor del P. Eudes, modificó un poco esta expresión, escribiendo de su mano, en varios lugares “siervos o ti domésticos”).

Su estado es eclesiástico y su propósito es vivir siempre en el orden de la jerarquía eclesiástica.

### **CAPITULO II**

#### **DEPENDENCIA DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SEÑORES OBISPOS.**

Como la Congregación quiere permanecer en la jerarquía que el Espíritu Santo estableció en la Iglesia, así, después del honor, el respeto y la obediencia que debe a N. Santo Padre el Papa, como sumo Pontífice y Vicario de Jesucristo en la tierra, ella quiere vivir inviolablemente en la dependencia de los Ilustrísimos Señores Obispos, a quienes honra como a sus prelados, maestros y padres, a cuya autoridad desea someterse, como todas las Congregaciones y Comunidades que dependen de su autoridad.

Por lo cual, cada casa de la Congregación estará sujeta a la jurisdicción del señor obispo de la diócesis, el cual tendrá derecho de visita, de corrección y todos los demás derechos episcopales.

Si ocurriera, (Dios no lo quiera) que uno o varios miembros de la Congregación, en cualquier número que sea, quisieran sustraerse a esta dependencia y jurisdicción o quisieran persuadir a otros a que lo hagan, si no manifiestan un verdadero arrepentimiento y no dan una conveniente satisfacción, serán expulsados de la Congregación, cualquier puesto o calidad que tengan, aunque sea el primer Superior.

### **CAPITULO III**

#### **SU INSTITUTOR Y FUNDADOR. A QUIEN ESTA DEDICADA. SUS PATRONOS. SANTOS QUE HONRA**

La Congregación no reconoce otro Institutor que el que instituyó el santo orden sacerdotal, que es el sumo Sacerdote, Jesucristo. Lo adora como su Fundador, su Superior y su Padre.

Honra también a su Santísima Madre, como su Fundadora, su Superiora y su Madre. Se empeña en imitar en lo posible, con la gracia divina, las virtudes que ellos practicaron en la tierra.

Está dedicada y consagrada en primer lugar a la Santísima Trinidad, como primer principio y último fin de toda la dignidad, santidad y ministerios sacerdotales.

En segundo lugar, a la primera, más santa y más digna de todas las comunidades que haya habido y habrá en la tierra, la sacratísima Comunidad de Jesús, María y José, a la cual considera y reverenda como su Regla, su ejemplar y su modelo. (El P. Eudes consagró la Congregación a la Sagrada Familia desde el 22 de enero de 1644. Ver MANUAL, parte 4: Para el 21 de enero. Regula *San Virginis Mariae*, c.3)

Además, está principal y singularmente dedicada en honor del Sacratísimo Corazón de Jesús y de María, muy digno santuario de la Divinidad, ardentísima hoguera de amor y caridad, sublime trono de todas las virtudes, cuya veneración e imitación le están particularmente recomendadas, como patrono principal. (El texto primitivo decía: “Además, está dedicada en honor del

Santísimo Corazón de la Madre del Amor hermoso, muy digno santuario...” La corrección se hizo en el manuscrito, con letra del Secretario).

Entre los Santos, honra e invoca al Arc .San Gabriel, San José, San Juan Evangelista, los santos Apóstoles y todos los santos Sacerdotes y Levitas, como sus Patronos secundarios.

También tiene una veneración particular a San Joaquín y santa Ana, padre y madre de la preciosísima Virgen María y a otros santos de los que hablaremos después.

## **CAPITULO IV**

### **OBJETO Y FIN DE ESTA CONGREGACIÓN.**

El fin supremo y general de esta Congregación, que le es común con muchas otras, es que sus miembros se esmeren por realizar estas palabras del Espíritu Santo: *“Colere Deum et facere Voluntatem ejus corde magno et animo volenti.”* (Honrar a Dios y hacer su Voluntad con entusiasmo (**Enoeosfiafmos**) e intrepidez). 2 Mac 1,3 y estas: “Servir a Cristo y a su Iglesia en santidad y justicia en su presencia, todos los días de su vida” Luc 1,75. Y por este medio, adquirir la perfección que un cristiano y un sacerdote deben tener para agradar a Dios.

Además de este fin último, tiene otros dos subalternos y particulares:

El primero es que sus hijos se dedican cuidadosamente, por los ejercicios de los Seminarios, a preparar obreros irreprochables para la viña del Señor, es decir buenos y santos eclesiásticos que sean dignos ministros de Dios, que ejerzan santamente todas las funciones de su ministerio y que sean ejemplo de virtudes y buenas obras para todos los fieles.

Si aconteciera (Dios no lo quiera) que en una o varias casas de la Congregación, los sacerdotes y clérigos llegasen a abandonar por su culpa las funciones y ejercicios de los Seminarios o a hacerlos con tanta negligencia y tan imperfectamente que la Iglesia no reciba de ello ningún fruto y que persistiesen en este desorden, serán privados del disfrute de esas casas, de los muebles y rentas pertinentes y aún serán separados y expulsados de la Congregación.

Y el Superior estará obligado a poner a otros en su lugar, que se dediquen de buena manera a esas funciones y ejercicios. Y si no lo hace, los señores obispos podrán por su autoridad absoluta expulsar a esos sacerdotes y clérigos de dichas casas y poner en su lugar a otros eclesiásticos que él quiera, para cumplir las funciones y ejercicios de los Seminarios.

El segundo fin particular de la Congregación es que sus hijos se esfuercen en renovar el espíritu del cristianismo y hacer vivir y reinar a Jesús en ellos, por su ejemplo, por sus oraciones, por sus instrucciones, por la práctica de los ministerios sacerdotales y especialmente por los ejercicios de las Misiones.

El medio para llegar a estos fines es la fiel observancia de las Reglas y Constituciones que están en este libro.

## **CAPITULO V**

### **FUNDAMENTOS DE LA CONGREGACIÓN.**

Está instituida sobre cuatro fundamentos que la harán estable e inmovible contra todos los esfuerzos y las tempestades del mundo y del infierno, mientras estos fundamentos permanezcan en ella.

El primer fundamento es la Gracia divina, de la que los eclesiásticos deben colmarse de tal modo, que sean fuente de gracia y de bendición para comunicarlas e irradiarlas continuamente en los corazones de los fieles. Por esto, los que sean recibidos en la Congregación deben prepararse, desde su entrada, a una confesión general o al menos extraordinaria para borrar por este medio el pecado de sus almas y establecer y afirmar más y más el reino de la gracia.

Luego harán promesa de hacer una guerra permanente a este monstruo infernal y de emplear todas sus fuerzas a la destrucción de su tiranía y a la propagación de la gracia en las almas.



El segundo fundamento de la Congregación es la divina Voluntad, la que debe ser mirada, adorada y amada, como la reina, la Superiora y la madre y que debe reinar, gobernar y dirigir todas las cosas según su voluntad.

Para esto es necesario que se aniquile cualquiera otra voluntad y que cada uno se esfuerce en renunciar continuamente a su propia voluntad para seguir la adorabilísima Voluntad de Dios, que habla y manifiesta sus órdenes por las Constituciones de la Congregación y por boca de los Superiores.

El tercer fundamento es el amor a la Cruz de Jesucristo, que los sacerdotes llevan sobre su cabeza en sus bonetes, como su corona, su ornamento y su gloria, para mostrar que todos deben estimar y amar la cruz, es decir, las privaciones, humillaciones y mortificaciones, tanto interiores como exteriores, de donde vengan, que todos puedan decir con San Pablo: “Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo por quien el mundo está crucificado para mí, como lo estoy para el mundo”. (Gál 6,14).

Si miramos y amamos así la cruz y abrazamos, por el amor del amabilísimo crucificado, todas las que nos lleguen, ellas purificarán, embellecerán, enriquecerán y ennoblecerán nuestras almas, más allá de toda palabra y las harán agradables a su divina Majestad.

El cuarto fundamento es una verdadera, sólida y espacialísima devoción a nuestro señor Jesús y a su santísima Madre, porque nuestra Congregación les pertenece, y por otros muchos títulos.

En primer lugar, porque toda la Iglesia, como se dijo antes, es el estado de Jesús y de María y el clero es su casa y su familia y sus servidores son los sacerdotes.

En segundo lugar, porque le ha sido ofrecida, dada y consagrada desde el comienzo y luego permanentemente.

Y en tercer lugar porque ellos han tomado posesión de ella y la han puesto bajo su dependencia, tanto por la bondad con que la han protegido y sostenido en su fundación y en su progreso, de un modo extraordinario, como por las gracias y abundantísimas bendiciones que han derramado sobre ella y sobre innumerables almas, por medio de las Misiones y de los Seminarios.

Por esto estamos infinitamente obligados a honrarlos, servirlos y amarlos con una devoción especialísima, que consiste en imitar y continuar, la vida que llevaron en este mundo: vida crucificada, despreciada, desprendida y despojada de todas las cosas de la tierra.

Vida interior, santa, perfecta y siempre unida a Dios por un ejercicio continuo de adoración, de alabanza y de amor.

Vida laboriosa; “desde la infancia viví en trabajos” (Sal.87,16)., dice Jesús. María puede decir lo mismo porque eran suyos los trabajos y penas de su Hijo.

Vida común, social, ejemplar y edificante frente al prójimo.

Vida sometida y regulada. Pues Jesús estaba sujeto a María y María a José y ambos observaban exactamente todas las reglas que les prescribía la divina Voluntad.

Debemos imitar su vida crucificada y muerta a todo lo de este mundo trabajando cuidadosamente en mortificar nuestros sentidos, nuestras pasiones e inclinaciones y en desprender nuestro espíritu y nuestro corazón de todas las cosas visibles.

Su vida interior, santa y perfecta, por el ejercicio de la oración y la salmodia, elevando a menudo nuestro espíritu y nuestro corazón, haciendo todas nuestras acciones, especialmente el ministerio sacerdotal, con espíritu interior y con la única pretensión de agradar a su divina Majestad y cumplir su santísima Voluntad.

Su vida laboriosa, huyendo de la ociosidad y la inutilidad, ocupándonos siempre en algún ejercicio útil para nosotros y para el prójimo, sufriendo con gusto, por el amor de Dios, los trabajos, fatigas penas y dificultades que se presentan a los que cooperan con El en la salvación de las almas.

Su vida común, social y ejemplar, por la práctica de la modestia, la dulzura y la humildad en la conversación con los demás.

Su vida, en fin, sujeta y regulada, sometiéndonos de buen grado a nuestros Superiores, con exactitud y puntualidad en el cumplimiento de nuestras Constituciones.

He aquí la verdadera devoción a nuestro Señor y a su santísima Madre, que es el cuarto fundamento de nuestra Congregación.

## CAPITULO VI

### EL ESPÍRITU DE LA CONGREGACIÓN.

Para que los hijos de la Congregación no caigan en el reproche que nuestro Señor hizo a aquellos a quienes dijo: "*Nescitis cujus spiritus estis*" "Ustedes no saben a qué espíritu pertenecen" (Luc 9,55). deben saber cual es el espíritu de la Congregación.

(En una carta del P. Eudes a 14. Mannoury (1651) sobre el espíritu que se debe inculcar a los novicios durante el tiempo de la Probación recomienda al Maestro de novicios que les haga leer y practicar el Reino de Jesús. Porque es el mejor libro para formarse en el espíritu de la Congregación. (Carta XV. O.C. T.X. p.394).

Siendo su Cabeza el Hijo de Dios, la Congregación debe estar animada y conducida por su espíritu y no otro.

Es cierto que todos los cristianos, como miembros de Jesucristo, deben estar animados de su espíritu, pero los eclesiásticos deben poseerlo con plenitud para comunicarlo a los demás.

Por esto el espíritu de nuestra Congregación debe ser:

Un espíritu de religión, de piedad, de amor, de confianza en Dios y de sumisión y abandono a su santa Voluntad.

Un espíritu de amor particular a la cruz

Un espíritu de veneración a todas las cosas de Dios, a todos los misterios de la vida de su Hijo Jesús, y de su santísima Madre y a todas las funciones clericales y sacerdotales, para hacerlas de una manera digna de Dios.

Un espíritu de sumisión y de amor singular a la Iglesia y todas sus leyes, ceremonias y usos, como corresponde a la que es la esposa del hijo de Dios y que todo lo hace movida y conducida por su Espíritu, que la posee y la gobierna en todo.

Un espíritu de respeto y de obediencia a los Ilustrísimos señores Prelados y a todos los Pastores de la Iglesia y a los reyes, gobernadores, jueces y magistrados, espíritu de honra y benevolencia especial a todos los eclesiásticos.

Un espíritu de amor, de reverencia, de sumisión a la Congregación, a todas sus órdenes, reglas y usos y Superiores que nos gobiernan.

Un espíritu de afecto cordial, sencillo, sincero y respetuoso a todos los miembros de la Congregación.

Un espíritu de estima, de caridad y de unión íntima con respecto a las santas Órdenes y Congregaciones que hay en la Iglesia y a todos sus estatutos, ejercicios y métodos de vida.

Un espíritu de celo ardiente por la salvación de las almas, que todas han costado la preciosa sangre del Hijo de Dios. Un Espíritu de paciencia, mansedumbre y benignidad para todas las personas.

Un Espíritu de misericordia y caridad para los que nos odian o desprecian o que de algún modo nos ofenden.

Un Espíritu de amor tierno y fuerte a los pobres, que nuestro Señor nos ha recomendado como a El mismo. Un Espíritu de enemistad y odio inconcebible al pecado.

Un Espíritu de aversión, desprecio y desprendimiento del mundo, de sus vanidades, de sus placeres y sus falsas riquezas, de su espíritu, de su conducta, de sus máximas y de sus modas, que han sido excomulgadas por boca de nuestro Señor Jesucristo, que es su enemigo.

Un Espíritu de abnegación, de mortificación, de pureza, de sobriedad y sobre todo de modestia, sencillez y humildad para sí mismo.

He aquí cual debe ser el espíritu de la Congregación. Quien no tenga este espíritu o al menos no lo desee y trate de tenerlo, no estará en el número de sus verdaderos hijos.

Y por lo tanto, que cada uno tenga gran cuidado de pedirlo mucho a Dios. Y para disponerse a recibirlo, que se esfuerce en renunciar enteramente al espíritu del mundo y a su propio espíritu y que se dé a menudo al Espíritu de Jesús.

## **SEGUNDA PARTE.**

**Constituciones comunes y generales de la Congregación  
Para todo tiempo, cada día, cada semana, cada mes  
y cada año. Las cosas temporales.**

### **CAPITULO I**

#### **PARA OBSERVAR EN TODO TIEMPO.**

Todos los hijos de esta Congregación deben considerar a menudo estas palabras de nuestro Señor: “Bajó del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado” (Jn. 6, 38).

Y para imitar este divino ejemplo, la primera y principal preocupación será renunciar enteramente a su propia voluntad para no tener ni seguir sino la de Dios, manifestada por la santa obediencia.

Jamás saldrán de la casa sin permiso del Superior o en su ausencia, del que lo sustituya, diciéndole a donde van y el motivo de la salida. El Superior, si puede hacerlo, dará un

acompañante a los que salgan. Nadie saldrá de la casa o entrará a ella sino por la puerta ordinaria.

Los que salgan anotarán su nombre en un tablero cerca de la puerta. Nadie saldrá antes del amanecer y regresará antes de anocheecer y si no se puede, avisará al Superior.

Huirán de la ociosidad como la fuente de todo mal y por tanto, fuera de las horas de conversación, no perderán tiempo en charlas inútiles o en otras diversiones y ocupaciones frívolas, sino que cada uno se retirará a su habitación o se dedicará al oficio que se le ha encomendado. (Cf. Introducción al “Memorial de la vida eclesiástica” O.C. Tomo 3, p. 66).

Guardarán silencio en el comedor, en los lavabos, en la sacristía, en los dormitorios y sobre todo en la Iglesia o Capilla.

No comerán ni beberán fuera de la casa sin permiso del Superior, quien lo dará raramente y por causas que miren al servicio y la gloria de Dios. No invitarán a nadie a comer, a beber ni a alojarse, sin permiso. Nadie comerá en su habitación ni otro lugar fuera del comedor, sino por enfermedad o dolencia notable.

No comerán fuera de horas, salvo por necesidad y con licencia del Superior.

Nadie cerrará la puerta de su habitación de tal manera que no se la pueda abrir por fuera, si no es por necesidad y por poco tiempo. No dejarán abiertas las ventanas durante la noche y no dormirán descubiertos.



Cuando lleven luz a la habitación o a otras partes, pondrán cuidado de que no haya ningún peligro o inconveniente. Jamás leerán en el lecho con vela, ni la pegarán a la pared.

No permitirán a los externos entrar a su habitación ni tampoco entrarán a la de otro, aun cuando sea para estar allí un momento, sin el permiso general o particular del Superior, o sin necesidad urgente.

Cuando haya alguien en la habitación, sólo se puede abrir la puerta después de tocar modestamente y que hayan respondido: ENTRE.

Mientras se permanezca en ella, la puerta debe estar entreabierta, excepto la del Superior cuando se le deba hablar largo tiempo.

Si entra o sale de su habitación o la de otro, dirá un AVE MARIA. El Superior tendrá una llave extra de cada habitación.

Cuando pasen por un lugar donde haya una casa de la Congregación, se alojarán allí y no en un hotel; mientras estén en ella, se someterán al Superior como los demás. Y si van a ese lugar para tratar algunos negocios, se los comunicarán y tomarán su consejo.

Si permanecen más de tres días, pagarán su pensión, si el Superior no dispone otra cosa por alguna buena razón; y esas pensiones serán reguladas por el Visitador en cada casa.

Cuando se comisione a alguien para un oficio, pero no pueda hacerlo, lo advertirá al Superior.

La Congregación no nos obliga en común a ninguna austeridad o mortificación corporal excepto la abstinencia de carne, en la víspera de las fiestas de nuestro Señor y nuestra Señora y lunes y martes de la Quincuagésima y el ayuno en la víspera de la fiesta de su Concepción y del Sacratísimo Corazón de Jesús y de Maria.

Sin embargo, la Congregación aprueba que cada uno pueda hacerlas particularmente, con el permiso del Superior, según su disposición a la gracia y sus fuerzas corporales. Pero, sobre todo, trabajarán cuidadosamente en vencer sus pasiones y malos hábitos.

Todos recordarán que una de las obligaciones principales de un eclesiástico es renunciar al apego desordenado de su familia, ya que Melquisedec, figura y modelo del sacerdote cristiano, se nos presenta en la Sagrada Escritura, sin padre, ni madre, sin genealogía.

Y recordarán que el soberano Sacerdote ha dicho: “El que ame a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí”. Y: “El que no aborrece a su padre y a su madre (es decir, cuando impiden dar a Dios lo que él nos pide) no puede ser mi discípulo”.

Por esto, tratarán de dirigir todos sus afectos hacia nuestro Señor, mirándolo y amándolo como su padre, su madre, su

hermano, su todo; y se despojarán de todos sus sentimientos de la carne o de la sangre, para amar a su familia como Dios quiere, es decir, con un amor puramente espiritual.

Los santos Concilios, prohíben a los eclesiásticos llevar luto por la muerte de sus familiares, y debemos obedecer.

Los verdaderos hijos de la Congregación harán profesión de despreciar y odiar todo lo que el mundo estima y ama; de amar todo lo que Jesucristo ha amado; de conducirse en todo, no según los sentidos, como los animales, ni aun según la razón humana solamente, o como los paganos; sino según la luz de la fe, las máximas del Evangelio, el ejemplo de la vida y costumbres del Hijo de Dios y de su Santa Madre, que debe ser la regla de nuestra vida.

## **CAPITULO II**

### **PARA CUMPLIR CADA DIA.**

Desde la fiesta de la Anunciación hasta la de San Miguel, la levantada será a las cuatro y media. Y desde la de San Miguel hasta la de la Anunciación, a las cinco; menos en el Colegio, donde se levantarán siempre a las cuatro y media.

Se vestirán en media hora y harán su cama; durante este tiempo meditarán sobre el tema de la oración o algún buen pensamiento O dirán alguna oración vocal.

En seguida se arrodillarán para adorar a la Santísima Trinidad y a nuestro Señor Jesucristo, sea diciendo el Gloria *Patri* y *Adoramus te Christe*; y para saludar a la Virgen, al de la Guarda, los otros son y Santos, sea mentalmente o por alguna oración vocal, cada uno según su devoción.

No saldrán de la habitación con gorro de noche y sin estar completamente vestidos y al salir caminarán sin ruido, haciendo todo con espíritu tranquilo y recogido, para disponerse a la oración.

En verano de cinco a seis, y en invierno de cinco y media a seis y media harán la oración en común y delante del Santísimo Sacramento, cuando se pueda.

Inmediatamente después, los que están obligados al Oficio, recitarán las horas menores en común, en el lugar donde se haga la oración y que haya al menos cuatro o cinco que puedan asistir allí cómodamente.

Todos los clérigos oirán una misa todos los días, o si se puede, la ayudarán con las ceremonias exteriores señaladas en el librito hecho para esto y con toda la devoción interior posible. (O.C. tomo 4, p. 405 y ss).

Comulgarán juntos cuando se pueda, todos los domingos y jueves y Si llega una fiesta en la semana, la comunión del jueves se hará aquel día. (El P. Eudes fue en su tiempo un propagador de la comunión frecuente. Los novicios de las Órdenes

religiosas, aún de la Compañía de Jesús, sólo comulgaban una vez a la semana. Hoy en día se hace aún cotidianamente).

Todos los sacerdotes celebrarán la santa misa diariamente si es posible; o al menos asistirán a ella, si no están indispuestos o impedidos para ello.

Todos se confesarán con el confesor designado por el Superior. Celebrada la santa Misa, los que tengan necesidad de tomar algo, irán al lugar destinado para esto, donde se guardará silencio.

El resto de la mañana, cada uno se retirará a la habitación para estudiar, orar, hacer alguna otra buena acción o dedicarse a su oficio.

A las once y media se tocará la campana y acudirán a la sacristía, para ir todos ante el Santísimo Sacramento, a fin de recitar las Letanías y hacer el examen y las oraciones acostumbradas. Esto se hará en Cuaresma a las once y cuarto, para recitar las Vísperas antes de las Letanías. Después de esto, irán al comedor.

Cada uno servirá a la mesa por turno; cuando haya un número suficiente de personas, también por turno, leerán antes la manera de hacer bien esta acción y luego otra lectura edificante.

Si el lector comete alguna falta al leer latín o francés, sea en el acento o por leer demasiado rápido o pronunciar mal, el Superior o el encargado le llamarán la atención

inmediatamente, según la costumbre. Terminada la comida, irán ante el Santísimo para recitar las oraciones acostumbradas.

En seguida, los designados para ello, barrerán la iglesia o capilla y la sacristía, después de abrir todas las ventanas y de echarle agua si es necesario, para que el polvo no dañe nada. (Nota marginal del P. Eudes: esto es principalmente para los que están en Probación)

Otros limpiarán las gradas de los altares y otros ayudarán al Sacristán a doblar y guardar los ornamentos; si el Superior considera que se necesita más tiempo para todo esto, dejará una parte para después de las Vísperas. Luego se recrearán modestamente juntos sin separarse, hasta la una.

Después, de una a dos, aprenderán el canto y las ceremonias y a ayudar bien las misas rezadas, alternando, un día canto, otro las ceremonias, sea de la misa, sea del oficio divino, sea de la administración de los sacramentos u otra función eclesiástica, según la necesidad más urgente.

Los que no estén ocupados en esto, se reunirán en otro lugar y allí se explicará la Sagrada Escritura, especialmente los salmos. Pero sólo dirán su pensamiento cuando se lo pregunten y con modestia y desprendimiento de su propio criterio.

En el Colegio, los directores no estarán obligados a estas cosas, sino que después de una hora de recreo, se retirarán a sus habitaciones. A las dos, recitarán Vísperas y completas en común y cuando se pueda lo harán delante del Santísimo

Sacramento. En Cuaresma dirán las Completas a las tres, en los días laborables, y las cantarán en las fiestas.

Los domingos de todo tiempo y en las fiestas fuera de la Cuaresma, cantarán Vísperas, solamente a las dos y media. Todos los viernes después de Completas, recitarán el *Stabat Mater*, menos cuando en estos días caiga alguna fiesta de primera o segunda clase y en las Octavas.

En Cuaresma, además de recitarlo los viernes, lo cantarán los domingos después de las Vísperas y en la fiesta de N. Señora de la Piedad después de Completas, como también en la de la Anunciación, cuando caiga en Cuaresma.

Después de las Vísperas, hasta las cinco y media, se retirarán a su habitación para estudiar, orar o hacer algo útil. A las cinco y media recitarán Maitines y Laudes en común, ante el Santísimo Sacramento, cuando se pueda. El sábado comenzarán a las cinco a recitar el oficio del domingo, porque es más largo que el de los otros días y también porque después de las Letanías de la Virgen se cantará el "*Inviolatata*".

Los domingos y fiestas de la Virgen también comenzarán Maitines a las cinco, porque al final cantarán las Letanías de la Virgen y el *Monstra te esse Matrem*, dos veces y *Sit Laus Deo Patri*, una vez; luego en Adviento el versículo *Post Partum* etc. o bien, *Ora pro nobis Sancta Dei Genitrix*, y la oración *Deus ineffabilis* misericordia, enseguida el *Ángelus* y el *Benedictum sit*.

Si, para la comodidad del pueblo, es mejor cantar las Letanías antes del Oficio, se podrá hacer, a juicio del Superior. Los otros días, después del Oficio, recitarán solamente las Letanías de la Virgen, al final de las cuales se dirá la oración *Deus Ineffabilis*. el *Ángelus*, *Monstra te esse Matrem* (3 veces), *Benedictum*..... .etc. Luego irán a comer, y después recitarán las oraciones acostumbradas, delante del Santísimo Sacramento.

Después, durante la conversación, cada uno dirá un pasaje tomado del capítulo de la Sagrada Escritura, que se haya leído ese día. Luego se propondrán tres casos de conciencia y como de costumbre, sólo hablarán cuando se les pregunte, diciendo sencillamente su concepto, sin atacar ni impugnar el de los demás.

El sábado, cada uno leerá un pasaje de la sagrada Escritura O de los Santos Padres, en alabanza de la Santísima Virgen. A las ocho y media harán el examen y las oraciones de la noche, delante del Santísimo Sacramento; luego leerán o propondrán el tema de la oración para el día siguiente. Guardarán completo silencio desde el examen, hasta la mañana siguiente, después de la oración.

Luego de las oraciones de la noche, se retirarán a su habitación; a las nueve y media se acostarán y apagarán su vela. A esta misma hora, el lector u otro designado por el Superior, tocará la retirada e irá por todas las habitaciones para hacer apagar las velas.



Luego apagará las lámparas de la casa y visitará todos los lugares de la comunidad donde haya habido fuego para ver que todo esté bien apagado y no haya peligro.

Cada uno hará su cama todos los días.

Cada día, todos leerán de rodillas algo de la sagrada Escritura y harán al menos un cuarto de hora de lectura espiritual en algún libro de piedad.

Los que estén obligados al Oficio lo recitarán en coro, mientras los demás se retirarán a su habitación y dirán en su lugar el Oficio Parvo de nuestra Señora y luego estudiarán o se ocuparán en otra cosa. Los domingos y fiestas asistirán a Vísperas; y todos los días a las Letanías de la mañana y de la noche.

### **CAPITULO III**

#### **PARA CUMPLIR CADA SEMANA.**

Al menos una vez a la semana, harán que un pobre coma en el refectorio con la comunidad; y tres veces, en las casas que no sean pobres. Y el dispensero los buscará y los hará venir.

Habrà una charla o conferencia espiritual, cada semana, para los sacerdotes y clérigos de la casa y una cada quince días para los hermanos coadjutores; y cuando ocurra alguna fiesta importante se hará la víspera o antevíspera de la fiesta. Versará

sobre las materias señaladas en el capítulo 13 de la tercera parte y del modo descrito en el Cap. 5° de la sexta parte.

La humillación se hará todos los viernes a las cinco, del modo acostumbrado, excepto cuando ocurra en viernes alguna fiesta de primera o segunda clase.

Todos los lunes estarán consagrados especialmente a honrar la santa Infancia de Jesús. La meditación será sobre la humildad; los martes sobre la obediencia; los miércoles, sobre la caridad; los jueves, sobre el Santísimo Sacramento; los viernes, sobre la pasión; los sábados, sobre la Santísima Virgen, excepto cuando en aquellos días ocurra una fiesta importante.

Todos los viernes, después de las Vísperas, dos sacerdotes o clérigos irán a visitar a los pobres del hospital o a los prisioneros, alternativamente, cuando lo permita la comodidad o lo requiera la necesidad y no haya peligro de enfermedades contagiosas, para darles algún consuelo e instrucción; ordinariamente lo harán los dos coristas mayores.

Todos los sábados, el semanero y el lector y a veces el Superior, con un compañero, irán a la cocina a lavar la vajilla, en honor a la humildad de Jesús y su santa Madre, a fin de obtener de Dios y de su santa Madre una verdadera humildad para todos los hijos de la Congregación. Durante este acto recitarán juntos las Letanías de Nuestro Señor o las de Nuestra Señora.

Todos los sábados, después de las Letanías de la noche, cantarán, de sobrepelliz y con el cirio en la mano, el "*Inviolata*"

y dos veces, el *Monstra te esse Matrem*, luego el *Sit laus Deo Patri* etc. el versículo *Post Partum*, o bien en el adviento, el *Ángelus Domini*, la oración *omnipotens Sempiternus Deus qui pro nobis de castissima*, etc., y para terminar se dirá el *Ángelus*, luego el *Benedictum sit*, etc.

Todos barrerán su habitación para mantenerla limpia. Tendrán un día de descanso en la semana, en el cual irán juntos a pasear fuera de la ciudad o se recrearán” decentemente en la casa.

No irán a pasearse en domingos ni en las fiestas ni en viernes, excepto los del Colegio, que lo podrán hacer cuando ocurra una fiesta miércoles o jueves si no es una fiesta solemne, pero nunca en viernes, por respeto a la Pasión de Nuestro Señor.

## **CAPITULO IV**

### **PARA HACER CADA MES.**

El último día del mes, hechas las oraciones de la noche, se distribuirán las sentencias del mes, como de costumbre, después de hacer las oraciones del caso.

Cada uno de los que están en período de Probación comunicará su interior al Superior o al Director cada mes o antes si quiere. (La primera redacción decía: cada uno comunicará” pero el santo hizo la modificación en el manuscrito). Sin embargo, esto se hará libremente y sin ser forzado.

Todos los miércoles que no tengan un oficio de nueve lecciones, se honrará a San José, San Joaquín y Santa Ana y en cuanto puedan, todos los sacerdotes celebrarán, excepto en cuaresma, una misa votiva en honor de estos santos, de este modo: el primer miércoles libre, en honor de San José, con conmemoración de San Joaquín y Santa Ana. El segundo miércoles, en honor de San Joaquín, con memoria de San José y Santa Ana y el tercero, si se encuentra uno libre, en honor de Santa Ana, con memoria de San José y de San Joaquín.

## **CAPITULO V**

### **PARA HACER CADA AÑO.**

Cada año, los eclesiásticos tendrán un retiro de diez días y los hermanos, de tres días. En este tiempo todos harán su confesión anual. Y el Superior cumplirá, el primero, cuidadosamente, esta regla y la hará cumplir a los demás y dará a cada uno el tiempo conveniente para ello y si alguien falta culpablemente, lo avisará al Superior general.

Los Superiores y sacerdotes que hayan pasado más de diez años en la Congregación podrán darse a sí mismos los ejercicios del retiro, si no desean que otro se los dé. Los demás lo tomarán del Director.

Después de la Octava de la Epifanía, harán los ejercicios del Nacimiento y del Bautismo, que están en el libro de Reino de Jesús. (O.C. Tomo 1. p.496. Esta indicación de libro y las que

siguen, las agregó el P. Eudes al manuscrito). Y al mismo tiempo se leerá en el comedor el libro del Contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo (O.C. Tomo II. p. 196).

Nueve días antes de la fiesta de la presentación de la Santísima Virgen, la meditación versará sobre la Tonsura, las Órdenes menores y las sagradas Órdenes, para renovar en sí la gracia y el espíritu del sacerdocio.

Y durante este tiempo leerán en el comedor el Memorial de los Eclesiásticos (O.C. Tomo III). y el libro del Sacrificio admirable de la Santa Misa. (Esta obra, compuesta por el P. Eudes, no fue impresa después de su muerte y desgraciadamente se perdió).

En la fiesta de la Presentación, todos harán la renovación de la profesión eclesiástica, en el modo indicado en el Manual de la Congregación. (O.C. Tomo III. p. 442).

El miércoles de Ceniza conmemorarán el ejercicio de la preparación a la muerte, que está en el libro del Reino de Jesús. (O.C. T. I. p. 520).

El veintitrés de Marzo, los incorporados a la Congregación renovarán la incorporación, como se señala en el Manual de la Congregación. (O.C. T. III. p.402. El Manual indica el día 24 de Marzo).

En la fiesta de la Anunciación, todos darán gracias a Dios, de todo corazón por haber establecido nuestra Congregación en este día, se renovarán en el espíritu de nuestro Señor y de su santa Madre y en el deseo de corregir y reparar sus faltas y

negligencias pasadas y de servir a Dios en adelante con más perfección y fidelidad por la observancia de las Constituciones de la Congregación.

En Adviento, emplearán la primera semana en honrar la divina Justicia y los juicios de Dios, tanto el general que hará al fin de los siglos, como los particulares que ejerce continuamente y de diversas maneras.

La segunda semana, en honrar el misterio de la Concepción inmaculada de la Bienaventurada Virgen. (El P. Eudes corrigió de su mano, para las segundas, tercera y cuarta semanas, O.C. T.III. p.452 ss). La tercera, en honrar el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.

La cuarta semana, en honrar la residencia y la vida de Jesús en María y de María en Jesús, durante nueve meses y en prepararse para la fiesta de Navidad.

Desde Navidad hasta la Purificación, honrarán especialmente la santa Infancia de Jesús y para esto, se leerá en el comedor el librito de la Devoción a la divina Infancia. (Esta obra del P. Eudes tampoco se ha podido encontrar).

Desde la Purificación hasta la Cuaresma, la vida oculta y laboriosa de Jesús. En la primera semana de Cuaresma, su vida solitaria y penitente en el desierto. En la segunda, todas las humillaciones exteriores e interiores que sufrió durante toda su vida. En la tercera, todas sus privaciones externas e internas. En la cuarta, todas las mortificaciones exteriores e interiores que

sufrió durante su vida. En la quinta y sexta, todos los sufrimientos interiores y exteriores que soportó durante su pasión.

Consagrarán los tres días que hay entre la tiesta de la Santísima Trinidad y la del Santísimo Sacramento, a honrar las tres divinas Personas, el lunes al Padre; el martes, al Hijo y el miércoles, al Espíritu Santo y la oración será en estos tres días sobre cada una de estas tres adorables Personas.

Si es posible, los sacerdotes celebrarán el lunes, una Misa votiva de la Santísima Trinidad, en honor del Padre; el martes una Misa votiva del divino Corazón de Jesús (La primera redacción decía: “del santo Nombre de Jesús” El mismo P. Eudes la corrigió), en honor del Hijo. Y el miércoles, una Misa votiva en honor del Espíritu Santo.

Desde la Octava del Santísimo Sacramento hasta el Adviento, honrarán la vida pública y conversaste de Jesús con los hombres.

Desde la Natividad de la santísima Virgen hasta el doce de Octubre, C.C. T.III. p. 425). honrarán su santa Infancia y durante este tiempo, leerán en el comedor el libro de esta misma Infancia. (C.C. T. V)..

Cada año, el viernes de la primera semana de adviento, la comunidad se reunirá a las cuatro y luego del *Veni Creator*, harán cuatro cosas:

1- Una conferencia o plática sobre el desprendimiento que cada uno debe tener de su propia voluntad y la disposición en que debe aceptar gustoso el oficio que le sea dado.

2- Todos los funcionarios nombrados por el Superior de la casa harán la humillación, acusándose de las faltas que hayan cometido en su oficio, el cual dejarán en manos del Superior y terminarán su humillación con estas palabras:

“Me acuso en general de todas las faltas que haya cometido en el oficio que se me ha dado y me someto a la penitencia que os plazca imponerme y reconozco que soy indigno de tener empleo alguno en la casa de Dios.

Por esto, dejo en vuestras manos mi empleo y me doy de todo corazón a nuestro Señor para hacer su santa Voluntad, que me será manifestada por Vos.” Dicho esto, cada uno pondrá en manos del Superior las reglas de su oficio y luego volverá a su lugar.

3- Terminada la humillación, el Superior cambiará los funcionarios que crea conveniente y dejará a los que juzgue que deben seguir, conforme al talento y disposición de cada uno, dándoles las reglas de su oficio, que vendrán a tomar cuando se les llame, poniéndose de rodillas para ello y recibéndolas cono de la mano de Dios.

Luego, el Superior los exhortará brevemente a que sean cuidadosos, exactos y fieles en la observancia de las reglas de su oficio.



4- Todos los miembros de la comunidad sacarán a la suerte los billetes sobre las virtudes que tendrán que practicar durante el año y el lugar que tendrán, de cualquier calidad y condición que sean, en el comedor y en la iglesia, excepto el primer Asistente, que tendrá siempre el primer lugar después del Superior.

Por esta razón, habrá dos billetes separados de los otros, que contienen solamente una Virtud y serán sacados a la suerte por el Superior y el primer Asistente.

Después, se abrazarán mutuamente, como lo dice el Reglamento sobre la caridad. Hecho todo esto, dirán el Gloria Patri, el Gloria Tibi Domine, el *Sub tuum praesidium, Sancti Ángeli et omnes Sancti etc; Benedictum Sit etc; Nos cum prole pia* etc.

Cada año, la víspera o antevíspera de las fiestas del Sacratísimo Corazón de Jesús y de Maria o en alguno de los días de las Octavas, harán que doce pobres coman en el refectorio, antes de la comunidad, a quienes se les servirá con gran respeto y caridad; y otros doce el dos de Noviembre, fiesta de los Difuntos.

Y el jueves Santo comerán trece, después de haberles lavado los pies. Después de que hayan comido, se les dará una moneda y alguna instrucción corta. Y el dispensero será el encargado de hacer venir a los pobres.

## **CAPITULO VI**

### **LAS COSAS TEMPORALES.**

En cada casa habrá un lugar, armario o cofre para guardar los papeles, dinero y otras cosas de valor, de donde nada se sacará sin registrarlo, y estará cerrado con tres llaves diferentes: el Superior tendrá una, el primer Asistente, la segunda y el Ecónomo, la tercera. Lo mismo para las alcancías y tesoros de la iglesia.

Habrá siete libros principales en cada casa:

El primero contendrá las copias auténticas de las patentes de los señores Obispos diocesanos, las del Rey, los decretos de las verificaciones, contratos de fundación y otros documentos semejantes que conciernen a los bienes y rentas y todo el estado de la casa. Este libro se guardará en el lugar ya dicho.

El segundo guardará las visitas anuales y lo tendrá el Superior.

El tercero guardará las actas y los nombres de todos los incorporados a la Congregación, en cada casa, y lo guardará también el Superior.

El cuarto contendrá los nombres y actas de incorporación de los hermanos coadjutores de cada casa.

El quinto guardará los nombres de los miembros de la Congregación, tanto eclesiásticos como laicos, incorporados o no, su edad, su diócesis, su parroquia, el tiempo de iniciación, la edad que tenían y el tiempo de su sacerdocio en la

Congregación si son presbíteros. También los nombres de los difuntos en cada casa y en toda la Congregación. El primer Asistente, guardará este libro y tendrá el cuidado de escribir o hacer escribir todas estas cosas. El sexto contendrá los nombres de todos los fundadores y de los bienhechores importantes de la congregación, y de cada casa, con las cosas principales que hayan dado o hecho en su favor. El Superior guardará este libro y hará escribir en él estas cosas.

En el séptimo se anotarán los favores especiales que la Congregación haya recibido de nuestro Señor y de su santa Madre y de sus Santos, con los días y los años en que se recibieron. Y también las cosas considerables que Dios obre por medio de los nuestros, sea en la casa, por fuera, o en las misiones y que puedan servir para edificación y consuelo de los miembros de la Congregación.

El Superior tendrá a su cuidado este libro o se lo dará a quien juzgue conveniente.

No aceptarán fundaciones con cargas demasiado onerosas y que no puedan pagarse fácilmente, por temor de que el no hacerlo atraiga la maldición de Dios sobre la Congregación.

Tampoco aceptarán, con condición de hacer misiones o de alimentar por un tiempo, en alguna de nuestras casas, a eclesiásticos u otros aspirantes al estado eclesiástico; la experiencia nos ha enseñado que esto trae muchos inconvenientes.

En todos los actos públicos que conciernen a los negocios de nuestras casas, como contratos, obligaciones, recibos etc. basta, para hacerlos válidos y ejecutoriarlos, que los firmen el Superior y otros dos, es decir, el primer Asistente y el Ecónomo y en su ausencia, dos de los más antiguos.

Las pensiones acompañarán a aquellos que las hagan, en las casas donde vayan, si el Superior de la Congregación no dispone otra cosa en todo o en parte, para ayudar a alguna de nuestras casas que tengan gran necesidad.

Todos se abstendrán de viajes innecesarios, pero si alguno se ve obligado a hacerlo para sus propios negocios o para visitar a sus padres enfermos y que no pueda costearse los gastos, la casa le suministrará caritativamente lo necesario.

Cuando se envíe a alguno a otra casa, la casa de donde salga debe enviarlo bien vestido y darle lo necesario para su viático; pero la casa a donde vaya a prestar algún servicio, dará a la otra casa el importe del viaje.

Si no va por alguna necesidad de la casa sino para tonar el aire, o por algún otro motivo que no sea de utilidad para esta casa, es la casa de donde sale, la que debe costear su viaje y en caso de dificultad, es el Superior de la Congregación el que debe juzgar, y podrá repartir los gastos entre las dos casas.

Mientras tenga buena salud, no esperará la ocasión de una grave enfermedad, para poner en orden sus negocios particulares; que la Comunidad no tenga que incomodarse

después de su muerte y que no tenga nada qué discutir con sus herederos.

Los fondos dados en efectivo para ciertas fundaciones no se emplearán en prácticas ordinarias de la casa ni en construcciones u ornamentos para la iglesia o muebles o cosas parecidas, sino que serán conservadas para renta anual, sin tocar el principal.

Y en caso de rescates o reembolsos, esos fondos serán reemplazados lo más pronto posible.

Si alguien quiere hacer una donación, sea de fondos o de rentas o en efectivo o de otra manera, el Superior la dedicará, previo concepto de su Consejo, a una o varias casas de la Congregación, como lo juzgue conveniente, según las necesidades de las casas, mirando siempre el bien general de la Congregación.

## **TERCERA PARTE. LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS.**

### **LA VIRTUD DE RELIGIÓN.**

Cada familia o comunidad de la Congregación debe ser una imagen viva de la santa Familia y divina Comunidad de Jesús, María y José. Todas las virtudes que reinaban en esa sagrada Familia en sumo grado deben practicarse en ésta con tanta perfección, que cada casa sea una escuela de virtud y santidad para todos los que a ella llegan y que cada eclesiástico de la Congregación sea verdaderamente la sal de la tierra, la luz del mundo, el buen aroma de Jesús en todo lugar, un visible y un vaso de honor y de santificación, útil al Señor y dispuesto a toda clase de buenas obras.

Pero entre todas las virtudes, debemos amar y practicar especial -mente estas: La virtud de Religión, la caridad, la gratitud y el reconocimiento, el celo por la salvación de las almas, la humildad, la obediencia, el amor a la pobreza, la castidad, la sobriedad, la modestia, la sencillez, la verdad y la fidelidad a sus palabras y promesas, la limpieza y el silencio.

Para esto, todas estas virtudes serán una de las principales materias de pláticas y conferencias y para practicarlas perfectamente, se cumplirán cuidadosamente las siguientes reglas

## **CAPITULO PRIMERO.**

### **LA VIRTUD DE RELIGIÓN CON RESPECTO A DIOS, A LA MADRE DE DIOS Y A LOS SANTOS.**

Se practicará la virtud de Religión, primero y principalmente, con respecto a la Santísima Trinidad, considerándola y adorándola como el origen y el centro de todas las cosas; como el ejemplar de todas las santas comunidades eclesiásticas y como el principio y fin de la dignidad y santidad sacerdotal y de todas las funciones clericales.

Por lo cual, todo nuestro ser y nuestra vida con todas sus pertenencias y todos nuestros ejercicios de piedad, deben referirse y consagrarse a su honor y a su gloria.

Cuantas veces se pronuncie u oiga pronunciar el augusto nombre de la Santísima Trinidad, deben descubrirse o inclinarse, en homenaje a este gran misterio.

Honrarán sobre todo la adorabilísima Voluntad de Dios, considerándola como la Superiora y la Madre primitiva de esta Congregación y como la que debe ser su propia y única voluntad.

Por esto, se esforzarán en aniquilar su voluntad particular, para que la divina Voluntad reine así perfectamente y que sólo ella conduzca y gobierne todas sus cosas.

La adorarán todos los días, especialmente los domingos, que le serán dedicados particularmente y se darán a ella de todo

corazón, suplicándole que destruya su propia voluntad y tome plena y eterna posesión de ella.

El domingo XXI después de Pentecostés se la honrará particularmente y para ello, en cualquier día de la semana precedente, se hará una conferencia sobre ella y también sobre la oración de este domingo.

Cada sacerdote celebrará la misa de este día en honor de la divina Voluntad y en acción de gracias por todo lo que ha querido y querrá ordenar de nosotros y de todas sus criaturas, en el tiempo y en la eternidad y en reparación y satisfacción por todas las ofensas que hemos cometido contra ella. Y para suplicarle que cumpla en nosotros todos sus designios y destruya todo lo que se le oponga.

Y para que esto no se olvide, el Sacristán pondrá una nota en la sacristía ocho días antes.

Honrarán con un celo particular todos los estados y misterios de la vida de Jesús:

1° especialmente su amabilísimo Corazón, al cual la Congregación está particularmente consagrada.

2° el misterio de su Encarnación, porque esta Congregación comenzó el día en que se cumplió aquel gran misterio.

3° el misterio de su divina Infancia.



4° el misterio de su vida pública y conversante; 5° el misterio de su santa Cruz y Pasión y 6° el misterio del Santísimo Sacramento.

De todas maneras se esforzarán en rendir y hacer rendir todo el honor posible a nuestro Salvador en este divino Sacramento, donde hace cosas tan grandes por la gloria de su Padre y por nuestro amor. Cuando se le exponga en nuestras iglesias se cumplirá estrictamente lo señalado a este fin, en el MANUAL de la Congregación.

Cuando esté expuesto en otra o varias iglesias, el Superior enviará a dos de los nuestros para rendirle la adoración y respeto de la comunidad.

Todas las fiestas de la santa Virgen se celebrarán con singular afecto, especialmente el día de su Anunciación, día en que nació esta Congregación, y la fiesta de su Santísimo Corazón, al que está particularmente dedicada, lo mismo que al de su Hijo. (La primera redacción decía: "particularmente consagrada" el P. Eudes modificó de su mano la palabra "consagrada" y agregó el resto de la frase).

Se tendrá un amor y respeto extraordinario a la sagrada Familia del Padre eterno en la tierra, la santa Comunidad de Jesús, María y José, a la que debemos considerar y honrar como el modelo de nuestra comunidad, que debe ser su imagen viva por una fiel imitación de las virtudes de estas tres admirables Personas, especialmente de su humildad, de su obediencia y de su caridad mutua y hacia el prójimo y de su amor a Dios.

Todos Llevarán a la cintura el rosario de la Virgen. (Esta línea fue agregada por el P. Eudes sobre el manuscrito. Su sucesor, M. Blouet, escribió en nota al margen: “esto ya no se hace”).

Entre todos los Santos, se tendrá especial devoción a los siguientes:

1- A San José, a San Gabriel, a San Juan Evangelista, como Patronos secundarios de la Congregación, que ha escogido también a San Gabriel, el servidor de nuestro Señor y guardián de su santa Madre, su Ángel tutelar y protector. En la oración “*A cunctis*” de la misa, se hará memoria de estos tres santos.

2- A San Joaquín y Santa Ana.

3- A todos los santos Sacerdotes y levitas, en especial a los Apóstoles

4- A todos los santos Mártires, con los que los sacerdotes deben asociarse particularmente, porque, ya que aquellos son otras tantas víctimas sagradas, inmoladas a la gloria de Dios, estos deben ser sacerdotes y hostias, a imitación de su Cabeza e Institutor Jesucristo, el Sumo Sacerdote: Hostias que deben sacrificarse permanentemente a Dios con esa Hostia adorable que inmolan todos los días en los altares.

5- A todas las santas Vírgenes, pues no hay personas más obligadas a una mayor pureza que los sacerdotes, que son visibles de la tierra, que siguen al Cordero por doquier: por esto deben tener una especial devoción a las santas Vírgenes, para obtener por su intercesión, el precioso don de la pureza.

6- A todos los Santos Inocentes, que son los santos de la divina Infancia de Jesús, para obtener, por su mediación, parte en la gracia y el espíritu de este misterio.

7- A todos los santos que han tenido un celo extraordinario por la salvación de las almas.

8- A los Santos cuyas reliquias se tengan en la comunidad o particularmente.

9- A los Santos de la diócesis en que se vive.

10- A los Santos y Santas de Jesús y de María, es decir, que tuvieron la felicidad de conversar con Nuestro Señor y su santa Madre mientras estaban en la tierra, o que se les tenga una particular devoción.

11- A todos los Santos que no son conocidos en la tierra, a los cuales se dedicará el 79 día de la Octava de Todos los Santos, para honrarlos en ese día y para alabar y agradecer a Dios por la gracia que les ha concedido.

12- A los Santos del Martirologio.

## **CAPITULO II.**

### **LA VIRTUD DE RELIGIÓN PARA CON LAS SANTAS RELIQUIAS.**

Deben venerar toda clase de santas Reliquias, especialmente las que se tengan en cada casa. Las conservarán con gran cuidado y respeto en la sacristía, en un lugar apto y conveniente que sólo sirva para ello y que se cerrará con tres llaves que guardará una

el Superior, otra el primer Asistente y la otra el Sacristán, o en relicarios que se adjuntarán al altar.

Las cajas o relicarios que las contengan estarán tan bien soldadas y cerradas, que no se les pueda abrir fácilmente.

Nadie las tomará para sí ni las dará a nadie, ni en la comunidad, ni fuera de ella, sin excepción, ni inferior ni Superior, pues será tenido por sacrílego.

No las Llevarán fuera de la casa para prestarlas a enfermos; sino solamente alguna cosa que haya tocado las cajas o relicarios.

Tampoco se dará algo de ellas a ninguna Comunidad, si no es por algún gran motivo y con el permiso del Superior general y el consentimiento de toda la comunidad local donde estén. (La primera redacción contenía aquí esta frase que ha sido borrada del manuscrito: "Una casa sin embargo le podrá dar a otra de la Congregación, mediante el permiso del mismo Superior").

Se las expondrá en las fiestas de Navidad, Pascua, Pentecostés, la Santísima Trinidad, el Santísimo Sacramento, Todos los Santos y en las de Nuestro Señor, de su santa Madre, de San José, de San Gabriel, de San Miguel, de San Joaquín, de Santa Ana, de los Santos Apóstoles, de los Santos Sacerdotes y Levitas y las reliquias de cada Santo, el día de su fiesta y las de la Verdadera Cruz, el Viernes Santo y en las fiestas de la Invención y de la Exaltación de la Santa Cruz.

Cuando se las lleve de un lugar a otro, se les alumbrará con uno o dos cirios que irán adelante del que lleva las reliquias y que

estará revestido de sobrepelliz y estola; colocadas en un altar, se dirá la antífona de las primeras o segundas Vísperas del Oficio de las santas Reliquias, con la oración; después se colocarán en el lugar donde deben estar. Lo mismo se observará al regresarlas a su lugar.

No serán llevadas por laicos sino por sacerdotes, diáconos o subdiáconos.

Si se las hace besar del pueblo, será a través de un vidrio o un velo, jamás al descubierto, ni las exhibirán para sacar de ello algún provecho o lucro temporal.

El Sacristán hará un catálogo de ellas, que dirá el lugar de donde vienen y quién las ha donado. Las reliquias y las certificaciones que se tengan, se guardarán con el susodicho catálogo en una caja donde se puedan conservar sin peligro de podredumbre ni de ser devoradas por insectos o gusanos.

### **CAPITULO III**

#### **LA VIRTUD DE RELIGIÓN EN LA GRATITUD QUE SE DEBE A DIOS, SU SANTA MADRE Y SUS SANTOS**

Cono se ha dicho, el Superior de cada casa guardará un libro en el que se anotarán los favores especiales que la Congregación reciba de Dios, la Santísima Virgen y los Santos, con los días y años en que se recibieron.

El 30 de enero, en cada casa se hará una plática o conferencia sobre este tema:

Primer punto: Las razones que nos obligan a recordar y considerar las gracias y favores que Dios nos ha hecho por Sí mismo y por medio de sus santos.

El segundo punto: Los medios que debemos emplear para agradecerle. El tercero: El uso que debemos hacer y los frutos que debemos sacar de sus beneficios.

Terminada la conferencia, se leerá en alta voz lo que anoten en el susodicho libro.

En seguida, todos recitarán el Te Deum y el *Ave Maris Stella*, luego

*Sancti Ángeli et omnes Sancti et Sanctae Dei etc. Benedictus sit etc.*

El Superior designará a los que deban decir las misas votivas.

El 31 de enero, todos celebrarán la misa según su devoción para agradecer a la Santísima Trinidad, y el Superior designará a uno que diga una votiva de la Santísima Trinidad con este fin.

El primero de febrero, todos celebrarán en acción de gracias a Nuestro Señor y se dirá una votiva al Sagrado Corazón de Jesús a esta intención.

El dos, todos la dirán en acción de gracias a Dios, por todos los favores concedidos a la Santa Virgen y por ella a la Congregación.

El tres, la celebrarán por los favores concedidos a San José y por él a la Congregación y para ello, se dirá una votiva del Santo.

El cuatro, todos la dirán en acción de gracias a Dios, por los concedidos a San Gabriel y a todos nuestros es Custodios y los demás es y por ellos a la Congregación y se celebrará una votiva de San Gabriel y se hará memoria de los es Custodios y demás es.

El cinco, por los concedidos a San Juan Evangelista, a los otros Apóstoles, santos Sacerdotes y Levitas. (Las palabras “Apóstoles, santos Sacerdotes y Levitas” no estaban en la primera redacción y fueron agregadas de mano del P. Eudes). Y por la intención, se dirá una votiva, del mismo San Juan, con conmemoración de los Santos, por la oración: *Concede, quæsumus omnipotens Deus, ut intercessiO sanctæ Dei Genitricis Mariæ Santorumque omnium etc.*

Y cada uno agradecerá a Dios todos los días, por este santo Sacrificio, todas las bendiciones que le ha dado a la Congregación, por Si mismo, por su santa Madre y por sus Santos.

El seis de febrero, todos ofrecerán a Dios el santo Sacrificio en acción de gracias por las que ha concedido a todas las Órdenes y Congregaciones de la Iglesia y se celebrará una votiva del Espíritu Santo a esta intención, con memoria de nuestra Señora, agregando la oración: *Pro omni gradu Ecclesiæ Omnipotens Sempiternæ Deus cuius Spiritu totum corpus Ecclesiæ etc.*

## **CAPITULO IV**

### **LA VIRTUD DE RELIGIÓN CON RESPECTO A LA SANTA IGLESIA.**

Se tendrá gran estima y veneración, no solamente a la santa Iglesia, esposa de Jesucristo y su cuerpo místico, animado y conducido en todo por su divino Espíritu, sino, a todas las cosas que hay en ella, hasta las más pequeñas.

Respetarán grandemente a los eclesiásticos y religiosos, especialmente a los Pastores y más particularmente a los señores Obispos y a nuestro Padre el Papa.

Hablarán de ellos con respeto y les rendirán en todas partes y en toda ocasión, la deferencia y obediencia debidas y tratarán de imprimir, por su ejemplo y sus palabras, estos mismos sentimientos en los corazones de todos los fieles.

Tendrán gran celo por el honor y reverencia debida a los lugares santos, en donde no hablarán con nadie, si no es brevemente, en voz baja y por necesidad.

No se permitirá a los laicos, especialmente a las mujeres, entrar al coro durante la celebración de las misas o del oficio divino, a no ser los fundadores o bienhechores notables.

Ya que la iglesia es la casa de Dios, donde está siempre presente, la casa de oración, se alejará de ella todo lo que sea contrario al respeto debido a su divina Majestad y que pueda perturbar a los fieles en sus oraciones y devociones. No se tolerarán perros en ella. Impedirán que los pobres pidan allí



limosna, que los niños corran, griten o jueguen o se sienten de espaldas al altar, conforme a los decretos de los Concilios.

Cuando prediquen, cuidarán de que los que colocan los asientos, se comporten modestamente y sin ruidos. Y lo mismo se hará con los niños que se reúnan para el catecismo.

Cuando vean hablar a las personas o hacer alguna irreverencia o tener posturas indecentes, como los que se arrodillan con una sola rodilla en tierra y otra en el aire; los que se arrodillan o se posan sobre las bancas; los que no estando impedidos, están de pie o sentados durante la misa rezada, especialmente después de la consagración, los amonestarán con toda caridad, bondad y discreción, tratando de no causar confusión, sino rogándoles que recuerden que están en la casa de Dios y delante de El y que tenemos obligaciones infinitas de honrarlo en cuerpo y en espíritu y en todas las maneras.

Y para que estas amonestaciones sean útiles, el Superior designará a los que crea que tienen las cualidades requeridas para ello.

Cuidarán que todas las cosas que sirven a la iglesia estén limpias y en orden. No les darán usos profanos, especialmente a las del altar, y cuando ya no sirvan, las quemarán y las cenizas se pondrán o enterrarán en lugar santo.

El polvo y las basuras que salgan de la iglesia, cuando se barra, se pondrán en lugar separado, donde no se ponga ninguna otra cosa.

No se enterrarán allí laicos seculares, salvo un fundador o fundadora o bienhechores notables.

No admitirán cofradías, excepto del Sagrado Corazón de Jesús y de la santa Virgen.

No recibirán fundaciones de misas cantadas, ni de oficios de difuntos, ni de “Libera” ni otro oficio que obligue a cantar con costos onerosos.

No pintarán escudos ni sobre los ornamentos ni sobre las vidrieras ni los muros, o ningún otro lugar, salvo los de la Congregación.

No permitirán imágenes ni figuras, sea en pinturas o tapicería u otras, que no representen cosas santas y que no inspiren devoción.

Se desterrarán tanto de las iglesias como de las casas de la Congregación, todos los cuadros y representaciones que tengan alguna desnudez o algo indecente, especialmente las de la Virgen o algún Santo o Santa.

Las pinturas o representaciones de Emperadores, Reyes, Capitanes o Filósofos paganos y mucho menos de las falsas divinidades, no tendrán lugar en ninguna parte que pertenezca a la Congregación.

Cumplirán con exactitud los decretos de los Concilios, que prohíben hacer o permitir que se hagan porquerías contra los muros de las iglesias y cementerios y poner allí estiércol,

madera u otra cosa. Los que mandan pondrán en las campanas de la iglesia solo cantos eclesiásticos y no profanos y mundanos.

Guardarán silencio en la sacristía y hablarán solamente por necesidad, en voz baja. No se permitirá entrar mujeres.

Para no omitir nada de lo que se pueda hacer para que los cristianos rindan a Dios el respeto y el honor que se le debe en su casa, harán imprimir la siguiente advertencia, en una hoja que se fijará en las puertas de la iglesia, en un lugar donde todo el mundo pueda leer lo que contiene.

## **CAPITULO V**

### **ADVERTENCIA A TODOS LOS VERDADEROS CRISTIANOS SOBRE LA MANERA DE COMPORTARSE EN LA CASA DE DIOS.**

El que entre a este santo lugar escuche lo que Dios le dice: Mi casa es casa de oración Mt.21,13. Y sepa que él está tan presente aquí como en el cielo, rodeado de millones de es que tiemblan en su presencia. Si desea que sus oraciones sean escuchadas, debe observar las siguientes cosas:

- 1- Venir solamente a adorar, alabar y orar a su divina Majestad.
- 2- Entrar con el pensamiento de que va a presentarse ante el Rey, su Juez y su Dios, en calidad de pecador y criminal, para pedirle perdón de sus ofensas, rendirle sus respetos y obtener sus gracias.

- 3- No entrar al “*Sancta Sanctorum*” próximo al altar mayor.
- 4- No arrodillarse con una sola rodilla, sino postrarse con ambas para adorar a Aquel ante quien se doblan todas las rodillas del cielo, de la tierra y del infierno.
- 5- No encorvarse indecentemente sobre los bancos, ni arrodillarse ni echarse en ellos como hacen muchos, porque esta postura es totalmente contraria al respeto y humildad que un cristiano debe tener ante su Dios.
- 6- Durante el santo sacrificio de la Misa, no estarán cubiertos, ni de pie, ni sentados, a no ser por impedimento, sino de rodillas sobre todo si es rezada, y cuando es cantada, arrodillarse al menos desde el Sanctus hasta el fin.
- 7- No darle la espalda al altar ni voltear la cabeza de un lado a otro.
- 8- No charlar ni hablar sino por necesidad y en tal caso hablar poco y en voz baja. No permanecer ocioso sino ocuparse en orar a Dios durante la misa y el oficio divino o leer un libro de piedad.
- 9- No portar armas ni permitir perros y no dar limosna sino en la puerta al entrar o salir.
- 10- No llevar niños que hagan bulla ni dejarlos correr ni jugar ni entretenerse con los rosarios, que siendo una cosa bendita y santa no debe dejarse para juegos y entretenimientos de los niños.

- 11- No toser ni expectorar sino por necesidad y en este caso no escupir contra los muros ni sobre los bancos ni en el santuario, es decir, el presbiterio, ni borrar con el pie lo que se ha escupido. Pues es un gran desprecio a la casa del soberano Monarca del universo y de su divina Majestad, que está allí siempre presente el llenarla de expectoraciones y suciedades que provocan náuseas, y tratarla con menos respeto y educación que una casa común y profana.
- 12- No jugar ni hacer bulla en el cementerio, al rededor de la iglesia, ni hacer sus necesidades contra los muros. Siendo este lugar santo, desdichado el que lo profane con sus porquerías.
- 13- Finalmente, comportarse al menos con tanta reverencia y modestia en el palacio del Rey del cielo y ante su faz, como lo haría en la habitación y en presencia de un Rey o Príncipe de la tierra. Si desprecian estas cosas y faltan públicamente en rendir a Dios, en su casa, el honor que le deben, no encuentre mal que sus servidores, que son los eclesiásticos, les amonesten públicamente cuando no lo puedan hacer en privado.

## CAPITULO VI

### LA VIRTUD DE RELIGIÓN CON RESPECTO A LAS FUNCIONES ECLESIAÍSTICAS Y PARTICULARMENTE AL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Los sacerdotes tendrán la celebración del santo sacrificio de la Misa como la mayor y más importante ocupación. Por ello, nunca la dirán sin prepararse antes cuidadosamente y sin hacer después su acción de gracias, en la iglesia o capilla, para edificación de los fieles, con tanto más recogimiento y devoción, que, con solamente verlos, los asistentes puedan excitarse a oír la misa devotamente.

Todos se presentarán puntualmente a decir la a la hora señalada.

Y la dirán con toda la devoción interior y toda la modestia exterior posible. No hablarán demasiado alto ni demasiado bajo, sino con voz mediana: observando las ceremonias y pronunciando todas las palabras pausada y distintamente, en especial las que se dicen ordinariamente, como el "*Judica me...*" el *kyrie*, el Gloria in *excelsis*, el Credo, el prefacio, el In principio, el Canon etc. para no caer en la mala costumbre de pronunciar con precipitación y sin devoción cosas tan santas, y tratar indigna e irreverentemente los grandes y adorables misterios que contienen.

Cuando se predique por la mañana en nuestras iglesias, no se dirá la misa durante la predicación.

Se permitirá lo menos posible que los sacerdotes externos o los que están en el Seminario o en la Probación, digan la misa en público en nuestras iglesias o capillas, si antes no se les ha visto decir la en privado o que se sepa bien que la dicen según las rúbricas, con la devoción y pulcritud requeridas y de manera edificante.

Tampoco se permitirá decir la misa a los que no están revestidos del hábito clerical, es decir, de la sotana, o que no tengan la tonsura de sacerdote o que lleven una vida desarreglada, o que no tengan cabellos cortos, salvo que en alguna ocasión, para evitar mayores males, se esté obligado a soportar a ciertas personas a las que no se podría rechazar.

Sólo se admitirá a ayudar la santa misa a personas que sepan responder y ayudar como se debe y que tengan en su exterior la pulcritud y modestia requeridas para tal acción.

El Sacristán enseñará a ayudarla bien, a pronunciar pausada y distintamente todas las cosas que deben responder y a observar lo que está en el librito que se hizo para este fin. Los clérigos la ayudarán siempre con sobrepelliz.

Los sacerdotes que no tengan otra ocupación más necesaria, pondrán esta acción entre sus devociones principales.

Los señalados para ayudarla, sean sacerdotes u otros, irán pronto a la sacristía para preparar las cosas necesarias para disponerse a hacer bien esta acción y ayudar al sacerdote a

vestirse y para hacer todas las cosas señaladas en el susodicho librito que cada uno debe haber estudiado cuidadosamente.

Si algo les impide ayudar la misa que se les ha asignado, pedirán que otro tome su lugar, a condición de que éste no deje de ayudar la que tenga asignada o pidiéndole a otro que lo reemplace.

## **CAPITULO VII.**

### **LO QUE RESPECTA AL SACRIFICIO DE ALABANZA: EL OFICIO DIVINO.**

Como la celebración del Oficio divino es una acción santa, angélica y divina, se pondrá el mayor cuidado para hacerla con las disposiciones interiores y exteriores requeridas para honrar a Dios.

Nadie se ausentará si no es por obediencia.

Cuando haya cuatro o cinco eclesiásticos en la casa, que puedan asistir al oficio, lo dirán en común, delante del Santísimo Sacramento. (La primera versión decía: “Cuando haya seis eclesiásticos”. La corrección es de mano del P. Eudes).

Cuando suene la campana, todos partirán de donde estén para donde acostumbren reunirse para prepararse al oficio divino y allí se guardará silencio, hablando sólo para lo necesario.

En el lugar se hará lo siguiente:



1- Si hay que tomar la sobrepelliz, se la darán recíprocamente.

Pero, sea que se la tome aquí o afuera, de la mano de otro o por sí mismo, se pondrán siempre de rodillas para recibirla con respeto o para tomarla del modo como se toma el alba para la misa, recordando que ella representa a Jesús, que es el nuevo hombre del que debe revestirse el cristiano y sobre todo el sacerdote, diciendo estas palabras: *“Induat me Dominus novum hominem qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis”*

2- Todos tomarán el lugar asignado por el Director del coro y colocándose el bonete, señalarán en su breviario las cosas necesarias al oficio que se debe celebrar y esperando que los demás estén listos, permanecerán de pie, con todo recogimiento, dándose a Dios para entrar en las disposiciones exteriores, es decir, la modestia, el silencio y la mortificación de los ojos y más aún en las interiores, requeridas para presentarse ante Dios y sus es y para hacer dignamente una acción tan santa y digna.

3- Todo listo, el oficiante dirá en alta voz cuál es el oficio que se va a hacer, y que debe haber previsto antes de sonar la campana. Después, miércoles y sábado, antes de los Maitines, leerá las preparaciones que están en el MANUAL, en lugar de las cuales, los otros días, dirá solamente las palabras siguientes que pronunciará alta y gravemente:” Sancta *sancte*: et divina digne Deo”

En seguida el Superior o el que lo reemplace dará la señal a todos, irán a la iglesia o capilla, con orden y modestia y a la entrada del coro harán la genuflexión de dos en dos, delante del Santísimo Sacramento.

Tomarán sus lugares, donde permanecerán de rodillas durante tres AVE MARIA, para prepararse cuidadosamente a la alabanza de Dios y pensarán seriamente en la grandeza de la acción que van a ejecutar y harán las tres cosas siguientes:

La primera: humillarse a la vista de su nulidad y su indignidad, de su incapacidad y de sus pecados e infidelidades, que detestarán de todo corazón, tratando de hacer un acto de contrición para purificarse y para aniquilar en sí lo que desagrada a Dios para ofrecerle las alabanzas más puras y santas.

La segunda, renunciar a sí mismo y darse a Jesús para entrar en las santas disposiciones con que hizo en la tierra y continúa haciendo en el cielo y en la tierra, en el Santísimo Sacramento, tanto por Sí mismo como por los santos miembros de su cuerpo místico, la misma acción que va a practicar.

La tercera, elevar su corazón a la santa Virgen, a su Ángel, a los es y Santos, para rogarles que alaben a Dios con él y lo hagan partícipe de la devoción con la que lo alaban perpetuamente.

Hecho esto, el Superior o el que tenga su lugar da la señal y todos se levantan y entonan el *PATER NOSTER*, tratando de

decirlo con gran atención y espíritu fervoroso, porque es muy importante comenzar bien todo lo que se hace por Dios.

Si se canta o se recita el oficio divino, se pronunciará distintamente todas las palabras y sílabas, tratando de no anticipar los versículos, evitar la precipitación y el otro extremo, arrastrar e ir demasiado lento.

Observarán todas las ceremonias con exactitud y uniformidad, levantándose, sentándose, arrodillándose, volviéndose, cubriéndose y descubriéndose todos al mismo tiempo, cuando haya que hacerlo.

Reflexionarán frecuentemente que un eclesiástico, en el coro o en el altar, es un visible y que es el espectáculo de Dios, de los es y de los hombres y por lo tanto, están obligados a comportarse con una modestia angélica y evitar cuidadosamente las menores cosas que le sean contrarias, como dirigir la cabeza y los ojos a un lado y otro y no guardar la misma postura y actitud que los demás, ni tener alguna singularidad contraria a la uniformidad que debe haber entre los que hacen esta acción.

No deben curvarse hacia adelante ni inclinarse hacia los lados ni apoyarse en las bancas, sino permanecer erguidos. Ni tener el bonete sobre la oreja o demasiado adelantado sobre la frente o demasiado echado hacia atrás, ni colocarlo delante de sí cuando se está descubierto, en vez de tenerlo en sus manos; o bien tenerlo con una mano sobre el lado o dejarlo descender negligentemente abajo de la cintura cuando están de pie, o

sobre las rodillas estando sentados, en vez de tenerlo delante del pecho.

Ya que estas cosas son contrarias al decoro y modestia y por consiguiente al respeto que merece la presencia de la majestad de un Dios, no se descuidarán sino que se cumplirán diligentemente.

Sobre todo, mortificarán sus ojos y los mantendrán bajos o aplicados a su breviario acordándose que un eclesiástico en el coro debe estar como una estatua en su nicho, es decir, enteramente muerto a todo lo que no es Dios, para sólo tener vida, sentimiento y dedicación para El.

El P. de la Riviere, uno de los historiadores de San Francisco de Sales, ha escrito de él: “Se le veía en su silla de coro “como una estatua en su nicho” sin moverse, sin apresurarse, sin mirar aquí o allá, sin ocuparse de otra cosa sino de orar bien, avanzando pausadamente de versículo en versículo, apreciando y saboreando a su gusto la miel de las celestes suavidades que el Espíritu Santo le destilaba “. (Citado por *Hamón*, Vida de San Francisco de Sales, I.7.c.7). El mismo santo Obispo cuenta la conversión de un hereje que yendo un día a asistir al oficio de los Cartujos del suburbio Saint Jacques, en París “los encontró en sus sillas de coro, colocados como estatuas de mármol, en una hilera de nichos, inmóviles a toda otra acción que no fuera la salmodia que ellos cantaban con una atención y devoción verdaderamente angélica, según la costumbre de esta santa Orden”. (Tratado del Amor de Dios, L.8. c.10).

Pronunciarán los cantos, clara e inteligiblemente, para que los que asistan al divino servicio, lo puedan entender fácilmente y sacar de ello algún fruto. Evitarán los trinos y gorjeos y las maneras de cantar que el amor propio y la vanidad sugieran para agradar al mundo y a sí mismos; cantarán sencillamente y con la más pura intención de agradar sólo a Dios y no a otro, ocupándose más de las cosas que se cantan, que de la satisfacción del canto.

Terminado el oficio y dada la señal, saldrán todos en el mismo orden en que entraron, haciendo la genuflexión de dos en dos ante el Santísimo Sacramento o irán al lugar de donde vinieron, harán una inclinación hacia el crucifijo y luego hacia el oficiante, que también la hará recíprocamente.

Luego el Superior dirá las faltas que se cometieron, sea contra las rúbricas, sea contra la cantidad o en alguna otra manera, para evitarlas en el futuro. En seguida cada uno se quitará la sobrepelliz y la pondrá correctamente en su lugar y se retirará a su habitación o al lugar al que su oficio o la obediencia lo llaman.

No se admitirá a celebrar el oficio divino con los de la casa a eclesiásticos externos cuya probidad y modestia no sean bien conocidas o al menos que desde algún tiempo no hayan demostrado una fuerte voluntad de vivir como verdaderos eclesiásticos.

Tampoco se admitirán los que no estén vestidos decentemente, con la tonsura conveniente a su orden y los cabellos cortos, *“ita*

*ut pateant aures*” como lo ordenan los sagrados Cánones y que no estén dispuestos a observar todo lo que el Director del coro les leerá o hará leer, enseñándoles al mismo tiempo las ceremonias que deben practicar. Lo mismo se hará para las misas cantadas en las que además de lo dicho, no se permitirán eclesiásticos que ayuden a cantarlas, sin sobrepelliz y bonete.

Los ensayos que se necesiten para disponerse a practicar bien algunas ceremonias, jamás se harán en la iglesia, capilla o sacristía, sino en otro lugar.

## **CAPITULO VIII**

### **ORACIONES PARA EL CAMINO.**

Cuando vayan al campo, antes de partir deben ofrecer su viaje a Dios, ante el Santísimo Sacramento, declarándole que sólo lo harán para su gloria y para cumplimiento de su santa voluntad y que renuncian a cualquiera otra intención; lo dedicarán a alguno de los varios viajes que nuestro Señor y su santa Madre hicieron mientras estuvieron en este mundo.

Se darán a ellos para entrar en las disposiciones interiores y exteriores con que viajaron en la tierra; pedirán su santa bendición e invocarán la asistencia y la protección de los es custodios y de los santos Patronos de los lugares por donde deben pasar o donde deben ir.

Cuando empiecen a caminar, estando ya fuera de la ciudad, dirán el Itinerario, las Letanías de nuestro Señor y de su santa Madre, el *Sub tuum praesidium*, las oraciones de San José, de San Gabriel, de San Juan Evangelista, los santos es custodios, luego el *Benedictum sit*, etc. Nos *cum prole pia*, etc. Cuando pasen por delante de una iglesia, se dice: "Adoramus te Christe, etc. Ave Maria, *Avete omnes Ángeli et omnes Sancti*, etc.

Estando en el hotel, cuando entren a la habitación, deben tomar su alimento, se ponen de rodillas para orar como antes de salir. Y al regresar a casa, procederán de igual manera.

Antes de salir, se ponen de rodillas para decir: Gloria *Patri* etc.; Gloria tibi Domine, etc.; *Sub tuum prasidium*, etc.; *Sancti Anqeli st onines Sancti*, etc. *Senedictum sit*, etc.

Al regresar a la casa irán ante el Santísimo Sacramento para decir: Gloria *Patri*, Gloria tibi Domine, Ave Maria, *Avete ontnes Ángeli*, *Benedictum sit*, etc.

## CAPITULO IX.

### ORACIONES AL SALIR DE CASA Y AL REGRESAR.

Antes de salir, van ante el Santísimo Sacramento para consagrar su salida y lo que van a hacer para la gloria de la Santísima Trinidad, para ofrecerlo a Jesús, para ponerse bajo la protección de la Santísima Virgen, para pedir la asistencia de los es y los

Santos y para tener la bendición del Superior y la Superiora de la casa, es decir, de Jesús y María.

Para esto, dirán *Gloria Patri* etc. *Gloria tibi Domine*, etc.; *Ave Maria*; *Sub tuum praesidium* etc. *Sancti Ángeli et omnes Sancti* etc.; *Benedictum sit*, etc.

Al regreso, van nuevamente ante el Santísimo Sacramento, para adorar y agradecer a la Santísima Trinidad y a nuestro Señor, para saludar y dar gracias a la Santísima Virgen, los es custodios de la casa y todos los Santos y para ello dicen: el *Gloria Patri*, el *Gloria tibi Domine*, el *Ave Maria*, el *Avete omnes Ángeli* y *Benedictum sit*, etc.

## CAPITULO X

### OTRAS ORACIONES VOCALES EN LA COMUNIDAD.

Dirán siempre pausada y devotamente, sin precipitación ni anticipación sino pronunciando distinta y claramente hasta las menores silabas las demás oraciones vocales que se dicen en la comunidad, como el *Benedicite*, las gracias, las Letanías, las que se hacen en la mañana y en la noche, antes y después de las comidas y las otras. Y los demás ejercicios y prácticas del MANUAL de la Congregación.



## **CAPITULO XI.**

### **LAS CONFESIONES.**

Nadie, sea de la comunidad, o del seminario, o externo, oirá confesiones sin haber sido juzgado capaz por dos comisionados a este efecto por el Superior de la Congregación, los que no se contentarán con examinarlos diligentemente sobre lo que deben saber, sino que considerarán su prudencia, su piedad, suavidad y otras cualidades requeridas y si sabe la manera y el método que debe seguir para ejercer santa y útilmente este ministerio.

Luego, si se le encuentra capaz, se obtendrá la aprobación del señor Obispo diocesano.

En cada casa el Superior asignará uno o dos confesores, de los que estén aprobados, para los sacerdotes y clérigos que haya allí y otro para los hermanos. Dos veces por año, asignará extraordinarios para que todos se confiesen.

Designará también los confesores de los seglares y a aquellos les hará conocer los poderes que tienen o que no tienen para los casos reservados, para que no sobrepasen los límites de su poder.

Todos los que se dediquen a este ministerio, deben ejercerlo con gran afecto, como un excelente medio de hacer mucho bien para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

No confesarán, especialmente en la iglesia, sin bonete y sobrepelliz; los tendrán siempre limpios y decorosos y usarán el pañuelo sólo para cubrir su cara o enjugar el sudor.

Se ejercitarán con diligencia en el estudio de los casos de conciencia, leyendo libros que traten estas materias, escogiendo los más aprobados y cuya doctrina sea más segura para la salvación de las almas y más conforme al Evangelio: recordarán que el camino ancho conduce a la perdición y el estrecho lleva a la vida eterna.

Estudiarán particularmente la materia de la restitución, los principales pecados que se cometen contra los mandamientos de Dios y de la Iglesia, el método de examinar a los penitentes sobre cada mandamiento, la manera de excitarlos a la contrición y los remedios convenientes para cada vicio, según las condiciones de las personas.

Leerán cuidadosamente el libro del “Buen Confesor” (O.C. T. IV) para seguirlo tanto como puedan y tener los mismos sentimientos, las mismas máximas y seguir el mismo procedimiento en este santo ejercicio, como también lo que hay en el libro del P. Souffren sobre esta materia.

Cuando sean llamados al confesionario, irán prontamente y de todo corazón, dejando con gusto sus demás ocupaciones; irán con modestia, los ojos bajos y con un exterior que edifique a los penitentes que los esperan. (Constituciones de la Compañía de Jesús l. c. n. 13).

No harán pasar a los ricos antes que, a los pobres, salvo si la edad, la indisposición o un asunto urgente los obligan.

Cuidarán que ni ellos, ni los penitentes puedan ser oídos por los que están al rededor; a los que dirán que, si algo oyen, están obligados al secreto bajo pecado mortal.

No confesarán durante la predicación o el catecismo en la iglesia o capilla, si no es por alguna necesidad urgente (Constituciones de la Compañía de Jesús, 1 c. n. 14) P. Eudes.

En las confesiones de las mujeres, se comportarán con mayor seriedad que familiaridad, sin olvidarse, sin embargo, de la caridad verdaderamente paternal para con toda clase de personas (Constituciones de la Compañía de Jesús, 1 c. n.16).

No oirán a nadie de pie o con la cabeza descubierta, sino que como son los jueces, estarán sentados y cubiertos. Despacharán pronto a las personas que se confiesan a menudo, especialmente las mujeres, sin entretenerse en hablar en el confesionario cosas que no pertenecen a la confesión. (Const. de la Compañía de Jesús 1.c. n. 17).

Advertirán a los que se presenten a este sacramento que se quiten la espada si la llevan al cinto. Y que los que se hacen poner cojines para arrodillarse, que los dejen. Y no recibirán mujeres descubiertas, las cuales deben cubrirse y ponerse sus velos.

Y no pedirán a sus penitentes limosnas para los pobres ni para ellos, sino que si tienen alguna caridad para hacer, que se la den

al Ecónomo o al superior. (Const. de la Compañía de Jesús, 1 c. n. 22).

No aconsejarán a nadie ni permitirán a las personas que se confiesen con ellos que prometan obedecerle o no dejarlos; si los dejan, no se quejarán de ello.

Tampoco aconsejarán a nadie muy fácilmente que hagan voto de castidad o de cualquier otra virtud o buena obra, si no es con gran reflexión, después de encomendar mucho el asunto a Dios y que el voto sea solamente por poco tiempo y raramente para Siempre.

Sobre todo, no se instalarán en los espíritus y corazones de los penitentes, pero establecerán sólo a nuestro Señor; no obligarán ni cautivarán a nadie a ellos, sino sólo a Dios, al cual darán todo su corazón y sus afectos, para que la criatura no tenga parte y que no se vea entre nosotros esas atracciones perniciosas que a menudo causan grandes males. Por esta razón, los Superiores vigilarán cuidadosamente y las romperán tan pronto aparezcan.

Los confesores deben permitir la comunión frecuente, es decir una o dos veces por semana, a las personas que lo deseen mucho y no tengan pecado mortal ni apego por los veniales; lo harán más raramente a los que no tengan estas disposiciones y privarán del todo a los que estén en estado de pecado, hasta que quieran cambiar.

Si necesitan confesar antes del día o después de la puesta del sol, debe ponerse luz en el lugar de las confesiones, para ver todo lo que allí pasa.

Los confesores deben estar siempre dispuestos para atender a los enfermos y afligidos, cuando se les llame, y saber lo que hay que decir y hacer para consolarlos, para enseñarles a hacer buen uso de sus aflicciones y de su enfermedad y para ayudarlos a bien morir si están en peligro de muerte.

Aunque pueden y deben aconsejar a los enfermos a que hagan testamento especialmente cuando juzguen que sea necesario para SU salvación, no deben ayudar a hacerlos ni siquiera estar presentes.

El librito Testamento de Jesús “(Obra del P. Eudes impresa en 1641 y no encontrada hasta hoy) y El contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo “(O.C. T. II, p.195). Les pueden servir mucho para consolar a los afligidos y para disponer a los moribundos a morir cristianamente: el primero contiene al final el santo uso de las aflicciones y el segundo, la manera de prepararse a la muerte y disponer a bien morir a los demás.

## **CAPITULO XII.**

### **LAS PREDICACIONES Y LOS CATECISMOS.**

No se permitirá a nadie predicar ni catequizar, si no tiene mucha caridad, humildad, obediencia, piedad y prudencia, como también la ciencia y talento necesarios.

Cuando se predique en nuestras iglesias o capillas, todos asistirán a oír la palabra de Dios, si es posible, con el deseo de hacer buen uso de ella. Se hablará sólo con respeto, modestia y piedad, de lo que se haya oído en las predicaciones.

Se hará que los jóvenes hagan exhortaciones en el comedor; se les dará el tema para conocer a los que tengan algún talento y disposición para la predicación, para formarlos y ejercitarlos en la manera de hablar y predicar con utilidad. El Superior o los que éste comisione para ello, los verán antes.

Los que hagan estas exhortaciones no dirán nada que concierna a las faltas ya de la Congregación en general, ya de los particulares que allí están. Y tampoco lo deben hacer los que predicán en público en las iglesias o capillas.

En esos discursos domésticos, podrán excitar a los de la casa a avanzar más y más en el amor a Dios y en la práctica de todas las virtudes, especialmente en la abnegación, la humildad, la obediencia, la caridad fraterna, el celo por la salvación de las almas y la exacta observancia de las reglas de la Congregación.

A cada predicador y catequista, especialmente a los que aún no estén bien formados, se les dará alguien inteligente y caritativo, para que les corrija las faltas que cometan tanto en las cosas que dicen, como en la pronunciación, en la acción, en los gestos y en todo lo demás.

Leerán y estudiarán a menudo y cuidadosamente el librito hecho para los predicadores (“El Predicador Apostólico” (O.C. T. IV)., tanto ellos como los designados para corregirles.

No se permitirá a ninguno predicar en nuestras iglesias si antes no está muy ejercitado en hacer el catecismo, y tampoco a ningún externo cuya vida no sea pulcra y que no predique cristianamente.

Los que estén destinados a hacer el catecismo, sea en las misiones o en nuestras casas, seguirán la regla de los catequistas, que está junto a la de los predicadores en el susodicho libro.

## **CAPITULO XIII**

### **MATERIAS DE LAS PLÁTICAS Y CONFERENCIAS EN LA CONGREGACIÓN.**

Conservaremos en este capitulo la puntuación del P. Eudes, que separé con un punto las divisiones de cada tema:

La fiesta de la Santísima Trinidad. Los motivos que nos deben llevar a honrar este gran misterio. Los medios que se emplearán para honrarlo.

Los divinos Atributos, especialmente la adorabilísima Voluntad de Dios. El Amor divino. La Caridad divina. La Justicia. La Misericordia. El poder. La Sabiduría. La Santidad. La Fuerza, la Paciencia. La providencia.

Las excelencias de cada uno de estos divinos Atributos, las razones que nos obligan a honrarlos. Los medios de hacerlo.

La fiesta del Espíritu Santo. Las razones para celebrarla. Los medios para hacerlo.

Las fiestas de nuestro Señor y de su santísima Madre. Los misterios contenidos en cada fiesta. Los motivos que nos deben excitar a honrarlos. Los medios de hacerlo.

Y cómo es necesario en primer lugar, rendir, en cada misterio, nuestros sentimientos de adoración, de alabanza, de amor, de acción de gracias etc., a Dios, a su Hijo y a su santa Madre.

En segundo lugar, sacar el fruto que debemos, principalmente por la imitación de lo que podemos imitar.

La devoción especial a la Santísima Virgen. Las excelencias del santo Rosario, las razones para esta devoción. La manera de rezarlo bien.

Las máximas evangélicas. Las razones que obligan a seguirlas. La manera de practicarlas.



Las fiestas de los Ángeles y de los Santos. Las gracias que Dios les concedió. Los servicios que le han prestado por el ejercicio de las virtudes que practicaron. Cómo se deben imitar.

O bien: el Tributo que debemos rendir a Dios en sus es y sus Santos. Los respetos que les debemos rendir. Los frutos que debemos sacar del ejemplo de su santidad.

La santa Iglesia en general. Las razones que nos deben llevar a estimarla, amarla y servirla. Los servicios que debemos prestarle. Los sacramentos de la Iglesia en general y en particular. Su esencia, su principio, su fin, sus efectos. Las disposiciones interiores y exteriores con que debemos recibirlos y administrarlos.

El sacramento del Orden. Sus excelencias. A qué nos obliga. La renovación que debemos hacer del espíritu clerical.

La sublimidad y santidad de las funciones eclesiásticas en general. Las razones que nos obligan a ejercerlas santamente. El santo sacrificio de la Misa. La grandeza e importancia de esta acción. Lo que debemos hacer exterior e interiormente antes de decirla, al decirla y después de decirla. Ayudar a la Misa. Los motivos que nos deben excitar a ayudarla. La manera de ayudarla bien.

Las confesiones. Las razones que nos excitan a dedicarnos a ellas. Las disposiciones que debemos tener, interior y exteriormente.

La celebración pública y la recitación en privado del Oficio divino. La importancia y excelencia de este acto. Las disposiciones interiores y exteriores que deben preceder, acompañar y seguir.

El santo Bautismo Las gracias que Dios nos concede en él. Las obligaciones que contraemos. La renovación que debemos hacer del espíritu del cristianismo.

El sacramento de la Penitencia. Los favores que debemos a Dios por instituirlo. Las disposiciones que deben preceder, acompañar y seguir su recepción.

La explicación de las ceremonias de la Iglesia. Su origen. Su fin. Los misterios que representan. Sus efectos.

La veneración de los lugares santos y de las cosas que allí sirven. Los motivos que nos llevan a reverenciarlos. El celo que debemos tener para impedir su profanación. Y cómo se debe practicar.

El Purgatorio. El tributo que debemos rendir a la Justicia divina. Los motivos que nos excitan a rogar por las almas que están en él. Lo que debemos hacer por ellas.

Contra el pecado en general y en particular; especialmente contra la vanidad y el orgullo. Contra la envidia.

Contra la cólera y la impaciencia. Contra la pereza y la ociosidad. Contra la maledicencia y la murmuración. Contra la pasión de las ganancias. Contra las modas mundanas etc. Las

razones que nos obligan a detestar el pecado y los medios para cuidarnos de él.

Las Virtudes cristianas en general y en particular, especialmente la Fe.

La Confianza en Dios.

El Amor de Dios.

El celo por su gloria.

Una gran estima de las cosas de Dios.

El respeto con que debemos tratarlas siempre, de palabra y de obra.

La caridad para con el prójimo.

La unión y la caridad que debe haber entre los miembros de la Congregación.

El amor a los enemigos. El amor a los pobres.

La mansedumbre y bondad para con toda clase de personas.

La tolerancia y el buen uso de los defectos de los demás. La corrección fraterna.

Cómo hacerla y recibirla.

La manera de conversar con los seglares.

El celo por la salvación de las almas. La virtud de Religión.

La Oración mental y vocal. Cómo hacerlas bien.

La humildad. La obediencia. La castidad. La pobreza. La sobriedad.

La sencillez. La limpieza y el decoro. La modestia. El silencio.

El desprecio y desprendimiento del mundo, de su espíritu, de sus máximas, de sus vanidades y de las cosas que él estima y ama.

El desprendimiento que debe tener un eclesiástico de su familia.

La abnegación y mortificación de sus sentidos.

El buen uso de las aflicciones interiores y exteriores.

Los medios para vencer las tentaciones.

Cómo comportarse en los consuelos.

La importancia y el modo de ejecutar bien nuestros actos en el espíritu de nuestro Señor.

El establecimiento de la Congregación el 25 de marzo.

Su Fundador y su Fundadora, Jesús y María, que son también su Superior y su Superiora.

Sus fundamentos. El fin para el que se estableció.

El espíritu de la Congregación. Los medios para tenerlo y conocerlo.

Los misterios y los Santos a los que debemos tener especial devoción.

Las Reglas. Las razones que nos deben obligar a cumplirlas y los medios para hacerlo.

La renovación de la vocación de cada uno a la Congregación.

La muerte. Los respetos que debemos tributar a Dios en esta materia. Cómo debemos prepararnos para ella.

Los juicios de Dios, tanto el particular como el universal. Las razones que nos deben llevar a adorarlo y glorificarlo. El fruto que debemos sacar de ellos.

El infierno. La honra que debemos tributar a Dios adorándolo y bendiciendo su ira en los efectos que allí obra.

La obligación que tenemos de amarlo, agradecerle y servirle por habernos librado de él.

El paraíso. Las obligaciones que tenemos para con nuestro Señor por habernos adquirido con su sangre. Y cómo debemos comenzar a vivir en la tierra como gente del cielo.

Se debe tomar de todos estos temas lo que se juzgue más necesario y conveniente, según los tiempos y necesidades.

TEMAS DE CONFERENCIAS PARA EL COLEGIO. Además de los temas anteriores, se debe añadir los siguientes para el Colegio:

La importancia de los ejercicios del Colegio.

Las razones que obligan a hacerlos bien. Los medios para su buen desempeño.

El celo que los Prefectos y los Regentes deben tener para ejercer cuidadosamente sus funciones.

Las obligaciones que tienen. La manera de desempeñarlas.

La necesidad y utilidad de los catecismos de los sábados.

Los motivos que deben excitarnos a hacerlos bien. El método que debemos seguir.

Lo principal que debemos recomendar a los escolares, como:

El odio al pecado.

El temor de abusar de los sacramentos.

El respeto debido a Dios en los lugares santos.

Ayudar bien a la santa Misa.

El honor y la obediencia a sus padres.

El horror de la impureza.

La caridad hacia el prójimo. No devolver mal por mal. etc.

**CUARTA PARTE.**  
**LA CARIDAD CRISTIANA.**

**CAPITULO I**  
**LA CARIDAD FRATERNA ENTRE LOS MIEMBROS DE LA**  
**CONGREGACIÓN.**

La Caridad es la regla de las reglas y debe ser el alma de la Congregación, que anime, conduzca y regule todas sus actividades. Que cada uno se empeñe en conservarla con más solicitud que las pupilas de sus ojos y que tema, por encima de todo, herirla en lo más mínimo. Si por desgracia lo hace, que lo repare con prontitud, humildad y generosidad, por el amor de aquél que es todo amor.

Que se consideren mutuamente como miembros de una misma Cabeza y de un mismo cuerpo y como hijos de un mismo Padre y de una misma Madre. Y con este convencimiento se amarán recíprocamente con un afecto santo, fuerte, cordial, tierno y respetuoso; soportarán y excusarán los defectos, temperamentos y debilidades de los demás y estarán prontos a servir y ayudar a sus hermanos en todas las ocasiones, en espíritu de caridad.

Los Superiores velarán con gran cuidado por la conservación de la caridad, la unión y la paz, y por que haya un solo corazón y

una sola alma entre los que están bajo su dirección y por destruir todo lo que se le oponga. Por esto, no admitirán pleitos, por cualquier causa entre los miembros de la Congregación. Si llega algún motivo de queja, encomendarán el juicio a la Congregación y se someterán a su dictamen; el que se rebele será rechazado.

Detestarán y tendrán horror a las chanzas, las burlas, los reproches de las imperfecciones naturales; las murmuraciones y maledicencias; y se cuidarán de decir palabras picantes que hieran la caridad, aunque sea en lo mínimo, y no las dirán, ni por reír o recrearse.

Informarán al Superior, por espíritu de caridad, los desórdenes que vean en la casa y que no se puedan remediar por otra vía. Si no lo hacen, responderán ante Dios.

Cuando alguien cometa alguna falta ligera, los demás no lo reprenderán, pero si el caso continúa, informarán al Superior.

Lo mismo, si la falta es importante y no secreta. Si es secreta, el que la haya conocido hará una suave y amable corrección fraternal una o dos veces, pero si la falta continúa se informará al Superior para que éste ponga remedio.

Si la falta descubierta acarrea alguna consecuencia peligrosa, algún daño o peligro de escándalo, el que la haya visto o conocido, notificará al Superior, aunque sea secreta.



Si ocurriere diferendo o disensión entre algunos, que recuerden las palabras del Apóstol: “Que la puesta del sol no os sorprenda en vuestro enojo.” (Ef. 4,26).

Que no dejen pasar el día sin reconciliarse. Si no lo hacen, que el Superior los corrija y los obligue con caridad y suavidad a que lo hagan pronto.

Si se resisten y endurecen su discordia, se informará al Superior general, quien empleará todos los medios posibles para volverlos a la caridad y si no puede, los separará de la Congregación y los declarará enemigos de la paz.

Cuando alguien sienta alguna aversión o indiferencia contra otro, que no debe decir ni hacer ni omitir nada por esta causa. Que no cesen de combatir estos malos sentimientos, con actos interiores y exteriores de caridad, hasta vencerlos.

El Espíritu Santo, en San Pablo, nos dice: “No hagan nada por rivalidad o por orgullo, sino con humildad y que cada uno considere a los demás como mejores que él mismo (Fil. 2,3). Observemos esta sentencia con exactitud en todo lugar y en toda ocasión, especialmente durante la conversación; el Superior o el que tenga su lugar tratará de impedir toda discusión y la cortará prontamente aún en cosas ligeras.

Ya que la diversidad de pareceres, tanto sobre las cosas especulativas como en las prácticas, es por lo común la madre de la discordia y el enemigo de la unidad de voluntades, se empeñarán todos en evitarla en lo posible, como una peste

peligrosa para la paz y la concordia y renunciarán, con gusto, a aferrarse a su propio sentir para avenirse con el parecer del otro, que debemos preferir al nuestro, para el bien de la unión y la caridad que debemos conservar por encima de todo.

Cuando entren a la habitación de otro, con permiso o necesidad urgente, no tocarán los libros o papeles ni otros muebles, porque esto puede incomodar al prójimo y causar molestia.

Cuando haya necesidad de tomar algo en el comedor o la cocina o alguna oficina, se avisará a los encargados de esos lugares y lo repondrán cuanto antes, porque es importante para el buen orden de la casa y para no herir la caridad, pues su falta causa mucha inquietud e impaciencia.

Durante las comidas cuidarán de que nada falte a los vecinos, para advertirlo a los que sirven la mesa.

Fuera de la casa no deben hablar de lo que pasa o se debe hacer en ella; ni se hable de las divisiones y guerras entre los cristianos, no sea que los diversos sentimientos y afectos alteren la paz y el afecto fraternos.

No hablarán mal de ningún pueblo, ciudad o provincia; y no tolerarán en su corazón ningún sentimiento de odio o aversión que las diversas naciones acostumbran tener entre sí, porque es contrario a la caridad cristiana y que a menudo causa divisiones entre las personas que viven en comunidad. (Constituciones de la Compañía de Jesús. Reglas comunes. No. 30).

Tendrán gran educación y respeto mutuo, con sencillez, sin amaneramiento ni afectación, eliminando por completo los “cumplidos”, ceremonias y maneras de hablar del mundo.

Cuando se encuentren, se descubrirán para saludarse mutuamente, con respeto y caridad. Cuando alguien salga para ir lejos o para ausentarse algún tiempo o que regrese, todos lo saludarán no besándolo, sino abrazándolo con modestia, diciendo uno: “Bendito sea Nuestro Señor” y el otro contestará: “Y su santa Madre” y se pondrán de rodillas.

Tres veces al año, a saber: 1. cuando se haga cambio de oficios. 2. al fin de la conferencia preparatoria a la fiesta del Santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen y 3. al final de la que precede a la fiesta del Santísimo Sacramento, todos se abrazarán diciendo estas palabras: “*Diligamus invicem*” y el otro responde: “*Sicut Christus dilexit nos*”. Esto se hará para renovar y aumentar el espíritu de caridad.

Cuando se posesione un Superior, abrazará a todos sus hermanos. Pero sea en esta ocasión o en alguna otra, cuando un Superior abraza a alguno de los que están a su cargo, dirá estas palabras, estando de rodillas con el otro: Nos *cum prole pia*. . .y la otra contesta: Amén.

Los sacerdotes y clérigos de la Congregación tendrán también gran caridad para con los hermanos coadjutores, los verán y los tratarán como miembros de un mismo cuerpo, hablándoles siempre con benignidad y mansedumbre. Y los hermanos tratarán a los sacerdotes y clérigos con mucho afecto, respeto y

humildad. (Esta última parte se agregó al manuscrito, escritura de M. Blouet, sucesor del P. Eudes).

Sobre todo, tendrán un cuidado extraordinario de los enfermos, asistiéndolos espiritual y corporalmente, sin olvidar nada que los pueda aliviar y aún recreándolos para alegrarlos modesta y cristianamente.

Tendrán también un respeto y una caridad muy particular por las personas de edad avanzada, en especial por los que han consumido su vida al servicio de la Congregación. Los Superiores los cuidarán, proveerán a sus necesidades y cuidarán de que nada los contriste.

En caso de contagio, serán asistidos en nuestras mismas casas, en algún lugar separado, según la comodidad del lugar y allí serán servidos y asistidos fielmente. El Superior les dará asistencia espiritual, si alguien de los nuestros no se ofrece voluntariamente para administrarle los sacramentos y asistirlo en la agonía.

Y tendrá presente algún medio agradable al enfermo para servirle como un verdadero pastor debe hacerlo con las almas que le están encomendadas, y en este caso, él se debe conservar para la comunidad y para los deberes de su cargo.

Si ocurre que él mismo fuera afectado, el Asistente, Si no se presenta otro, le prestará estos deberes de caridad.

Cuando alguien esté enfermo de algún peligro, el Superior lo preparará para confesarse y comulgar y recibir el santo Viático y

la Extrema-Unción cuando el peligro sea más evidente. En este caso, no omitirá nada de lo que pueda hacer, tanto por si mismo como por los que él juzgue conveniente para ayudarle a morir cristianamente. Y para esto, consultará sobre este tema en el libro del Reino de Jesús. O.C. T. I, p.520. Y en el del Contrato del hombre con Dios en el santo Bautismo O.C. T. II. p.245.

Si el enfermo muere, se hará lo anotado para esta ocasión en el MANUAL de la Congregación.

Se avisará a sus familiares y a las casas de la Congregación; y cada sacerdote celebrará tres misas, cuya intención principal será por el descanso de su alma.

Cada clérigo y cada hermano hará tres comuniones y uno o varios rosarios por la misma intención.

Se hará otro tanto por las personas que tengan la calidad de fundador y fundadora. Además, en la casa donde haya fallecido harán todo el oficio de Difuntos en común ante el Santísimo, sea recitado o cantado.

Cantarán una misa el tercero y séptimo día; se hará una treintena, al cabo de la cual celebrarán otra misa cantada; harán que un pobre coma en la Comunidad, por el alivio del alma del difunto, en el lugar que él tenía en el comedor y se le pedirá al pobre rezar cada día un rosario por él. Todo esto se hará por los clérigos, hermanos o sacerdotes.

Se hará lo mismo por un Superior que por los otros; pero por el Superior general se hará en todas las casas lo mismo que se hace por los que en ella fallecen.

Todos se empeñarán en practicar estas palabras del Espíritu Santo en boca de San Pablo: (1 Cor.13, 4-7). “Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido ni orgulloso, ni grosero ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor. Es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo”.

La caridad es paciente y no hay dolores ni obstáculos que la puedan hacer murmurar. Ella está llena de suavidad y aunque se le haga cualquier injuria, nunca concibe deseos de venganza. La caridad no envidia a nadie. No tiene malicia ni es precipitada ni insolente en sus actos. No se deja llevar de la vanidad; la ambición no la enseguece.

No la mueve el interés, nada la amarga ni la irrita. Nunca desea hacer mal; no se regocija con las faltas de los demás, sino que se alegra por sus buenos actos. Soporta todos los trabajos. No cree en el engaño, no por debilidad, sino porque es santa y sencilla. Si el prójimo no se arrepiente, ella espera confiadamente que lo haga y mientras tanto, todo lo soporta de él.

## **CAPITULO II**

### **CARIDAD Y UNIÓN ENTRE LAS CASAS DE LA CONGREGACIÓN.**

Todas las casas y comunidades de la Congregación son como una sola casa, una comunidad y un cuerpo y deben tener un solo corazón y un solo espíritu.

Para esto, el Superior de la Congregación y todos los Superiores locales procurarán con gran cuidado mantener y fortificar esta unión por todos los medios posibles, entre los cuales pueden emplearse los siguientes:

Las casas acomodadas ayudarán a las pobres, según su capacidad, por orden o asentimiento del Superior general. Nadie se apegará a ninguna casa particular, sino que las amarán a todas de igual forma y a la Congregación en general como consagrada que está a Jesús y a su santa Madre, acogiendo todos sus intereses como los intereses de Jesús y Maria, amando todas las cosas que le pertenecen, aún las menores, como que son de ellos.

Para conservar este afecto general cada uno estará dispuesto siempre a cambiar de casa cuando la obediencia lo pida. Y se cambiará efectivamente cada tres años, si el Superior general no dispone otra cosa y el que no quiera someterse a sus órdenes y se rebele con obstinación, será expulsado de la Congregación si no se arrepiente y hace la penitencia que requiere tal falta.

La casa de Caen, que es como la piedra angular y fundamental que debe unir todas las demás casas, tendrá un libro en el que se anotará cuidadosamente no sólo la fundación de las otras casas, sino también las principales cosas edificantes que sucedan, tanto en lo espiritual como en lo temporal.

Aunque dicha casa de Caen no tenga autoridad sobre las demás y que esta autoridad pertenezca solamente al Superior general, sin embargo, la deben reconocer como la casa madre y tener con ella una estrecha unión de caridad, entera conformidad, fiel correspondencia, cordial deferencia y particular comunicación.

Y los de la casa de Caen deben tener un celo especial y gran caridad para servir a las demás casas, según su capacidad. Y debe guardarse tan bien el orden, que se vea la práctica perfecta de todo lo que es del Instituto de la Congregación, y así sea el modelo y ejemplo para las demás. Todas las casas de la Congregación seguirán en todo lo posible, una misma regla, usos y costumbres.

Si es factible, se guardará una perfecta uniformidad en el oficio divino, en las ceremonias, en las oraciones públicas y ejercicios de piedad, en la edificación de las iglesias y las casas, en los muebles de las habitaciones, en los trajes y en todo, como se dirá. En caso de duda, se escribirá al Superior de la Congregación para saber cómo se hace en la casa de Caen, para conformarse a ello en lo posible.



## **CAPITULO III**

### **UNIFORMIDAD EN EL TRAJE.**

Para que esta uniformidad exterior ayude a conservar y crecer la unidad de los espíritus y de los corazones, los trajes serán poco más o menos de una misma tela y de un mismo corte, sin ninguna diferencia. Nunca seguirán las modas del mundo, que es un loco más cambiante e inconstante que la luna y cuya locura se manifiesta en los continuos cambios de sus modas.

Como los eclesiásticos son la sal y la sabiduría de la tierra, representantes del que es la Sabiduría eterna, no deben seguir a este insensato ni imitar su locura y sus ligerezas, sino conservar siempre en sus trajes y en todo, la gravedad y la modestia conveniente a su estado.

Por esto, los miembros de la Congregación se vestirán siempre igual y del modo siguiente: los sombreros no serán demasiado altos ni demasiado bajos, de borde ni demasiado grande ni demasiado pequeño, con un cordón redondo de franja, torcido, sin ninguna borla.

Nunca Llevarán solideos de seda. Se pondrán el bonete en la casa; en invierno, sin embargo, se permitirá sombrero fuera de los actos y los lugares de comunidad, en los cuales siempre tendrán el bonete. Las sotanas serán cerradas con botones, al menos hasta la mitad, el resto puede ser cosido. Los sacos o sobretodos se cerrarán por arriba con dos o tres botones y ojales hechos con presilla y no del mismo tejido. Las mangas

serán tres o cuatro dedos más cortos que el sobre todo y de medio pie de anchas. Los manteos tendrán también un cuello de alrededor de medio pie de ancho. Las sotanas, sobretodos y manteos no pasarán el alto del talón y en ninguna parte estarán ribeteados con cinta ni galones de seda, sino de un sencillo reborde o dobladillo del mismo tejido.

La ropa interior será sencilla, sin ribetes ni encajes ni cosas semejantes. Se Llevarán calzas, pero en verano podrán tener un tejido suave y sencillo, como la serga de Caen u otra semejante o de tela negra. Las medias serán negras y de tejido común. Los zapatos o pantuflas no serán de tafilete ni excederán el largo del pie y serán siempre negras.

No Llevarán cinturones de seda ni adornos en los sombreros ni cintas en los zapatos, ni puños postizos de más de una pulgada de ancho y los cuellos no excederán tres pulgadas de ancho ni sobresaldrán más de un dedo de espesor.

Cuando vayan de camino Llevarán una capa muy sencilla, sin apariencias ni adornos de ribetes o galones de seda y sin más botones que los necesarios y de mediano espesor. Las botas serán de tamaño adecuado a la necesidad y no según la superfluidad o vanidad de la moda. Las espuelas, sencillas y sin adornos.

Nunca usarán manguitas, pues esta delicadeza femenina es totalmente indigna del espíritu eclesiástico. San Francisco de Sales, con ser obispo y príncipe de Ginebra, nunca llevó guantes y el gran San Carlos Borromeo los prohibió expresamente a los

eclesiásticos de sus seminarios, pues de ordinario son una cosa superflua, que sirve más al amor propio y a la vanidad que a la necesidad. Por tanto, no los usarán ni en la ciudad ni en la casa, salvo que alguno tenga tal necesidad de ellos que por el rigor del frío sufra una gran indisposición.

Y en este caso, el Superior le dará unos de lana u otro tejido que sea conforme a la modestia eclesiástica. También los Llevarán en camino al campo, sea a pie o a caballo, pero que sean sencillos y sin ningún adorno.

Finalmente, evitarán toda superficialidad en los trajes y de todo lo que sea contrario a la sencillez y modestia eclesiástica y tendrán una perfecta uniformidad en todo, para que esta unidad exterior ayude a la conservación y aumento de la interior.

## **CAPITULO IV**

### **MEDIOS PARA CONSERVAR Y FORTIFICAR LA UNIÓN.**

Como la Congregación no puede subsistir sino por la unión perfecta de todos sus miembros, además de los anteriores medios, nos serviremos de los siguientes, para mantenerla y aumentarla.

Como es muy difícil conservar la paz y la unidad de los corazones entre un gran número de personas que no han

vencido sus malas inclinaciones, se cuidará del deseo de multiplicar mucho los miembros de la Congregación.

Se escogerán muy bien los candidatos y sobre todo a los que deberán ser incorporados, atendiendo a que sean personas sociables, humildes, suaves, sencillas, sumisas y que no tengan otra pretensión que agradar a Dios. Pues basta un solo espíritu desordenado para desunir toda una compañía.

El amor desordenado de si mismo que nos apegamos a nuestros intereses y nos lleva a buscar nuestras comodidades y satisfacciones es el enemigo mortal de la unión que debemos tener con nuestros hermanos y es la fuente de todas las divisiones.

Por esto, no se recibirá a nadie en la Congregación que no esté resuelto con pleno conocimiento a hacer morir ese amor propio, para hacer vivir y reinar el verdadero amor de Dios y la verdadera caridad hacia el prójimo.

Y no se incorporará a nadie que antes no haya dado pruebas visibles y manifiestas de esta resolución, por la mortificación de sus pasiones y por los efectos de un sincero, sólido y cordial afecto hacia sus hermanos.

Uno de los más poderosos medios para mantener la unión en la Congregación es la obediencia, por la cual todos los miembros, unidos con su cabeza, también están unidos los unos a los otros. Por esto, se empeñarán en conservarla siempre en todo su

vigor, pues mientras más dependencia tengan los inferiores de sus Superiores, más amor y unión habrá entre ellos.

Pero como los inferiores están obligados a tener amor, respeto y sumisión de hijos hacia sus Superiores, también los Superiores deben tener un corazón, un afecto y una vigilancia de padres hacia sus inferiores, poniendo gran cuidado en todo lo que les incumbe, proveyendo a sus necesidades y demostrándoles toda su cordialidad.

Así mismo, los Superiores considerarán y honrarán al Superior general como a su Padre y el de toda la Congregación, se unirán fuertemente a él por un gran respeto, una entera sumisión a todas sus órdenes y por una perfecta obediencia a todo lo que venga de su parte, que no sea manifiestamente pecado, como si viniera de parte de Jesús, a quien representa.

Como también él debe tener recíprocamente un amor muy grande por la Congregación en general y en particular por cada uno de sus miembros.

Debe olvidar sus propios intereses, su descanso y sus satisfacciones para velar continuamente por las necesidades corporales y espirituales de aquellos y para ejercitar hacia ellos el celo, el cuidado y el oficio de su verdadero poder.

Por esta razón, para obligarlo a recordar estos deberes, será llamado por este nombre en la Congregación; es decir que éstos, al hablar de él digan nuestro Padre y al hablarle o escribirle dirán Padre mío “Y sólo él Llevará este nombre. (El P.

Blouet de Camilly anota que esto ya no se dice y sólo se escribe).

Así, por la correspondencia y unión mutuas que habrá entre los inferiores y sus Superiores y entre los Superiores y subalternos y el Superior general, habrá una unión tan perfecta entre todos los miembros de la Congregación, mediante la gracia y la bendición del que es su primera cabeza, que ellos no serán sino un solo cuerpo, un solo corazón y una sola alma.

Las amistades particulares son la peste de la unión y de la caridad común que debe haber entre los miembros de un mismo cuerpo y Son una fuente de singularidades, de murmuraciones, de cábalas, de intrigas, de divisiones y otros muchos desórdenes.

Los Superiores procurarán romperlas, dispersarlas y extinguirlas desde su aparición y las evitarán como algo muy pernicioso y procurará amar cordialmente a todos sus hermanos sin unirse ni inclinarse a nadie en particular.

Evitarán también en lo posible la diferencia de opiniones en materia de doctrina, especialmente en lo relacionado con la teología, tanto escolástica como moral, porque esta diversidad es de ordinario la fuente de mil disgustos y la ruina de la caridad y la paz.

Por esto, en todas las materias teológicas, los hijos de la Congregación, en sus discursos, pláticas familiares, predicaciones, catecismos, conferencias y en sus escritos,

adoptarán unánimemente, la doctrina más aprobada, segura y más conforme a las máximas del Evangelio, de manera que todos tengan los mismos sentimientos y hablen el mismo lenguaje, aún en lo que los doctores católicos tengan opiniones diferentes.

No se admitirán en la Congregación opiniones nuevas, en especial si se alejan, aunque sea poco, de los sentimientos comunes de la Iglesia.

Si alguien en la Congregación fuera causa de división o de disensión entre los miembros de un mismo cuerpo o entre la Cabeza y los miembros, se lo separará prontamente, como una peste muy peligrosa o al menos, si hay probabilidad de enmienda, se le cambiará de lugar; si se ve que no se corrige, será suprimido.

## **CAPITULO V**

### **CORRESPONDENCIA EPISTOLAR PARA MANTENER Y CONSERVAR LA UNIÓN.**

El mutuo intercambio epistolar es otro excelente medio para mantener y fortificar la unión y la correspondencia entre todos los miembros de la Congregación.

Todos los Superiores escribirán dos o tres veces al año, no las noticias del mundo ni cumplidos ni cosas inútiles, sino lo que pase en cada casa y en el país donde está, que pueda ser

edificante, instructivo o consolador o que sirva para la conservación de la caridad. (1)

El Superior de cada casa escribirá dos veces al año al Superior de la Congregación, además de las ocasiones en que se verán obligados a hacerlo extraordinariamente. He aquí lo que escribirán:

1 - Cada Superior escribirá sobre el estado espiritual y temporal de su casa; lo principal de edificante y consolador que haya pasado después de su última carta; cómo observan los reglamentos; si se hacen fielmente los ejercicios de oración, las pláticas y conferencias y las humillaciones.

Si visitan los viernes a los pobres del hospital y de la prisión; si cada semana se da de comer a alguno en el comedor; si los sábados lavan la vajilla en la cocina.

Si se predica, si se catequiza, si son asiduos en oír las confesiones, si hay algunos enfermos en la casa y cómo son asistidos.

Si han tenido contratiempos y oposiciones: pero sobre esto, no escribirán ninguna queja, ni denuestos ni nada que demuestre impaciencia, amargura o falta de caridad para los que nos ponen obstáculos, sino solamente el estado de las cosas y en los términos más caritativos que se pueda.

2 - Escribirá sobre el estado de las personas en particular: los que son más exactos y fieles en la oración y demás ejercicios y



en seguir las órdenes de la Congregación; los que lo son menos y los que lo descuidan del todo.

Los que sobresalen en la humildad y en la obediencia y en la caridad fraterna, en el celo por la salvación de las almas.

En fin, escribirá de tal modo que presente el estado de la casa y de las personas a los ojos del Superior general.

3 - Cuando alguien fallezca, se lo hará saber lo más pronto posible tanto al mismo Superior como a los demás Superiores locales para que se hagan por él las oraciones ordenadas para esta ocasión. Y se escribirá también algo sobre las virtudes sobresalientes del difunto y de lo sucedido en su enfermedad y su muerte, de lo que se pueda sacar algo edificante y de consuelo.

4 - Escribirá sobre los dones y favores recibidos por la casa, especialmente los de mayor consideración, con los nombres, apellidos y cualidades de las personas con que se está obligados.

5 - Además, para que el Superior general conozca más perfectamente a los que están bajo su conducción, cada Superior local le enviará todos los años, al final del mes de enero, una lista de los miembros de su casa, tanto sacerdotes, clérigos y hermanos coadjutores.

Y lo hará con sus apellidos y nombres, su país, su edad, su fortaleza, sus estudios, el tiempo de recepción en la Congregación, sus cargos, sus cualidades, sus talentos, su

espíritu, su juicio, su prudencia, su experiencia, su carácter y su complexión natural, su progreso en la piedad y en la virtud, su afecto a la Congregación, y para qué funciones es apropiado.

Y escribirá estas cosas después de haberlas examinado con madurez delante de Dios y con toda la verdad, la sinceridad y sencillez que sea posible, sin pasión ni exageración y en pocas palabras.

Los Asistentes de cada Superior le escribirán al Superior general, al menos dos veces al año, a saber: a finales de enero y de julio, lo que les parece de su Superior y de su conducta en la administración a su cargo, del estado de la casa y si observa las Constituciones.

Pero pondrán mucho cuidado en hacer esto con gran sinceridad, sin amplificar ni disminuir la verdad, despojándose de todo respeto humano y de toda pasión, escribiendo solamente después de haber examinado cuidadosamente las cosas en presencia de Dios y permaneciendo siempre en toda la obediencia y respeto debido y que ninguno de ellos sepa lo que los otros hayan escrito.

El Director de los Jóvenes escribirá también al Superior general dos veces al año, en enero y julio, para hacerle conocer el estado de los que están en probación, sus nombres y apellidos, su espíritu, su carácter, su progreso en los caminos de Dios; si tienen las cualidades propias para la Congregación, si la aman y lo demás que juzgue conveniente.

El Director de cada misión escribirá al menos cada quince días para ponerlo en conocimiento del éxito de la misión y de lo principal que allí pasa y si se observan los reglamentos de las Misiones.

Los particulares tendrán también una entera libertad para escribirle cuando quieran, sin que nadie pueda impedírselo. Por lo tanto, no lo harán con ligereza y sin alguna necesidad.

Cuando se le escriba por cualquier asunto de gran importancia se le dirigirán las cartas directamente y no a otros que lo traten con él.

Si se le escribe algo secreto, se le escribirá en términos comprensibles sólo por él y se pondrá en la carta, debajo de la dirección: “En su propia mano”.

El Superior de la Congregación escribirá a los Superiores locales y también a los inferiores, cuando la necesidad lo requiera.

Sí se escribe a seglares, hombres o mujeres, en algo que les incumba, se hará de tal modo, que en cualquier mano que caigan puedan ser leídas, sin que nadie se ofenda, sino que tengan algo edificante.

Aunque un Superior pueda comisionar a alguien para que escriba en su nombre a los que están a su cargo, un inferior nunca debe escribir por mano o mediación de otro a su Superior, sino en caso de enfermedad o necesidad apremiante.

Cuando se escriba a sus iguales o inferiores, se debe poner en la primera línea de la carta: “La Divina Voluntad Sea Nuestra Conducta En Todas Las Cosas” sin agregar ni quitar ni cambiar nada a estas palabras. Cuando se escribe al Superior de la casa en la que está O al Superior de la Congregación, se debe poner: “La bendición de Jesús me sea dada por usted, por favor”.

## **CAPITULO VI**

### **LA CARIDAD PARA CON LOS SEGLARES**

La caridad no debe reducirse a la Congregación, sino que será católica, es decir, universal, que se manifiesta en todo lugar y con toda clase de personas. Honrar y estimar a todo el mundo, no pensar, no hablar, no hacer mal a nadie; juzgar bien a todos, hablar bien de todos, hacer bien a todos, por el solo amor a Dios y sin esperar retribución; en lo posible, conservar la paz con todos.

Comportarse con toda la mansedumbre con todos; amar aún a los que nos odian; hacer el bien a los que nos hacen mal; bendecir a los que nos maldicen; rogar por los que nos calumnian y persiguen, es el espíritu de Jesús y de María y de todos sus verdaderos hijos y por consiguiente, es el espíritu de la Congregación.

Para conservar y fortalecer en ellos este espíritu, no harán ni dirán nada que pueda ofender o contristar al prójimo; no despreciarán ni desdeñarán a nadie ni discutirán con nadie sino,

serán benignos, afables y condescendientes con todos y pondrán su complacencia en agradar y alegrar a cada uno según Dios, tanto como se pueda, según las palabras del Apóstol; “Nosotros debemos agradar al prójimo en lo que sea para su bien y en lo que lo haga crecer en su fe”. (Rom. 15,2). Y para imitarlo en lo que dice de sí mismo:” Me he hecho esclavo de todos para ganarlos a todos para Dios” (I Cor.9,1).

En su trato con los laicos serán suaves, afables, cordiales, respetuosos, sin hacerse demasiado familiares ni separarse de la modestia y discreción convenientes a un eclesiástico.

El espíritu seco, rígido, austero y demasiado grave y serio debe ser desterrado del todo entre ellos, como también ser demasiado libre, familiar, disoluto, disipado y demasiado comunicativo, pues esto expresa ligereza, indiscreción, indevoción, sobre todo cuando se trata a personas poco conocidas.

Se les recomendará particularmente la benignidad para con todos, que tengan delicados afectos hacia el prójimo, lo vean siempre con mirada serena, le hablen suave y afablemente y condesciendan bondadosamente con sus cambios de humor, aunque sean rudos y austeros e incultos.

Aunque en la conversación con el prójimo puedan portarse con alguna complacencia cristiana y caritativa, deben, sin embargo, cuidarse de una complacencia desordenada, que alabe las malas inclinaciones de las personas, excuse sus faltas, las defienda y algunas veces se complazca en ellas.

Nunca alabarán a los seglares por sus riquezas ni por su nobleza ni por las demás cosas que el mundo aprecia. Harán las menos visitas que puedan y serán cortas, solamente de día, si no es por alguna necesidad y nunca estarán presentes en recreaciones inconvenientes, como juegos prohibidos, festines y comedias etc.

Si en su presencia, a alguien se le escapan palabras o acciones demasiado libres o murmuraciones del prójimo, no se dejarán llevar de un respeto laxo y pernicioso, sino que se tomarán una santa y discreta libertad de amonestarlo, considerando, sin embargo, las circunstancias del tiempo, el carácter de las personas, la compañía presente, para que la corrección aproveche y hablando de tal manera que el tono de voz ni la reflexión sean agrias, desdeñosas ni altivas.

Finalmente, al conversar con el prójimo, deben recordar que el vestido del gran Sacerdote de la antigua ley tenía campanillas, para enseñar a los sacerdotes cristianos que su solo caminar y mucho más sus acciones y sus palabras deben hacer retumbar por todas partes un sonido resonante de santidad.

Nunca rechazarán a los que se presenten para confesarse o para hacerse instruir o explicar o para pedir consejo y asistencia en algo y recibirán a todos benignamente, los escucharán pacientemente, les responderán amablemente y se hará todo lo posible para despacharlos contentos. Cuando encuentren alguna persona afligida, se esmerarán de todo corazón en consolarla y darle las instrucciones necesarias para llevarla a hacer buen uso de su aflicción.

Recordarán que Dios recomienda reiterada y vehementemente, en sus divinas Escrituras, a los huérfanos, las viudas, los extranjeros y los pobres.

Ejercitarán la caridad con ellos en todas las formas posibles, conversando más gustosamente con los pobres que con los ricos; estando prontos a visitarlos en sus enfermedades y aflicciones.

Irán al confesionario cuando ellos lo pidan y los tratarán en toda ocasión con un corazón lleno de amor y respeto a Jesús al cual deberos ver en ellos, según sus palabras: “Lo que hicieron por uno de estos mis hermanos más humildes, a mí me lo hicieron” Mt . 25. 40

En fin, los verdaderos hijos de la Congregación amarán a todos los pobres y serán para ellos, en todo lugar y en todo tiempo, sus protectores, sus abogados, sus curadores y sus padres, mostrándose prontos y afectos a asistirlos, instruirlos, visitarlos, consolarlos en los hospitales, en las prisiones y en sus casas particulares.

No discutirán con los obreros y peones, ni las demás personas Con las que tengan que tratar; actuarán siempre con toda mansedumbre, conservando la paz con todos, en lo posible, edificándolos con Un proceder caritativo, franco y sincero y no dejándolos ir sin darles alguna instrucción para su salvación. Si sucedieren discordias entre señores y magistrados u otros, no se favorecerán los intereses de unos en perjuicio de los otros,

sino que se tendrá caridad universal por todos y se rogará a Dios que les dé el espíritu de paz.

No impulsarán ningún proceso para otro, bajo pretexto de caridad, ni verbalmente, ni por cartas, si no es muy raramente y por causas muy importantes y en favor de los pobres, las viudas, los huérfanos y los indefensos. Nunca se entrometerán en matrimonios bajo ningún pretexto.

No manifestarán por palabras o por actos, resentimiento alguno contra los que no estiman, desprecian o combaten la Congregación.

Y a imitación de Jesús, rogarán a Dios por ellos; buscarán la ocasión de devolverles bien por mal y de ganar sus corazones por el camino de la humildad y la caridad cristiana y les tendrán y demostrarán, de palabra, de obra y de todas formas, una particular caridad ; los deben mirar y tratar como benefactores distinguidos, porque nos ayudan a vencer a nuestros verdaderos enemigos: nuestro orgullo, nuestro amor propio y todos nuestros defectos y que nos enriquecen obligándonos a practicar las más excelentes virtudes.

Si uno o varios miembros de la Congregación llegaren a ofender o dar motivo de disgusto a cualquiera, tratarán de buscarlo prontamente para reparar la falta y darle satisfacciones para cumplir el mandato del Hijo de Dios (Mt. 5,23-25). “Si al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda delante del altar y ve primero a



reconciliarte con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda.

Sobre todo, temerán y evitarán más que a la peste, la envidia, indiferencia y divisiones con respecto a otras comunidades, tanto eclesiásticas como religiosas.

Y conservarán por todos los medios la paz, la unión y la caridad fraterna y cordial para con todos, procurando prestarles en su oportunidad toda clase de servicios y de buenos oficios de palabra y de hecho, con un corazón verdaderamente fraterno y aún transigiendo y condescendiendo en todo, para conservar la caridad y la paz, aun con perjuicio de lo suyo.

Para esto, el Superior de cada casa visitará dos o tres veces al año a los Superiores de las otras Comunidades, por espíritu de verdadera y sincera caridad, para celebrar allí la santa misa en las fiestas de sus patronos.

Entre todas las Comunidades de la Iglesia, se tendrá muy particular veneración y singular afecto a la santa Compañía de Jesús y a todos sus hijos, tanto por los grandes y señalados servicios que han prestado y prestan continuamente a Dios y a su Iglesia en toda la tierra, como por las particulares muestras de bondad y de caridad que la Congregación ha recibido de ellos.

Por ello, no dejarán pasar ocasión para prestarles algún servicio de palabra y de hecho y algún testimonio de honor y caridad a

esta santa Compañía y a todos sus hijos y que se lo haga de todo corazón.

También se tendrá gran respeto por las demás santas Órdenes que, por la santidad de sus votos y de su profesión, están consagradas al servicio de Dios. Pues, aunque la Congregación no está obligada a una profesión semejante, la debe respetar en los religiosos, tanto más, cuanto que no la ha podido adoptar ni comunicar a sus hijos.

Tendrán mucho respeto y toda clase de consideraciones a los señores curas, vicarios, demás sacerdotes y clérigos, cualesquiera que sean, e incitarán a los laicos por la palabra y el ejemplo a rendirles el honor y la obediencia debidos.

Nadie se encargará de predicar, catequizar, confesar, decir la misa o administrar algún sacramento o hacer cualquier ministerio eclesiástico, en una iglesia o parroquia, sin permiso del cura o rector, o en su ausencia, de su vicario.

En fin, la caridad nos debe dar diligencia para hacer el bien a todos, para tratar de tener a todos como amigos y a nadie como enemigo, al menos, nunca darles motivo; y para hacer con gusto y pronto lo que podamos por el prójimo. Hay que otorgar y hacer gustoso lo que puede ser de provecho para alguien y no perjudicar a nadie.

La caridad de la Congregación no se ejercitará solamente con los vivos sino con los difuntos. Para esto, todos los días se dirá una misa por todas las almas del purgatorio, especialmente por

las almas de los que han muerto en la Congregación y por las de nuestros parientes, amigos y bienhechores. Cada uno la dirá su semana y se señalará en una nota que el sacristán pondrá en la sacristía.

## **CAPITULO VII**

### **COMPORTAMIENTO PARA CONSERVAR LA CARIDAD EN LOS PLEITOS.**

Los verdaderos hijos de la Congregación considerarán los pleitos como el enemigo jurado de la caridad: se alejarán de ellos y de toda acción contenciosa. Si ocurre alguna vez, sea para la Comunidad o para uno de sus miembros, se procederá de esta manera:

Si es para la Comunidad:

1° Se humillarán delante de Dios, reconociendo que es un castigo que nos envía por nuestros pecados, según las palabras de su Apóstol:” va el solo hecho de tener pleitos entre vosotros es un grave defecto” (I Cor. 6,7).

2° El Superior reunirá su Consejo para, después de leer este capítulo, ver si el asunto es de tal importancia que en conciencia se esté obligado a llegar al proceso, y si no sería mejor sufrir el perjuicio, que llevar el pleito, según estas palabras de San Pablo:

“¿Por qué no mejor soportar la injusticia? ¿Por qué no mejor dejar que les roben? (I Cor.6,7).

Las palabras de Jesús son: “Si alguien te demanda y te quiere quitar la túnica, déjale que se lleve también tu manto” (Mt.5, 40).

Se buscarán todas las vías de acuerdo, por mediación de personas de bien, aun de las menores, si pueden servir a la paz, antes de recurrir a los jueces, para seguir la divina enseñanza del Espíritu Santo:” Si ustedes tienen pleitos por asuntos de esta vida, ¿cómo ponen a decidir a quien no es nadie para la Iglesia?” (1 Cor. 6,4).

Si el asunto no es claro, se consultará a abogados u otras personas inteligentes. Si después de oír el pro y el contra, ellos lo hallan dudoso y que sea de poca importancia, se desistirá de ello.

Si es importante pero dudoso, se conciliará de alguna forma cediendo en parte sus pretensiones. Si el asunto es tan claro que no da lugar a dudas, se tratará de finiquitarlo por conciliación, aún cediendo algo de sus derechos y soportando algún daño y algún perjuicio, mejor que pleitear.

De todas maneras, se escribirá sobre el estado de las cosas al Superior general, para hacer todo por su orden, especialmente si el asunto es importante y se trata de empezar el litigio. Y si se está forzado a llegar a él, se proseguirá el negocio con todo el cuidado y diligencia posibles.

Sin embargo, todos los miembros de la Comunidad pondrán mucho cuidado en no proceder con injusticia, por animosidad, contienda y pasión, en palabras y en escritos.

En caso de pérdida del proceso, evitarán toda murmuración, juicios temerarios y palabras hirientes, sea contra los jueces o las partes.

Si el proceso no concierne a la Comunidad sino a uno de sus miembros, se seguirán estas mismas reglas, comunicando su asunto al Superior de la casa, quien conferenciará con su Consejo, como se dijo arriba y escribirá al Superior general para que todo se haga por orden de la divina Voluntad, manifestada por él.

Si alguien contraviene estas reglas, el Superior de la casa le amonestará en primera instancia y tratará de llevarlo a someterse. Si continúa dirigiéndose por sus inclinaciones, escribirá al Superior general para que ponga el remedio conveniente y que impida que se involucre el buen aroma de Jesucristo que la Congregación debe tener.

No se buscarán beneficios para la Comunidad por vía contenciosa y no se permitirá que ningún miembro de la Congregación los busque para él ni para otros de esta manera.

## **CAPITULO VIII**

### **GRATITUD A LOS FUNDADORES Y BIENHECHORES.**

Tendrán y demostrarán en todas las ocasiones toda clase de agradecimientos a todos los fundadores, benefactores y amigos de la Congregación, profesándoles mucho respeto, según su calidad y su edad, procurando satisfacerlos, tratándolos leal, cordial y sinceramente para que no tengan ningún disgusto ni arrepentimiento del bien que hayan hecho.

En cada casa, el Superior tendrá un libro en el que, de un lado, se escribirán los nombres y apellidos de los fundadores y de los principales bienhechores de la casa y del otro, los nombres de todos los fundadores y bienhechores distinguidos de toda la Congregación, con las cosas que hayan dado o hecho a su favor.

Pagarán fielmente los gastos causados por las fundaciones y para esto, el Sacristán tendrá un memorandum con el fin de poner una nota en la sacristía que lo haga recordar a su debido tiempo.

Como es un trabajo apostólico, todos procurarán, con la ayuda de Dios, adquirir las cualidades de un hombre apostólico, que son:

Un ardiente amor a Dios, una gran caridad, bondad, afabilidad, mansedumbre y benignidad para con el prójimo; una profunda humildad, una modestia y pureza angélicas, una fuerza y paciencia infatigable; un completo desprendimiento del mundo, de sus familiares y de sí mismo, de todos sus intereses e

inclinaciones; una vida totalmente ejemplar y una particular devoción a la bienaventurada Virgen.

Y como la formación de buenos sacerdotes es el principal medio de ganar almas para Dios, se dedicarán de todo corazón, según la capacidad que Dios les dé, a formar a los eclesiásticos que vengan al Seminario, por los ejercicios señalados en los reglamentos de esta materia.

Y porque las Misiones también son un medio muy eficaz para salvar las almas, se dedicarán a ellas, en cuanto puedan, según las reglas establecidas para este fin. Si algunos laicos desean hacer retiros o ejercicios de diez días en nuestras casas, serán recibidos con toda la caridad posible.

Todos los miembros de la Congregación, según la capacidad que Dios les haya dado, se ocuparán con celo, en todo tiempo y en todo lugar, en instruir y edificar al prójimo con palabras y pláticas piadosas, sobre las cosas principales que debe saber un cristiano:

La manera de confesarse y comulgar bien, de hacer de rodillas sus oraciones de la mañana y de la noche; sobre la lectura de buenos libros, sobre la devoción a la Santísima Virgen y sobre los otros medios de salvarse: incitando y exhortando a todos a practicar estas cosas.

Esto se debe hacer siempre con gran discreción, modestia y amabilidad y cuando la ocasión se presente, y se presenta a menudo, como cuando se va a los campos, o se encuentra en

un hotel o que se visite a los enfermos o en otras ocasiones semejantes.

Finalmente, todos tendrán como favor especial de Dios el hallar alguna oportunidad de trabajar en la salvación de un alma y tendrán gran cuidado en no dejar pasar ninguna ocasión y lo harán con alegría y de todo corazón en todas las que se presenten, tanto por su ejemplo como por sus oraciones e instrucciones.

## **CAPITULO X**

### **LA CONSERVACIÓN DE LA SALUD CORPORAL.**

Nuestro cuerpo, nuestra vida, nuestra salud y nuestras fuerzas no nos pertenecen; son de aquél que todo nos lo ha dado y que nos compró con el precio de su sangre. Y es muy agradable a su divina Majestad que los conservemos para emplearlos en su servicio.

Evitarán dos extremos que son muy peligrosos: El primero es un exceso de amor y de cuidados que muchos tienen por su cuerpo, con tal sensibilidad, delicadeza y ternura por sí mismos, que las menores enfermedades que los aquejan les parecen siempre muy graves. Y se quejan y lamentan exageradamente a todo el mundo y quisieran tener continuamente médicos a su lado y tomar a toda hora remedios para leves enfermedades que el tiempo y la paciencia superan fácilmente.



Para evitar este extremo, cuando sientan alguna enfermedad o que sepan que alguna cosa es dañina a la salud o que otra es necesaria, sea en los alimentos, en el traje o en la habitación o en el oficio que se tenga, o en el ejercicio que hagan, meditarán primero delante de Dios, en la oración, si merece que se hable de ello al Superior. Si se juzga que sí, lo harán sencillamente, con sinceridad y sin exagerar.

Hecho esto, se quedarán tranquilos, sin afanarse, dejando todo a la disposición de la divina Voluntad, confiando que ella obrará como sea más conveniente, por medio del Superior, el cual se debe conducir en estos casos con mucha caridad, escuchando las quejas y necesidades de todos, estando pronto a socorrerlos, sin examinar muy severamente si magnifican su mal, por temor a no dar la asistencia a los que tengan verdadera necesidad.

El otro extremo es el de los que, por fervor imprudente, se debilitan la cabeza y el estómago, agotan de tal manera sus fuerzas corporales y arruinan su salud, que llegan a ser totalmente inútiles, los unos por el esfuerzo y dedicación violenta que hacen en la oración y demás ejercicios, como si se tuviera que hacer a toda costa; los otros por las abstinencias, vigiliias, maceraciones y demás mortificaciones y penitencias inmoderadas.

Para evitar este extremo, primero deben acostumbrarse a hacer su oración y demás ejercicios lentamente, sin violentarse, siguiendo la guía y los consejos del Director, quien debe indicar

a cada uno el camino que debe seguir en esto, según sus disposiciones y la medida de la gracia de Dios en él.

En segundo lugar, no deben hacer abstinencias ni vigias ni otras penitencias, sin el permiso expreso del Superior, que debe tener gran prudencia para discernir lo que se les puede permitir con moderación, de lo que se les debe prohibir por completo.

No harán estudios que exijan demasiada concentración ni harán ejercicio corporal violento, en las dos horas después de comer, especialmente en verano, salvo por alguna necesidad urgente, sino que harán trabajos fáciles.

Cada Superior estudiara cuáles de su casa no pueden ayunar sin indisposición notable, para no permitirles hacerlo en los días de ayuno y para hacerles dar lo necesario y lo hará saber de la comunidad para que ninguno se escandalice.

Debe saber también cuáles, por alguna enfermedad, deben dormir más que los demás, para dispensarlos de levantarse a la hora de la comunidad y para determinarles la hora de la levantada, haciéndolo conocer también de los demás, para que todo en la casa de Dios se haga en orden y que todo sea edificante.

## **QUINTA PARTE**

### **LA HUMILDAD Y OTRAS VIRTUDES**

#### **CAPITULO I**

#### **LA HUMILDAD.**

La humildad y la obediencia serán las dos virtudes propias y especiales que con más cuidado y afecto deben amar y practicar los miembros de la Congregación.

Cada uno se estudiará a sí mismo para aprender a conocerse y a humillarse. No debemos preferirnos a otro, sino rebajarnos ante los demás. Debemos temer el aprecio y las alabanzas de los hombres como el veneno de la humildad; estimaremos los desprecios, vergüenzas, vejaciones y humillaciones como el verdadero alimento de esta virtud y como excelentes medios para adquirirla.

Debemos borrar del espíritu y del corazón toda pasión y todo deseo de beneficios y cargos eclesiásticos. Apagaremos pronta y completamente los menores sentimientos e inclinaciones que la ambición pudiera engendrar con relación al superiorato u otro empleo en la Comunidad, acordándonos frecuentemente cómo los santos han huido de toda clase de cargos, dignidades y superioratos, pues su búsqueda e intriga son demostraciones de una ambición diabólica y del carácter de un alma soberbia y reprobada.

Si alguno, Dios no lo quiera, se dejara poseer y conducir por el rey de la soberbia, Satán, valiéndose de las oraciones o el poder de los seglares o haciendo solicitudes e intrigas entre los de la Congregación, para llegar a algún superiorato, debe ser tratado y considerado como un monstruo suscitado por el infierno para la ruina de la Congregación; y debe ser desechado y expulsado cuanto antes, como una peste abominable, si es convicto de este crimen y si no hace una conveniente penitencia.

Todos recordarán que el Rey del cielo quiso ser tratado en la tierra como el último de todos los hombres y llevar ese nombre y calidad en estas palabras: “*Novissimus virorum*” (El último de los hombres) Is. 53,3.

Y pondrán su gloria en tomar en todo el último lugar, en considerarse inferior a todos, en practicar gustosos los oficios más bajos y las acciones más humildes por la obediencia, como barrer, lavar la vajilla, limpiar los zapatos y cosas semejantes.

Nadie se aferrará a su propio parecer, que sería efecto y muestra de soberbia: “No hagan nada por rivalidad u orgullo, sino con humildad y que cada uno considere a los demás como mejores que él mismo” (Fil. 2,3).

Mientras el Superior reprenda a alguno por sus faltas, éste permanecerá descubierto y en silencio y recibirá estas reprensiones y advertencias con espíritu de humildad, de sumisión y acción de gracias, tomando el partido de Dios en la persona del Superior contra sí mismo para acusarse y

condenarse y no el partido del amor propio y del orgullo para excusarse y justificarse.

Si no cometió la falta que se le reprende, debe sin embargo escuchar la reprensión con humildad, reconociendo que habría cometido otras si Dios no lo hubiera cuidado; pero luego rendirá testimonio a la verdad, cuando el asunto lo vale, diciendo sencillamente lo que hay; en seguida, si se continúa la corrección permanecerá en silencio y con modestia.

Cuando un Superior reprenda a alguien por sus faltas, los demás, en silencio, se humillarán ante sus propios defectos y no tomarán partido por él para defenderlo, sostenerlo y justificarlo, porque esto, además de impedir el fruto de la corrección, le llenaría el espíritu de orgullo y lo llevará a murmurar contra su Superior.

Pensaremos a menudo que por nosotros mismos sólo tenemos pobreza, ignorancia, tinieblas, ceguera, debilidad, fragilidad, incapacidad e indignidad para todo bien, disposición y apertura a todo mal, pecado, perdición y un abismo de todas las miserias y maldiciones y por consiguiente una miseria infinita, una indigencia inconcebible y una necesidad indecible, en todos nuestros actos, de la luz y la conducción de Dios, de su gracia, de su ayuda, sin la cual nada somos, nada tenemos, nada sabemos, nada podemos, sino precipitarnos a una vorágine de infinidad de desgracias.

Por tanto, nos guardaremos de apoyarnos, aunque sea poco, ni confiarnos de ningún modo en nuestro juicio, pensamientos,

luces, ciencia o conocimientos, ni experiencias, fuerzas, resoluciones de buena voluntad, ni en el trabajo, ni en el ingenio ni en algo que esté dentro o fuera de nosotros, ni en criatura alguna de este mundo, por poderosa, buena y sabia que parezca, sino que pondremos todo el apoyo y confianza sólo en Dios, en su infinita bondad, sabiduría y poder.

Durante la profesión de humildad que se hace todas las mañanas al fin de la oración y que comienza así: Señor Jesucristo, nada somos... Cada uno se dará de todo corazón al Señor para tener el efecto de las palabras que se dicen y para entrar en su espíritu de humildad.

Los que en el mundo han sido de baja condición y de pobre cuna, Se regocijarán de tener este medio de rebajarse y mortificar su soberbia y de practicar el envilecimiento y el desprecio. Los que hayan tenido alguna calidad y ventaja, se esforzarán tanto más en humillarse para que esto no sea un motivo de preferirse a los demás y despreciarlos.

Para aplastar la vanidad que a menudo acompaña a la ciencia, no se permitirá en la Congregación tomar títulos de Doctor ni de bachiller (“sino por orden expresa del Superior” agregó M. de Camilly en el manuscrito original).

Y nadie tendrá el título de Doctor o de Maestro ni por escrito, en los registros y en los actos públicos de la Congregación ni de ningún otro modo.

Si hay algunos doctores o bachilleres, no tendrán más rango ni privilegios que los demás, ni la consideración de estas calidades les dará ventaja para los empleos de la Congregación, pues ésta hace profesión de estimar en sus hijos, no su alta ciencia o elocuencia o una gran cuna y demás cualidades que el mundo estima, sino la verdadera piedad y la sólida virtud.

Por tanto, los hombres sabios, los grandes predicadores, las personas nobles, los que hayan tenido algún cargo o cualidad relevante en el mundo, no por ello serán más considerados y más honrados entre nosotros, sino que se tendrá gran estima y respeto por los que sean verdaderamente humildes, obedientes, sencillos, caritativos, bondadosos, celosos por la gloria de Dios y por la salvación de las almas y fieles en el cumplimiento de las Reglas y Constituciones.

Y como los Predicadores y superiores están muy expuestos al peligro de la vanidad y de la soberbia, se les ayudará en lo que se pueda a defenderse de este monstruo y a conservar la humildad. Para esto, los predicadores de ordinario no serán dispensados, so pretexto de estudiar, de seguir el orden de la Comunidad y de cumplir las mismas Reglas que los demás, sino cuando la necesidad lo requiera, a juicio del Superior.

Y como las alabanzas son la peste y el veneno de la humildad, no se les alabará por sus predicaciones, sino sobriamente y para animar a los que comienzan, pero se les dará alguien que les advierta sus defectos. Los Superiores no tendrán nada de particular ni más que los otros, ni en su traje ni en la comida ni en nada, salvo en caso de alguna dolencia habitual.

Harán la humillación para acusarse principalmente de las faltas cometidas en su empleo, tres veces al año: una vez delante del que hace la visita y delante de la Comunidad y las otras dos veces, en viernes, como los demás, cuando lo juzgue conveniente. El Asistente presidirá este acto. Y lo harán nuevamente, cuando sean desligados de su cargo.

Cuando un superior sea desligado o exonerado permanecerá por lo menos un año en este estado y ocupará el último lugar entre los sacerdotes de la Comunidad en el comedor, en el coro, en todas partes y no será más considerado por haber sido Superior.

Cuando se encuentre en otra casa distinta de aquella en que tuvo el empleo o en alguna Misión que no dirija, no será mirado ni tratado ni oírará como Superior sino como particular que tendrá sin embargo su puesto en el coro y en el comedor, después del Superior.

Para cerrarle la puerta a la ambición, para que nunca entre a la Congregación, a propósito de los puestos y rangos de los particulares, se observará el orden siguiente:

Todos los años se le anotaré a cada uno, en la tarjeta que le corresponda en suerte, el puesto que ocupará en el coro y en el comedor. Esto se hace en el tiempo y del modo señalados en el capítulo 5° de la segunda parte.

Si durante el año llega alguno para permanecer allí, el Superior le dará el puesto que a bien juzgue. Si es de paso, tendrá el



primer puesto después del primer Asistente, si es sacerdote; si no, se le dará el primer lugar entre los de su orden.

Cuando estén reunidos en la conversación o en pláticas o conferencias o en alguna otra asamblea de toda o una parte de la Comunidad, cada uno tomará un puesto sin cumplidos y muy sencillamente.

Cuando varios se encuentren en una puerta para entrar o salir, no harán ceremonias ni cumplidos, sino que el más próximo pasará primero, excepto el Superior, que tendrá preferencia. Cuando caminen de dos en dos por la ciudad, harán lo mismo, mientras que, al hacer visita, el que haga de compañero pasará siempre el último en las entradas y salidas de la casa.

Todo esto se entiende solamente para sacerdotes y no para diáconos, subdiáconos o clérigos, que les deben respeto y conservar el rango que su orden les da. Los hermanos coadjutores deben ceder la prelación a los eclesiásticos; y entre ellos tomar su lugar y caminar como se encuentren.

Si en una comunidad hay varios diáconos o subdiáconos o clérigos, se les dará sus puestos por tarjeta como a los sacerdotes, poniendo los diáconos antes que los subdiáconos y a éstos antes que los clérigos.

Cuando se termine la lectura de las Constituciones, que se debe hacer dos veces al año, se leerán los tratados de “La humildad” de Rodríguez y de Tomás le Blanc, en su libro de “El santo trabajo de las manos”

## CAPITULO II

### PRACTICAS DE HUMILDAD.

Los verdaderos hijos de la Congregación deben saber que no hay nada en el mundo que las almas de Dios deban temer tanto como la vanidad y el orgullo, que ha precipitado al infierno a tantas personas de alto grado de perfección y que no hay nada tan necesario como la humildad, que es la madre, la nodriza y la guardiana de todas las demás virtudes.

Por lo cual deben buscar todos los medios posibles de humillarse y todas las prácticas que puedan ayudar a alcanzar la humildad. He aquí algunos muy útiles, que se recomienda practicar.

Adorar frecuentemente al Señor en su humildad y en sus humillaciones e ignominias, agradecerle y darse a su espíritu de humildad.

Meditar y honrar la humildad de la santa Virgen y la de todos los santos, para confundirnos ante nuestro orgullo, para incitarnos a invocar su ayuda para imitarlos.

No querer aparentar ni hacer nada que lleve a ello, sino desear ser aniquilados en el sentir de todo el mundo, según esta divina enseñanza: *“ti Ama nesciri et pro nihilo reputan”* (ama que te desconozcan y que te consideren una nada).

Considerarnos como los más pequeños e inútiles de los siervos de la casa de Dios. Humillarnos, desde el principio al fin de

todos nuestros actos, ante nuestra indignidad e incapacidad y de las numerosas faltas que cometemos, según esta amonestación del cielo: “Humíllate en todas las cosas y hallarás gracia en el acatamiento de Dios, porque él es honrado por los humildes (Eccl. 3,20-21).

Nunca aceptar alabanzas de los hombres, sino dirigir todo a Dios: “*Soli fleo honor et gloria*” Y abismarnos en nuestra nada. Inmediatamente que se observe un pensamiento o sentimiento de estima o complacencia, aprovechar la ocasión para abatirse ante su orgullo y llamar en su ayuda al Rey de los humillados.

Apartar los ojos de las faltas e imperfecciones de los demás y mirar las nuestras. Cuando veamos u oigamos hablar de las faltas de los demás, postré— monos ante esta verdad, que no se comete ningún crimen en el mundo, que nosotros no pudiéramos cometer si Dios no nos protegiera y digamos con San Agustín: “Señor, que te vea en todo lo bueno, que me vea en todo lo malo”. Reconozcamos con facilidad nuestras faltas cuando nos las advierten, aunque no las veamos, porque nos las ocultan nuestra ceguera y nuestro orgullo. Estimar ser corregido no sólo por los Superiores sino por cualquiera y no excusarnos, sino ponernos siempre del lado de los que nos amonestan y reprenden, en contra de nosotros mismos.

Regocijarnos de ser acusados de cosas que no hemos hecho, acordándonos de que, si Dios no nos protegiera, las haríamos peores y que si somos inocentes en esto, somos criminales en muchas otras. Cuando se ponga alguna queja de nosotros o que hayamos tenido algún diferendo o discusión con otros, en vez

de justificarnos y acusarlos, tomar el partido de la humildad y de la caridad contra nosotros mismos, para condenarnos y culparnos.

Sobre todo, ponernos del lado de Dios contra nosotros mismos en la confesión sacramental. Yendo sólo a humillarnos, acusarnos, condenarnos, abatirnos ante su divina Majestad y tratarnos como criminales, que hemos merecido la humillación eterna del infierno.

Cuando nos acusen ante el Superior por alguna falta que hemos cometido, no queramos saber ni informarnos quién lo ha hecho y si llegáramos a saberlo, no le demostraremos ningún resentimiento, sino que nos humillaremos y nos pondremos de su lado contra nosotros mismos.

Recibir las humillaciones, contradicciones y demás cosas penosas, no como pruebas y como aflicciones que Dios nos envía para probarnos y santificarnos, sino como castigos de su justicia, tanto para castigar nuestros pecados, como para destruir nuestro orgullo. Renunciar a nuestro propio juicio y ceder al de los demás. Acomodarnos fácilmente a nuestros iguales e inferiores. Nunca creernos maestros, entendidos o sabios.

No hablar de nosotros ni de nuestros actos ni en bien ni en mal, ni de nuestros parientes ni de las cosas que nos incumben. No desaprobamos lo que los otros hacen sino alabarlos, aunque el bien sea poco. No vigilar los actos de los demás ni decir algo inconveniente de nadie. Alegrarnos humildemente cuando se

desapruebe lo que hacemos y desaprobalo con los demás. Estimar a todas las otras congregaciones más que a la nuestra, aunque la debemos amar más que a las demás, porque Dios nos ha llamado a ella y nos la ha dado por madre nuestra.

S. Francisco de Sales dice: Las hijas de la Visitación hablarán siempre muy humildemente de su pequeña Congregación y preferirán todas las otras a ésta en cuanto a la honra y estima y sin embargo la preferirán a toda otra en cuanto al amor, demostrando gustosas, cuando se presente la ocasión, cuán agradablemente viven en esta vocación. Así las mujeres deben preferir su marido a todo otro, no en honra sino en amor; así cada uno prefiere su país a los demás y cada marinero quiere más el navío en que navega que a los demás, aunque sean más ricos y mejor provistos.”

“Confesemos francamente que las demás Congregaciones son mejores, más ricas y excelentes, pero no más amadas y apreciadas por nosotros, ya que nuestro Señor quiso que fuera nuestra patria y nuestro barco y que nuestro corazón se hubiera desposado con este Instituto, según el decir de aquel al que le preguntaron cuál era la morada más agradable y el mejor alimento para el niño: “el seno, contestó, y la leche de su madre.” (S. Francisco de Sales, Charlas sobre las Constituciones).

Debemos alegrarnos cuando las demás Comunidades son más alabadas que la nuestra, deseando que sólo aparezca en nosotros nuestra bajeza y envilecimiento.

Debemos estar siempre dispuestos a seguir la obediencia en todas las cosas, obedecer con prontitud, alegría y entera sumisión, no sólo de voluntad sino de pensamiento y de juicio.

Estimar ser tenido por inútil en la casa y de ser empleado sólo en cosas bajas y humildes, pero que esto no proceda del desaliento, sino del amor a la humillación y envilecimiento. Manifestar con sencillez su bien y su mal al Superior.

Amar y abrazar de corazón el envilecimiento y la confusión que producen nuestras faltas, aunque las debamos detestar.

No nos extrañaremos ni desalentaremos por nuestras limitaciones, pues esta extrañeza procede de la ignorancia, que desconoce nuestra debilidad y miseria y la turbación que recibimos de ello proviene de nuestro orgullo. Tratar de recuperar con humildad lo que perdimos por nuestra cobardía. No debemos querer ser amados particularmente, pues este deseo procede de nuestra propia estima y produce como efecto vanas e inútiles complacencias.

Sólo debemos querer las cosas comunes y no particularidades ni en lo corporal ni en lo espiritual, pues esto viene también de la estima de nosotros mismos.

Evitar, como el veneno de la humildad, el hablar atrevido y altivo, que denota un hombre de alcurnia; el hablar grave y magistral que represente autoridad; el hablar exquisito y elevado; el hablar que nos haga estimar como hombre santo o docto o de gran talento, que ha sido honrado en el mundo,

empleado en negocios de importancia, familiar de los grandes, amado de las gentes de bien o dotados de alguna otra ventaja.

Acusarnos a nosotros mismos continuamente en nuestro corazón; censurar y vigilar todos nuestros actos, ya que están llenos de imperfecciones y tener un desprecio perpetuo y un odio implacable contra nosotros mismos, asombrándonos de que los demás nos puedan soportar y de que todas las criaturas no se levanten contra nosotros para aplastarnos por todas las injurias que hemos hecho al creador.

Nunca despreciar ni contristar a alguien por pequeño que sea, ni de palabra, de hecho, o actitud. Si alguien nos ofende, no esperar a que nos pida perdón, sino que, como si fuéramos nosotros los que lo hubiéramos ofendido, anticiparnos y humillarnos ante él por la oportunidad que le dimos para enojarse contra nosotros, excusándolo y poniendo toda la culpa en nosotros mismos.

Cuando hagamos algún bien a alguien, no esperar que nos corresponda ni que nos demuestre gratitud, sino creer que lo hacemos por un deber que debemos a todos y que nadie nos debe nada.

Nunca abrir la boca para quejarnos de los males que nos suceden o del perjuicio que nos hagan, considerando que cualquier mal que nos pueda ocurrir o que se nos pueda hacer, merecemos infinitamente más.

Nunca despreciar la comida que se nos da, por humilde, pobre, sencilla y mal preparada que sea, acordándonos que hemos merecido rabiarnos de hambre y sed eternamente con los condenados. Lo mismo con los trajes, la ropa blanca, los muebles y demás cosas que se nos ofrezcan para nuestro uso, teniendo presente que somos indignos de todo.

Creer positivamente que el peor y más peligroso consejero que tenemos somos nosotros mismos y considerar sospechosos todas nuestras opiniones y nuestros sentimientos.

Finalmente, el colmo de la perfecta humildad consiste en la absoluta dependencia y completa sumisión de todo lo que somos a la santa Voluntad de Dios y de nuestros Superiores y apreciar cordialmente nuestra bajeza y el desprecio de nosotros mismos, abandonándonos en Dios, con una total indiferencia de ser amados o no, de ser honrados o despreciados y que se nos tenga en buena o mala estima.

### **CAPITULO III**

#### **LA OBEDIENCIA**

Quien quiera entrar y permanecer en la Congregación para servir a Dios en ella y para trabajar en su perfección, debe renunciar enteramente a su propia voluntad y obedecer con prontitud y exactamente en todas las cosas (si no son manifiestamente malas) y con tal sumisión de espíritu y de corazón a sus Superiores como a Jesús mismo, al cual debe



mirar y honrar en ellos, ya que ellos tienen su lugar, representan su persona y están revestidos de su autoridad.

Todos los verdaderos hijos de la Congregación deben poner ante su corazón esta verdad, que la subsistencia, el crecimiento, la perfección y la soberana dicha de la misma Congregación y de todos sus miembros, depende de una sola cosa, a saber:

Que la divina Voluntad, que es su fundamento, sea la Superiora y la madre para regirla y gobernarla en todas las cosas, y que sólo hay una cosa que pueda impedir un bien tan grande, es la propia voluntad de los particulares, que es el fundamento del infierno, la fuente de todo mal y la enemiga de todo bien.

Todos deben mirar y tratar su propia voluntad, como un dragón lleno de veneno, como un demonio lleno de malicia, como un anticristo infinitamente contrario a Jesús y más opuesto a su salvación que todos los demonios del infierno; y esforzarse en mortificarla y aniquilarla en todas las cosas, para seguir en todo y en todas partes la adorabilísima Voluntad de Dios, por una perfecta obediencia, tanto a sus Superiores, como a todas las órdenes y reglamentos de la Congregación.

Que todos sepan que la verdadera marca y el carácter propio de los verdaderos hijos de la Congregación de Jesús y María, es esta perfecta obediencia, que nos hace conformarnos a su adorabilísimo Padre y a su amabilísima Madre, los que nunca hicieron en toda su vida su propia voluntad, aunque muy santa, sino la Voluntad del Padre celestial, que se la manifestó aún por Pilatos, Herodes y los verdugos que crucificaron a Jesús, nuestro

Salvador y por las rigurosas reglas que este Padre divino les prescribió.

Cada uno debe tener gran respeto y afecto a sus Superiores y estar pronto a obedecer con fidelidad su voz como si saliera de los labios mismos de Jesús y abandonarse enteramente a su disposición por una total abnegación interior de su criterio y de su voluntad para poder emplearla en los oficios y actos que ellos juzguen convenientes para la mayor honra y gloria de Dios.

Sin embargo, se puede exponer sus dificultades al Superior, pero con espíritu de sumisión, como se dirá más ampliamente en el próximo capítulo.

Todos deben hablar al Superior con mucho respeto y aquél al que él le hable, sea para instruirlo o reprenderlo o por cualquier otro motivo, debe quedarse descubierto hasta que él le haga cubrir y escucharlo humildemente, sin interrumpirlo, sin excusarse, sin discutir ni contradecirle, lo que sería gran muestra de soberbia.

En el comedor nadie debe descubrirse sino al entrar el Superior de la casa, e inmediatamente se cubrirán de nuevo. Cuando es el Superior de la Congregación el que entra o sale, sea en el comedor o en los demás lugares de comunidad o de conferencias, no se cubrirán hasta que él se cubra. Para los demás, si vienen tarde, toman su puesto, sólo se descubren sus vecinos de cada lado.

En las pláticas de familia, cuando alguien entre, todos se descubren. Si es el Superior de la Congregación, todos se descubren y se levantan hasta que él tome asiento y se cubra.

Que solo el Superior o el que tenga su lugar o que esté comisionado por él, o que tenga algún cargo que le dé este derecho, haga reprensiones o dé órdenes a los demás, ni aún a los hermanos coadjutores, sea para enviarlos a la ciudad o para emplearlos en cualquier otra cosa.

Que cada uno abra su corazón con entera libertad y perfecta confianza a su Superior, manifestándole claramente sus penas, sus tentaciones y sus disposiciones interiores, y no deben hacer, sin su permiso, ninguna penitencia ni ayuno ni otras mortificaciones, aunque sea de poca monta, para conducirse en todo, no por su propio criterio, sino por la orden del que tiene el lugar de Dios.

No se recibirá ninguna fundación, cualquiera que sea, en nuestras casas sin la aquiescencia del Superior general. Nadie podrá tomar, dentro o fuera de la Congregación, ningún cargo permanente o extraordinario sin licencia del Superior general, ni ningún ministerio o comisión transitoria en cosas espirituales o temporales, sin el permiso del Superior de la casa en que reside.

No utilizarán a sus amigos, parientes ni personas de autoridad, sean laicos o eclesiásticos ni ninguno de la Congregación, para obtener de sus Superiores lo que se desea, como permanecer mejor en una casa que en otra o ser designado para un cargo o

empleo, sea en la Congregación o por fuera o para ser cambiado o ir a alguna parte por algún motivo o hacer cualquier otra cosa.

Por el contrario, cada uno se abandonará enteramente a la adorabilísima Voluntad de Dios, dejándole plena y absoluta libertad de disponer de si, como más le agrade al que tiene su representación; en cuyas manos debe ser como el bastón en las manos de un anciano, que lo lleva donde quiera, lo pone donde bien le parece y hace todo lo que place. (Constituciones de la Compañía de Jesús, parte 6. c.l. n.l)

Lo cual no impide, sin embargo, que pueda proponer sus pensamientos e inclinaciones a los Superiores, con sencillez, sumisión y desprendimiento. No harán predicación ni catecismo ni estudio especial sin permiso. Nadie comulgará sin permiso fuera de los días ordinarios de la santa Comunión.

No se imprimirá ningún libro sin permiso escrito del Superior de la Congregación, que comisionará a dos personas inteligentes para que los lean y le presenten un informe. No harán viajes ni tampoco irán de una parte a otra en la Congregación, sin una orden y no se lo recibirá si no la lleva por escrito, sea de parte del Superior de la Congregación cuando es un viaje largo o se vaya a una casa por tiempo apreciable, sea de parte del Superior local, cuando el viaje es corto y para permanecer poco tiempo en una casa

Cuando varios salgan de camino, el Superior de la casa encargará a uno de ellos para que cuide de los demás, al cual le

obedecerán como a su Superior. No se le dará habitación a quienquiera que llegue a una casa si no es con orden del Superior.

No utilizarán medicinas, sangrías ni otros remedios, ni ocuparán otros médicos, cirujanos o boticarios distintos a los empleados por la comunidad, si no es con permiso del Superior.

Nadie podrá vender, cambiar, adquirir o hacer otros negocios temporales de importancia sin hacerlo conocer del Superior de la casa, que cuidará que el suave olor de Jesucristo, que todos los hijos de la Congregación deben llevar a todas partes, no sea dañada.

Nadie podrá iniciar un proceso por sus negocios particulares ni mezclarse en negocios del mundo, sea para sí o para otros, sin el parecer y el consentimiento del Superior, que lo dará lo menos posible y siempre después de escribirle al Superior general, cuando el asunto sea de gran importancia.

Cuando se haga alguna visita estando con el Superior o que él hable con seglares, se guardará silencio, o se hablará poco y con respeto, en presencia del que tiene el lugar de Dios.

Sólo con licencia del Superior se dará instrucción espiritual por escrito a seglares o a los de la casa. Nadie se ausentará sin permiso, de las reuniones de la comunidad, del coro, de las conferencias, o del comedor.

No se tomarán muebles, libros ni nada de la habitación de los demás, ni de lugar alguno de la casa, para ponerlos fuera o para

servirse de ellos, sin permiso del Superior o de los encargados de esas cosas, y que sea por poco tiempo y sin incomodar a nadie.

Nadie debe inmiscuirse en el oficio de otro, sino con permiso del Superior y con el consentimiento del que ejerce este oficio y que sea para ayudarle si es necesario.

No irán a las oficinas, a la despensa, a la cava, a la cocina, a la lencería, sino con permiso o por necesidad urgente.

No se utilizarán sastres o modistas o zapateros ni otros obreros que trabajen en la casa o para la casa, sino por orden del respectivo encargado o del ecónomo.

Nadie podrá prestar o comunicar a los de afuera los libros ni las meditaciones o ejercicios espirituales, ni las Reglas o Estatutos de la Congregación, ni los muebles ni nada, sin permiso expreso del Superior.

Si alguien se enferma, nadie le dará nada fuera de lo ordenado por el médico y también con permiso del Superior.

Durante la enfermedad se obedecerá puntualmente no sólo a los Superiores espirituales que dirigen el alma, sino a los médicos y enfermeros que cuidan el cuerpo.

Inmediatamente se oiga la campana para indicar las horas de oración o del oficio o del recogimiento nocturno o de cualquier otro acto, se debe dejar todo, aún una letra sin terminar, para

obedecer la voz de Dios, que habla por la campana y se irá prontamente a lo que se llama.

Para ejercitarse más en la obediencia, se obedecerá no sólo al Superior o al que haga sus veces, sino a todos los que tengan algún cargo, hasta el cocinero, al que se debe obedecer cundo se va a la cocina a lavar la vajilla o para ayudarle en alguna cosa.

Los más antiguos y los principales de cada comunidad se esforzarán en ser los primeros en dar ejemplo de respeto y sumisión al Superior, permaneciendo siempre en estrecha unión con él, obedeciéndole con prontitud, humildad y perfectamente en todo lo que no sea manifiestamente pecado y todos los Superiores locales harán otro tanto y más exactamente, con relación al Superior general.

Finalmente, como los Superiores tienen el lugar de Jesucristo, merecen tanto respeto que si hay alguien que se atreva a discutirles y contradecirles o a resistirles o desobedecerles o a ofenderlos de la manera que sea, todos deben guardarse bien de apoyarlo ni de juntársele, sino que todos deben rodear a la cabeza y tonar Siempre partido con él, en todo lo que no sea pecado y tratar de hacer ver la falta de aquél y de impulsarlo a repararla.

Cuando se haya terminado la lectura de las Constituciones, que se debe hacer dos veces al año, se leerán los tratados de “La obediencia” de Rodríguez, el de Tomás Le Blanc en su libro de “El santo trabajo de las manos” como también lo que este

excelente autor escribió contra la murmuración en este mismo libro.

Además de lo dicho, señalemos que hay tres grados de obediencia: El primero es hacer lo que se nos manda; el segundo, conformar nuestra voluntad y nuestro juicio al Superior; el tercero, juzgar que lo que se nos ordena es lo mejor y más razonable, por la única razón de que el Superior así lo juzga. (En el manuscrito original, los dos últimos párrafos están escritos por la mano del P. Eudes).

## **CAPITULO IV**

### **CONDICIONES Y CUALIDADES DE LA VERDADERA OBEDIENCIA**

Ya que la obediencia es un medio absolutamente necesario para agradar a Dios y para cumplir su santísima Voluntad, todos se esforzarán en practicarla perfectamente y para ello, observarán con diligencia las condiciones siguientes, que son las cualidades de la verdadera y perfecta obediencia.

La primera es que sea pronta y alegre y que, al ser llamados por la obediencia particular o pública, dejarán inmediatamente lo que tengan entre manos, dejando aún, como ya se dijo, la carta o la obra inconclusa < a no ser que pueda causarse grave daño o inconveniente> para hacer pronta y gozosamente lo que la obediencia exige.



La segunda, que sea exacta, cumpliendo fiel y puntualmente lo que la Regla o el Superior ordenen, tanto por la consideración de lo mandado como por la manera como debe ser cumplido y por todas las circunstancias del mandato.

La tercera, que sea pura y sincera, obedeciendo al que manda no por algún interés ni por alguna consideración temporal o humana, sino solamente porque representa la persona de Jesucristo y no harán ninguna distinción de las personas que los mandan, sino que considerarán la voz de todos como salida de la propia boca de Jesús, obedecerán con toda sinceridad, sin examinar si el que manda es santo o imperfecto, moderado o imprudente, sabio o ignorante.

La cuarta, que sea sencilla y sumisa, no contentándose con hacer aparentemente lo mandado, sino sometiendo con todo respeto su voluntad y su juicio a la voluntad y juicio de los que mandan, persuadiéndose de que lo ordenado es lo mejor y lo más conforme a la divina Voluntad.

La quinta, que sea completa y universal, extendiéndose a todo lo mandado, siempre que no haya pecado en ello.

La sexta, que sea humilde, sin excusas, réplicas ni contradicciones o murmuraciones que destruyan la gracia y la bendición de la obediencia.

Que si algo parezca que se debe proponer, puede hacerse, pero mejor en privado que delante de los demás y con tal modestia, que solamente exponga sus razones, con humildad y en pocas

palabras, sin querer convencer o hacer condescender al que manda, lo cual sería engañarse a sí mismo y querer sujetar a su voluntad la Voluntad de Dios expuesta por la del Superior.

Por tanto, después de que hayan propuesto brevemente, verbalmente o por escrito, sus dificultades o razones, no insistirán, ni por sí ni por otro, sea que se les conceda o no lo que piden, sino que acatarán como de la mano de Dios lo que les sea mandado.

La séptima, que sea fuerte, generosa y llena de confianza, hasta emprender cosas que parecerían imposibles, después de que el Superior habiendo oído lo que se tendría que decir, haya dado la orden.

La octava, que sea cordial, para lo cual servirá grandemente estimar al Superior con un afecto delicado y mejor querer que impugnar lo que él ordene.

Lo que se dice de la obediencia al Superior debe entenderse también para el primer Asistente y los que mandan en su nombre o que bajo él tienen autoridad.

El que trate de practicar así la obediencia se hará muy agradable a Dios y será el amado de Jesús y de su santa Madre y atraerá sobre sí toda clase de bendiciones y comenzará su paraíso en este mundo.

Finalmente, ya que los Superiores de la Congregación están de tal manera obligados a proveer, en cuanto puedan, a las necesidades corporales y espirituales de los inferiores y aún a

responder a Dios por sus almas, que ellos ofenderían a Dios si no cumplieran según su capacidad esta obligación, también los inferiores pecarían si faltaran a la obediencia debida a los que tienen el puesto de Dios.

Pues Santo Tomás y los demás teólogos dicen que en todas las comunidades, aún de laicos y seglares, la obediencia se debe por justicia al que tiene el cargo y que es de derecho natural y de derecho divino; en razón de que se ofendería a Dios mortalmente si se desobedeciera en asuntos de importancia.

Por lo cual, aunque en nuestra Congregación no se haga voto de obediencia a los Superiores, sin embargo, la obediencia que se les debe rendir, no es solamente de devoción, de consejo o de perfección sino de precepto y de obligación, pues ella se debe por justicia y de derecho natural y divino, según estas divinas palabras: “Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos, porque ellos cuidan de ustedes, porque tienen que rendir cuentas a Dios. (La frase que sigue está escrita de puño y letra del P. Eudes, en el manuscrito original): “De modo que es una especie de contrato entre el que debe obedecer y el que debe hacer obedecer: aquél se compromete en la obediencia y éste se obliga a dar cuenta a Dios por la salvación de su alma”.

## **CAPITULO V**

### **LA POBREZA.**

Como la propiedad es la peste de las comunidades cristianas, la asesina de la caridad, de la unión y de la paz, la nodriza del amor propio, de la sensualidad, de la avaricia y por consiguiente la raíz de todos los males, no se la tolerará en la congregación y se le cerrarán todas las puertas por las que podría entrar.

Nadie tendrá nada propio, sino que todo será en común y con gran caridad se le dará a cada uno lo necesario y conveniente, según el poder que Dios le dé.

Si sucediera que no haya todas las comodidades y que a veces falte aún lo necesario, se abstendrán de murmurar y de quejarse, sino que se tendrá como una bendición tener esta ocasión de honrar la pobreza de Jesús y de su santa Madre, que a menudo sufrieron penuria de las cosas necesarias.

Todos los bienes, rentas, casas, muebles, utensilios, trajes, ropa blanca, libros, dinero que venga de las misas de los particulares o de otra parte y todas las demás cosas, sean cuales fueren, que sean dadas o a la congregación en general o a sus miembros en particular, sea por sus padres u otras personas, pertenecerán en propiedad a nuestro Señor y a su santa Madre, dueños absolutos de todo lo que hay en la Congregación, cuyos miembros sólo tendrán el usufructo, no a su voluntad y discreción, sino en cuanto la obediencia lo permita.

Y el que durante su vida o en su muerte quisiera disponer de cualquiera de esas cosas como si fueran propias, aunque sea la más mínima, sea reteniéndola sin permiso, sea vendiéndola o prestándola, o dándola sin permiso, será considerado culpable de hurto y de alguna manera de sacrilegio, pues se apropia de algo que pertenece a Jesús y a su santa Madre: se le impondrá una penitencia conforme a la magnitud de la falta.

Y si no se somete humildemente a ella y si desprecia las órdenes de la Congregación, especialmente lo señalado en esta Constitución, será expulsado.

Todo lo que hay en la Congregación pertenece a Jesús y María; todos conservarán, administrarán y economizarán las cosas, hasta las más mínimas, sin perder ni dañar lo que pertenece a tan gran Señor y a tan gran Señora, los cuales cuidan hasta de las menores cosas que nos pertenecen y se esmeran en contar y cuidar todos los cabellos de nuestra cabeza.

Cuidarán de no dañar los libros, ni escribir nada ni poner notas o señales dentro de ellos.

Los Superiores podrán, por causas razonables, (y que sea muy rara vez) dar hasta el valor de un escudo, no más, sin el consentimiento de su consejo.

Cuando alguno vaya de una casa a otra, no llevará capa larga ni traje largo, ni libros, ni muebles o utensilios, pues cada casa le suministrará lo necesario.

Jesús y su santa Madre no sólo amaron la pobreza interior, sino que la practicaron exteriormente durante toda su vida y los verdaderos hijos de la Congregación deben grabar en su corazón gran estima y amor por esta divina virtud y demostrarla gustosos en su exterior.

Y deben detestar la vanidad de los que, bajo pretexto de honestidad, quieren estar siempre bien cubiertos y no sabrían admitir que la santa pobreza tenga parte en sus trajes, tomando a humillación, llevar las libreas de esta princesa del cielo, de la cual hicieron su adorno y su gloria, mientras estaban en este mundo, el Rey y la Reina del universo y los más grandes santos del paraíso.

Cuando se observe que algo en sus trajes o zapatos necesite reparación, se la hará cuanto antes.

Evitarán todo exceso y superfluidad, no sólo en los trajes, sino en las construcciones y muebles, en bebidas y comidas, aún en los ornamentos de la iglesia y en todo lo demás: guardar el término medio en todo y sólo servirse de las cosas sencillas y comunes.

No se tendrá vajilla de plata y sólo algunas cucharas, no para uso de la comunidad sino para extraños que alguna vez se invite a comer.

No se usarán pasamanerías ni encajes en los corporales, en los purificadores, en los manutergios, en la sobrepelliz, en los amitos ni en el alba, sólo una o dos a lo más, que se guardará no

para uso en la comunidad sino para algún eclesiástico importante que vaya a decir la misa.

Si se quiere donar algunos ornamentos ya hechos para la iglesia, se tomarán tales como la caridad los dé, pero si son para hacer, sea que se los quiera dar o que la casa los deba pagar, se les suprimirá el exceso y la suntuosidad, observando la sencillez y la moderación.

No se tendrán en nuestras casas loros, jilgueros ni otros pájaros semejantes, pues esto no conviene al espíritu eclesiástico, que debe estar desligado de todas estas curiosidades y entretenimientos.

Cuando se pase de una habitación a otra, no se llevará ningún mueble y tampoco se cambiará nada en la que se toma, sino por orden del Superior.

Los que tengan alguna renta en el mundo, o patrimonio o beneficios, después de que hayan pagado una pensión razonable para su alimentación y mantenimiento, podrán disponer del resto de dicha renta, parte en favor de sus familiares pobres, si los tienen y parte en otras buenas obras, pero todo después de tomar el consejo y el consentimiento del Superior.

Pero ni éstos ni otros de la Congregación se mandarán hacer trajes, ni muebles ni cuadros ni nada para su uso particular, pues todos recibirán de la comunidad, con acción de gracias,

todo lo necesario. Quien haga lo contrario y no se corrige, será expulsado de la Congregación.

No se tolerará que alguien tenga en propiedad ni caballo, ni perro ni pájaros en su habitación, ni criado, ni alguno de los hermanos coadjutores que le sea destinado y como apropiado, ni leña para calentarse personalmente (a no ser por enfermedad y que su habitación le sirva de enfermería por orden del Superior) ni otra singularidad semejante.

Cuando vayan de una casa a otra o que hagan cualquier viaje, los jóvenes y los fuertes, si imitan a Jesús y sus santos Apóstoles que iban siempre a pie, harán una cosa muy agradable a su divina Majestad; pero no se permitirá hacerlo a los débiles o de edad avanzada, pues podrían recibir algún perjuicio en su salud.

No recibirán de nadie dinero, vestidos, ropa blanca, ni frutas ni nada, de cualquier calidad y precio, para su uso o provecho personal, sino que todo lo que venga de fuera será puesto a disposición del Superior para uso de la comunidad, como a bien tenga.

Será prohibido el uso de relojes personales, pues esto, además de ser contrario a la santa pobreza que rechaza toda propiedad y a la sencillez que reprueba la curiosidad y la superfluidad, contentándose con las cosas sencillas y comunes, causa singularidades, tiene efectos muy perniciosos, como lo demuestra la experiencia, y que son contrarias a la virtud y a la perfección de la cual hicieron promesa.



Por tanto, los verdaderos hijos de la Congregación, que deben amar la pobreza, la sencillez, la humildad y todo lo que pueda contribuir a crear en ellos la perfección cristiana y eclesiástica, se privarán gustosos de estas cosas y de otras semejantes, sin las cuales se puede pasar fácilmente y que sirven más para la satisfacción del amor propio, de la curiosidad y aún de la vanidad, que para satisfacer una necesidad.

Sin embargo, cada comunidad podrá tener algunos relojes para servirse de ellos en las Misiones, para regular el tiempo y los ejercicios.

No usarán espejos ni en común ni menos en privado, bajo ningún pretexto, pues es un instrumento de amor propio, curiosidad y vanidad.

Como los eclesiásticos están obligados a un gran desprendimiento de las cosas terrenas para poder decir:(Filip 3,20). “Somos ciudadanos del cielo”, todos los miembros de la Congregación tratarán de alejar completamente de su espíritu y de sus actos toda sombra y toda sospecha de avaricia.

Para esto, harán todo su ministerio para la sola gloria de Dios, sin pretender ni buscar algún provecho ni interés temporal y sin pedir nada a nadie y sólo recibirán lo que la caridad les dé, es decir, lo que se les dé voluntariamente y por amor a Dios.

Finalmente, ya que el carácter de la Congregación es totalmente apostólico y que sus ejercicios y funciones son semejantes a los de los Apóstoles, sus hijos se esforzarán en

marchar por el canino que ellos trazan y por consiguiente, se alejarán de todo lo que es contrario a la humildad, sencillez, pobreza y desprendimiento, grabando en su espíritu las divinas palabras del Maestro de los Apóstoles: “Cualquiera de ustedes que no deje todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo 1< Luc.14,33).

E imprimirán en su corazón esta verdad: que no hay nadie, de cualquier condición, que no esté más obligado que los eclesiásticos a este desprendimiento universal y a la perfección de todas las virtudes cristianas.

Las casas de la Congregación no tendrán laúdes, ni guitarras ni bandolas ni violas ni violines ni otros instrumentos semejantes. No aprenderán a ejecutar sino solamente a cantar, Pues, aunque esto no es malo por sí mismo, sin embargo, en una comunidad que debe ser ordenada, son causa de muchas diversiones y pérdida de tiempo y de otros desórdenes.

Nunca Llevarán armas cuando vayan de camino ni guardarán en la casa otros instrumentos de vanidad, curiosidad, placer o entretenimiento, sino solamente lo que nos pueda ayudar a dirigirnos al fin para el que se instituyó la Congregación.

No habrá alfombras en la casa, solamente en la iglesia y en algunas habitaciones destinadas a alojar prelados o personas importantes.

Después de la muerte de alguna persona, nadie, ni aún el Superior de la casa, podrá apropiarse de lo que se encuentre

sobre ellos o en sus habitaciones, sino que se las guardará en la comunidad, en el lugar destinado para cada cosa, los libros en la biblioteca; los trajes en el guardarropa.

Si se encuentra algo que la comunidad no use, se venderá y el dinero que de allí provenga, lo empleará la comunidad. Si hay escritos útiles, se les pondrá en la biblioteca para que puedan servir como los libros que allí hay.

## **CAPITULO VI.**

### **LA CASTIDAD.**

Todos grabarán profundamente en su corazón esta verdad: Que no hay virtud más necesaria y conveniente a los eclesiásticos que ésta, porque ellos son los ángeles visibles de la tierra, que acompañan a todas partes al Cordero inmaculado en su Iglesia y que están continuamente ocupados en funciones que exigen de ellos una pureza divina.

Temerán más que el infierno la menor sombra de impureza y evitarán más que la peste todo lo que lleve a ella de cualquier modo.

Cerrarán todas las puertas y avenidas de su corazón a este monstruo infernal, por la mortificación de todos los sentidos y especialmente de los ojos.

Conversarán con las mujeres solamente por necesidad y caridad y en lugares fuera de sospecha, y lo menos que se pueda y sobre todo cuidando de no ligar y apegar su corazón a ninguna-

La entrada a la casa les será enteramente prohibida excepto a las princesas y personas eminentes en calidad y autoridad, como también a las fundadoras y benefactoras distinguidas que sin embargo no entrarán solas.

Habrà en cada casa un lugar cercano a la puerta, abierto y expuesto a la vista, donde se las podrá recibir cuando la necesidad o la caridad lo requieran.

No podrán ir sin compañero a ver, ni a confesar en su casa, a ninguna mujer enferma, y cuando se oiga su confesión, la puerta estará abierta, de modo que el compañero pueda ver al confesor y a la enferma.

No se permitirán novelas de ninguna clase en la casa ni otros libros cuya lectura sea perjudicial para la pureza.

En las conferencias no se propondrán casos de conciencia sobre temas contrarios a la pureza.

No guardarán cuadros que no sean muy honestos y propios para inspirar devoción.

Se borrarà de las casas todo lo que pueda ofender los ojos y los castos oídos de un eclesiástico, que debe ser como un ángel.

Finalmente, los Superiores tendrán un cuidado y una vigilancia extraordinarios para impedir que el monstruo pestilente y

horrible de la impureza encuentre lugar en la Congregación y que no pase nada ni en palabras ni actos ni en ninguna forma que pueda herir la virtud; si percibieran la menor sombra de este vicio infame, lo remediarán inmediata y eficazmente.

Todos los años, los sacerdotes, diáconos, subdiáconos y los demás que hayan hecho voto de castidad lo renovarán privadamente el día de la Concepción inmaculada de la bienaventurada Virgen.

## **CAPITULO VII.**

### **LA SOBRIEDAD.**

Todos los viernes (excepto los que sean fiestas de primera y segunda clase, en las octavas y en todas las fiestas de Nuestro Señor y de su santa Madre) harán abstinencia en la tarde, comiendo sólo un plato de legumbres o en su defecto, dos huevos tibios.

Harán abstinencia de carne en las vísperas de las fiestas de Nuestro Señor y de su santa Madre y el lunes y martes de Quincuagésima.

Ayunarán la víspera de la Concepción de la bienaventurada Virgen y de las fiestas del sacratísimo Corazón de Jesús y de María.

Los que tengan necesidad de tomar algo en la mañana, tomarán cuatro onzas de pan, más o menos y uno o dos vasos de sidra,

según su necesidad; y a los hermanos coadjutores que estén en el trabajo se les dará más pan.

Al almuerzo y la comida no se limitará el pan y se servirá sopa a los que la necesiten, excepto en la cena de los días de abstinencia. Tomarán una tercia de sidra, y la porción de carne será de media libra igualmente para todos, menos para los enfermos.

No usarán especias, ni mostaza ni mermeladas, ni azúcar ni mantequilla en la mañana, ni otras delicadezas semejantes que son más propias para saciarse de golosinas que para dar una buena y sólida alimentación; se exceptúan los enfermos.

No olvidarán privarse siempre en cada comida de alguna pequeña cosa, en honor de la pasión de nuestro Señor.

No permanecerán en el comedor ni muy poco ni demasiado tiempo, sino al rededor de tres cuartos de hora.

A veces se podrá invitar algunos amigos particulares de la casa a comer con la comunidad, pero no en las fiestas solemnes, para evitar que se pueda causar distracción en estos días y para conservar el recogimiento.

Nunca se harán festines por temor a hacerse culpables delante de Dios, del pecado que se corneta por estos grandes excesos, aprobándolos y autorizándolos; pero cuando se invite a alguien a comer en la casa, se le servirá solamente, además de lo ordinario de la comunidad, un plato extraordinario y un postre, en el comedor con la comunidad y no afuera.

Se comerá algo extraordinario en los siguientes días: Navidad, Pascua, Pentecostés y el santísimo Corazón de Jesús y de María.

Pensar en las viandas y comidas antes de tiempo, entretenerse después en ellos, de pensamiento y de palabra; poner su espíritu en las ollas antes de la cena y en los platos después de cenar; comer con avidez, sumergirse en el placer que la sensualidad encuentra en ello y comer más con los ojos y el corazón que con la boca; hablar con estimación y afecto de lo que se ha comido y murmurar de la cantidad y calidad de la comida, por que sea poca o mal sazonada, son todas muestras de un espíritu vil, despreciable, goloso y brutal.

Por lo cual, estos desórdenes serán el horror entre los hijos de la Congregación, que no pensarán en la mesa, sino al sentarse a ella; se comportarán con sobriedad, modestia y mortificación, no sólo del gusto sino de la vista, no volviendo la cabeza ni los ojos de un lado a otro, sino para mirar si falta algo a sus vecinos para advertir a los que sirven, porque nadie, estando a la mesa, pedirá algo para sí, excepto lo estrictamente necesario, como el pan.

Después de la comida se olvidarán de lo que han bebido o comido y hablarán de las viandas espirituales y celestiales que se les ha servido en la lectura.

Sobre todo, a nadie se le permitirá ir a la cocina, sea para pedir alguna particularidad, sea para recomendarse al cocinero o para quejarse de no haber tenido una buena porción o cosas parecidas, pues son más dignas de un sumidero de cocina o de

un hombre que hace de su vientre un Dios, que de un honesto y virtuoso eclesiástico.

Por lo cual, si hay alguno tan enemigo de la sobriedad y tan esclavo de su sensualidad, el cocinero tendrá derecho a corregirlo, y está obligado a rechazar sus demandas y de advertir de ello al Superior.

Pero, para no dar lugar a que los que tengan alguna necesidad hagan esto, el Superior y el Ecónomo cuidarán de suplir las necesidades de los enfermos e indispuestos y de hacerles dar lo conveniente; y advertirán al cocinero y al despensero cuando las cosas no estén buenas o bien preparadas, para que hagan bien su oficio.

Cuando haya frutas en el jardín, no se las comerán sino cuando las sirvan en el comedor, ni las tomarán, ni se las darán a nadie, lo mismo que las flores, salvo con permiso del Superior.

## **CAPITULO VIII.**

### **LA MODESTIA.**

Ya que la modestia es uno de los mayores adornos de un eclesiástico y una virtud en extremo necesaria para dar ejemplo y para llevar el suave olor de Jesucristo en todo lugar, los miembros de la Congregación la apreciarán ardientemente y la practicarán con cuidado.



Para esto, pondrán ante sus ojos la modestia maravillosa de nuestro Señor Jesús y de su santa Madre y escucharán atentamente estas palabras del Espíritu Santo que les grita continuamente: Que todos los conozcan a ustedes por su modestia, el Señor está cerca” Filip.4,5. mirando siempre sus extravíos.

Evitarán las actitudes del mundo, raras y rebuscadas y todos los gestos de las manos, de los pies, de la cabeza, que demuestren la ligereza, la disipación de espíritu y la falta de mortificación de los sentidos.

Todos tratarán de componer y ordenar de tal manera su exterior, por un verdadero deseo de agradar a Dios, imitando a su Hijo y que se vea en ellos una perfecta imagen de su modestia.

Evitarán también una cierta gravedad afectada y forzada, que es falsa modestia y verdadera soberbia, conservando siempre en sus gestos y en sus palabras una moderación y trato exterior lleno de sencillez y humildad.

Las siguientes son otras tantas muestras de inmodestia y de ligereza que los eclesiásticos deben evitar, como cosas que Son totalmente indecentes y contrarias a la suave y modesta gravedad que debe brillar en todas sus acciones, sin entorpecimiento y sin afectación:

Familiarizarse fácilmente con los seglares, tocarles las manos, o cosas semejantes, decir palabras de burla y que demuestren

chanzas o bufonadas, reírse a carcajadas, elevar demasiado la voz y gritar más que hablar, voltear y menear la cabeza bruscamente; dejar extraviar los ojos a todos lados, tener la boca abierta; avanzar un pie adelante del otro, como queriéndose poner en posición de tirar una estocada; correr o caminar demasiado rápido y con precipitación, oscilar el cuerpo; señalar lo que se dice por signos de las manos o de la cabeza o de la cara u otros gestos desordenados semejantes.

Al contrario, la voz humilde y baja, la cara tranquila y serena, la mirada baja y suave, especialmente en la iglesia, en el comedor y en los lugares de comunidad, no mirar fija y detenidamente a la cara de las personas a las que se habla, especialmente de las mujeres; no discutir, sino decir sencilla y modestamente su pensamiento, someterse al del prójimo, o al menos, callarse.

Abrir y cerrar las puertas con suavidad, no hacer ruido caminando muy rápido o muy fuerte en la casa, no asomar la cabeza por las ventanas para mirar con curiosidad a la calle o al patio sin necesidad. No tocar muy fuerte y repetidamente la puerta cuando se quiere entrar o salir.

Estos son todos efectos de una modestia cristiana que no debemos descuidar sino practicar fielmente por el amor de nuestro Señor, por la modestia con la cual San Pablo nos exhorta a regular nuestro exterior: Les ruego por la mansedumbre y modestia de Cristo". (2Cor.10.1) para que sea semejante al de nuestro amabilísimo Padre y nuestra amabilísima Cabeza.

Tampoco se golpearán ni tocarán los unos a los otros, por juego, en la conversación en grupo, sino cuando se abracen, como se dijo en los reglamentos de la caridad; lo cual no se hará a la manera de beso sino uniendo la cabeza de lado al que se saluda, en demostración de cordialidad.

No se llamará ni se hablará a nadie por las ventanas de adentro o de afuera de la casa. Tampoco se hablará estando en la casa, de una habitación o de un lugar a otro, que se vea obligado a gritar o hablar muy alto para hacerse oír.

No se arrojará nada por las ventanas hacia el patio, sea de la casa o de los vecinos ni a la calle, sobre todo de día.

Los hijos de la Congregación no jugarán cartas ni dados, en cualquier parte donde estén, sino que las arrojarán al fuego y nunca se tolerarán en nuestras casas bajo ningún pretexto.

Los santos Concilios prohíben a los eclesiásticos jugar a la pelota, al tejo, a los bolos y a las bolas; porque estos juegos son indignos de la modestia, gravedad y santidad de un hombre consagrado a Dios por la unción sacerdotal, prohíben también el ajedrez porque este juego exige mucho tiempo y una gran e inútil concentración.

El gran San Carlos Borromeo prohibió toda clase de juegos y no permitía que se los viera jugar ni que se los jugara en las casas.

El respeto que debemos al parecer del Espíritu Santo, que habla por los Concilios y por los labios de este gran santo, nos obliga a abstenemos de estas cosas y de otras parecidas, que no son

convenientes a la condición de un Ángel de Dios, de un ungido del Señor y de un Jesucristo visible en la tierra, que es un sacerdote.

Sin embargo, si a veces es necesario, para el bien de la salud, practicar un juego honesto, jamás se jugará dinero u otra cosa, ni lo harán delante de laicos, sino en lugares retirados, no expuestos a la vista del mundo.

Nadie se divertirá con los animales de la casa, como son los perros y los gatos y no se los atraerá a su alrededor ni en su habitación.

## **CAPITULO IX.**

### **LA SENCILLEZ.**

Los verdaderos hijos de la Congregación tendrán un amor y un respeto muy singular a la sencillez de niño y de paloma que nuestro buen Maestro tanto nos recomendó con su ejemplo y con sus palabras, cuando dijo: sed sencillos como palomas” (Mt.10,16).

Estimarán y amarán tanto más esta virtud, cuanto el mundo la desprecia y la odia, y que es una de las características principales de los verdaderos hijos de la Congregación, en la que ha brillado de manera especial, desde sus comienzos.

Detestarán y evitarán cuidadosamente todo lo que le sea contrario, como la hipocresía, la astucia, el disimulo, la

duplicidad, el engaño, la curiosidad, la superfluidad, la singularidad, la multiplicidad de pensamientos, de deseos, de palabras y actos inútiles, la sabiduría del mundo y la prudencia de la carne. Vivirán y conversarán con gran sencillez y franqueza, sin alejarse de la modestia ni del respeto mutuo.

Se comportarán con gran sencillez especialmente ante sus Superiores, a los que deben abrir su corazón con toda sinceridad, hablándoles siempre con simplicidad y candidez, sin usar equívocos ni palabras ambiguas y sin ocultarles ni disfrazarles nada de sus necesidades espirituales.

Tratarán con el prójimo, cualquiera que sea, con gran candor y rectitud, sin rodeos ni disfraces, sin sutilezas, mostrándose tal como son externa e internamente, obrando y hablando con la misma sencillez y sinceridad con que quisieran que hablaran y obraran con ellos.

Sin embargo, hay que unir la prudencia de la serpiente a la sencillez de la paloma, cuando se trata con las personas del mundo, en especial cuando no se les conoce, hablándoles con sencillez e ingenuidad, pero pensando bien lo que se les dice para que nada les choque o desmoralice.

Hay que comportarse con ellos cuerdamente, pero sin astucia, prudentemente, pero sin disfraz; cultamente, pero Sin amaneramiento; honestamente, pero sin cumplidos ni palabras inútiles; bondadosamente, pero sin adulación; atractiva pero lealmente y sin artificios, cuidando de no decir nada que no salga del corazón.

La prudencia exige que en la conversación con los seculares, nos acordemos que nuestro Señor, después de decirnos: Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas” agregó:” Guardaos de los hombres” (Mt. 10, 17). y por consiguiente que estemos tan vigilantes que no experimentemos el efecto de estas palabras: “Al que toca la brea, se le pega en la mano y el que se junta con burlones, llega a ser como ellos.” (Eccl.13, 1)

Para esto, al comunicarnos con el mundo, debemos cerrar nuestro corazón al espíritu del mundo y que la charla de los hombres mundanos no nos impregne de sus máximas y de la estima y afecto con que acostumbran hablar de las cosas mundanas.

No debemos dejarnos llevar a su lenguaje y a sus sentimientos sino al contrario, tratar caritativa y bondadosamente de hacerlos entrar a los nuestros, hablándoles de Dios y de las cosas eternas y haciendo de modo que obtengan de nuestra conversación el deseo de vivir en su temor y de trabajar en el gran negocio de su salvación.

Pues, como los hijos del mundo sacan placer en hablar y oír hablar del mundo, los hijos de Dios deben poner su alegría en hablar y oír hablar de Dios: “Ellos son del mundo; por eso hablan de las Cosas del mundo y los que son del mundo los escuchan. En cambio, nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios nos escucha, pero el que no es de Dios no nos escucha”. (1 Jn.4.5, 6).

Se cuidarán de la curiosidad de las noticias del mundo; se las oirá lo menos posible y no será permitido comunicarlas a la comunidad ni hablar de ellas con los particulares, a no ser que traigan instrucción y edificación.

No se llevará luto por la muerte de sus parientes ni aún de sus más cercanos, pues esto está prohibido a los eclesiásticos por los Concilios.

Se reprobarán y rechazarán por completo las nuevas modas del mundo, que son muestra de su ligereza, de su locura, de su curiosidad y de su vanidad, que son totalmente contrarias a la gravedad, moderación y sencillez eclesiásticas.

Nunca se las seguirá ni en los vestidos, ni en los muebles, ni en las cosas que sirven a la iglesia o capilla, ni en las construcciones, ni en los jardines, ni en la manera de motilarse, ni de hablar ni de escribir cartas, ni en nada.

Pero en todas estas cosas y en todas estas materias se amará y practicará la sencillez como una virtud muy agradable a Dios y que es la característica de sus verdaderos hijos.

Evitarán todo exceso, superfluidad y curiosidad como cosas opuestas a la sencillez cristiana por las cuales imprime repugnancia y aversión en los corazones donde habita; y al contrario, amarán cordialmente las cosas comunes, sencillas y moderadas.

Va que la singularidad es enemiga de la sencillez, la evitarán cuidadosamente en todo, aun en sus ejercicios de devoción,

siguiendo siempre en lo posible lo acostumbrado en la comunidad, conservando en todo y por todo, especialmente en las cosas externas, una perfecta uniformidad.

Sobre todo, se empeñarán en caminar delante de Dios, en una perfecta sencillez de espíritu y de corazón, que consiste en suprimir la multiplicidad de pensamientos, sentimientos, afectos y deseos que no vayan dirigidos hacia él y únicamente querer, desear y buscar una sensibilísima y sola cosa, agradar a su divina Majestad y cumplir en todo y por todo su santísima Voluntad.

Finalmente, todos tratarán de conducirse en sus conversaciones y en sus actos, interior y exteriormente, delante de Dios y de los hombres, de tal manera que puedan decir con el Apóstol:” El motivo de nuestro orgullo es el testimonio de nuestra conciencia, de que nos hemos conducido en el mundo y sobre todo respecto de vosotros, con la santidad y sinceridad que vienen de Dios y no con la sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios” (2Cor 1.12).

Y para esto, renunciarán totalmente a todas las máximas de la sabiduría del mundo y de la prudencia de la carne, que están llenas de falsedad y de engaño y harán promesa de gobernarse en todo según las divinas máximas del Evangelio, que están repletas de la sencillez y verdad de Dios.



## **CAPITULO X.**

### **LA VERDAD Y LA FIDELIDAD EN LAS PROMESAS.**

Todos honrarán a nuestro Señor en dos cualidades que lo acompañan siempre y que ama infinitamente, señaladas en estas palabras que se han dicho de él: “Fiel y Veraz” (Apoc. 19,11).

Para esto, amarán ardientemente la verdad y la fidelidad y aborrecerán en extremo lo que le sea contrario: detestarán toda mentira, superchería y engaño, como la ralea de Satán, no prometerán lo que no se tenga voluntad de cumplir; serán pronto, exactos y fieles en cumplir sus promesas, tratando siempre con el prójimo con toda sinceridad y fidelidad.

Se abstendrán, en sus conversaciones, de toda exageración, hablando siempre con gran verdad y sencillez, rechazando el lenguaje de los hijos del siglo, que están llenos de términos superlativos y en manera excesiva.

Y es que cuando quieren decir que están muy contentos de algo, dicen que están radiantes; cuando, al contrario, quieren decir que están pesarosos, dicen que están desesperados; cuando quieren decir que una cosa es buena, dicen que es maravillosa o milagrosa o que es arrobadora.

Todas estas maneras de hablar y otras semejantes no deben tener cabida en la boca de los que han consagrado su lengua a la verdad y sencillez evangélica.

## **CAPITULO XI**

### **EL ASEO Y LIMPIEZA. EL PREFECTO DE ASEO.**

La pulcritud y limpieza exterior es un índice de la interior, y todos se tomarán el trabajo de conservarla en su persona, en sus trajes y en su habitación, manteniéndose limpia y pulcramente, pero sin afectación, barriendo la habitación cuando haya necesidad, para tenerla limpia, tendiendo su cama por la mañana, tan pronto se levanten y poniendo todo en orden, los libros, los muebles y todas las cosas de que se sirvan.

El Superior y los demás funcionarios velarán por que la limpieza y el orden se guarden en todas las cosas y lugares de la comunidad, especialmente, en la iglesia o capilla, en la sacristía, en la biblioteca, en el comedor, en la despensa y en la cocina.

Pero, además, el Superior nombrará un Prefecto de Limpieza, que cuidará de la decencia y decoro exterior y del arreglo de la casa, por el amor de Aquel y de Aquella a quienes pertenece, es decir, por el amor de Jesús y de Maria, para honrar e imitar la limpieza y pulcritud que se veía en su casa, cuando vivían en la tierra.

Para esto, visitará, al menos una vez a la semana todos los lugares de la casa, para ver si todo está limpio y en orden y si hay algo que no esté como se debe, para remediarlo; si él no puede, advertirá al Superior o al que lo debe hacer. Cuidará especialmente de la iglesia o capilla, de la sacristía, para

advertir al Sacristán de lo que falta al aseo y decoro que debe brillar en todas las pequeñas cosas de la casa de Dios.

Hará barrer las salas y salones comunes, las galerías y las bóvedas, dos veces por semana según la necesidad y hará de modo que no deje telarañas en ningún rincón. Dará orden de que el patio esté siempre limpio y en buen estado.

Y hará fregar y limpiar la vajilla y todo lo que sirve en la cocina y en el comedor, cuatro veces al año. Y cuidará de que la mantelería no esté sucia.

## **CAPITULO XII.**

### **EL SILENCIO.**

Se debe considerar el silencio como una cosa maravillosamente santa y agradable a Dios y a Jesús, que es el Verbo y la Palabra eterna del Padre y que vino al mundo a hablar a los hombres, a predicarles e instruirlos y que tenía tantas cosas grandes e importantes que decir y de cuyos labios no podía salir nada que no fuera muy santo y divino.

Quiso permanecer largo tiempo en el silencio, durante su santa Infancia y los treinta años de su vida oculta, durante los cuarenta días de su retiro en el desierto. Y en el Santísimo Sacramento del altar, permanece hace más de seiscientos años y lo estará hasta el fin del mundo.

Ciertamente que este adorabilísimo Salvador, habiendo venido a la tierra sólo para glorificar a su Padre y para mostrarnos con su ejemplo los medios propios para honrarlo y santificar nuestras almas y habiendo escogido y practicado el silencio tan perfectamente, debemos creer que es excelente y poderoso para conducirnos a este fin.

Y viendo que la santísima Virgen, su Madre y todos los santos se dedicaron especialmente a seguirle por este camino, uno de los más cortos para llegar a Dios y a la perfección cristiana, ya que el apóstol Santiago nos asegura que el que no peca en sus palabras es perfecto y que el que cree tener el espíritu de la religión cristiana y no sabe contener su lengua, se engaña a sí mismo y no tiene sino una yana y falsa religión.

Por lo cual, los verdaderos hijos de la Congregación que deseen seguir el camino que nuestro Señor, su bienaventurada Madre y todos los santos siguieron, tendrán un amor singular al silencio cuidando particularmente de guardarlo con exactitud en los lugares y tiempos siguientes: después del examen y las oraciones de la noche hasta después de la meditación de la mañana.

En todo tiempo, en el comedor y corredores próximos a las habitaciones. Sobre todo, en la iglesia o capilla, donde no se hablará a nadie, por ningún motivo, ni aún cosas buenas y santas, si no es brevemente y en voz baja y por alguna causa necesaria y urgente. Si hay que hablar algún tiempo, se saldrá afuera.

En la sacristía, en los lugares próximos a ella o a la iglesia o la capilla, pues la voz podría incomodar a los que rezan a Dios O que se disponen a ir al altar, sólo se hablará si hay necesidad, brevemente y en voz baja.

Fuera del tiempo de la conversación después de las comidas, no se entretendrán con los demás si no es de paso y en pocas palabras o saludándose en los encuentros o por cosas necesarias.

En cualquier tiempo y lugar, cuando se hable, se hará siempre en tono muy moderado y con la modestia, discreción y bondad que convienen a un eclesiástico, evitando elevar mucho la voz, gritar o discutir con nadie, sino tratando de imitar lo que se dijo de nuestro Señor en estas palabras:” No protestará ni gritará; nadie oirá su voz en las calles. (Mt.12,19)

## SEXTA PARTE

### CANDIDATOS, PROBACIÓN, INCORPORACIÓN, ESTUDIOS.

#### CAPITULO I

##### **Cualidades y disposiciones de los aspirantes a la Congregación.**

Lo más perjudicial para las Comunidades y Congregaciones es la demasiada facilidad para recibir a los que se presentan porque sólo basta uno de malas costumbres para dañar y perder a muchos otros. La puerta de entrada a la Congregación será muy estrecha. Procurarán no dejarse llevar por la inclinación tan frecuente que se tiene de multiplicarse. Permanecerán firmes en la resolución de admitir pocas personas, pero bien escogidas.

Pues es muy cierto que unas pocas personas muy virtuosas que únicamente buscan a Dios y que están llenas de su espíritu harán mayores cosas para su gloria y para la salvación de las almas, que una gran multitud de hombres laxos e imperfectos. Por esto, deben ser extremadamente cautos para recibirlos y pondrán gran atención para escogerlos. Y para esto, cumplirán puntualmente las normas siguientes:

Como los verdaderos Superiores de la Congregación son **Nuestro Señor** y su **santa Madre**, a ellos corresponde recibir a quienes han sido escogidos para este fin; cuando se presente algún postulante, se les encomendará este asunto para que lo

conduzcan según su santísima voluntad y que no permitan que se admita a nadie si no es llamado por ellos.

Cuando el aspirante se presente a una casa, el superior lo entrevistará y examinará repetidas veces y hará que lo traten también sus Asistentes y aquellos miembros de la comunidad a los que Dios haya dado más unción y discernimiento, para que expresen luego su opinión sobre el candidato.

Le darán a conocer el carácter y el fin de la Congregación, Sus ministerios y ejercicios, la perfección de vida que exige y cuáles son las cosas de más penosa y difícil observancia.

Se examinará atentamente si tiene las cualidades requeridas de piedad, ciencia al menos mediana, salud corporal, buena fama y sobre todo un carácter suave, apacible, sociable, un espíritu humilde, dócil, sumiso, dispuesto a ser reprendido por sus defectos y resuelto a renunciar a su propia voluntad para seguir la de Dios por una perfecta obediencia y aspirar a la perfección cristiana y eclesiástica.

No recibirán sujetos orgullosos, vacíos, arrogantes, soberbios, desdeñosos, excesivamente melancólicos, violentos, obstinados, demasiado dados a su cuidado y al amor de sí mismos, ligeros, inconstantes, débiles, solapados, mentirosos, que oculten voluntariamente sus defectos, pues tales faltas naturales sólo se corrigen por una gracia extraordinaria que es rara; ni tampoco Con vicios, de los que se debe cuidar.

No recibirán por ningún motivo a los que hayan llevado hábito religioso o de eremita o que hayan estado en otra Congregación.

Ni a los sospechosos de herejía o cisma, o que faltaren al respeto y sumisión al Papa u otros prelados de la Iglesia.

Ni a los menores de dieciséis años, ni a los demasiado avanzados en edad, a menos que se tengan pruebas ciertas de su docilidad y sumisión.

Ni los manchados de infamia por algún crimen que hayan cometido. Ni los que tengan cargo de cura de almas que obliguen a residencia, si no los dejan en manos de personas dignas, dentro de un tiempo prudencial que les será señalado. Ni los que tengan enfermedad o deformidad importante. Ni los que estén implicados en procesos o que tengan grandes deudas.

Ni los que vengan por consideraciones humanas, que no tengan firme resolución de renunciar enteramente al mundo y a sí mismos, y de permanecer siempre en la Congregación y Servir a Dios en ella cumpliendo las reglas.

Por tanto, cuando se presente algún aspirante, se pondrá la mayor atención para reconocer si tiene alguno de estos impedimentos, sea por las entrevistas o por medio de personas que lo conozcan.

Sobre todo, pondrán sumo cuidado al carácter, pues éste no muere y a la larga da siempre su golpe, porque hay pocas



personas dispuestas a recibir la gracia extraordinaria necesaria para dominar un mal carácter. Raramente se pervierte un buen carácter.

Hay que temer menos a un espíritu alegre y despierto, que a los melancólicos; son muy deseables los espíritus reposados; las grandes inteligencias son siempre amantes del orden; las pequeñas, del relajamiento.

Por eso hay que examinarlos y conocerlos antes de que entren a la Congregación, pues cuando ya están en ella, a veces es doloroso despedirlos, aunque haya que hacerlo absolutamente y con firmeza cuando no son aptos.

Para hacer bien este examen, lo interrogarán prudente, honesta y suavemente, sobre su edad, su procedencia, sus padres, su condición, sus estudios, su salud.

Luego se le preguntará si está bien resuelto a renunciar al mundo y a sus pretensiones, especialmente al amor exagerado a sus parientes para consagrarse completamente a Dios y servirle con perfección en la Congregación, permaneciendo en ella toda su vida, en el cumplimiento de sus reglas.

Si renuncia a su propio criterio y a su propia voluntad para dejarse conducir al espíritu de Dios y a su divina voluntad, por la práctica de una perfecta obediencia a sus Superiores, de cualquier condición, calidad, edad y carácter que sean, para ir a donde se les envíe para el servicio de Dios y para desempeñar

los empleos y oficios que se les confíen, aunque parezcan humildes y bajos, penosos o difíciles.

Si está dispuesto a ser aconsejado y reprendido por sus defectos, sea en privado o en público, como también a que los Superiores conozcan esos defectos para que se los corrijan o hagan que otros los corrijan. Si está dispuesto a no tener nada propio, como está señalado por las Constituciones de la Congregación en esta materia.

Si está preparado para sufrir las incomodidades de la pobreza en la comida y bebida, en el traje, en el alojamiento y la dormida y cosas semejantes.

Se le hará notar que no debe venir a la Congregación para tener todas sus comodidades y satisfacciones sino para imitar lo más que pueda la vida de Jesús y de su santa Madre, mortificando su amor propio y sus inclinaciones, y practicando las virtudes que ellos practicaron en la tierra.

Que, para ayudarlo a esto, se le quitarán, cuando sea conveniente, cosas que le acomodan, y que se le dará lo que haya de más humilde y pobre en la casa, tanto para su habitación como para sus trajes y que debe estar preparado para ello.

Si, finalmente, tiene firme voluntad de cumplir las reglas de la Congregación y de aspirar de todo corazón a la perfección que conviene al estado eclesiástico, es decir, a una perfecta imitación de la vida santa y divinas virtudes del sumo Sacerdote,

Jesucristo, que es el institutor, el fundador, el jefe, el modelo y la regla del orden sacerdotal.

El Superior y sus delegados para hacer este examen, tendrán ante sí un memorando de todas estas interrogaciones, para no omitir ninguna de las que juzguen necesarias, según la calidad de los aspirantes.

Después de examinar cuidadosamente al aspirante sobre estas cosas e informarse bien de su vida, sus costumbres, su espíritu y su carácter y de haber puesto a prueba algún tiempo su perseverancia, si se juzga que tiene las condiciones requeridas para ser recibido, se informará al Superior general, haciéndole conocer verdadera y sencillamente sus cualidades y el parecer de los que lo hayan visto.

(Al principio de las Constituciones de la Compañía de Jesús se encuentra un examen que se hace a los aspirantes a la Probación. El P. Eudes se inspiró en varios de sus puntos. También hizo varios préstamos a las Respuestas de Santa Chantal a las Constituciones de la Visitación).

Luego se esperará su resolución y su consentimiento, sin el cual nadie podrá ser admitido en la Congregación, pues solamente él o su delegado pueden recibir y despedir.

Si en un aspirante encontraren uno o varios de los antedichos impedimentos, pero que sean compensados por virtudes tan excelentes y por dones de Dios tan raros, que haya motivos para creer que recibirlos sería útil y provechoso para el servicio

y la gloria de Dios, entonces el Superior general, si lo juzga conveniente, podrá dispensar de estos impedimentos.

Excepto, claro está, de los de herejía, cisma, infamia, el encargo de almas o de un carácter tan vano, tan soberbio o arrogante que no tenga o tenga poca esperanza de dominarlo o de tener la cabeza tan enferma, el juicio tan débil y el espíritu tan ligero, que se le vea una notable disposición a perderlo del todo: pues en estos seis casos, nadie podrá ser recibido, bajo ningún pretexto.

Cuando se reciba a alguien, se le enviará de inmediato a la casa de probación, si el Superior general no dispone otra cosa.

## **CAPITULO II**

### **LA CASA DE PROBACIÓN.**

Habrà una casa o varias si es necesario destinadas por el Superior general para recibir a los Jóvenes (pues así se llamarán los que estén en el tiempo de probación).

Sólo vendrán a esta casa hombres de una virtud y piedad ejemplares, que, por su humildad, obediencia, sencillez, caridad y exactitud para cumplir todas las reglas, sean ellos mismos reglas vivas para los Jóvenes.

Dependerá de la prudencia del Superior general separar el cargo de Superior de esta casa, del de Director de los Jóvenes o reunirlos en la misma persona que, si es posible, sería lo mejor.

Si son cargos separados, el Director de los Jóvenes estará bajo la autoridad del Superior, como los demás, en lo concerniente a su persona pero no a la dirección interior de los que estén en probación, pues éstos recibirán las órdenes y la conducción del Director y éste obrará como lo juzgue conveniente, cuidando sin embargo de no dar motivo de disgusto al Superior, sino mantener con él una perfecta unión y entendimiento, sin hacer en su oficio nada importante sin comunicarlo, rindiéndole y haciéndole rendir de los Jóvenes todo el respeto y deferencia debidos.

En las cosas externas, como salidas de la casa y cosas semejantes, después de tener el permiso del Director, lo pedirán al Superior.

El Director tendrá un ayudante que debe ser sacerdote y bien ejercitado en la espiritualidad, que será nombrado por el Superior general para colaborarle en su oficio.

Cuando alguien vaya a la casa de probación, con orden firmada por el Superior general, el Superior de la casa y el Director de los Jóvenes lo recibirán con gran cordialidad.

El mismo Director hará anotar todo lo que haya llevado consigo, de trajes, ropa blanca, libros etc., en un libro exclusivo para esto y se lo hará firmar y el cual guardará el Ecónomo de la casa.

Estas cosas se guardarán en un lugar especial, hasta que se incorpore a la Congregación o que salga, para devolvérselas si no los ha deteriorado o acabado.

Hará anotar también en otro libro que él guardará, el año y el día de la entrada de cada uno, su nombre, su edad y nacionalidad.

Luego hará un retiro de diez o doce días, según su alcance y sus disposiciones, durante los cuales él lo verá diariamente para fortificarlo y animarlo en sus debilidades, para ayudarle en sus tentaciones, para aclarar sus dudas, para alentarle en sus penas, para informarlo de la organización de la Congregación y de sus reglas.

Le dará las instrucciones necesarias para la oración y demás ejercicios, especialmente sobre la confesión general que debe hacer durante su retiro o al menos se le invitará a hacer una después de su última general, si ya ha hecho una, y él la juzga suficiente.

Si después de su retiro, demuestra gran deseo de consagrarse completamente a Dios, en la Congregación, para servirle en ella toda su vida y si se le juzga apto para ello, se le revestirá especialmente según la manera de la Congregación; luego, irá primero delante del Santísimo Sacramento y después ante el altar de la santa Virgen, para agradecer al Hijo y a la Madre, para ofrecerse y consagrarse a ellos y para pedirle la fidelidad en su vocación.

Luego todos los miembros de la Comunidad lo abrazarán como su querido hermano. Después de esto, irá al Oficio divino con los demás y dos o tres días más tarde será admitido en su conversación.

Y se escribirá lo siguiente en el libro de los admitidos a la Probación: El señor N... sacerdote o diácono o subdiácono o clérigo, nativo de ... Diócesis de... De...años de edad, deseando ser recibido en la Congregación de Jesús y María, después de informarse de las Reglas, Constituciones y costumbres de la misma Congregación y de quererse someter a ellas, mediante la gracia de Dios, ha sido admitido a la probación. Hoy, ...del mes de...del año de.. .En testimonio de lo cual, el señor...Superior de esta casa y su Asistente., han firmado este papel con el dicho señor N...

(En la redacción primitiva decía “en la Congregación de los Seminarios sin más. El P. Eudes lo modificó de su puño y letra).

### **CAPITULO III**

#### **EJERCICIOS ESPECIALES DE LA CASA DE PROBABACIÓN.**

Además de los ejercicios ordinarios que se practican en las otras casas, en la casa de Probación se hará lo siguiente: los que están en los dos primeros años de probación no harán más estudio que los de piedad y virtudes cristianas, salvo en el segundo año, con permiso especial del Superior de la Congregación, como se dirá más ampliamente en seguida.

No se les permitirá leer sino los libros que se les dé y en ellos se les mostrará lo que deben leer. Los libros serán éstos:

El Nuevo Testamento.

La Imitación de Cristo.

La Imitación de nuestra Señora.

Las vidas de los Santos. Los libros de Granada.

\*La Tradición de la Iglesia, de Mons. Abelly, sobre la devoción de la bienaventurada Virgen.

El Amor de Dios, del B. Francisco de Sales.

\*La verdadera devoción a la santísima Virgen, del P. Jean Crasset. Las obras de Rodríguez.

\*El santo Trabajo de las Manos, del P. Tomás Le Blanc.

La Instrucción de los Sacerdotes, de Molina. Los libros de Mons. Godeau, sobre este tema. Todos los demás libros de esta clase.

Las Confesiones y Soliloquios de San Agustín.

San Bernardo.

Los Opúsculos de San Buenaventura.

Ludovicus Blosius.

Los libros del P. Suffren.

Los del P. Saint-Jure.

La vida y las cartas del P. de Condren.

Los libros de M. Olier.



\*El Contrato del hombre con Dios en el santo Bautismo

El Reino de Jesús.

\*El Sacrificio admirable de la Misa.

El Memorial de la Vida eclesiástica.

\*El Oficio divino.

\*La Infancia admirable.

\*El Corazón admirable de la bienaventurada Virgen.

(Los libros señalados con asterisco fueron agregados por el P. Eudes, en el manuscrito original).

Los que no estén obligados al Oficio mayor, harán lo escrito sobre esta materia en el capítulo 2° de la segunda parte.

Todas las mañanas asistirán todos a Misa, menos los sacerdotes, los cuales celebrarán. Pero, aparte de esto, tanto los sacerdotes como los demás tendrán la devoción de ayudar cada uno una misa todos los días, según el orden que se les señale.

Comulgarán todos los domingos y jueves, menos cuando caiga una fiesta en la semana y la comunión del jueves se hará ese día.

Cada uno se confesará con un mismo confesor, que será el Director, por lo menos dos o tres veces al año, que se les

designará uno o dos confesores extraordinarios de la casa, con los que se confesarán todos.

Harán sus confesiones ordinarias, el día y la hora señaladas por el Director.

Después de oír o celebrar la Misa en los días ordinarios y comulgar en los días señalados, irán en silencio a tomar algo en el lugar indicado.

El resto de la mañana se recogerán en sus habitaciones (menos los que no puedan por algún oficio), para leer, escribir, rezar u ocuparse en alguna buena acción, según lo ordene el Director.

Cada semana, se celebrará una misa cantada, el día señalado por el Superior, para ejercitar a los Jóvenes en las ceremonias de la Iglesia y en la piedad con que se deben practicar.

Para hacer esto bien, el Prefecto del Oficio divino nombrará previamente a los que deban ayudar y cada uno aprenderá cuidadosamente su oficio.

Luego de reunirse en el lugar, en el día y la hora designados por el Prefecto, para ensayar juntos, lo cual nunca harán en la sacristía, ni esta ceremonia ni ninguna otra, sino en cualquier otra parte.

Cuando estén en número razonable, es decir diez o doce, el Director designará todos los días a dos para servir la mesa, lo que todos harán a su turno, y los dos irán al día siguiente a la cocina a lavar la vajilla a la hora señalada.

Dichas las oraciones que se hacen ante el Santísimo después de comer, todos ayudarán al Sacristán a doblar y guardar los ornamentos y a cubrir los altares y luego irán a la conversación familiar, donde se propondrá alguna parte de un salmo, como se dijo en el capítulo 2° de la segunda parte.

Después de las Vísperas, harán media hora de ejercicios manuales, sea barriendo la iglesia o un lugar de la casa, o trabajando en el jardín o haciendo lo que el Director ordene.

De las tres a las cuatro, aprenderán alternativamente las ceremonias y el canto, es decir un día las ceremonias y otro día el canto, si no se considera más necesario dar sólo dos días a las ceremonias y los demás al canto.

De las cuatro a las cinco, se harán pláticas o conferencias en el siguiente orden: lunes, una plática; miércoles, una conferencia. Jueves, una plática; viernes, la humillación de costumbre y sábado, una conferencia.

Habrà un día de descanso todas las semanas, en el que suspenderán estos ejercicios, menos la oración de la mañana y la santa Misa, y como el jueves es un día de comunión y por consiguiente de recogimiento el día de descanso será de ordinario el martes o a veces lunes o miércoles, a discreción del Superior de la casa, y nunca los viernes.

Las pláticas y conferencias se harán sobre las materias que se señalarán en el capítulo siguiente.

La diferencia entre las pláticas y conferencias consiste en que en las pláticas sólo hay una persona que habla, que es el Superior o el Director o el ayudante, o cualquiera de los antiguos de la casa, a quienes les pida el Director, con el permiso del Superior, o también alguno de los jóvenes, a juicio del Director.

Pero en las conferencias, varios hablan, aún todos pueden hablar, cuando el Director les diga y no de otro modo.

De las cinco a las cinco y media harán oración en común delante del Santísimo sacramento, y si es posible inmediatamente después, recitarán en común y en voz alta, cinco decenas del santo Rosario.

## **CAPITULO IV.**

### **LAS MATERIAS DE LAS PLÁTICAS Y CONFERENCIAS.**

El tema de la plática del lunes será la explicación de las ceremonias de la Iglesia, como la santa Misa, tanto rezada como cantada, del Oficio divino, de la administración de los Sacramentos, de las procesiones, de la Semana Santa, de las fiestas de Pascua y de Pentecostés, del Corpus *Christi*, de las misas, Oficio y funerales de Difuntos.

Esta plática la hará el Director o su ayudante o uno de los antiguos o de los Jóvenes, que harán el reporte de la explicación que lean en los autores consultados sobre este tema.

La conferencia del miércoles será sobre las máximas cristianas tomadas de la sagrada Escritura para imprimirlas en los corazones de los hijos de la Congregación e incitarlos a seguirlas como la principal Regla de su vida y de sus actos.

Estas divinas Máximas están dispersas en diversos lugares de los santos Evangelios y de los demás libros sagrados, pero estas, reunidas en las Reglas que nuestro Señor y su santa Madre nos dan y que están al comienzo de este libro (Las Reglas de Jesús y la. Reglas de la santísima Virgen Maria). Allí, al margen, se ven los lugares de la sagrada Escritura de donde fueron sacadas.

Para preparar bien esta conferencia, el Director comisionará a uno de los Jóvenes, que hará lo siguiente:

1. Leerá una o varias de estas Máximas en las Reglas de Jesús, empezando por las primeras y seguirá en orden.
2. Buscará en la sagrada Escritura, el lugar de donde fueron tomadas.
3. Estudiará su explicación en algún buen autor que le dará el Director.
4. Llevará consigo a la conferencia la sagrada Escritura; hechas las oraciones y que el Director le diga que hable, leerá en ella, con voz alta y pausada las palabras que contienen las Máximas, diciendo: “Este es el tema de la conferencia de hoy”...

Luego el Director hará hablar a los que juzgue conveniente, pidiendo a unos la explicación de estas palabras y si encuentran

allí alguna dificultad; a otros, las razones o motivos que nos llevan a estimar, amar y seguir estas Máximas y a otros, los medios para hacerlo.

Luego, el que propuso el tema dará la explicación y la opinión de su autor. El Director hará la conclusión, tratando de grabar en los espíritus y en los corazones un gran respeto y un ardiente afecto por estas Máximas.

Al fin de la conferencia, el que propuso las Máximas, propondrá otras para la próxima conferencia, para que todos estén preparados para decir algo si se les pregunta.

Las materias de la plática del jueves y de la conferencia del sábado serán las mismas señaladas para las conferencias en la Congregación, de las cuales se escogerán las más necesarias y útiles, como éstas:

Los misterios de nuestro Señor y de su santa Madre.

Las promesas y las obligaciones del santo Bautismo

La dignidad y santidad del estado eclesiástico.

La obligación que los eclesiásticos tienen de aspirar a la perfección y de vivir santamente.

El Sacramento del Orden en general.

Los grados de este Sacramento que son las órdenes de: Portero, Lector, Exorcista, Acólito, subdiácono, Diácono y Sacerdote.

El pecado en general.

Los vicios particulares, especialmente el orgullo, la vanidad, la envidia, la cólera.

Las virtudes en general, especialmente la humildad, la obediencia, la sencillez, la caridad, la mansedumbre, la sobriedad, la pobreza, la paciencia, la renuncia del mundo y de sí mismo, el amor a la verdad, el celo por la salvación de las almas, la virtud de religión, el amor de nuestro Señor Jesucristo y la devoción a su santa Madre.

La Confesión.

La Comunión.

La celebración del santo Sacrificio de la Misa.

Ayudar a Misa.

La oración en general.

La meditación.

Cómo leer con fruto los libros espirituales.

Cómo comportarse en las tentaciones.

El uso de las penas y aflicciones sea del cuerpo o del espíritu.

Cómo comportarnos cuando se nos reprende por nuestras faltas.

El uso de las advertencias y correcciones que se nos hacen.

El fruto que debemos sacar de nuestras faltas y caídas.

Cómo hacer bien nuestros actos.

La fidelidad en las pequeñas cosas.

La gratitud para con Dios por nuestra vocación a la Congregación.

La organización y los fines de la Congregación.

El espíritu de la Congregación.

Su escudo y su sello.

Su divisa.

Sus Constituciones. La obligación que tenemos de cumplirlas. Los medios para hacerlo.

Los Santos a los que debemos tener particular devoción.

Se procurará tratar todas estas materias, cada año, en las pláticas y conferencias de los jueves y sábados.

Sobre todo, las Constituciones, porque ellas comprenden todo lo demás.

El Director las hará leer en el tiempo señalado en el último capítulo de este libro, al principio de las pláticas, durante el primer cuarto de hora; luego, el resto del tiempo se ocupará en hacer ver la importancia de cumplirlas para la gloria de Dios, para la permanencia de la Congregación y para la salvación y perfección de todos, como también en señalar las faltas y animarlos a corregirse.



## CAPITULO V

### COMO HACER ESTAS PLATICAS Y CONFERENCIAS.

Las pláticas y conferencias no se harán con discursos estudiados y pulidos, ni con palabras rebuscadas y amaneradas ni con pensamientos elevados y raros, sino sencilla y familiarmente, sin arte, sin cumplidos, sin prólogo y sin prefacio, entrando en materia de una vez y diciendo lo más necesario y útil que se pueda y con toda la eficacia posible, procurando animar lo que se dice con un verdadero espíritu de piedad.

Al fin de cada conferencia, el Director propondrá la materia de la siguiente, dividiéndola en dos o tres partes. Por ejemplo, si se trata un misterio o una fiesta: El primer punto será: las excelencias del misterio o de la fiesta y la bondad y caridad que Dios nos muestra en él. El segundo punto, las razones que nos obligan a honrar este misterio o a celebrar bien esta **fiesta** El tercer punto, los medios para hacerlo.

Si se trata del Santo Sacrificio de la Misa o del Oficio divino: El primer punto será: Qué razones nos obligan a hacer bien estos actos. El segundo punto, cuáles son las disposiciones interiores y exteriores con que hay que hacerlas. El tercero, los medios para tener y conservar estas disposiciones.

Si hay que hablar contra un vicio, por ejemplo el orgullo: el primer punto será: en qué consiste. El segundo, las razones y motivos para odiarlo y desterrarlo. El tercero, los medios para evitarlo y vencerlo.

Si hay que tratar de una virtud: el primer punto será, en qué consiste. El segundo, razones y motivos para desearla y practicarla. El tercero, los medios para alcanzarla y conservarla.

Al principio de la conferencia, se dirá el *Veni Creator* etc. Y el Director la empezará diciendo: El tema de esta conferencia es.. El primer punto es...; el segundo punto es... .; el tercero... Luego hará hablar a los que crea conveniente, unos sobre un punto, otros sobre otro y todos dirán con sencillez su pensamiento.

En seguida el mismo Director hará un breve resumen de las cosas principales y agregando algo suyo, termina así la conferencia y se dice el *Ave maris stella*, como de costumbre.

Tendrán un reloj de arena para medir y regular el tiempo de estas conferencias y pláticas que solamente durarán una hora.

Todos estarán tan contentos de no decir nada y de oír a los demás, como de hablar, para seguir el ejemplo de nuestro Señor que guardó silencio durante treinta años para luego hablar solamente tres. Lo que no debe impedir sin embargo, que cada uno se prepare como es debido, sobre los temas propuestos.

No se alabará ni citará a nadie de los que hablan, como decir: “Tal ha tratado bien este punto” etc. ni tampoco se hablará de sí, como el que diría humillándose: “No soy capaz ni digno de hablar sobre este tema...” etc., o cosas semejantes; cuando las cosas que se ha preparado, las diga otro, no se las repetirá.

Sobre todo, evitarán más que la peste, las risotadas, las burlas y las bromas, con motivo de palabras o gestos o maneras de hablar de sus hermanos, ya en su presencia o en su ausencia.

Pero si se quiere desterrar la soberbia farisaica y ser verdadero discípulo de nuestro Señor Jesucristo, se tendrá gran estima por su prójimo y un gran desprecio de sí mismo

## **CAPITULO VI.**

### **OTRAS COSAS QUE CUMPLIRÁN LOS JÓVENES EN PROBACIÓN**

Grabarán esta verdad en su corazón: que la verdadera devoción, la perfección cristiana y aún la salvación eterna están fundadas sobre la práctica de estas palabras de nuestro Señor: “Si alguno quiere ser mi discípulo, olvídese de si mismo, tome su cruz y sígame” Mt. 16, 24

Por esto, pondrán todo su empeño en renunciar no sólo al pecado y al mundo sino también a sí mismos, a su amor propio, a su propio criterio, a sus sentimientos e inclinaciones y a todo lo que pertenece al hombre viejo, para seguir a nuestro Señor, como los miembros a su Cabeza, continuando su vida, sus costumbres y sus virtudes en la tierra.

Trabajarán especialmente en renunciar absolutamente a su propia voluntad, para seguir en todo y por todo la adorabilísima Voluntad de Dios, a imitación de nuestro Señor que dijo: “Bajé

del cielo, no para hacer mi Voluntad, sino la Voluntad del que me envió.” (Jn.6,38).

La única finalidad e intención de todos sus actos y ejercicios será hacerlos no por temor a los castigos ni por deseos de recompensas ni por el mérito ni para su propia satisfacción, ni para agradar a los hombres, sino por la sola gloria de Dios, para agradarle y cumplir su santísima Voluntad. (Constituciones de la Compañía de Jesús, Parte 3, cap. 1. n. 26).

(Como San Ignacio, el P. Eudes no excluye ninguna buena intención sobrenatural, pero quiere que no se detenga en el motivo del propio interés y que se ascienda siempre hasta la intención del puro amor. cfr. El Corazón admirable, L.6. c.1, Cor.7. O.C. Tomo 7.p. 178, 179).

(Cuando se sometieron las Constituciones a la San Congregación de Ritos para la aprobación definitiva, los censores creyeron debían borrar este pasaje, sin duda porque es de regla no pedir cosas demasiado heroicas a una colectividad. Su Santidad Pío IX lo restableció con su propia letra).

Emprenderán de todo corazón la práctica sólida de todas las virtudes, especialmente la humildad y la obediencia, que amarán como las dos principales virtudes de la Congregación, en las que desea ardientemente que sus hijos sobresalgan, para amoldarse más al que dijo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.” (Mt.11,29) y que se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz.

Como el conocimiento de nosotros mismos es un medio muy necesario para conseguir la humildad y por consiguiente la obediencia, que le es inseparable, para que cada uno se vuelva sabio en esta materia, se pasará con frecuencia algún tiempo delante de Dios.

Y le pedirá sus luces para conocerse a sí mismo y también para alabar y adorar a nuestro Señor en su humildad y en sus humillaciones, para pedirle perdón por todas las faltas cometidas contra esta virtud, para darse a su espíritu de humildad y para rogarle que la haga reinar y vivir en nosotros y aplastar enteramente la serpiente del orgullo y de la vanidad.

La profesión de humildad que hay en el libro del Reino de Jesús, al fin de la primera parte, podrá servir para esto y será muy bueno renovarla todos los días, ya vocal o mentalmente; apegándose no a las palabras por lo que ellas expresan, sino al sentido y al espíritu.

Para ejercitarlos en la práctica de la obediencia, ellos no hablarán a los externos sino con permiso del Director, que les permitirá sólo por poco tiempo y lo más tardío que pueda y nunca, si es posible, a los que esa comunicación pudiera causar algún enfriamiento en su devoción.

No harán visitas fuera de la casa sino muy raramente y por motivos muy importantes.

No se les nombrará para acompañar a los antiguos en sus salidas o en visitas si no es por alguna necesidad urgente.

No escribirán ni recibirán cartas sin mostrarlas al Director o en su ausencia a su ayudante o al Superior de la casa, que las podrán leer y retenerlas cuando lo juzguen conveniente.

En cuanto sea posible, no se les darán oficios que los obliguen a tratar con los externos, como el oficio de portero, encargado de la ropa u otros semejantes.

Cuando haya predicación en la casa o en otra parte, por un predicador que lo haga útilmente y con edificación, podrán ir de dos en dos, con permiso; en esos días no habrá conferencia.

Será bueno poner algunas habitaciones de los antiguos, junto a las de ellos para que su presencia y vecindad puedan edificarlos.

Sobre todo, procurarán tener una gran confianza y apertura de corazón para con su Director, descubriéndole con sinceridad y sencillez sus disposiciones interiores, sus consuelos y desolaciones, sus penas y dificultades, sus tentaciones, Sus defectos y sus incomodidades aún corporales y recurrir a él confiadamente en todas sus necesidades.

Se empeñarán en suprimirles las malas maneras de hablar, sea al leer o en sus conversaciones familiares, tanto en los términos como en el acento y en la pronunciación; en la cantidad, en lo que respecta al latín y enseñarles a pronunciarlo bien, como también en lo concerniente a la educación y a la decencia.

Aprenderán de memoria las oraciones de la mañana, del medio día, antes y después del almuerzo y en la noche, después de la

cena y después del examen; como también el *Benedicite*...etc. y las gracias clericales del almuerzo y la cena y el Itinerario.

Y esto será una de las primeras cosas que se les recomendará y que ellos harán al entrar a la Congregación.

Y sería bueno también enseñarles a escribir bien.

## **CAPITULO VII**

### **EL DIRECTOR DE LOS JÓVENES Y SU AUXILIAR.**

Además de las cosas que corresponden al Director de los Jóvenes, señaladas en los capítulos anteriores, cumplirá aún las siguientes que también son para su Ayudante o Sustituto.

Pensará con frecuencia delante de Dios, en la gran importancia de su cargo y que la buena formación de los Jóvenes es la fuente de infinidad de gracias y de bendiciones para ellos, para la Congregación y para muchas almas y que, al contrario, la negligencia de su Director sería la ruina de la misma Congregación, la pérdida de su vocación y la causa de innumerables males.

Por tanto, aspirará de todo corazón a la perfección para atraerlos por su ejemplo y para ser un instrumento digno de la mano de Dios, para cooperar a su santificación.

Y hará todo lo posible para imprimirles en su espíritu y en su corazón una gran estima y afecto a su vocación y a todo lo que

le concierne y a las Constituciones de la Congregación y para llevarlos a cumplirlas con fidelidad. Y para excitarlos con su ejemplo, será el primero y más puntual en obedecerlas.

Se esforzará en ejercitarlos sólidamente en todas las virtudes, especialmente en la verdadera humildad, en la obediencia perfecta, en la renunciación de si mismos y en el desapego de todas las cosas.

Les hará hacer a todos juntos, por lo menos dos veces a la semana, a la hora conveniente, el ensayo de su meditación, dándoles en esta ocasión las instrucciones necesarias sobre esta materia.

Los exhortará a menudo a abrazar el espíritu de la Congregación, que no es otro que el espíritu del Sumo Sacerdote, Jesucristo nuestro Señor, espíritu que los eclesiásticos deben poseer a plenitud para verterlo a los demás.

Y para ayudarles en esto, les enseñará a practicar las virtudes y hacer en este espíritu todas sus obras, según los ejercicios y prácticas señaladas en el libro del Reino de Jesús, en el “Manual de la Congregación” y en libros semejantes.

Tratará de hacerse estimar por todos por la mansedumbre, bondad y afabilidad, caridad y cordialidad que demostrará a todos, atendiéndoles en sus necesidades, tanto espirituales como corporales, para disponerlos por este medio a usar bien sus instrucciones y recurrir a él con confianza y a abrirle más



fácilmente su corazón para recibir la ayuda y el consuelo que necesitan.

Tendrá especial cuidado de ver todos los días durante algún tiempo a los que entran a la probación, para hacerles entender bien la finalidad, el espíritu y las obligaciones de la Congregación.

Los instruirá sobre la oración, la confesión, la comunión; sobre la manera de celebrar la santa Misa y ayudarla; sobre las disposiciones interiores y exteriores con que deben recitar el Oficio divino; sobre la manera de hacer con fruto las lecturas espirituales; sobre los medios de vencer las tentaciones; sobre el espíritu con que deben ejecutar todas sus acciones y cómo comportarse en todo, interior y exteriormente.

No se preocupará menos por los que van a ser hermanos coadjutores, a los que enseñará, por sí o por otros, todo lo que deben saber para vivir como cristianos y para cumplir sus obligaciones particulares en la Congregación.

Tampoco olvidará entrevistar de vez en cuando, en privado, a todos los que están en la probación, para hacerles rendir cuenta, bondadosa y amablemente, de su oración, de sus lecturas espirituales, y de sus disposiciones interiores; para aliviarlos en sus penas, consolarlos en sus aflicciones, alentarlos en sus debilidades, fortificarlos en sus tentaciones, darles los medios para vencer sus defectos y para animarlos a servir y amar a Dios, con entusiasmo e intrepidez, (“corde magno et animo volenti”).

Estas charlas familiares no deben omitirse, porque son de gran utilidad.

Procurará que en su oración y demás ejercicios no se concentren tan fuertemente que perjudiquen su cabeza y debiliten el espíritu y el cuerpo.

Evitará maltratarlos con palabras ásperas y agrias, ni humillarlos, ni mortificarlos demasiado, pues esta vía del temor les cerrará el corazón y sólo serviría para que evitaran el mal y aceptaran el bien por miedo a las reprensiones y humillaciones.

Por tanto, empleará ordinariamente la vía de la bondad y se esmerará en darles un gran amor y estima de las virtudes cristianas.

Lo que no impedirá sin embargo, que les imponga, de vez en cuando, penitencias públicas por las faltas públicas y que haga correcciones que causen vergüenza y temor a aquéllos en que el amor y la bondad nada han obtenido.

No obstante, estudiará las diferentes cualidades de los caracteres y temperamentos de cada uno, para distinguir los que hay que conducir con bondad; los que deben ser empujados y que hay que esperar a veces larga y pacientemente; los que hay que contener; los que hay que humillar y los que hay que estimular.

Debe tratar de conocer los estímulos de la gracia y del espíritu de Dios en sus almas y qué les atrae para ayudarles a caminar en la vía por la cual él los lleva.

Considerará cuidadosamente las costumbres e inclinaciones de cada uno y su progreso en los caminos de Dios, para observar los que no son aptos para la Congregación e informar de ello al Superior general. Procurará pulirlos y educarlos en lo referente a la decencia y decoro de la conversación humana; lo que necesitan los eclesiásticos que tienen mucho que conversar con el prójimo.

Por esto, tratará de quitarles las maneras de hablar y de obrar que huelan a grosería, lo que sería contrario a la educación y les enseñará la manera de hablar culta y decentemente entre sí y con toda clase de personas. Para esto, leerá y hará leer un librito que está en latín y en francés, titulado: *Vita communis*.. y la “Decencia y decoro en la conversación”, impresos en Caen, en Adam Cavelier.

Escribirá al menos tres veces al año, al Superior general, para darle cuenta de lo que pasa entre los Jóvenes en general y en particular.

Terminado su primer año de probación, los examinará para saber:

Si desean permanecer en la Congregación y cumplir sus Reglas.

Si se encuentran suficientemente fuertes de cuerpo y espíritu para las funciones que allí se hacen.

Si están dispuestos a dejarse conducir en sus estudios, en las cosas que estudiarán y en la manera de estudiar y en el tiempo que emplearán en ello.

Si están listos a hacer algunas clases en el Colegio, las que se juzgue conveniente.

Si están resueltos, al terminar los estudios, a servir a Dios toda su vida en la Congregación.

Sobre todo, si están decididos a vivir en una perfecta obediencia. Después de esto, escribirá sobre sus disposiciones al Superior de la Congregación para que disponga de cada uno como juzgue mejor para la gloria de Dios.

Sobre todo, no se contentará con darles instrucciones sobre las cosas precedentes, sino que los dispondrá a la práctica de las virtudes, especialmente la humildad y la obediencia, aplicándose a romper a menudo su propia voluntad y poniéndolos a hacer prácticas exteriores de humildad, como lavar la vajilla en la cocina y cosas semejantes.

Procurará hacerles leer los tratados de “la Humildad, de la Obediencia y de la Murmuración” de Rodríguez y de Tomás Le Blanc en su excelente libro del “Santo Trabajo de las manos.”

(Todos estos últimos párrafos fueron escritos por el P. Eudes, de su puño y letra, en el manuscrito original).

## **CAPITULO VIII.**

### **EL TIEMPO DE LA PROBACIÓN.**

Antes de incorporarse a la Congregación, se harán tres años y tres meses de probación, que es más o menos el tiempo que los Apóstoles y discípulos del Hijo de Dios lo siguieron, antes de ser incorporados a su familia, como lo fueron el día de Pentecostés, por la venida y por la gracia del Espíritu Santo.

Los dos primeros años se pasarán siempre, en cuanto se pueda, en la casa de probación, y se emplearán principalmente, como se dijo, en ejercicios de piedad. En el segundo año, se podrá dedicar a algún oficio en la casa, en calidad de ayudante o segundo.

Al salir de esta casa, o bien se enviarán los Jóvenes al Colegio para dar alguna clase, o se les hará estudiar filosofía si es necesario, o teología o se los ejercitará en hacer catecismo, o en confesar si son sacerdotes y que tengan las cualidades requeridas, o en las misiones en nuestras casas o en otra parte, o se les dará algún empleo en los ejercicios del Seminario, o bien se les enviará a otra casa para hacer lo que les sea ordenado por el Superior general o su delegado.

Sea que se les envíe al Colegio, o a las Misiones o al Seminario o a otra parte, ellos vivirán según las reglas del lugar y del empleo que tengan.

A cualquier parte donde vayan y en cualquier cargo en que estén, se empeñarán en conservar el espíritu de oración, de

recogimiento, de piedad, de mortificación, de modestia y sobre todo de humildad y obediencia, que aprendieron en la casa de probación y en ser ejemplares en toda clase de virtudes y de perfección.

No escribirán ni recibirán cartas sin mostrarlas al Superior del lugar donde estén, quien tendrá especial cuidado de vigilar su conducta y de hablarles en privado, al menos una vez al mes, para pedirles cuenta de su oración, de sus lecturas, de sus estudios y de sus disposiciones interiores y para informar de su estado al Superior de la Congregación.

Los ejercitará y probará particularmente en la humildad y en la obediencia. Cuidará también de su salud y de auxiliarlos en todas sus necesidades.

Al fin de su segundo año, su Director los examinará seria y cuidadosamente para saber si perseveran en su resolución de servir a Dios toda su vida en la Congregación y de seguir exactamente sus Reglas.

Si se encuentran suficientemente fuertes de espíritu y de cuerpo para las funciones que allí cumplen.

Si no tienen alguna dificultad de espíritu o alguna aversión a esto.

Sobre todo, si están bien resueltos a dejarse conducir enteramente por la obediencia.

Después de esto, informarán sus disposiciones al Superior general.

Al fin del tercer año, el Superior de la casa donde están hará la misma cosa.

£1 Superior general podrá abreviar el tiempo de la probación, que es de tres años y tres meses, en algunos meses o un año, lo que no hará sin embargo, muy fácilmente y sólo de vez en cuando y por causas muy importantes, como por ejemplo, en favor de una piedad muy acendrada y una obediencia extraordinaria o algunas otras virtudes y dones de Dios, en grado excelente que se encontraren en alguno; o por algunas otras razones que importen una mayor gloria de Dios y una señalada ventaja para la Congregación.

El mismo Superior podrá aun permitir a algunos estudiar durante su segundo año de probación; sin embargo, esto se hará sólo raramente y por causas muy importantes a la gloria de Dios y al bien de la Congregación y de aquellos a quienes se dé este permiso.

Pero en este caso, se les hará salir de la casa de probación y se les enviará a otra, donde se les dará un Director que los vigilará con un cuidado especial y les hablará en privado, como se dijo arriba, para mantenerlos en el espíritu de piedad y en la práctica sólida de las virtudes.

Y para esto, harán siempre media hora de oración a medio día, los domingos y en las fiestas.

## **CAPITULO IX.**

### **LA INCORPORACIÓN. COMO SE HACE.**

Nadie se incorporará a la Congregación sino después de haber dado pruebas sólidas y manifiestas de una vida perfectamente cristiana, de una manera de hablar verdaderamente eclesiástica, de un espíritu humilde, dócil, obediente y fiel en el cumplimiento de las Reglas y Constituciones de la Congregación y de un corazón celoso por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, amor a los intereses de la Congregación y que desee fervientemente ser incorporado.

Expirado el tiempo de la probación, el que desee ser miembro de la Congregación expondrá su deseo al Superior de la casa donde se encuentre, el cual, después de examinarlo como al final del segundo y tercer año, según se dijo en el capítulo anterior, reunirá a los incorporados de la Comunidad, para conferenciar y deliberar juntos sobre el asunto.

En esta reunión, luego de las oraciones ordinarias, se leerán primero estos reglamentos y se reflexionará seriamente en la importancia de este acto y que, como se debe ser muy reservado en la recepción de los miembros de la Congregación, hay que serlo aún más cuando se trata de incorporarlos, porque es mucho mejor que tenga pocos y buenos y muy animados del



espíritu de su Cabeza, que tener muchos que sean flojos e imperfectos.

Luego el superior dirá lo que conozca del estado y disposiciones del postulante; después, cada uno dará su voto, cuidando bien de no dejarse llevar por alguna pasión o afecto particular, Sino procurando renunciar a su propio criterio y en darse al espíritu de nuestro Señor para guiarse en esto, como en todo, por su animación y su dirección.

Si la mayor parte le da su voto, se le informará al Superior general, sin cuyo consentimiento nada se hará.

Si la mayor parte de los votos lo rechaza o que no tenga sino la mitad, se escribirá tainbi4n al Superior para que él ordene lo que debe hacerse, sea pedir al postulante que se retire, sea para retenerlo en calidad de huésped, si él lo quiere y si- se juzga conveniente.

Dado el consentimiento del Superior en favor del que pide ser incorporado, se escogerá un día para hacer este acto, al cual se preparará por un retiro de ocho o diez días, más o menos, según su disposición y como a bien lo juzgue el Superior.

Llegado el día, primero se celebrará una Misa del Espíritu Santo, si el ordo lo permite; luego, reunida la comunidad, no públicamente sino dentro de la casa, se hará una plática sobre los privilegios de los eclesiásticos que viven en comunidad y de la gracia tan grande que Dios hace a los que llama a la Congregación.

En seguida, el postulante se pone de rodillas, con un cirio blanco en la mano, ante las imágenes de nuestro Señor y de su santa Madre, como Superiores de la Congregación, delante de los cuales hará desde lo más profundo de su corazón la declaración siguiente, no a la manera de voto, sino de buen propósito solamente, como el que hacen, después de un año de probación, los incorporados en la Congregación de nuestra Señora, establecida en los colegios de la santa Compañía de Jesús.

He aquí la forma;

FORMULA: En nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Yo declaro a la faz del cielo y de la tierra, que te reconozco y adoro, oh mi Señor Jesús, como al Fundador, el Superior y el Padre de esta Congregación, a la que has querido llamarme por tu gran misericordia, aunque soy infinitamente indigno.

Quiero y deseo mediante tu santa gracia, vivir y morir, para servirte y honrarte en toda la perfección que me sea posible, por un completo renunciamiento de mi propia voluntad, para seguir la tuya que me será manifestada por la de mis Superiores y por las Reglas y Constituciones de esta misma Congregación.

Para esto, me doy de todo corazón a ti, Jesús mío, haciendo firme propósito de cumplir esta declaración por tu amor y suplicando que me des esta gracia, por los méritos y ruegos de todos los Santos, especialmente de los bienaventurados San José, San Gabriel, San Juan Evangelista y de todos los santos

Sacerdotes y Levitas y por tu mismo amor y de tu santa Madre, a la cual me doy y consagro también de todo corazón declarando que la reconozco y honro como la Fundadora, la Superiora y la Madre de esta congregación.

Y le suplico muy humildemente que me reciba en el número de los hijos de su amabilísimo Corazón y que me obtenga todas las gracias necesarias y convenientes para hacerme digno de tan santa cualidad; para que pueda alabar, amar y glorificar contigo, Salvador mío, con tu dignísima Madre y la mía, y con todos tus Santos a la santísima Trinidad, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Todos los presentes dirán: *Amén, Amén, Fiat, Fiat, O Domine Jesu, per gratiam tuam et propter gloriam Nominis tui.*

Hecho esto, recitarán el Te Deum; *Mostra Te esse Matrem, tres veces; Sancti Angeli et omnes Sancti et sancta Dei etc.; Benedictum Sit, etc.*

Luego, todos abrazarán al que hizo esta declaración, comenzando primero el Superior.

Después se anotará su nombre en el libro de los incorporados, de esta manera: Hoy...del mes de . ..del año de... el Señor..., sacerdote, o diácono o subdiácono o clérigo, nacido en...en la diócesis de...de. . .años de edad, residente en la Congregación de Jesús y María, en la cual fue admitido en probación el...del mes de....del año de...habiendo pedido ser incorporado a ella para servir y honrar a Dios, siguiendo las Reglas y

Constituciones de la misma Congregación, ha sido recibido e incorporado a ella en la manera y forma ordinaria señalada en dichas Constituciones.

En testimonio de lo cual firma este documento con el señor...Superior de esta casa y otros sacerdotes de la mencionada Congregación, todos presentes en su recepción y en la declaración que hizo, según la costumbre.

Después de esto, si lleva más de un año de sacerdocio, podrá ser elegido diputado para las Asambleas de la Congregación, donde tendrá voto deliberativo; si no lleva un año de sacerdocio, no tiene este derecho y sólo lo tendrá cuando lo cumpla.

Los incorporados del modo descrito, nunca podrán ser despedidos de la Congregación por alguna enfermedad que les pueda sobrevenir, sino que la Congregación estará obligada a suministrarles lo necesario y conveniente y a conservarlos sanos o enfermos o aun si la enfermedad les sobrevino después de admitirlos a la probación, supuesto que no lo hayan ocultado, sino que lo hayan informado a los Superiores que los recibieron.

Pues, si después de ser incorporados se descubre en ellos algún mal importante o algo que los incapacite para dedicarse a las funciones de la Congregación, que hayan tenido antes de ser admitidos a la incorporación y que no lo hayan dado a conocer, se les podrá despedir por esta causa, como también por los otros motivos que se expondrán en el capítulo siguiente.

## **CAPITULO X**

### **LOS DESPIDOS. QUIEN LOS HACE. SUS CAUSAS**

Como se debe ser muy prudente en recibir a los que piden ser admitidos en la Congregación, tampoco se debe despedir fácilmente a los que han sido recibidos, especialmente cuando han permanecido en ella largo tiempo.

Pero en esto hay que proceder con gran atención y emplear todo el cuidado y los medios posibles para suprimir las causas de su despido, si ello es posible.

Todos pueden ser despedidos en ciertos casos, cualquier calidad y antigüedad que tengan en la Congregación, en los casos que se señalarán.

La Congregación, en una Asamblea general, conocerá y juzgará los casos en que el mismo Superior deba ser despedido.

Pero a él corresponde, después de oír el concepto de su consejo, juzgar las causas de despido de los demás, lo cual no puede hacer a la ligera y precipitadamente y sin buenas y sólidas pruebas de las faltas de los culpables.

Casos en que se puede y en conciencia se está obligado a despedirlos:

- 1- Si se contagian de herejía o de cisma o de algunas opiniones erróneas y peligrosas a las que se hayan acogido con obstinación y a las cuales no quieran renunciar.

- 2- Si se vuelven rebeldes y desobedientes a nuestro santo Padre el Papa o quieren sustraerse a la jurisdicción y dependencia de los señores obispos, o persuaden a otros que lo hagan.
- 3- Si son acusados y convictos de haber intrigado por sí o por otros, directa o indirectamente, algún superiorato en la Congregación, sea general o local, si no hacen una adecuada penitencia.
- 4- Si de manera evidente desprecian las Reglas y las órdenes de la Congregación, sin querer sujetarse a ellas, aunque lo puedan hacer fácilmente y que no tengan dispensa de los Superiores, y a pesar de que varias veces se les haya amonestado, delante de los otros miembros de la comunidad, para que se corrijan, serán obligados a salir.
- 5- Si desprecian la autoridad de los Superiores y solo quieren hacer su propia voluntad, con escándalo de los demás, de tal modo que esto no pueda disculparse de falta grave.
- 6- Si perturban la paz y la concordia que debe reinar en la Congregación, de tal manera que pueda considerarse falta grave.
- 7- Si de palabra o de hecho escandalizan a los demás, sea dándoles ocasión de pecar o sosteniéndoles conversaciones perniciosas contra el respeto y la obediencia debidos a los Superiores o contra la caridad y concordia fraternas o contra la estabilidad y perseverancia en su vocación o contra el bien

común de la Congregación, también en materia grave y que después de varias advertencias se vuelvan incorregibles.

8- Si se vuelven alcohólicos o impúdicos o tienen otros vicios graves, aunque sean secretos y que después de varias admoniciones no se corrijan, mucho más si son notorios o que haya habido escándalos, en este caso la separación se debe hacer de inmediato, sin diferirla.

9- Si se descubre una enfermedad secreta o un defecto natural importante, que hayan ocultado durante el tiempo de la probación y que los incapacite para desempeñar las funciones ordinarias de la Congregación.

El que sepa que algún miembro de la Congregación tenga este impedimento estará obligado a informar al Superior general y si no, él mismo se hará criminal ante Dios.

Cuando los Superiores y Directores de Jóvenes que estén en la casa de probación o en otra parte, conozcan a algunos que no sean aptos para la Congregación y que tengan las características para ser despedidos, lo informarán prontamente al Superior general, para que no los retenga más tiempo, en perjuicio espiritual y temporal de la Congregación.

El Superior general, o su delegado, no podrá despojar a ningún incorporado de los derechos de su incorporación, sino después de deliberar con sus Asistentes, que, en este caso, como en los asuntos temporales, tendrán voto decisivo con él.

En los casos anteriores, se debe separar de la Congregación a los allí señalados, sin consideración a su nobleza, ni a su ciencia ni a su antigüedad en la Congregación ni a ninguna otra cualidad que se le podría oponer. (San Juan Eudes mismo escribió en el manuscrito este último párrafo).

## **CAPITULO XI.**

### **COMPORTAMIENTO CON LOS DESPEDIDOS Y LOS QUE SE RETIRAN VOLUNTARIAMENTE.**

Cuando se trate de despedir a alguien, se procurará hacerlo de modo tal que satisfaga en lo posible, al que se va a despedir, a los de la Comunidad y que edifique a los externos.

Para esto se observará lo siguiente:

- 1- El que tenga el poder de despedir, encomendará mucho el asunto a Dios, pedirá mucha oración para alcanzar de su divina Majestad la gracia de conocer y ejecutar lo que más le agrade.
- 2- Después de reunir a los que considere más apropiados para conferenciar con ellos sobre este asunto, les recomendará despojarse de toda clase de afectos y consideraciones humanas y mirar únicamente la mayor gloria de Dios, el bien general de la Congregación y el bien particular de quien se trata; después de oír sus conceptos y de sopesar las razones de parte y parte, decidirá sí se debe despedir o no.



- 3- Si los motivos del despido son conocidos y evidentes, se le podrá despedir claramente. Si son secretos y se teme algún inconveniente al revelarlos, se le despedirá en secreto si es factible, o si no se puede, se hará con toda la discreción y caridad del caso.
- 4- De todas maneras, se tratará de conducir todo de modo que el despedido no se sienta deshonrado ni humillado, sino que salga, en lo posible, conforme y amigo de la Congregación.
- 5- Se le devolverán las cosas que trajo y que aun estén en buen estado; las que estén deterioradas o que las haya dado a la Congregación, será de prudencia y caridad del que le despida, juzgar si para satisfacer la equidad y la edificación del prójimo, se las dará a otros o no, y qué se les deberá dar.
- 6- Con el consejo y las oraciones, se le ayudará a escoger un estado de vida en el que pueda servir a Dios y a su salvación; se le ayudará en esto y en todo, con toda la caridad posible.
- 7- Se les recomendará a los miembros de la Congregación no entregarse a juicios temerarios o sentimientos de desprecio para los despedidos o que salgan voluntariamente, ni decir de ellos nada que los perjudique, sino mirarlos con compasión, tener caridad para ellos, hablar de ellos con estima y encomendarlos a Dios en sus oraciones.
- 8- Se procurará prevenir y disipar las turbaciones y tentaciones que estos tropiezos pudieran causar en algunos espíritus, tratando de satisfacerlos, diciéndoles las razones por las que

Se ha visto obligado a hacer lo que se hizo; pero de tal modo, sin embargo, que no se divulguen los defectos del despedido que no sean públicos.

9- Se aprovechará esta ocasión para ayudar y animar por este ejemplo, a los que marchen flojamente por los caminos de Dios, dándoles a entender que pueden tener un accidente semejante, exhortándolos a cumplir las obligaciones de su vocación con mayor fervor y fidelidad.

Si alguien que tenga las condiciones requeridas para servir a Dios en la Congregación, está tentado de salir, los que sepan de ello avisarán al Superior, quien pondrá todo su empeño y diligencia para ayudarlo a vencer esta tentación.

Si a pesar de todo, sale y que después reconozca su falta y pida regresar, se le admitirá, supuesto que no haya tomado hábito de religión ni de ermitaño; y que esté dispuesto a hacer la reparación que se juzgue conveniente y a dejarse conducir por la santa obediencia.

Si no está en esta disposición, no se le admitirá; pero si lo está, se le recibirá con alegría y cordialidad y será enviado de nuevo a la casa de probación por el tiempo que el Superior general crea conveniente, es decir, por tres, cuatro, seis meses o a lo más un año.

## CAPITULO XII.

### EL ESTUDIO, LA CIENCIA, LOS ESTUDIANTES.

Como los eclesiásticos necesitan la ciencia para servir a Dios y al prójimo en su estado, los nuestros se dedicarán al estudio con toda diligencia a fin de aprender lo que deben saber para desempeñar dignamente las obligaciones de su profesión.

Pero como la ciencia humana y su estudio son muy peligrosos si no están ayudados y dirigidos por el espíritu de Dios, (El Sabio mismo los llamó: “pésima ocupación” (Eccle.1, 13), para evitar los malos efectos que ella podría producir, todos los que estudien en la Congregación, sea para enseñar a los demás, sea para aprender ellos mismos, tratarán de aprender bien lo siguiente y practicarlo aun mejor.

Recordarán que hay dos clases de ciencia y sabiduría extremadamente diferentes: la ciencia del cielo y la ciencia de la tierra; la sabiduría del hombre nuevo y la sabiduría del mundo del hombre viejo; la ciencia y sabiduría de los paganos y de los profanos y la de los cristianos y de los santos; la ciencia que se da por el espíritu de Dios y la que se adquiere por el trabajo del espíritu humano.

Reflexionarán que la primera es la verdadera sabiduría y la verdadera ciencia y que la segunda no tiene bien sino el nombre, “*Falsi nominis scientia*” (1 Cor 6,20). porque está llena de incertidumbres y oscuridades. Que la primera es

permanente y eterna y que la segunda desaparecerá con el mundo y con el hombre: “*scíentia destruetur*” (1Cor, 13,8).

Que la primera produce vida y felicidad eterna a los que la poseen:

“La vida eterna consiste en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo a quien tú enviaste” (Jn.17,3). y que la segunda no es sino vanidad, trabajo y aflicción de espíritu, según lo reconoce el hombre más sabio que ha existido en este mundo. (Eccle 1, 11).

Que la primera es la fuente de la humildad y de todas las virtudes y que la segunda es el origen de la vanidad y del orgullo y por consiguiente de toda clase de vicios: “*scientia inflat*”.(I Cor 8,1).

Que la primera es la madre de todas las verdades del cielo, porque nunca se equivoca y que la segunda es la nodriza de muchos errores, mentiras y herejías, que han salido del infierno. Como el orgullo es el padre de la herejía y la obstinación es su madre, su nodriza es la ciencia humana, que no está animada por el espíritu de piedad.

Que la primera es la verdadera ciencia de Dios y de los verdaderos hijos de Dios. Pues Dios no tiene otra ciencia sino su Verbo, su Hijo único Jesucristo, que es toda su sabiduría y toda la ocupación de su espíritu; San Pablo decía: “Y estando entre ustedes no quise saber de otra cosa sino de Jesucristo y de Jesucristo crucificado.”(I Cor 2,2).

Pero que la segunda nos es común con los paganos, los réprobos y los demonios, que se sirven de ella para precipitar al hombre al pecado y a la condenación: “Seréis como Dioses, conocedores del bien y del mal” (Gen.3,5).

Finalmente, que la primera se aprende en la escuela de Dios, por la oración, por los ejercicios de piedad y de virtud y por la práctica de obras cristianas y que la segunda se adquiere en la escuela de los hombres y por libros y palabras humanas.

Siendo así, los verdaderos hijos de la Congregación deben considerar el estudio de esta primera y divina ciencia como Su principal asunto y la ocupación más necesaria; el estudio de la segunda, como algo incomparablemente menos importante que aquella.

Por lo tanto, no harán de lo principal lo accidental y de lo accidental lo primordial y no se dedicarán de tal modo al estudio de las ciencias humanas que éste debilite u opaque el espíritu de devoción.

Para impedir tan gran mal, conservarán siempre gran aprecio y afecto por los ejercicios de piedad, como la oración, la santa comunión, el oficio divino, la lectura espiritual y nunca los harán precipitadamente, ni a la carrera, ni por rutina u obligación, sino con la pausa y la dedicación convenientes, como sus primeros y principales quehaceres, que bien hechos, traerán bendición y facilidad para los otros ejercicios.

Únicamente por obediencia se dedicarán al estudio de alguna ciencia y se les reglamentará más o menos el tiempo que le dedicarán, y los libros que usarán.

Antes de empezar a estudiar, se pondrán de rodillas para adorar a nuestro Señor como el maestro de las ciencias "*Scientiarum, Dominus*" (I Reyes 2,3). y como aquél en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios.

Y para agradecerle su amor infinito por nosotros, por el cual, cuando se encarnó y se hizo niño, aniquiló de alguna manera su divina sabiduría y tomando la apariencia de la carne del pecado, no desdeñó saber la ciencia de los hombres pecadores y hablarles en su propio lenguaje.

Y también para renunciar a su propio criterio, a toda curiosidad, a toda vanidad, a todo propio refinamiento y satisfacción, para darse al espíritu de nuestro Señor y declararle que quieren estudiar únicamente para su gloria y para cumplir su divina voluntad y para pedirle sus luces y gracias necesarias y convenientes.

Durante su estudio, no dejarán pasar más de una hora sin levantar sus ojos al cielo y su espíritu y su corazón a Dios, por alguna pequeña jaculatoria.

Terminado su estudio, tratarán de hacer buen uso de lo aprendido y de sacar algún fruto del que se puedan servir para sí y para el prójimo, es decir, algún buen pensamiento, afecto o resolución.

Por este medio, estudiarán cristianamente y en el espíritu de nuestro Señor Jesucristo y su estudio les será muy útil y ventajoso.

Los que estudien filosofía o teología no serán obligados a asistir al oficio divino que se recita en la iglesia o capilla, pero asistirán a las Letanías del medio día y de la tarde y se someterán a todas las demás reglas.

## **CAPITULO XIII**

### **LOS MEDIOS PARA ESTUDIAR BIEN**

Lo que se dijo en el capitulo anterior no es para causar aversión y desprecio de la ciencia, sino para impedir que apague la piedad. Pues dedicarse a la lectura de los libros y al estudio de las ciencias de tal manera que les quite tiempo para los ejercicios de piedad es pernicioso y enfría poco a poco el fervor de la devoción y finalmente lo extingue totalmente.

Al contrario, descuidar del todo el estudio y emplear su tiempo en los ejercicios espirituales es muy peligroso para los que, por su profesión, se dedican a trabajar por la salvación del prójimo, porque la ignorancia es criminal en los que están obligados a enseñar a los demás. Pero unir lo uno a lo otro es un medio muy adecuado para hacer la piedad más sólida y la ciencia mas útil y para procurar con eficacia la mayor gloria de Dios y la salvación de muchas almas.

Es lo que los nuestros procurarán hacer. Y para esto consagrarán con fidelidad y fervor todo el tiempo indicado por las Reglas de la Congregación para los ejercicios de devoción, tratando de hacerlos perfectamente; y hacer todos los demás actos con una purísima intención de agradar a Dios.

Se dedicarán con diligencia al estudio de las ciencias necesarias para ejercer dignamente los ministerios sacerdotales y emprenderán este trabajo, con entusiasmo e intrepidez,” *corde magno et animo volenti*, pensando que su tiempo y su trabajo se emplean al mismo fin al que el Hijo de Dios empleó su vida, sus trabajos y su sangre, ya que el fin y el fruto no son otros sino la salvación de las almas y que por lo tanto, son una cosa muy agradable a su divina Majestad.

Por esto, el Espíritu Santo nos dice: “Los hombres sabios, los que guiaron a muchos por el camino recto, brillarán como la bóveda celeste, brillarán por siempre, como las estrellas (Dan.12,3).

Hacer una cosa agradabilísima a nuestro Señor, será el único pensamiento que los anime a emplear bien su tiempo, a buscar toda clase de medios para progresar pronto en sus estudios y a evitar todo lo que pueda significar algún obstáculo y tardanza.

Para esto, se cuidarán de una tentación muy peligrosa que el espíritu maligno acostumbra sugerir a los que estudian para el servicio de Dios: Y es que, para engañarlos y hacerles perder el tiempo, los lleva a estudiar cosas curiosas y no necesarias y a



dejar las que están obligados a saber, para dedicarse a otras que son inútiles, o fuera de tiempo.

Para vencer esta tentación, se empeñarán en estudiar solamente lo que se les señale por la obediencia, como ya se dijo. Así, únicamente estudiarán para Dios y por orden de su divina voluntad, lo cual atraerá gran bendición para su estudio.

Serán muy asiduos en las clases, sea en la casa o en otra parte y después de oírlas, las estudiarán y las repasarán en privado, con tanto cuidado como si las debieran enseñar a los demás. Y si hay algo que no entiendan, pedirán las explicaciones al que se las pueda dar.

El Superior ordenará que se reúnan con frecuencia a una hora determinada, para repasar sus lecciones allí, uno hará el repaso y los demás escucharán, luego cada uno presenta sus dificultades y si nadie las puede resolver, pedirán la solución a su maestro.

Nombrará, en cuanto sea posible, un Prefecto de estudios para vigilar a los estudiantes, dar los libros necesarios a cada uno según la ciencia que estudien, dirigir los repasos; excitar a los perezosos, contener a los demasiado ardientes, interrogarlos de vez en cuando para conocer su progreso, llevarlos a ejercitarse en los debates públicos, cuando se les juzgue capaces y obligarlos también a hacerlos privadamente en la casa, cualquier día de la semana.

Y allí, uno de ellos sostendrá una tesis y los otros argumentarán, en presencia del mismo Prefecto o de otro que dirija esta acción, para resolver sus dificultades, para moderar el calor del debate, para terminarlo a su tiempo y repartir éste entre los que argumentan, para que todos tengan tiempo de hacerlo y que todos se ejerciten y que se despejen las cosas difíciles.

Pero en estos debates, todos procurarán renunciar a Su propio criterio y darse enteramente al espíritu humilde, suave y modesto de nuestro Señor, para no dejarse llevar a la aspereza, a la discusión y a la vanidad, sino para imitar su bondad, su modestia y su humildad.

Elevarán su corazón a Dios y le manifestarán que no quieren debatir para vencer ni para ostentar su ingenio y suficiencia sino para obedecer su divina voluntad y para encontrar la verdad, para la gloria de aquél que es la verdad esencial y eterna.

Cuando terminen el curso de filosofía o teología, sea escolástica, o moral, se les dará el tiempo que necesiten para su repaso en privado, leyendo uno o varios autores que el Superior o el Prefecto juzguen apropiados, y haciendo un resumen, si conviene, de lo principal que hayan estudiado, lo que únicamente se debe permitir a los de mente más clara y de excelentes estudios, de cuyo trabajo se pueden aprovechar los demás.

Al terminar los estudios, el Superior de la casa comunicará al Superior general el progreso de cada uno, su comportamiento en la piedad y en sus costumbres, para que, al conocer su

estado y disposiciones, pueda emplearlos en las funciones en que puedan servir más a Dios.

## **CAPITULO XIV**

### **LOS QUE TERMINAN SUS ESTUDIOS**

Al finalizar sus estudios, todos los estudiantes harán un retiro de diez días para renovar en sí las santas disposiciones concebidas durante sus primeros años de probación y los que el Superior general juzgue que lo necesitan regresarán a la casa de probación para emplear un año o algunos meses en los ejercicios que allí se hacen; si no se puede en esa casa, se enviarán a otra.

Y los que aun no tengan órdenes sagradas, en cualquier parte donde estén, se dispondrán a recibirlas, con permiso del Superior general o de su delegado, sin el cual, nadie se introducirá por sí mismo al sacerdocio.

Antes de recibir cada orden, harán un retiro para prepararse. Y después de recibir la sagrada orden del sacerdocio, durante algún tiempo aun, estudiarán, en el libro del “Sacrificio Admirable “lo que concierne a este divino Sacrificio (San Juan Eudes modificó la primera redacción que decía “para estudiar lo que concierne al santo Sacrificio del altar”) y para prepararse cuidadosamente a la celebración de su primera Misa, tanto interior como exteriormente, es decir, para las ceremonias que

deben saber tan perfectamente, que lo puedan demostrar a los demás.

Luego, procurarán dar a conocer el fruto de la ciencia que adquirieron, trabajando por la salvación del prójimo. Para esto, se ejercitarán en la confesión, después de estudiar bien el libro del “Buen Confesor”; en asistir a los enfermos y moribundos; en dar los ejercicios espirituales a los que vienen a hacerlos en la casa; en catequizar y predicar, según las reglas señaladas para los catequistas y predicadores y en desempeñar las funciones de la Congregación para la salvación de las almas.

Finalmente se dispondrán a acometer gustosos, en lo posible, las funciones que la Voluntad de Dios les asigne, por medio de los que tienen su lugar, sea en las Misiones, o Seminarios, o en el Colegio o en otra parte, y a cumplir exactamente las reglas de estos empleos, que se describirán en seguida.

Pondrán su principal devoción y la suma fidelidad en renunciar a todos sus deseos e inclinaciones, por el amor de Aquél que por amor a ellos renunció a la suya, aunque era santa y divina, que durante treinta y cuatro años que estuvo en la tierra, nunca la hizo ni una sola vez ni un solo momento.

Pues siempre hizo la Voluntad de su Padre, cumpliendo) muy puntualmente todas las reglas que le dio, aunque fueron muchas, pues todo lo que debía pensar, decir, hacer y sufrir le fue reglamentado en cuanto a la cosa, en cuanto al tiempo y en cuanto a la manera y entre estas reglas tuvo algunas muy difíciles, muy severas y muy rigurosas.

## **SÉPTIMA PARTE.**

### **EL SEMINARIO.**

Nada más necesario y más deseable en la Iglesia de Dios que tener un buen número de santos sacerdotes, que la iluminen, la gobiernen y la santifiquen con la luz de su doctrina, con la virtud de sus sacerdotes y con el ejemplo de sus obras.

Para ello, lo más importante y lo mas útil son los Seminarios eclesiásticos, que son academias y santas escuelas, para formar, instruir y ejercitar a los sacerdotes o a los que aspiran al estado del sacerdocio, en la vida de perfección que están obligados a llevar y ejercitarlos también en la manera de ejercer santa y decorosamente todas las funciones clericales.

Esta es la primera y la principal finalidad de la Congregación. Por esto, harán en cada casa, con gran afecto y con celo muy especial, en todo lo posible, los ejercicios del Seminario, según las reglas siguientes, que cumplirán con fidelidad porque sin esto, los Seminarios no producirían los frutos que de ellos se espera y aun ni podrían subsistir.

## **CAPITULO I**

### **A QUIENES SE RECIBE EN EL SEMINARIO**

La puerta del Seminario estará abierta para toda clase de eclesiásticos y para los que aspiren al estado eclesiástico, de cualquier calidad y condición, cuando se presenten

espontáneamente o por orden de los Ilustrísimos Señores Obispos y que lleguen para asistir únicamente a las conferencias y pláticas espirituales y otros ejercicios que allí se hagan, sin querer permanecer en la casa.

También para los que desean hacer un retiro de algunos días; o para permanecer un espacio de tiempo mayor para imbuirse calmadamente en las costumbres y virtudes necesarias a un eclesiástico y aprender a ejercer con santidad y decoro todas las funciones clericales.

Y esto se debería hacer para todos los que entran al estado eclesiástico, especialmente cuando se trata de dedicarse de lleno a tomar la sagrada orden del Subdiaconado.

Pues sí no se recibe a nadie a la profesión monástica o religiosa, aun para ser únicamente hermano laico o converso, sino después de pasar por todas las pruebas y ejercicios de uno y a veces varios años de noviciado, y si no hay profesión y oficio en el mundo, por humilde y bajo que sea, al que no anteceda al menos un año de aprendizaje, a cómo parecería entrar sin preparación a un estado tan noble, tan importante, tan santo y tan divino como es el estado eclesiástico?

Ciertamente, como el sacerdocio es la fuente de toda la gracia y santidad que hay en la Iglesia, y que de él depende la salvación de los cristianos, no era sin motivo que en otro tiempo la Iglesia no admitía ordinariamente a nadie cuya vida, virtud y conducta no se hubiera puesto a prueba durante varios años.

Por esta razón, cada orden sagrada sólo se daba después de un año de intersticio; las órdenes menores no se daban juntas, sino una después de la otra y a veces con un intervalo entre cada orden; y nadie podía ser promovido de una orden inferior a otra superior, sin haber dado durante un tiempo apreciable pruebas de una verdadera vocación.

Por esto, ya que tan gran Sacramento no ha cambiado su naturaleza desde aquel tiempo y que recibirlo santamente ahora no es menos importante para la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y la salvación de las almas, se pedirá humildemente a los señores obispos que obliguen a los que van a tomar la tonsura y las órdenes menores y a los que se va a promover a las sagradas órdenes del Diaconado o del Sacerdocio, a hacer antes unos días de retiro en el Seminario.

En este retiro aprenderán lo que son estas órdenes, en qué consisten, quién las instituyó y para qué se instituyeron, cuáles son sus efectos, cuáles sus funciones u oficios, quiénes las deben recibir, con qué intenciones y disposiciones hay que recibirlas.

Y que por medio de estos conocimientos, los exciten a prepararse para recibir dignamente tan gran Sacramento, para después desempeñar santamente sus funciones y para llevar una vida conforme a la santidad de su ministerio.

En cuanto a los que van a recibir la sagrada orden del Subdiaconado, se pedirá a los obispos que los obliguen, antes de que se comprometan completamente con el estado

eclesiástico por la recepción de este Sacramento, a permanecer un mayor tiempo en el Seminario para reflexionar seriamente sobre la dignidad y santidad del estado al que quieren entrar; cuáles son las obligaciones y compromisos; cuáles deben ser las cualidades interiores y exteriores de los que entran en él; y qué intenciones y motivos los impulsan y si tienen una verdadera vocación.

También para formarse a espacio en la vida eclesiástica; para instruirse bien en las virtudes que corresponden a esta profesión y para aprender a desempeñar todas las funciones del estado sacerdotal.

Por este medio, permaneciendo un tiempo apreciable en el Seminario, se conocerá quiénes tienen las cualidades requeridas para servir a Dios en su Iglesia; y a los que no las tengan, se les excitará a desistir de su propósito. Si no lo hacen, se informará al señor obispo diocesano a quien se informará de las cualidades y disposiciones de los otros, para que pueda disponer de ellos para las diversas necesidades de su diócesis, como bien le parezca.

Pero se evitará cuidadosamente servirse en estos casos, ni directa ni indirectamente, ni expresa ni tácitamente, ni de ninguna manera, del conocimiento que pueda tener por medio de la confesión.

Se pedirá también a los Prelados que, cuando tengan sus sínodos o que hagan las visitas en sus diócesis, persuadan y obliguen, en cuanto les sea posible, a todos los eclesiásticos,



especialmente a los señores Curas o Rectores y sus vicarios, para que todos los años, se retiren al menos ocho o diez días en el Seminario.

Para que, durante los retiros, alejados del ruido y de los obstáculos de los asuntos temporales, puedan dedicarse seriamente al de su salvación y tomar el tiempo necesario para reflexionar sobre su vida y sus actos pasados; para purificar sus almas por medio de una confesión extraordinaria; para renovar los sentimientos de piedad, de temor y amor de Dios y de celo por la salvación de las almas y para encenderse de nuevo en deseos de cumplir dignamente todas las obligaciones de su cargo.

Se les rogará también que cuando se ocurra darle a un eclesiástico las provisiones de un beneficio, sea prebenda, curato u otro, o admitir un sacerdote como vicario, o darle poder de confesar, o predicar, o catequizar, o desempeñar algún otro oficio en la Iglesia, los obliguen a pasar antes algún tiempo en el Seminario, para que piensen allí en la importancia y las obligaciones del ministerio que van a emprender, para pedir a Dios las luces y gracias necesarias para cumplir su santísima voluntad y para disponerse a recibirlas, por los ejercicios de piedad que se les hará practicar en el Seminario. No recibirán a nadie que estudie humanidades o filosofía, excepto los pensionados del Colegio. (Se trata del Colegio de Rennes. Estaba contiguo al Seminario y en el Seminario se alojaban los pensionados). Pero si se recibirán los estudiantes

de teología escolástica, sea que tomen las clases fuera de la casa o en la casa, si la enseñan allí.

Los que tengan beneficios que obliguen a residencia, como dignidades, prebendas, curatos, no podrán permanecer en el Seminario sino con el permiso escrito de los Superiores y por el tiempo permitido, que podrá ser de algunos meses, especialmente para los Curas que no tengan la capacidad y las cualidades requeridas para la administración de su cargo y que vengan al Seminario a adquirirlas, es decir a estudiar teología moral, para aprender a predicar y catequizar, a confesar bien, a administrar como es debido los otros Sacramentos y sobre todo a llevar una vida ejemplar.

Todas estas cosas son absolutamente necesarias a un pastor, y sin ellas, su residencia es más perjudicial que útil. Por lo cual, puede ser legítimamente dispensado, para darle el tiempo de adquirirlas, con tal de que ponga una persona que lo reemplace en sus obligaciones.

Tampoco se recibirá a nadie en el Seminario para permanecer en él algún tiempo si no tiene verdadera resolución de entrar al estado eclesiástico, excepto los que vengan únicamente a hacer un retiro para disponerse a conocer la voluntad de Dios en cuanto a su vocación.

Todos los seminaristas Llevarán sotana y los cabellos cortos, sea que estén en el estado clerical o que aspiren a él; si son clérigos, tendrán tonsura. Si algunos eclesiásticos ya ilustrados suficientemente en sus funciones, por haberlas aprendido en un

seminario o en otra parte, desean sin embargo permanecer en alguna de nuestras casas, no con el propósito de permanecer en la Congregación, ni como seminaristas, para someterse a los ejercicios del seminario, sino como pensionados para vivir con más piedad y recogimiento, se les podrá admitir con las condiciones siguientes:

- 1- Que no quieran permanecer en él para dedicarse más fácilmente a procesos u otros asuntos temporales, ni a los que vengan como a un hotel para alojarse allí de paso, para estar más cómodos y ahorrarse lo que les costaría en otra parte.
- 2- Que hagan los retiros de diez días, una vez al año.
- 3- Que asistan al oficio divino.
- 4- Que no salgan sin permiso.
- 5- Que no tengan carroza, ni caballos, ni criados a su servicio.
- 6- Que no guarden perros ni pájaros en sus habitaciones y que éstas no estén tapizadas.
- 7- Que no tengan leña ni fuego, salvo si están enfermos o impedidos.
- 8- Que no coman ni hagan comer a nadie en su habitación.
- 9- Que sigan todas las órdenes de la casa, excepto las que son únicamente para los hijos de la Congregación y aquellas de

las que el Superior los dispense por alguna buena razón y que sean las menos posibles.

10- Que se les pueda obligar a retirarse cuando se considere una carga o incomodidad, sin que e esté obligado a decirles la causa.

No recibirán a nadie en calidad de pensionado ni de seminarista, que no venga con voluntad bien decidida de someterse a las reglas que se les señalen y de retirarse de la casa cuando se le indique; y de pagar la pensión que se convenga, cada cuatro meses y por adelantado.

Es prudente que el Superior asigne a los seminaristas habitaciones convenientes, de modo que algunos de los más obedientes y ejemplares de la Comunidad estén mezclados, para que sean su modelo y su regla viviente.

## **CAPITULO II.**

### **LO QUE SE ENSEÑARÁ EN EL SEMINARIO.**

A los seminaristas se les enseñarán seis cosas principales necesarias a un eclesiástico para capacitarlo en servir a Dios, según las obligaciones de su profesión.

PRIMERO: se les enseñará la piedad, la virtud y la perfección de que todos los eclesiásticos deben adornarse.

- 1- Por el buen ejemplo que tratarán de darles todos los miembros de la Congregación.
- 2- Por las oraciones que harán por ellos, para alcanzar del sumo Sacerdote, Jesucristo nuestro Señor, que les dé su espíritu.
- 3- Por el retiro que les harán al entrar al Seminario y que ocuparán en la meditación, en lecturas piadosas, en el examen de su conciencia y otros santos ejercicios. En este retiro, harán una confesión general o extraordinaria.
- 4- Por las conferencias y pláticas espirituales que les harán al menos una vez a la semana y cuyos temas serán:

La dignidad y santidad del estado eclesiástico. Obligaciones y deberes de los que a él ingresan. Su vida y sus costumbres.

Contra los vicios más opuestos a la santidad de este estado: la avaricia, la envidia, el exceso en la comida y en la bebida, la impureza, la pereza, la ociosidad, la soberbia y la ambición y la pasión por los beneficios.

Las virtudes de que deben estar ataviados. La oración mental.

La excelencia de todas las funciones clericales en general y la manera de hacerlas bien, interior y exteriormente.

Y en particular, del augustísimo sacrificio de la Misa; faltas que se pueden cometer y disposiciones interiores y exteriores con que se debe celebrar.

El Oficio divino y las faltas que se cometen y la manera de rezarlo santa y decorosamente.

La administración del sacramento de la Penitencia, cualidades y disposiciones de los que lo administran.

La administración de los demás sacramentos.

Cómo consolar a los afligidos y asistir a los enfermos y agonizantes.

También se podrá escoger entre las materias señaladas para las conferencias de la Congregación, las que sean adecuadas para los seminaristas.

La manera de hacer estas conferencias y pláticas será la misma enunciada en las reglas para las conferencias de la casa de Probación, las cuales explicará a los seminaristas el Prefecto del Seminario.

Se los reunirá al principio, tres veces a la semana, para hacerles la preparación de la meditación y para darles las instrucciones necesarias sobre este tema.

La SEGUNDA cosa que se les enseñará a los seminaristas, es lo que deben saber con respecto a las ceremonias con que se ejercen las funciones clericales. Para esto:

1- Se les obligará a leer y estudiar las rúbricas del Breviario y del Misal y algunos autores que han escrito sobre esto.

- 2- Se reunirán a veces para ensayarlas y practicarlas y a que presida el designado por el Prefecto del Seminario.
- 3- Una vez a la semana se hará una plática sobre dichas ceremonias.
- 4- Una vez a la semana, se celebrará una misa cantada con todas las ceremonias, para hacerlos practicar; y en domingos y fiestas, se cantarán las Vísperas.

Cuando se ensaye la ejecución de algunas ceremonias, se hará en cualquier lugar, pero no en la iglesia ni en la sacristía. (De nuevo el P. Eudes agregó estas palabras con su mano, en el manuscrito: “ni en la sacristía.”).

La TERCERA cosa que se enseñará en el Seminario, será el canto gregoriano. Para esto, se encomendará a alguno que lo enseñe, para que los seminaristas lo practiquen a menudo, como también los miembros de la Congregación que lo necesiten; y todos los que no lo sepan estarán obligados a aprenderlo, si no es que el Prefecto los dispensa, por alguna buena razón.

La CUARTA cosa será la teología moral o los casos de conciencia, de los que se dará clase y conferencia todos los días, cuando Dios le dé bastantes hombres a la Congregación, para dedicarlos a este empleo.

La QUINTA cosa será el modo de catequizar y de predicar útilmente. Para esto:

- 1- Se harán varias pláticas sobre este tema, y la materia se tomará del “Predicador Apostólico” que contiene las reglas de los catequistas y de los predicadores de la Congregación.
- 2- El Prefecto ejercitará a los que crea conveniente, mandándoles hacer algunas exhortaciones, primero en el comedor, luego en las prisiones y en el hospital y en algunas parroquias del campo que están cerca, pero no permitirá que se haga alguna que él o el Subprefecto no haya visto antes.

La SEXTA cosa será el conocimiento de la sagrada Escritura, especialmente del Nuevo Testamento y de los salmos, cuya explicación es muy necesaria para aquellos que la deben recitar todos los días.

Para esto, el Prefecto encargará a alguno, que puede ser un seminarista, que lea y estudie el autor que él le dé, sobre dos o tres versículos de los salmos o de alguna parte del Nuevo Testamento, para que dé la explicación en la conferencia.

Además de estas seis cosas, cuando Dios quiera darle bastantes hombres a la Congregación para que se dediquen a estos empleos, se podrá dar clases o conferencias sobre las controversias, los santos Concilios, la historia eclesiástica y la teología escolástica, pero sin perjuicio de los anteriores seis ejercicios, que son los más necesarios y que deben preferirse a todos los demás.



Los días y las horas de aquellos ejercicios serán fijados por el Superior de la casa, después de consultarlo con el Prefecto y Subprefecto del Seminario.

Todas las conferencias y pláticas que se hagan a los seminaristas, todas las materias de oración que se les proponga, todas las lecturas espirituales que se les dé y todos los demás ejercicios a que se dediquen, se dirigirán a darles un gran odio a toda clase de pecado y hacerles emprender seriamente la práctica de todas las virtudes.

Y entre estas virtudes, en especial la humildad, la negación de sí mismo y del mundo, la pureza, la caridad y el celo por la salvación de las almas y hacerles concebir un alto aprecio de la dignidad y santidad de su vocación y hacerles conocer y amar las obligaciones y deberes, y a enseñarles los medios propicios para cumplirlos.

Se empeñarán especialmente en grabarles en su espíritu un gran amor y respeto por la Iglesia y por todo lo que le concierne; una particular veneración, sumisión y obediencia a nuestro santo Padre el Papa y a todos los Prelados y pastores de la Iglesia y en especial al Ilustrísimo y Reverendísimo Obispo diocesano.

Se pondrá también especial cuidado en imprimirles en su corazón gran estima y cordial afecto a todas las Órdenes religiosas de la Iglesia especialmente a la Santa Compañía de Jesús, que trabaja con tanto celo y tantos frutos, por toda la

tierra, por el aumento de la gloria de Dios y por la salvación de las almas.

Para esta fin, el Prefecto les hará algunas pláticas y conferencias sobre la obligación que los eclesiásticos tienen de amar y honrar a toda clase de religiosos y especialmente a los de dicha Compañía; y sobre los medios de conservar y aumentar la caridad y cordialidad para ellos y evitar todo lo que la pueda disminuir.

Y también les dará a veces estas materias como tema de oración, para que, por este medio, se mantenga y conserve la unión y la concordia entre los miembros de una misma cabeza, un mismo corazón y una sola alma, que es una cosa importantísima en la Iglesia de Dios.

El mismo prefecto hará las pláticas y las conferencias mencionadas y cuidará de que se hagan siempre y asistirá a ellas cuando pueda y cuando no, lo representará el Subprefecto.

Procurará también quitarles las malas maneras de hablar, sea al leer o en pláticas familiares, tanto en los términos como en el acento y la pronunciación, como también en la cantidad del latín y les enseñará a pronunciarlo bien.

Sobre todo, como la primera obligación de un eclesiástico es trabajar por la salvación de las almas y que la devoción a la bienaventurada Virgen es un medio muy poderoso para

conducirlo al cielo, el Prefecto de cada seminario luchará por grabarla bien en los corazones de todos los seminaristas.

### **CAPITULO III**

#### **LOS FUNCIONARIOS DEL SEMINARIO.**

Además de los otros funcionarios de la Congregación que habrá en cada casa, el Seminario tendrá algunos propios y particulares, a saber:

el Prefecto del mismo Seminario, el Subprefecto, dos confesores, el Prefecto de estudios, el de la ropa blanca (Lencero) y los demás de los cuales hablaremos.

El Prefecto será nombrado por el Superior general y todos los demás por el Superior de la casa, que podrá dar alguno de estos oficios a seminaristas que juzgue capaces.

El oficio de prefecto del Seminario se describirá en las reglas que se darán para él enseguida.

En su ausencia lo reemplaza el Subprefecto, que le ayudará con toda su capacidad, en todo lo que desee de él, en cuanto a las obligaciones de su oficio. Por esto, él tendrá sus reglas, las leerá de vez en cuando y las cumplirá.

Los confesores tendrán sus reglas, que se describirán luego.

Si hay estudiantes de la Congregación en la casa, tendrán el mismo Prefecto que los seminaristas, Si no hay, se les dará uno

a los seminaristas, que los vigilará, excitará a los perezosos, moderará a los demasiado ardientes, los Llevará a ejercitarse en los debates públicos y privados y los interrogará a veces, para saber qué progreso hacen.

El ropero o lencero será un hermano coadjutor que cuidará de la ropa de los seminaristas, para que no se mezcle con la ropa de la Comunidad. Los lunes por la mañana irá a las habitaciones, tomará su ropa sucia, que después de contarla y anotarla, enviará a lavar y cuando la vuelvan a traer, la entregará.

Cada uno pagará, aparte de la pensión, un determinado precio anual por el lavado de la ropa, precio que será convenido al entrar al Seminario.

Habrà también en la casa, si es posible, un hermano sastre que se ocupará de la refacción de los vestidos, para cuya alimentación y mantenimiento todos darán alguna cosa, más o menos, en proporción al número de seminaristas.

También es necesario que haya en el Seminario un hermano coadjutor para llevarles las cartas y otras cosas que necesiten, para quitarles el pretexto de salir con frecuencia. El Superior le dará este oficio al ropero o a otro.

## **CAPITULO IV.**

### **LOS SEMINARISTAS.**

A nadie se recibirá en el Seminario para permanecer más de quince días si no está decorosamente vestido, es decir, con

sotana, cabellos cortos y tonsura si es clérigo, según los santos Cánones. Los que vengan para permanecer algún tiempo, Llevarán sobrepelliz, bonete, una Biblia o al menos un Nuevo Testamento y los demás libros que se le señalen.

Llevarán también la ropa blanca que necesiten, la que harán lavar, marcándola bien para reconocerla. Y Llevarán una capa, si tienen los medios; y todos sus vestidos tendrán la modestia y sencillez requerida a la santidad del estado eclesiástico.

Inmediatamente o un poco después de su entrada, harán un retiro de ocho o diez días, a juicio del Prefecto del Seminario. Pagarán su pensión por adelantado en cuartas partes, que si no lo hacen, no verán mal que se les pida retirarse.

Obedecerán al Superior de la casa, al Prefecto y Subprefecto del Seminario y a los demás funcionarios en lo que les corresponde.

Conservarán la paz y la concordia entre sí y evitarán todo lo que le sea contrario, como las palabras picantes, las burlas y los altercados; si sucediere algún diferendo entre algunos, no se acostarán sin reconciliarse.

Se someterán a las órdenes de la Comunidad para levantarse, acostarse, la oración, el Oficio divino si están obligados, las Letanías, la santa Misa, la conversación, las conferencias, el comedor y los rezos de la noche y solamente se dispensarán de alguna de estas cosas, con el permiso del Prefecto del Seminario.

Estarán dispuestos a ser amonestados por sus defectos y a recibir las correcciones que se les haga, en espíritu de humildad y sumisión, reconociendo sus faltas y deseando corregirse.

Irán a los lugares de la Comunidad, exactos y puntuales y harán las cosas que les señale la campana, o las reglas, o la viva voz de la obediencia, por amor de Aquél que por amor a ellos, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Se confesarán al menos una vez cada ocho días, en el día y hora señalados por el Prefecto y cada uno lo hará con el mismo confesor, escogiendo cualquiera entre los dos señalados para ello, excepto dos veces al año, en que se les dará uno o dos confesores extraordinarios, con los que se confesarán todos.

Los sacerdotes se confesarán al menos dos veces a la semana y dirán la misa todos los días si el Prefecto o el confesor no disponen otra cosa; pero antes de decirla en la iglesia o capilla de la casa, se les hará ensayar las ceremonias en privado, para que si no las saben, se les enserie a pronunciar distinta y claramente lo que se dice en la celebración de este temible sacrificio y mucho más a celebrarla con las disposiciones interiores que se requieren.

Los que no son sacerdotes oirán o ayudarán una misa todos los días, después de que se les haya enseñado a ayudarla correctamente, en lo interior y exterior; y comulgarán todos los domingos y en las principales fiestas, según ordene el Prefecto o el confesor; lo cual harán todos juntos después de asistir con sobrepelliz a la misa que dirá el Prefecto a la hora señalada.

Los obligados al oficio divino, lo recitarán en coro, con la comunidad, menos los estudiantes de teología escolástica que toman las clases fuera de la casa, los que únicamente asistirán a las vísperas de los domingos y fiestas y a las Letanías de la tarde.

Los que no están obligados al oficio mayor, recitarán todos los días el oficio parvo de nuestra Señora. Y todos los días rezarán en común, a la hora señalada por el Prefecto, la tercera parte del santo Rosario.

Pero los estudiantes de teología escolástica no estarán obligados y harán lo mismo en privado.

Los sacerdotes recitarán el oficio en el coro, por turno, cuando se les haya enseñado a hacerlo como se debe, es decir, a pronunciar grave y devotamente lo que deben decir y sus ceremonias.

Todos, tanto sacerdotes como los otros, leerán en el comedor y servirán la mesa cada uno a su turno, según el orden señalado por el Prefecto.

Todos los días leerán por lo menos un cuarto de hora la sagrada Escritura y aprenderán algo de memoria y lo dirán en la conversación de la tarde, como de costumbre.

Todos los años, en el día de la presentación de nuestra Señora, renovarán la profesión eclesiástica, como está descrito en el “Manual de la Congregación”.

Antes de recibir cualquier orden menor o mayor, harán un retiro para prepararse y aprender cuidadosamente en qué consiste; quién la instituyó y para qué; cuáles son sus efectos, cuáles son sus oficios y funciones, con qué intenciones y disposiciones se debe recibir, y cómo debe ser la vida y las costumbres de los que la reciben.

Si ven hacer algo reprehensible a alguno de ellos, están obligados a informar al prefecto, so pena de hacerse culpable de la misma falta ante Dios.

Por la mañana, antes de salir de su habitación para ir a la oración, harán su cama o por lo menos la cubrirán decentemente, para hacerla después de la oración.

No saldrán de su habitación sin estar completamente vestidos, si no es por alguna necesidad urgente. La barrerán cuando sea necesario, para tenerla siempre aseada y Llevarán afuera las basuras y tendrán todas las cosas limpias y en buen orden.

Nunca jugarán a las cartas, ni a los dados ni a la pelota ni a los bolos ni a ningún otro juego contrario a la modestia, decencia y decoro eclesiásticos.

No saldrán de la casa, a no ser a clase, sin el permiso del Prefecto o del que lo reemplace en su ausencia y sin decir adonde va; y regresarán siempre antes de la noche.

Cada semana tendrán un día de descanso, designado por el Superior y podrán salir a pasear fuera de la ciudad o recrearse



decorosamente en la casa; pero no irán a paseo los domingos ni en las fiestas, ni los viernes.

No comerán fuera de casa, ni entre comidas en la casa, sin permiso.

Únicamente en caso de enfermedad comerán en su habitación, y no harán comer a nadie, como tampoco por fuera del comedor. No traerán a nadie a comer en la Comunidad sin el permiso del Superior de la casa.

Se adaptarán a la Comunidad en la bebida y la comida, tanto en el desayuno, almuerzo y cena y no se les permitirá ninguna singularidad y menos hacer venir de la ciudad o de otra parte algo particular, y serán muy exactos en cumplir esto.

Se proveerán de velas si tienen necesidad, para su uso personal.

Nunca entrarán a la cocina, sino con permiso o por alguna necesidad urgente; los que lo hagan, ya para pedir alguna particularidad, ya para recomendarse al cocinero, ya para quejarse por la bebida o la comida, serán considerados como truhanes, villanos, golosos y groseros, que hacen un Dios de su vientre y que mejor merecen el nombre de desaguaderos de cocina que eclesiásticos decentes.

Si caen enfermos, se les asistirá con todo el cuidado y caridad posibles, pero si quieren consumir otras viandas que las de la Comunidad, será a sus costas; como también el costo de los médicos, cirujanos y farmacéuticos, que serán siempre los de la

comunidad y no otros, sin el permiso del Superior, sin el que tampoco consumirán medicinas, sangrías o algún otro remedio.

No tomarán ni darán a nadie de los frutos de los jardines, ni flores ni nada, sin permiso del Superior.

Tampoco tomarán ningún libro de la biblioteca para llevarlo a la habitación, ni mucho menos prestarlo a nadie, so pena de hacerse culpables de hurto, ya que en materia de libros, prestarlos y perderlos es a menudo la misma cosa. Por lo cual, prestar un libro que no es suyo sería robarlo.

Y tampoco tomarán, sin permiso del Superior, ningún mueble de la casa, ni ninguna otra cosa, sea para utilizarlo o para darlo a otros, sin hacerse también culpables de hurto.

No entrarán sin permiso a las habitaciones de los demás, sin alguna necesidad urgente; y cuando lo hagan, aunque sea con permiso y por corto tiempo, la puerta estará siempre entreabierta y nunca completamente cerrada.

Al entrar y salir de sus habitaciones, dirán un Ave Maria, lo cual también deben hacer en la habitación de los demás, con el que allí esté.

No Llevarán a su habitación personas extrañas, ni a las otras habitaciones de la casa, ni a los jardines ni al comedor y mucho menos a la cocina, sin permiso del Superior.

Evitarán las modas vanas del mundo en sus vestidos, en su conversación y en todo y por ello, no está permitido usar

manguitos, ni los Llevarán en el Seminario, lo que no encontrarán absurdo los que sepan que entre las reglas que San Carlos hizo para sus seminaristas, hay una que les prohíbe aun usar guantes.

Ordenarán que sus amigos no los vengán a distraer con visitas frecuentes, sobre todo a las horas de los ejercicios. y tampoco harán visitas fuera de la casa, que no sean muy necesarias, a juicio del Prefecto.

Guardarán silencio en la sacristía, en el comedor, en los corredores próximos a las habitaciones y particularmente en la iglesia o capilla y desde el examen de la noche hasta después de la oración de la mañana.

Caminarán modestamente y sin ruido en la casa y no hablarán unos con otros, desde una habitación a otra, ni por las ventanas, de la calle o del patio y no introducirán la cabeza para mirar algo.

No enviarán a los hermanos coadjutores a la ciudad para hacerles algún servicio, sin permiso del Superior, excepto el que esté encargado de este oficio, como se dijo arriba.

Llevarán siempre el traje largo y nunca saldrán sin él.

Cuando tengan alguna pena espiritual o tentación o dificultad, la expondrán libremente y lo más pronto al Subprefecto, al cual deben tener gran confianza y amplitud de corazón, para hacerle conocer todas las disposiciones de su alma, tanto buenas como

malas, para recibir de él los remedios convenientes a sus males y las instrucciones útiles para progresar en los caminos de Dios.

Finalmente, trabajarán vigorosamente en grabar en su interior y en su exterior una imagen perfecta de la vida, costumbres y virtudes del sumo Sacerdote, nuestro Señor Jesús y especialmente de su divina modestia, que es una de las principales virtudes que debe brillar en un eclesiástico, la cual se obliga a practicar en todo tiempo y en todo lugar y principalmente en la iglesia, sobre todo cuando desempeña alguna función clerical y cuando ofrece a Dios el santo sacrificio de la misa y el sacrificio de alabanza en el oficio divino.

En estas ocasiones, los eclesiásticos deben ser modestos y devotos como es visibles, inmóviles e inmovibles a todo lo que pueda distraer y separar su espíritu y su atención de Dios y del acto que hacen por su gloria, como estatuas en su nicho, muertos e insensibles a todo lo creado, para sólo tener vida, sentimiento y atención para el Creador y para la grandeza de los sagrados ministerios que desempeñan.

Quienes sean recibidos en el Seminario deben tener verdadera resolución de someterse a las reglas ya dichas y a los que no las cumplan, si después de amonestarlos, continúan en su desorden, se les rogará que se retiren y si no lo hacen, se les obligará a salir, con toda la caridad y bondad posible, para que su mal ejemplo no arrastre a otros al desorden. Se leerán estas reglas en el comedor o en otra parte, al principio de cada mes.

## **CAPITULO V**

### **EI PREFECTO DEL SEMINARIO.**

El Prefecto de los seminaristas estará bajo las órdenes del Superior como todos los de la casa. Nada hará, aunque sea de poca importancia, sin su parecer y su dirección y no tendrá ninguna autoridad sobre los miembros de la Congregación, excepto en lo que dependa de los oficios que tengan en el seminario.

Reflexionará a menudo que la mayor necesidad de la Iglesia es tener buenos eclesiásticos; que los buenos son la fuente de infinidad de bienes y los malos, la causa de inmensos males; que la salvación y la perdición de las almas proceden ordinariamente de unos y de otros.

Y finalmente, pensará que un sacerdote santo es un tesoro inestimable en la Iglesia de Dios y por consiguiente, que SU oficio, que tiende a formar buenos eclesiásticos, es de una maravillosa importancia, y si la ejerce bien, prestará grandes servicios a Dios y a la Iglesia y hará innumerables bienes; y al contrario, si lo hace descuidadamente y con flojedad, dará pérdidas incomparables.

Por esto debe, de corazón, sacrificar su reposo, su tiempo, su espíritu, sus cuidados y su ocupación y aun su vida toda, si es necesario, por una obra tan agradable a su divina Majestad y tan útil a su Iglesia. Y debe dejar con mucho gusto, todo otro asunto y toda otra ocupación, para darse a ésta

completamente, considerándola la mayor y más necesaria y por eso debe preferirse a todas.

No debe omitir ningún medio del que se pueda ayudar para hacerla con perfección, entre los cuales, el primero y el más poderoso es el ejemplo que debe dar a los seminaristas, siendo el primero en la oración, en el oficio divino, en las conferencias y demás ejercicios y en la práctica de todas las virtudes.

Hará cumplir todas las reglas del Seminario con gran celo y vigilancia, sabiendo que todo el fruto que pueda producir depende de la fidelidad con que se cumplan.

Anotará en el libro correspondiente, que guardará consigo, el día, el nombre, la edad, la procedencia, el orden que tendrá, el día de ingreso al seminario y se lo hará firmar. Luego le mandará hacer un retiro de ocho o diez días, más o menos, según la capacidad de su espíritu y sus disposiciones.

Tendrá especial cuidado con los que vengan nuevamente y los verá todos los días durante algún tiempo, para hacerles conocer el orden y las reglas del Seminario y las razones que obligan a cumplirlas; para enseñarles sobre todo, como cosa muy importante para un eclesiástico: a hacer bien la meditación; para ilustrarlos sobre las disposiciones interiores y exteriores con que hay que acercarse a los sacramentos de la Penitencia y de la santa Eucaristía.

Los ilustrará también sobre cómo celebrar y ayudar la santa misa, recitar el oficio divino, hacer la lectura espiritual y los

demás actos; para animarlos a descubrir sus penas y sus tentaciones y para enseñarles cómo se deben comportar en la casa, tanto con el Superior y los otros funcionarios y con todos los demás. En todas estas cosas y en todos los demás empleos del Seminario, se hará ayudar por el Subprefecto.

Estará siempre dispuesto a recibir y a oír a todos los del Seminario que quieran hablarle o pedirle algo, a no rechazarlos, sino acogerlos siempre con rostro sereno y afable, escuchándolos con paciencia, respondiéndoles caritativa y bondadosamente y haciendo que salgan contentos, en cuanto se pueda.

Se empeñará en ganar el corazón de todos, por su mansedumbre y amabilidad, por la caridad y cordialidad que les demostrará en todas las ocasiones, para disponerlos así a recurrir a él con confianza, en sus necesidades y a usar bien sus enseñanzas.

Se ocupará sobre todo en extinguir en ellos la sed, la pasión y toda pretensión de beneficios, inculcándoles, por medio de conferencias, pláticas y temas de meditación, que un eclesiástico está más obligado que nadie a vivir en un completo desprendimiento de todas las cosas de la tierra, para consagrar todos sus pensamientos, deseos, afectos y ocupaciones a cosas celestiales y divinas.

Cuidará de que no se concentren en su oración y otros ejercicios con demasiada vehemencia e impetuosidad de

espíritu, por temor a que puedan lastimarse la cabeza y debilitar el estómago, por un fervor imprudente.

No les dará, ni permitirá que les presten, ni que ellos tomen ningún libro de la biblioteca, excepto durante su retiro, en que podrá prestarles alguno de Granada u otros similares, durante este tiempo únicamente.

Si, fuera de esta ocasión se viera obligado a prestarlo a alguno del Seminario por razones importantes, se hará solamente con permiso del Superior, que lo dará lo menos posible.

Si alguien se rebela contra el Superior o desprecia las reglas del Seminario o trastorna la paz y la caridad mutuas, o esté viciado de herejía o de cisma o de algún otro vicio importante, aunque no sea público, luego que el Prefecto haga lo posible por corregirlo, si ve que su trabajo es infructuoso, lo informará al Superior, para que se le despida cuanto antes, para que no envenene a los demás.

## **CAPITULO VI.**

### **LOS CONFESORES DEL SEMINARIO.**

Los seminaristas tendrán dos confesores; uno será el Prefecto y el otro lo designará el Superior de la casa.

Reflexionarán a menudo que el progreso de los seminaristas en la virtud depende del fiel y buen desempeño de su oficio. Por lo que tratarán de conducirse de tal modo que todos sus actos



sean otros tantos ejemplos de piedad, humildad, caridad, mansedumbre, prudencia, obediencia, cumplimiento de las reglas y de toda clase de perfección.

Procurarán mantener la paz y la concordia en la familia y si sucede algún diferendo o división entre los seminaristas, los calmarán inmediatamente y no permitirán que pase el día sin pacificarlos.

Les demostrarán tanta caridad y cordialidad, que se sientan obligados a amarlos y honrarlos como a sus padres. Para esto, los tratarán con gran benignidad, especialmente al confesarlos conservando sin embargo la autoridad y circunspección que requiere su ministerio) para que ganándoles así su corazón, reciban con afecto los saludables consejos que les den y los practiquen con más fervor.

A este fin, no los reprenderán por sus faltas delante de los demás, especialmente del Superior. Pero en privado y especialmente en la confesión, los aconsejarán benigna pero eficazmente sobre sus defectos, proponiéndoles los remedios convenientes y recomendándoles que se sirvan de ellos para luchar contra esos vicios.

Y deben animar más y más a los fervientes; enfervorizar a los tibios; alentar a los perezosos y lánguidos; dar valor a los débiles y pusilánimes; instruir a los ignorantes y dar a cada uno las enseñanzas necesarias para su salvación y su perfección.

Sin embargo, todo esto debe hacerse brevemente, para no ser demasiado largo y no fatigar a los que oyen; si encuentran algo que necesite tiempo y que deba hacer una confesión más larga, la aplazarán para otra ocasión, lo que harán de tal modo, que nadie se dé cuenta y para no escandalizar al penitente.

Sobre todo, lucharán por imprimirles en el corazón un singular aprecio y amor por el estado sacerdotal y por todas las cosas eclesiásticas; particular veneración a los lugares santos; gran amor a la humildad, la mansedumbre, la caridad, la pureza y la oración; un perfecto des2rendimiento de todas las cosas del mundo, especialmente de los beneficios; y un ardiente deseo de no pretender ni buscar, en todos sus actos y sus cosas, sino la gloria de Dios y el cumplimiento de su adorabilísima voluntad.

El primer confesor, que es el Prefecto, señalará la hora de las confesiones, que se avisará con la campana, como también el orden en que se harán, para que cada uno sepa la hora de su confesión y esté listo para presentarse en su turno y que no se haga perder tiempo al confesor.

## **CAPITULO VII**

### **RELACIONES DE LOS FUNCIONARIOS DEL SEMINARIO CON LOS SEMINARISTAS**

Todos los hijos de la congregación, sobre todo los que tienen algún oficio en el Seminario, a menudo deben mirar las muy

grandes obligaciones que tienen de vivir santamente, porque su vida debe ser un modelo de virtudes para todos los cristianos.

Pero serán modelo también para los eclesiásticos, en especial para los que vienen al Seminario, donde esperan encontrar una escuela de piedad y una academia de santidad, a cuyos ojos están expuestos todos sus actos y por su mediación, al conocimiento de todo el mundo.

Por lo cual, procurarán todos, con la gracia de nuestro Señor, ser intensamente humildes, bondadosos, afables, modestos, pacientes, condescendientes, dóciles, obedientes, puntuales en el cumplimiento de las reglas, desinteresados, desprendidos del mundo y de sí mismos, llenos de respeto y afecto por todas las cosas de la Iglesia.

No tendrán un rostro áspero, severo o ceñudo ni serán rudos en sus palabras ni en sus actos; recordarán que los eclesiásticos que vienen al Seminario a instruirse no son niños que se dejan gobernar, sino hermanos que hay que ganarse, lo que sólo conseguirán por un exceso de humildad, de bondad, de cordialidad, de condescendencia y de paciencia.

Se aplicarán a vivir en una sincera y cordial caridad mutuas y un gran respeto, sumisión y cohesión al Superior de la casa, cuyas órdenes harán cumplir a los seminaristas y le informarán los desórdenes que no puedan remediar y tomarán siempre partido contra los murmuradores y desobedientes.

Nadie se entrometerá a reprender las faltas de los seminaristas fuera del Superior, el Prefecto y el Subprefecto, quienes lo harán con gran discreción, caridad y benignidad.

El Superior de la casa, el Prefecto y los demás funcionarios del Seminario se reunirán una vez al mes para conferenciar acerca de los medios para mantener y conservar el orden en el Seminario.

Finalmente, los que tengan algún empleo en el Seminario procurarán no descuidarlo por dedicarse a algún otro, sino que se aplicarán a hacer su oficio con perfección, pensando que el fruto de su trabajo es grande, porque si todos los oficios y ejercicios se hacen con cuidado y fidelidad, los éxitos y los bienes que la Iglesia recibirá son incontables:

Pues se verá salir de los seminarios innumerables eclesiásticos santos de todas las condiciones, que en adelante serán el ejemplo y la luz de los fieles; que Llevarán las instrucciones y disposiciones necesarias para vivir según la disciplina eclesiástica; para dar a sus Prelados el respeto y la obediencia debidos; para celebrar el oficio divino con la majestad y santidad que se requiere; para desempeñar el oficio de pastor con el celo y vigilancia necesarias.

Y que administrarán santamente los sacramentos, con un gran fruto para las almas, especialmente el de la Penitencia; que anunciarán la palabra de Dios; catequizarán útilmente a los pueblos; consolarán con toda caridad a los afligidos; asistirán cristianamente a los enfermos y les ayudarán a bien morir.

Y también santos sacerdotes que ejecutarán decorosamente todas las ceremonias de la Iglesia y desempeñarán dignamente todas las demás funciones clericales para la mayor gloria de Dios, la exaltación y crecimiento de la santa Iglesia, para satisfacción y consuelo de los señores obispos, para el honor y la perfección del estado del clero y para la salvación y edificación de infinidad de personas.

## **OCTAVA PARTE.**

### **LAS MISIONES.**

#### **CAPITULO I**

##### **LAS REGLAS DE LOS MISIONEROS**

La segunda finalidad de la Congregación es trabajar por la renovación del espíritu cristiano en los fieles, principalmente por los ejercicios de las Misiones, que producen frutos tan extraordinarios, como lo muestra la experiencia.

Se dedicarán a esta ocupación con gran amor, en los lugares a que sean invitados, con permiso de los señores obispos y el consentimiento de los señores Curas y por orden del Superior general.

La Misión es muy útil y necesaria en todas partes, y la harán en los campos y en las ciudades; pero más en los campos que en las ciudades; en éstas se harán en invierno en cuanto se pueda y se reservarán las temporadas más cómodas para las de los campos.

Únicamente se ocuparán en las misiones personas de mucha piedad, modestia y caridad, con la capacidad y prudencia requeridas. No se admitirán sacerdotes externos, a no ser que se sepa que Son de una vida irreprochable y que tengan las demás cualidades necesarias.

Como esta obra es tan importante para la gloria de Dios y para la salvación de las almas, se pondrá todo el cuidado para hacerla bien, para no atraer para sí esta maldición: Maldito el que haga el trabajo de Dios con negligencia (Jer 48,10).

Para esto, se cumplirán exactamente las siguientes cosas:

- Antes de ir a las misiones, se prepararán con un retiro de tres días, en cuanto sea posible.
- La casa de la Congregación más cercana a la misión suministrará los elementos necesarios, que se conservarán cuidadosamente para que no se pierdan ni se deterioren.
- El Superior general nombrará al Superior de cada misión y a los otros misioneros, que cumplirán exactamente estas reglas.
- El Superior los animará en los trabajos con su ejemplo y los tratará con gran caridad y mansedumbre; velará por mantener una perfecta paz, unión y cordialidad entre ellos.
- Todos le tendrán el mismo respeto y obediencia que a los demás Superiores de las casas.
- Nadie hará predicación, ni catecismo, ni conferencia ni otro ejercicio en la misión, sin su orden.
- Se guardará también un gran respeto a todos los eclesiásticos, en especial a los pastores, y nada dirán de sus defectos en la predicación, sino que se incitará al pueblo a tributarle el honor debido.

Al empezar cada misión, cuando la mayor parte de los misioneros estén reunidos, se les asignará su lugar en el comedor, por la tarjeta que sacarán a la suerte, excepto el Superior, que tendrá su lugar acostumbrado. Si después de esto, llegan otros, el Superior les dará el lugar que crea conveniente.

Se cumplirá exactamente el orden siguiente para el empleo del tiempo y para los ejercicios de la misión. Por la mañana se levantarán a la hora ordinaria. Se hará solamente media hora de oración en común.

Todos irán a la iglesia a las seis, para dedicarse a oír confesiones, excepto el predicador, que se tomará el tiempo necesario, tanto la noche precedente como a la mañana, para preparar su predicación. Los sacerdotes dirán la misa, según el orden que se les señale.

A las once y media, el semanero u otro nombrado por el Superior, con una campanilla avisará a los confesores que se alisten a salir cuando la campanilla suene por segunda vez.

A las doce sonará de nuevo y todos saldrán para ir juntos a la casa, donde rezarán las Letanías y demás oraciones ordinarias, antes del almuerzo. En seguida almorzarán, después de decir el BENEDICITE clerical. Durante el almuerzo leerán la sagrada Escritura, y luego en el libro El Buen Confesor o algún otro libro de piedad. (La primera redacción decía: "se hará lectura cuando se pueda El P. Eudes mismo la modificó). Al terminar se dirán



las “Gracias clericales y tendrán media hora de recreo; luego cada uno recitará las Vísperas en privado.

Al rededor de las dos, irán a la iglesia para continuar con las confesiones. A las seis, sonará la campanilla para avisar a los confesores que se alisten a salir a las seis y media.

A las seis y media sonará de nuevo y todos irán a la casa para recitar en común Maitines y Laudes del día siguiente, con las Letanías y demás oraciones de costumbre. Luego cenarán y la lectura se hará como al almuerzo.

Después de cenar, permanecerán juntos para hacer una hora de conversación, durante la cual expondrán las dificultades que hayan encontrado, pero de tal modo que no se lastime el secreto de la confesión. Después harán el examen y las oraciones de costumbre y se retirarán para acostarse temprano. Al terminar el examen guardarán silencio hasta la mañana, después de la oración.

No tomarán comidas ni bebidas fuera de la casa, sino rara vez y por consideraciones importantes a la gloria de Dios y con permiso del Superior. Después de dos semanas de misión, tomarán un día de descanso cada semana; podrá ser el lunes u otro día más conveniente.

El Superior de la misión y todos los misioneros se dedicarán, con un celo especial a ganarse los corazones y los afectos de todos aquellos por cuya salvación trabajan, por una gran humildad, bondad y modestia, dándoles todas las demostraciones posibles

de caridad y en especial procurarán obtener la benevolencia, tanto de eclesiásticos como de seglares, cuya autoridad, favor y piedad puedan ayudar a hacer los ejercicios de la misión con más fruto.

Para cumplir esta regla de caridad por la cual el divino misionero San Pablo se hacía todo para todos, para ganarlos a todos a Dios, es oportuno, por lo común, acomodarse desde el principio, mientras la razón y la conciencia lo permitan, al carácter, al temperamento y a los sentimientos de los que tratan en privado, para ganarlos a Dios. Pero lo harán de tal modo, que los lleven poco a poco a las disposiciones necesarias para su salvación.

Si algunos se hacen enemigos de la misión, con calumnias, maledicencias o burlas, no se quejen ni demuestren resentimiento alguno, ni en privado ni en público, en las predicaciones O catecismos, sino que deben rogar a Dios por ellos y tratarán de hallar la ocasión de hablarles, para quitarles con modestia y suavidad las malas impresiones que hayan concebido contra los misioneros.

Si las calumnias y maledicencias pudieran impedir el fruto de la misión, será conveniente, después de ejercitar la paciencia algún tiempo, y encomendar el asunto a Dios, referirse a ello públicamente en la cátedra, pero con gran discreción y bondad y de tal modo que no den motivo de queja ni ofensa a nadie.

Evitarán las conversaciones demasiado familiares y largas con gentes del mundo, en especial con las mujeres y cuando lo

hagan, jamás hablarán de las noticias del mundo, ni de asuntos seculares, de que la necesidad o la caridad no obliguen a hablar; sino de cosas de Dios y de su salvación, dándoles siempre gran ejemplo de modestia y de piedad.

Si deben acompañar a un Prelado en la visita a su diócesis, no se enredarán en los asuntos que pertenecen a la visita, sino que se dedicarán únicamente a las funciones de nuestra profesión, que Son el catecismo, la predicación, la confesión y cosas semejantes.

## **CAPITULO II.**

### **LOS EJERCICIOS DE LA MISIÓN.**

Los principales ejercicios de cada misión serán: la predicación, el catecismo, la preparación y la acción de gracias que deben preceder y seguir a la santa comunión y a la confesión; se hará que el pueblo haga las oraciones de la mañana y de la noche.

Si es posible, se tendrá a alguien que arregle los pleitos y diferendos.

La predicación se hará todos los días, al rededor de las nueve, según la comodidad del lugar. Las oraciones de la mañana, inmediatamente antes de la predicación y las de la tarde, después del catecismo

El catecismo será a la una.

La santa comunión se dará únicamente los domingos y jueves, excepto a los enfermos que no puedan volver; en estos días se dirá una misa, al fin de la cual se harán las preparaciones acostumbradas y luego la acción de gracias después de la comunión.

Cada semana se harán dos conferencias a los sacerdotes, Y cuando se juzgue útil, también a los notables. También una para los misioneros en los días de descanso, y a las once, antes del almuerzo; las misas se dirán antes de esta hora, para que todos puedan asistir a la conferencia.

En las misiones de las ciudades, el Superior comisionará a uno o varios misioneros para visitar, catequizar, predicar, confesar y dar comunión a los presos y a los pobres del hospital.

Los confesores seguirán las normas del “Buen Confesor” hecho a este propósito, y lo leerán en el comedor, al principio de cada misión y procurarán también, antes de venir a la misión, leer lo que el R.P Suffren escribió sobre esta materia en el primer tomo de sus obras, en el vol. 2, parte 3, c.8. art. 3.

Al confesar no se cubrirán el rostro con la manga de la sobrepelliz, sino con un pañuelo que tendrán para esto. Los catequistas seguirán el orden y las materias del “Catecismo de la Misión” y no de otros. (Esta texto lo borró M. Blouet en el manuscrito)

Las predicaciones y conferencias se harán sobre las siguientes materias:

### **CAPITULO III.**

#### **MATERIAS DE LAS PREDICACIONES DE LA MISIÓN.**

Qué es la misión; los grandes bienes que encierra; qué se debe hacer para disfrutarla.

El Bautismo, las promesas que se hacen y las obligaciones que se contraen.

El horror al pecado: dos o tres sermones.

La confesión, principalmente su integridad.

Preparación a la confesión.

Examen sobre los mandamientos de Dios y de la Iglesia etc.

La contrición.

Motivos que la excitan, que se encuentran muchos en el P. Suffren. T.1. vol.2, cap. art.2. Pág.1. SEC. 2.

El estado miserable del alma que está en pecado.

La muerte.

La diferencia entre la muerte de los buenos y la de los malos.

El juicio particular.

El juicio general.

El purgatorio.

El infierno.

El paraíso.

Contra la blasfemia.

Contra la impureza.

Contra la embriaguez.

La satisfacción, tercera parte de la Penitencia.

La restitución de los bienes ajenos.

La reconciliación con el prójimo.

Contra los que difieren su conversión.

Contra la dureza de corazón.

Los beneficios de Dios.

El Santísimo Sacramento. La santa Misa.

El respeto debido a los santos lugares. El buen uso de las aflicciones.

La limosna.

Después de las dos primeras semanas de la misión, se predicará todos los sábados sobre la bienaventurada Virgen; la devoción que le debemos tener; los medios de honrarla; particularmente su sacratísimo Corazón y el santo Rosario, enseñándole al pueblo a rezarlo bien.

Se hará también una predicación sobre la devoción a San José.

Al fin de la misión se predicará sobre las recaídas en el pecado; los medios que se deben emplear para mantenerse en la gracia de Dios.

## **CAPITULO IV.**

### **CONFERENCIAS A LOS SACERDOTES.**

La dignidad y excelencia del sacerdocio.

La vocación al estado eclesiástico.

Las virtudes propias de los eclesiásticos.

Contra los vicios y desórdenes que se encuentran en el estado eclesiástico.

El celo por la salvación de las almas.

Obligaciones y deberes de los pastores.

Cualidades necesarias a los confesores.

Lo que debe observarse al oír las confesiones.

Como administrar santamente los Sacramentos.

El oficio divino. Motivos que nos excitan a celebrarlo o recitarlo dignamente.

Disposiciones interiores y exteriores requeridas para hacerlo; y contra las faltas que se cometen.

El santo sacrificio de la Misa. Su importancia.

Disposiciones interiores y exteriores para hacerlo bien.

## **CAPITULO V**

### **CONFERENCIAS PARA LOS NOTABLES.**

La vida que están obligados a llevar por la promesa solemne que hicieron en el Bautismo

Razones que los obligan a servir a Dios, por los favores que de él han recibido en su estado.

Contra los vicios y desórdenes que en ellos se encuentran, Virtudes que deben practicar, en especial la caridad que deben tener por los pobres, las viudas, los huérfanos e indefensos.

Cuidado que deben tener por la salvación de sus domésticos y sobre todo, la buena educación de sus hijos.

Deberes de los Notables de la Parroquia. El ejemplo y la autoridad para impedir en lo posible, entre sus vasallos, todo lo que sea contrario al honor de Dios y para procurar el aumento de su gloria en todo lo que de ellos dependa.

## **CAPITULO VI**

### **CONFERENCIAS A LOS MISIONEROS.**

Dignidad, importancia y santidad de su cargo.

Gratitud hacia Dios por haberlos llamado a este ejercicio apostólico.

Motivos que los obligan a hacerlo bien.



Disposiciones interiores y exteriores requeridas para ello. Virtudes especialmente necesarias a un verdadero misionero, que son:

Un gran amor a Dios.

Una perfecta caridad para con el prójimo. Un celo ardiente por la salvación de las almas. Una gran paciencia, suavidad y bondad.

Una profunda humildad. Una exacta obediencia.

Un entero desprendimiento de toda pretensión distinta que agradar a Dios al trabajar por la salvación de las almas.

Necesidad y utilidad de vivir en el orden, con exacto cumplimiento de las reglas de la Misión.

Disposiciones interiores y exteriores para oír santamente las confesiones.

Importancia de hacer bien todos sus actos, en especial su oración. La celebración de la santa Misa y la recitación del oficio divino. El buen ejemplo que debe dar a todos por la modestia, la mortificación de sus sentidos y especialmente por un gran recogimiento, devoción y respeto en las iglesias.

## **CAPITULO VII.**

### **COMO TERMINAR LA MISIÓN.**

La conclusión de cada misión será una procesión general, lo más solemne posible, con el Santísimo Sacramento. Después de la

cual se quemarán públicamente los libros malos y los cuadros deshonestos, como es costumbre y para imitar a los santos Apóstoles, como se refiere en el capítulo diecinueve de los Hechos.

Terminada la misión, se retirarán prontamente, devolviendo con cuidado los elementos prestados, acomodándolos bien para que no se dañen.

Al regresar los misioneros a la casa, descansarán tres o cuatro días, según las necesidades individuales y al juicio del Superior. Durante este tiempo no estarán obligados a levantarse en la mañana para ir a la oración. Luego, todos harán tres días de retiro.

Al principio de cada misión, cuando los misioneros o la mayoría estén juntos, leerán estas reglas y todos tomarán la firme resolución de darse a Nuestro Señor para cumplirlas con exactitud, por su amor y el de su santa Madre: porque de esto depende el fruto de la misión.

Bendición a los que la hagan: Paz para los que cumplan estas reglas.

Después de las misiones, no se dirá nada perjudicial de los países y lugares donde se hicieron.

**NOVENA PARTE.**  
**EL COLEGIO Y LAS PARROQUIAS.**  
**REGLAS PARA EL COLEGIO.**

**CAPITULO I.**  
**REGLAS DEL COLEGIO. (Del Latín).**

Fue doble el motivo por el cual la congregación se hizo cargo del Colegio de Rennes (sin intenciones de recibir cualquier otro en el futuro): Primero, para imprimir en los ánimos de los estudiantes, junto con el amor a las letras, el santo temor de Dios.

Y en segundo lugar, para que los alumnos se ejercitasen en las diversas funciones y oficios de la Comunidad.

Para que estos objetivos se cumplan felizmente para la gloria de Dios, la salud del prójimo y la utilidad de la Congregación, fuera de las reglas comunes a toda la Congregación, se observarán fiel y exactamente estas reglas particulares que principalmente se relacionan con este Colegio.

El Superior de la Congregación nombrará los Prefectos y los Superiores.

El Superior de la casa es quien debe presidir el Colegio y sus estudios: en consecuencia, si alguna duda o disputa se originase

entre el Prefecto y los profesores, recúrrase al Superior y hágase lo que él dictamine.

El Superior velará principalmente por la dirección espiritual de los profesores y de quienes están en período de probación, o al menos, nombrará una persona particularmente idónea que desempeñe esta labor; quien deberá observarlos, corregirles los errores suave y privadamente, los oirá en confesión, y conversará con ellos para que pueda saber cómo progresan en la meditación y en su crecimiento interior.

En cuanto sea posible, todos los profesores deberán ser escogidos de la Congregación, sin embargo, si la necesidad lo exige, podrán ser externos.

Una vez por año, en tiempo de vacaciones, o en pascua, todos los del Colegio deben hacer retiros espirituales, de ocho a diez días de duración.

El Superior, el Prefecto y los profesores se preocuparán de los autores que lean en el transcurso del año.

Los jóvenes se abstendrán totalmente de la lectura de los clásicos latinos y griegos en los que haya alguna cosa que pueda lesionar las buenas costumbres, a no ser, que previamente hayan sido expurgados. Si algunos no pueden purgarse totalmente, como sucede con Terencio y otros semejantes, nunca se permitirá su lectura, para que la calidad de los hechos tratados no ofenda la pureza de las almas.

Los autores de historia no se leerán en la clase cuarta, ni en la tercera, en el primer semestre.

Ninguno de los preceptores, que se inician en las lecciones, por debajo de la tercera clase, pueden exponerlas públicamente.

Nada se mandará a la imprenta sin el consentimiento del Superior, antes de ser examinado tanto por el Prefecto como por el Superior. Tampoco los actos públicos pueden salir al exterior Sin la aprobación de los Superiores.

Ningún alumno de la Congregación tomará algo de la biblioteca sin el consentimiento del Superior y del Ecónomo, quien debe amonestar a los bibliotecarios para que no entreguen nada, sin antes conocer la voluntad del Superior al respecto.

Nadie recibirá dinero de los estudiantes, bajo ningún pretexto. Si alguien es sorprendido como si hubiese recibido, se le tendrá como un ladrón y se le castigará en consecuencia.

Si hubiere necesidad de recibir dinero por concepto de los costos de las representaciones o por otras causas, los preceptores, con el Prefecto y el Superior se pondrán de acuerdo en la cantidad: el designado por el Superior percibirá dicha suma y se gastará en las cosas que sean necesarias.

Nadie podrá pasarse de un curso a otro sin la autorización del prefecto; todas las posesiones individuales deberán anotarse para, en caso dado, poder referirse a ellas.

Todas las clases se cerrarán por la tarde y el portero deberá mantener las aulas cerradas, hasta el nuevo ingreso de los estudiantes.

El mismo portero, por la tarde, después de la salida de los estudiantes o por la mañana después de las oraciones, los barrerá, echándoles agua previamente, para conservar todas las cosas limpias y en orden.

En la cátedra de cualquier preceptor deberá existir un armario que se cerrará por la tarde, para guardar el látigo y las velas necesarias para el invierno.

Ningún estudiante de vida depravada puede admitirse en el Colegio, a no ser que dé muchas esperanzas de una positiva enmienda.

Si algunos de los ya admitidos se pervierten y se dedican a la mala vida y no se corrigen después de todos los intentos, serán expulsados para que no contaminen a los demás.

Ninguno será expulsado de clase, o una vez expulsado, será recibido nuevamente, sin el consentimiento del Superior y del Prefecto.

Se tendrá cuidado de que todos laven su conciencia cada mes, mediante el sacramento de la Penitencia. Por lo tanto, la víspera de los días de descanso, domingos y días festivos, los preceptores deberán aconsejarlos para que se preparen para la confesión sacramental, inmediatamente después de terminar

las clases de la mañana, y en este tiempo los confesores se dispondrán a oír sus confesiones.

El permiso para faltar a clases por una o dos veces será dado por el preceptor; si la ausencia es más prolongada, el permiso será de la competencia del prefecto, previa consulta con el precepto.

A ningún estudiante, ya sea interno o externo, le está permitido entrar a las habitaciones de los preceptores o de cualquier otra persona. El Superior y el Prefecto vigilarán que esto se cumpla diligentemente y con exactitud, corrigiendo con severidad y llamando la atención públicamente, tanto a los estudiantes como a las demás personas que contravinieren esta disposición.

Ya que la familiaridad crea desprecio, y dado que para utilidad de los estudiantes los preceptores deben mantener su autoridad, ellos mismos y todos los demás de la Congregación, evitarán la familiaridad, las compañías particulares y los signos muy expresivos de amistad: todos deben afanarse, amándolos en Cristo, por el progreso de todos, tanto en la piedad como en su vida de estudio.

Guardarán silencio en las horas y en los lugares indicados, según la costumbre de nuestra Congregación.

A nadie le está permitido tomar alimentos fuera de la casa, tal como se ordena en las Constituciones comunes de la Congregación.

Una vez oída la campana, todos deben presentarse al refectorio, tanto en las horas de la mañana como en la tarde.

Las cuestiones (cuando alguien las manifieste) y los programas, que el vulgo llama afiches, se propondrán, cada año y en día determinado, para ser discutidas y resueltas públicamente.

El preceptor de la tercera clase podrá presentar alguna pequeña tragicomedia un poco antes de cuaresma Después de pascua, no se hará sino una tragedia por un preceptor de la primera clase, a fines del año, cuando se darán los premios.

Si no hay quien dé los premios, la tragedia no se hará sino raramente, a saber, cada tres o cuatro años, según el arbitrio del Superior.

Y ya se haga comedia o tragicomedia se elegirá un argumento honesto, que el Superior haya examinado con anterioridad y que los gastos de los actores sean módicos.

No habrá bailes; y la exhibición no debe durar más de un día.

Ni las tragedias, ni otros actos públicos para ver en el Colegio, se presentarán en la iglesia ni en la capilla.

El descanso ordinario será el día jueves de cada semana.

Si ocurriere alguna fiesta que no interrumpa esta serie de días, según costumbre establecida, habrá descanso. Si por el contrario, cae una fiesta el miércoles o jueves, no se concederá de derecho ningún descanso.



Ni los preceptores, ni los estudiantes, ni las demás personas podrán salir del Colegio por causa de descanso, ni los domingos ni festivos, a no ser que el día festivo caiga miércoles o jueves y no sea de las fiestas más solemnes.

No habrá clases en la tarde en la víspera de la Natividad del Señor, ni de la Epifanía, ni del Santísimo Corazón de María, ni de Pentecostés, ni del Santísimo Sacramento, ni San Juan Bautista, ni de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, de la Asunción de la Virgen Maria y de Todos los Santos.

Fuera de los días ordinarios de descanso, únicamente al Superior le es dado conceder permisos extraordinarios, los que no deben concederse sino muy raramente y por causas graves.

Visitará en ocasiones las clases, para escuchar a los profesores y ver que todo ande bien.

El Prefecto y los profesores no ofenderán a los estudiantes con sus palabras: ni los golpearán con los pies o con las manos o con los libros, sino que usarán las formas legítimas de castigo.

En cuanto sea posible, se tendrá en el Colegio un corrector” al que los preceptores deben recurrir cuando se trata de imponer penas: las que deben exigirse moderadamente, dejando siempre a un lado la severidad, a no ser que nada se logre con la mansedumbre.

Si el preceptor encontrare a alguien rebelde y que no quiera cumplir las penas, llame al Prefecto, para que conjuntamente vuelvan al contumaz a su deber.

Cuando los preceptores terminen la función docente, cada uno debe dedicarse por diez días a piadosos ejercicios en soledad, ya para renovar el afecto por la piedad y las demás virtudes, ya para disponerse convenientemente para los estudios de filosofía y teología, ya para prepararse a abrazar las obligaciones que les ordenen sus Superiores.

Entre tanto, el Superior del Colegio escribirá al Superior de la Congregación acerca de su situación, para que éste sepa qué debe hacer con ellos, tanto para mayor gloria de Dios, como para utilidad de los mismos.

## **CAPITULO II.**

### **REGLAS PARA LOS PRECEPTORES.**

Los profesores obedecerán al Prefecto, en lo que respecta a los ejercicios clásicos, dando bien sus clases, desempeñando sus demás oficios con el debido cumplimiento y puntualidad.

Con él convendrán todo lo que se refiere a las tragedias, declamaciones y demás, para que, si fuese necesario, le presten ayuda y se convenga con el Superior el tiempo oportuno.

Si algún estudiante se ausentare por más de dos días, el preceptor deberá indicarlo al Prefecto.

Ninguno de los profesores debe inmiscuirse en las labores de los demás profesores; pero si alguien ve que su compañero no

está cumpliendo adecuadamente su oficio, lo informará al Prefecto O al Superior.

Tampoco, nadie debe entrometerse en las actividades de los discípulos de los otros, ya sea en la corrección de sus trabajos o en el suministro de material adecuado al estudio.

Mantendrán, donde se encuentren, la seriedad con sus discípulos. No omitan nada en cuanto a métodos, solicitud y trabajo para promover el crecimiento intelectual de sus alumnos.

Dada la señal, estarán cumplidamente en la escuela para que no hagan perder el tiempo a sus discípulos. Por lo tanto, quienes deseen desayunar antes de ingresar a la escuela, estén listos antes del último llamado.

Anotarán en un libro los nombres de sus discípulos, de sus padres, su lugar de nacimiento y su domicilio en la ciudad; y si reconocen algunos como ineptos, o que gustan perder el tiempo o que tienen costumbres disolutas, háganlo saber a quienes están proveyendo a su educación.

En cuanto sea posible, los ejercicios en las escuelas, se harán por medias horas.

A los tardos de ingenio, o a los más ancianos, se les puede eximir de las tareas diurnas de la escuela, previo el concepto del Prefecto.

Observen la naturaleza y la índole de sus discípulos y la capacidad de ingenio, para que, con medios idóneos, cada cual sea promovido a las letras y a la virtud: obrando suavemente con los mansos, esperando pacientemente a los perezosos, morigerando a los arrogantes y conflictivos, en forma benigna y sin conmoción del espíritu.

Igualmente estimularán a los perezosos, darán ánimo a los débiles y tímidos, alegrarán a los tristes y deprimidos, darán testimonio de benevolencia y amor a todos y cada uno, para que, en esta forma, al ganar los corazones, se alcance el aprovechamiento en los estudios.

Después del recreo de la tarde, inmediatamente suene la campana, deberán irse a su habitación.

### **CAPITULO III**

#### **REGLAS DE PIEDAD PARA LOS PROFESORES.**

Reflexionarán frecuentemente en el fin principal para el cual nuestra Congregación aceptó el cuidado del Colegio, a saber: grabar en las almas de los jóvenes el temor de Dios y las demás virtudes, la máxima alabanza que se puede brindar a la divina Majestad. Ya que el ejemplo es la razón última para convencernos de lo que decimos, se comportarán en tal forma que ellos mismos sean para sus discípulos ejemplos de piedad y de todas las virtudes.

En consecuencia, oída la campana, se levantarán inmediatamente de su lecho y sin tardanza irán a la capilla para la oración con los demás, durante media hora como mínimo en los días clásicos y por una hora íntegra en los domingos, festivos y días de descanso. Todos deben estar presentes en la recitación de las Letanías y demás oraciones antes y después de almuerzo y comida.

Los que están obligados al rezo del Oficio divino, lo recitarán con los demás a la hora sexta vespertina.

Los sacerdotes, en cuanto sea posible, celebrarán diariamente la misa y en consecuencia se les asignará una hora competente a cada uno.

Los que no son sacerdotes la oirán o la ayudarán y recibirán la Eucaristía dos veces por semana, a saber, el domingo y el jueves, a no ser que suceda alguna fiesta que ocupe el lugar del jueves.

Los preceptores oirán la misma misa con sus discípulos y no faltarán a ella sin licencia del Superior; se mantendrán cerca de los estudiantes para observarlos y para que se mantengan con la reverencia y modestia debida a la divina Majestad.

Se confesarán con el Confesor asignado. Dos veces al año se les dará un Confesor extraordinario con el que todos se confesarán.

Todos deben leer diariamente algo del Antiguo Testamento, por lo menos un cuarto de página, para que primeramente

instruidos con los preceptos evangélicos, puedan rectamente formar a sus discípulos.

Sacarán de allí alguna sentencia, la aprenderán de memoria, para que la comenten en el recreo de la tarde.

Graben en su conciencia que el principal enemigo que tienen es su propia voluntad y que la suprema felicidad está en su negación, y la prosecución de la Voluntad divina, mediante la perfecta obediencia.

Deben defender con toda diligencia la caridad fraterna y evitar todo lo que sea contrario a ella, como si fuera una verdadera peste.

Si, por el contrario, sucediere que han pecado contra ella, cuanto antes deben expiar la culpa y reparar el daño.

Dedíquense con todo el esfuerzo al cultivo de la modestia y la humildad, cerrando todos los caminos de la vanidad, principalmente cuando se muestre públicamente que han hecho algo.

Reciban las correcciones y las admoniciones con humildad, sumisión y gratitud, a manera de un beneficio que se les presta.

Huyan y teman la pertinacia y las disputas, como la mancha más pestilente de la caridad y humildad.

Deben hacer todas las cosas con intención pura y sincera, buscando siempre la gloria de Dios y el beneplácito de su santa Voluntad.

Cuidarán que todo esté limpio y en orden en los salones de clase y que los cuadros que lleven la imagen de Cristo y de la santísima Virgen y de algunos otros Santos, estén adornados.

Inmediatamente antes de la clase, se arrodillarán simultáneamente con sus estudiantes frente a la piadosa imagen de Cristo y de su santa Madre para rezar las preces acostumbradas; harán lo mismo al terminar la clase.

En la última media hora de la tarde, en los días sábados, tendrán la catequesis, o cortas exhortaciones piadosas de los temas contenidos en el Catecismo de la Misión, para los estudiantes de oratorias en latín, en las otras asignaturas en lengua vernácula.

En las vigiliass de las fiestas más solemnes, harán una catequesis o exhortación relativa a la fiesta.

Fuera de lo anterior, no pierdan la oportunidad de hablar de Dios y de los asuntos relativos a la salvación.

Si alguna vez tuvieren que hablar de cosas profanas, esfuércense en traducirlas hacia una recta disciplina y a una egregia información de las costumbres; en sus explicaciones intercalen algunas cosas que resalten la formación en la vida.

En todas las catequesis y exhortaciones piadosas infundirán a los estudiantes el terror al pecado, en particular de la vanagloria y de la soberbia, de la inmundicia, de la mentira, de la envidia y de todos los vicios que se oponen a la caridad.

Les imprimirán un especial amor y deseo de todas las virtudes y una gran opinión y veneración acerca de las cosas relativas a la Iglesia y Religión cristiana, principalmente acerca de los lugares santos, como los templos y cementerios, y exhortarán a sus discípulos, en una forma insistente, para que cuando estén en estos lugares muestren la debida reverencia silencio, modestia y piedad.

Inculquen muy cuidadosamente a ellos el debido honor y obediencia a sus padres.

Enseñarán la dignidad que representa el estar al servicio de los altares y como debe ser su servicio; en consecuencia, encomienden la lectura de un libro editado para esto y estimulen con premios a quienes se esmeren en el servicio del altar.

Enséñenles igualmente a orar con reverencia, de rodillas, por la mañana y por la tarde, pero ante todo a acercarse a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, con las disposiciones internas y externas que deben preceder, acompañar y seguir a su recepción.

Cuidarán que cada mes laven su conciencia en las aguas de la Penitencia y para esto tendrán una lista de los que se hayan confesado, para así poder amonestar a los que no lo hayan hecho.



Si algunos no se hubieren confesado durante el mes, se lo dirán al Superior, para que les asigne un día y un Confesor que pueda oírlos en confesión.

Se preocuparán con todas sus fuerzas para que la devoción a la santísima Virgen y a su esposo San José se acreciente cada vez más.

Finalmente, 5<sup>o</sup> observan estas cosas fiel y cuidadosamente, harán un homenaje a Dios, el que les dará una gran bendición y a los demás, innúmeros frutos de salvación.

Por este mismo aspecto, infundirán a sus discípulos las costumbres cristianas y después, en cualquier sitio a que Dios los llamare, brillarán como ejemplares de virtud; y sus virtudes se reflejarán en todos los demás y así promoverán la salvación de las almas y el acatamiento a la divina Majestad.

## **CAPITULO IV.**

### **DEBERES DEL PREFECTO DEL COLEGIO.**

Vigilará asiduamente la dirección de los estudios y hará que las leyes tanto públicas como privadas sean cumplidas tanto por los profesores como por los estudiantes.

En cuanto sea posible, debe poner remedio a cualquiera cosa que atente contra las leyes del Colegio, bien sea de parte de los profesores o de los discípulos. Si no le fuere posible, recurrirá al Superior.

Nada haga que sea desacostumbrado e insólito, sin antes haber obtenido la venia del Superior.

Es también de su competencia aprobar el examen de los candidatos que pidan admisión al Colegio y enviarlos a la clase que les corresponde; los profesores no pueden admitir a nadie sin su permiso.

Tendrá en un libro los nombres de los estudiantes distribuidos según los cursos.

Tendrá cuidado de que el ingreso a la clase se haga entre el primero y segundo campanazo, y se hagan las clases ante los vigilantes.

Tendrá cuidado que al campanazo final, los profesores ingresen a la clase, lo más rápidamente posible.

Cuidará que a las horas convenidas, se toque la campana para el comienzo y terminación de las clases; y que los estudiantes asistan modestamente a las celebraciones.

Con frecuencia debe pasar revista a las clases, oír a los profesores para que cumplan su deber, amonestar a los estudiantes. Cuidar que se cumpla todo lo que en la escuela debe hacerse; previa su aprobación y la del Superior, puede hacerse algo nuevo aunque esté fuera de la costumbre.

Recomendará a los estudiantes el tiempo en que deben concursar para los premios y la forma como debe hacerse, por ejemplo cómo debe escribirse el nombre, la sentencia etc.

Los trabajos para los premios serán examinados por él, con el concurso de otras dos personas, nombradas por el Superior, para que en conjunto y en rigor emitan un juicio justo; y les está vedado favorecer a alguien en especial.

Es de su competencia disponer los premios, firmarlos y refrendarlos con el sello del Colegio.

También debe aconsejar el tiempo en el que se verifiquen los exámenes al terminar el año.

Al llegarse el final del curso, examinará a los estudiantes, asesorado por otras dos personas, nombradas por el Superior; por éstos, junto con el Prefecto, se forma el juicio de quiénes deben ser promovidos al curso superior. Tendrá en cuenta, sin embargo, el concepto del preceptor.

Ocho días después de la fiesta de Todos los Santos recibe de los estudiantes la mitad del dinero que cada año deben pagar por la pensión y las velas de invierno, y la otra mitad en la tercera semana después de pascua; dicho dinero debe entregarse al Ecónomo. Si alguien entra al Colegio, después de que los demás hayan pagado, cuide que él pague en el momento que le parezca.

Tendrá un libro para anotar las tragedias, los poemas, las oraciones, los epigramas y todo lo demás del Colegio que sea digno de anotarse, con el fin de usarlo cuando la necesidad lo solicite. Este libro deberá permanecer en la biblioteca.

## CAPITULO V.

### LEYES PARA LOS DE LA CONGREGACIÓN DE JESÚS Y MARIA QUE TOMEN CLASES EN EL COLEGIO DE RENNES.

Ya que la piedad es lo que más importa a los cristianos, cuiden ante todo dicha virtud.

Oído el primer campanazo, estén presentes, sin tardanza alguna, en la escuela. Los que ingresan al Colegio no caminen ni discurren por los alrededores, sino que rápidamente ingresen al salón que les corresponde.

Nadie elija a su arbitrio la clase; debe ingresar a la que le corresponde, previo examen practicado por el Prefecto.

Dentro del Colegio, los estudiantes de cuarto año y los que van más adelante, deben hablar siempre en latín.

Desde la primera llamada hasta la última, cada uno en las clases, debe mostrar el *pensum* de lectura y composición a los vigilantes asignados.

Los vigilantes darán al profesor razón, en esquelas, de la diligencia o negligencia de quienes estudian bajo sus órdenes.

Nunca falten sin causa justificada o sin un permiso expreso a la escuela. Los que falten están obligados a exponer la razón de su ausencia.

Todos los años deben pagar el aseo y alumbrado del establecimiento. Los discípulos deben estar en silencio y

escuchar atentamente al profesor cuando habla desde la cátedra.

Sepan que les están prohibidas las palabras obscenas y vulgares, las comedias, los espectáculos, las tabernas, los bailes, los juegos de azar, la lectura de las llamadas novelas y otras cosas de este tipo, que depravan las costumbres de los jóvenes.

Emulen recíprocamente en piedad, modestia y diligencia, virtudes que competen a una juventud nacida para lo grande.

Nunca hieran a otros con palabras vulgares o peleas, ni con piedras.

A la hora convenida, lleguen a la capilla, sin estrépito y calladamente.

Atenta y devotamente recitarán las horas de la Virgen y el santo rosario.

Cada mes, purificarán su alma con la confesión sacramental.

Acérquense a recibir la Eucaristía tan sólo por orden del Confesor.

Quien obre de otra manera y violare estas leyes, debe ajustarse a las consiguientes penas.

Quien tenga una mala condición, deberá eliminarse del Colegio.

Escríbanse en una cartulina estas leyes y fíjense en el tablero de cada clase; y después de su promulgación, léanse en público el primer día de cada mes. (Aquí terminan las Reglas del Colegio).

## CAPITULO VI

### EL PREFECTO DE LOS PENSIONADOS DEL SEMINARIO DE RENNES.

(Para comprender éste y el siguiente capítulo, debemos saber que el Colegio estaba contiguo al Seminario; los dos lotes, aunque distintos, estaban comunicados por una puerta. Los pensionados se alojaban en una parte del Seminario y tenían un Prefecto especial). En el manuscrito original, los párrafos de estos dos capítulos están numerados, por excepción. Esta parte no parece ser del estilo del P. Eudes e indudablemente es un reglamento hecho antes, bajo su inspiración y que fue transcrito en las Constituciones).

- 1- Durante todo el año el Prefecto de los pensionados se levantará a la hora de la Comunidad, es decir, a las cuatro y media e irá a hacer oración con ella. A las cinco y media en punto, irá a las habitaciones de los estudiantes a despertarlos con la señal de la Congregación, es decir, con las palabras “Viva Jesús”. Prenderá sus velas cuando sea necesario y luego se retirará a su habitación durante un cuarto de hora, para darles tiempo de vestirse.
- 2- Luego tocará la campana para reunirlos en el oratorio, donde todos harán las oraciones del Ejercicio de piedad “velando que las hagan con la postura y devoción convenientes. Y él las terminará con el *“Benedictum sit Cor amantissimum, etc. Nos cun Prole pia etc.* Y lo mismo para las oraciones de la noche.

- 3- Los vigilará a veces mientras estén en sus habitaciones para hacerlos aplicar en sus estudios.
- 4- Tendrá su habitación cerca a la de ellos para vigilarlos con más facilidad y mantendrá su puerta abierta, para ayudarles en sus dificultades.
- 5- Les hará desayunar y merendar en su presencia, donde juzgue más conveniente, a la hora señalada en el reglamento, para hacerles servir lo necesario y mantenerlos en la modestia.
- 6- A las diez y media, en los días de clase, tocará la campana para reunirlos en el comedor, donde, después de dar la bendición, los hará sentar a la mesa y él a la cabeza, para almorzar con ellos.
- 7- Estando a la mesa, dará una señal con el cuchillo, para avisar al lector, luego otra para que los que están sentados desplieguen sus servilletas; todos los días hará lo mismo, a medio día y en la tarde, cuidando de que estén cultos, sin molestar, modestos y atentos a la lectura que se hará de un libro que él les escoge y que hará cesar a la señal del cuchillo.
- 8- Después de dar las gracias, los Llevará a la capilla, para hacer con ellos las oraciones del art. 13 del capítulo siguiente, que él entonará pronunciando la primera palabra y concluirá con la bendición: *Nos cum Prole pia* etc.

- 9- A las horas señaladas en el reglamento para recogerse, para almorzar y cenar, les avisará tocando la campana de la Comunidad.
- 10- A las nueve y media de la noche, tocará la campana de la Comunidad para que los pensionados se acuesten, e irá a las habitaciones para apagar las velas, si no ha dado este encargo a alguno.
- 11- En los días de descanso, saldrá con ellos de paseo, acompañado por alguno de la comunidad y sin afectar los estudios, puede hacer durar el paseo hasta el ocaso, en el primer semestre y hasta la hora de la cena, en el segundo semestre.
- 12- Cuando les dé permiso de salir de sus habitaciones O de retirarse de la compañía de los otros en cualquier lugar, vigilará sus excesos.
- 13- Visitará sus habitaciones y sus baúles para ver que no tengan libros malos, ni nada perjudicial a las buenas costumbres.
- 14- Cuando quieran o necesiten alguna cosa de la ciudad, se la hará traer por un hermano coadjutor.
- 15- Si por alguna necesidad cree que se les debe permitir viajar o salir a la ciudad, no los dejará ir solos, sino con alguno de la casa.



16- No se les permitirá comer fuera de la casa sino los días de paseo, todos juntos y en su presencia, a menos que sus parientes cercanos lo pidan, de manera que negárselo sería disgustarlos. En este caso sólo lo permitirá después de informar al Superior, a condición de que los que piden el permiso, los traigan ellos mismos o los manden temprano con personas responsables.

17- Nunca les permitirá dormir fuera del Seminario.

### **EN LO ESPIRITUAL.**

1. Los domingos, días de fiesta y de descanso, él o en su ausencia, otro de la Comunidad oírán con ellos la santa misa.
2. Los llevará a veces, con el permiso del Superior, a oír la predicación en alguna iglesia de la ciudad, en días en que no se haga en la capilla del Seminario.
3. Se preocupará por infundirles un gran amor a las cosas de Dios, un gran respeto por los lugares santos y una especial devoción para ayudar la santa misa cuando lo crea conveniente.
4. Les invitará a entrar a la Congregación de la santa Virgen, dejándolos después merecer su recepción, por sus virtudes.
5. En algunos días de fiesta o domingos, les hará o les mandará hacer por alguno de la Comunidad, de la una y media a las dos, una exhortación sobre las cosas que crea conveniente.

6. Como no podrá hacer esto todos los domingos ni fiestas, porque esta frecuencia les podría causar disgusto por las cosas santas, les podría suplir con prudencia, especialmente en el primer semestre, aprovechando hábilmente la ocasión de su recreo de la víspera, para hablarles familiarmente de las cosas que les quisiera decir al otro día.
7. Les impedirá, con cualquier pretexto, toda comunicación o visita de personas de costumbres sospechosas.
8. Se dedicará a conocer su carácter, para tratar a cada uno según su disposición y su temperamento.
9. Mientras la Comunidad esté en las misiones, en la mañana y la noche, al fin de su oración, dirán un Ave Maria, para pedir bendiciones para los misioneros y para participar en los frutos de su trabajo.
10. Como habrá niños para dirigir, deberá estar preparado para verlos caer en falta y como la mayor parte de ellas serán más por ligereza e imprudencia que por malicia, él mostrará siempre a la Comunidad que está bien dispuesto a que le avisen, y recibirá con caridad a los que le lleven quejas y les dará satisfacción, sin apresurarse al castigo, sino después de haber pensado en privado si la falta puede excusarse. Y verá siempre que, si la falta no es grave, una suave corrección verbal en privado, o en público si la falta es pública, aprovechará infinitamente más que el castigo.

11. Finalmente, si sabe ganar su corazón por un espíritu dulce y bondadoso, pero siempre grave y ponderado, conservando el imperio sobre su espíritu para doblegarlo y disponerlo según su voluntad, podrá prometerse, con la gracia de Dios, el fruto de sus trabajos para su gloria, para consuelo de la Comunidad y provecho de sus hijos.
12. Les hará la plática sobre los reglamentos al principio del año y cada tres meses en el curso del año, recomendándoles su cumplimiento y cuidará de que lo pongan en práctica con fidelidad.
13. Pedirá al Superior que alguno de la Comunidad le ayuden en sus lecciones y lo reemplace en sus ausencias.
14. Recitará el oficio divino en privado, si está obligado. Asistirá a las conferencias y humillaciones de la Comunidad, alternativamente con el ayudante que le dé el Superior.
15. Cuando el Superior quiera emplearlo en algo incompatible con su cargo o cuando esté obligado a ausentarse por cualquier tiempo, pedirá al superior alguien de la Comunidad que lo reemplace en su ausencia.

### **EL MOBILIARIO.**

1. Procurará, cuando reciban a los pensionados en el Seminario, que se les suministren los libros necesarios, los vestidos y

ropa blanca, y si les falta alguna de estas cosas los hará proveer de ellas.

2. Los mantendrá limpios y decorosos, les hará cambiar ropa interior dos veces a la semana y para esto, que el hermano coadjutor encargado cumpla bien su deber, barra sus habitaciones y limpie bien sus vestidos.
3. Si alguno de ellos enferma, le avisará inmediatamente al Ecónomo, si el enfermo necesita médico u otra cosa que de él dependa; lo asistirá y lo hará asistir para el alma y para el cuerpo, con la mayor caridad y prontitud.

## **CAPITULO VII.**

### **LAS REGLAS DE LOS PENSIONADOS DEL SEMINARIO DE LISIEUX.**

1. Los pensionados se levantarán todos a las cinco y media, en los días de colegio.
2. Los domingos, fiestas y días de descanso, se levantarán a las seis.
3. Emplearán un cuarto de hora en vestirse, luego, al sonar la campana irán al oratorio para hacer durante un cuarto de hora, las oraciones del "Ejercicio de piedad" (Obrita del P. Eudes, O.C. 1.2. p.272. Uno de ellos entona y los otros lo siguen, con voz moderada, discreta y recatada. Todos se

turnarán; el que entone en la mañana, lo hará también en la noche.

4. Al fin de la oración de la mañana, se ofrecerán a Nuestro Señor y a la santa Virgen, les pedirán su santa bendición para ellos y sus estudios y terminarán con el Benedictum sit Cor amantissimum, que dirán también por la noche.
5. Hechas las oraciones, se retirarán a sus habitaciones para estudiar hasta que se presenten ante el Prefecto para darle sus lecciones.
6. Cuando el encargado de las clases inferiores, toque la campana, los que allí estudien irán en bata ante su Prefecto o su reemplazo, para darle sus lecciones, si antes no lo han hecho; luego desayunarán donde el Prefecto haya señalado y después irán a sus clases antes de que los profesores lleguen.
7. Media hora después, los de retórica harán lo mismo, cuando su encargado toque la campana.
8. Llevarán siempre bata en la casa, en especial en la capilla, el comedor y en las clases.
9. A las diez y media, al salir de las clases de la mañana irán al comedor para almorzar y se comportarán con toda modestia. Los domingos, fiestas y días de descanso, almorzarán a las once.

10. Después de lavarse las manos, se colocarán en el comedor, para esperar la bendición y luego se sentarán a la mesa en el puesto asignado y que conservarán todo el año.
11. Dada la señal, el que hace las oraciones de la mañana se pondrá de pie, pronunciará lentamente las disposiciones de la Comunidad, luego se sentará en cualquier lugar y a la segunda señal, hará la lectura durante el almuerzo. Todos la harán a su turno según el orden de colocación a la mesa. Los otros desplegarán su servilleta y lo escucharán con atención, mientras comen.
12. Después de comer, limpiarán sus cuchillos, tenedores y cucharas y doblarán las servilletas; pondrán los cubiertos en su lugar, como los encontraron. Luego el lector, a la señal del Prefecto, terminará la lectura con estas palabras:” Tu *autem* Domine, etc.” y los otros responden “*Deo gratias.*” Saldrán de la mesa y se filarán en el comedor para la acción de gracias.
13. Al salir del comedor irán a la capilla a decir un “*Gloria Patri, Gloria tibi Domine, Sub tuum paesidium y Eenedictum sit, etc.*” Luego se retirarán al lugar designado y harán su recreo del medio día y no se retirarán ni solos ni acompañados a ningún lugar ni a sus habitaciones, sin permiso, so pena de castigo. Sus recreos serán siempre honestos y sin disipaciones.
14. A las doce en punto, cuando suene la campana, se retirarán a sus habitaciones para trabajar en sus tareas hasta que el encargado toque la campana.

15. Entonces, todos se presentarán a su Prefecto para darle sus lecciones y en el segundo semestre, durante esta media hora, tomarán simultáneamente su merienda.
16. En el primer semestre, al salir de las clases de la tarde, en el tiempo que quede hasta las cinco, tomarán su merienda, sin separarse sí no es con permiso del Prefecto. Luego, a las cinco, a la señal, se retirarán a sus habitaciones para estudiar hasta la hora de la cena.
17. A las seis, al toque de la campana, irán al comedor, donde se comportarán para la cena como lo hicieron para el almuerzo; la lectura la hará el que la hizo al medio día.
18. Después de cenar, irán a la capilla para hacer las mismas oraciones que al medio día y se retirarán al lugar designado por el Prefecto, para hacer su recreo con él y con la Comunidad, junto al fuego hasta las siete y media. Y entonces irán al oratorio para hacer las oraciones del “Ejercicio para la noche” como en la mañana. Luego se retirarán con recogimiento a sus habitaciones para acostarse a más tardar a las nueve y media.
19. En el segundo semestre, inmediatamente al salir de las clases de la tarde, a las cinco y media, irán al comedor, donde se comportarán como al medio día.
20. Después de cenar y hechas las oraciones en la capilla, irán al lugar del recreo hasta las siete y a la señal, irán a sus habitaciones para estudiar.

21. A las ocho y media se conducirán como se anotó en el número 18.
22. Los domingos, fiestas y días de descanso, saldrán de sus habitaciones a las ocho para oír la primera misa que se diga. los miembros de la congregación, entrarán a la hora que abran, sin tener en cuenta esta regla y desayunarán después de la misa y, a las diez, cuando suene la campana, irán a sus habitaciones para estudiar hasta las once, cuando saldrán a almorzar.
23. Después de almuerzo, hechas las oraciones en la capilla, a la una, irán de nuevo a sus habitaciones para estudiar hasta las dos.

los días de descanso, en que tendrán paseo, irán a las doce para estudiar hasta la una; y a las cinco para estudiar hasta las seis, excepto en el primer semestre, en que irán a la capilla desde las cinco y media, para asistir a las Letanías solemnes.

En el segundo semestre, si al regresar de la cena, cuando entren a la capilla, para las oraciones ordinarias, se cantan las letanías, asistirán a ellas hasta el fin y si se los retira de la capilla antes que empiecen, volverán allí al sonar la campana.

Luego harán su recreo hasta las siete y media en que regresarán a sus estudios para trabajar en sus tareas hasta que toquen para las oraciones.



24. Estos mismos días, como los días de clase, cuando estén en SUS habitaciones para estudiar, no saldrán sin permiso del Prefecto.
25. No entrarán a las habitaciones de la Comunidad, ni a las de sus compañeros, ni en su presencia ni en su ausencia, no tocarán nada, ni en ninguna otra parte de la casa, sin permiso del Prefecto, so pena de castigo.
26. Nunca entrarán a la cocina ni al comedor fuera de las horas del almuerzo y la comida.
27. No hablarán alto en sus habitaciones para no perturbar a los vecinos. Si encuentran alguna dificultad en sus estudios, la comunicarán a su Prefecto.
28. No saldrán a la calle ni a la ciudad, ni enviarán a ninguno de los coadjutores, ni harán venir a nadie, ni traer nada, sin permiso del Prefecto, bajo ningún pretexto, so pena de castigo.
29. En los días de descanso irán a pasearse, todos juntos, con SU Prefecto u otro de la Comunidad que lo reemplace, sin separarse de él ni de sus compañeros, bajo pena de castigo.  
  
Cuando regresen, a la hora de retirarse, irán a sus habitaciones, al sonar la campana, ajustándose enseguida al horario de los otros días.
30. Si necesitan algo, lo pedirán a su Prefecto.

31. Los domingos y días de fiesta, no irán a la ciudad a oír la misa ni las Vísperas, sino que asistirán a las del Seminario, como también a las pláticas y catecismos que allí se den, tomando siempre lugar en la barandilla.
32. Está absolutamente prohibido el juego de cartas y de dados, bajo pena de castigo.
33. No comerán fuera de la casa sin permiso del Prefecto y del Superior y cuando lo obtengan, volverán temprano.
34. Nunca dormirán fuera del Seminario.
35. En sus habitaciones no comerán nada, ni harán llevar ninguna bebida ni comida y si guardaren tales cosas sin permiso del Prefecto, serán dignos de castigo; tampoco tendrán libros malos ni nada perjudicial a las buenas costumbres, bajo la misma pena.
36. Mientras estén en sus habitaciones, no pedirán nada a sus compañeros, ni a su Prefecto o reemplazo, sino en latín.

### **EN LO ESPIRITUAL.**

1. Estarán atentos y listos para asistir a las oraciones de la mañana y de la noche.
2. Todos los días oirán la santa misa y la ayudarán con fervor, sobre todo los domingos y las fiestas.

3. Se confesarán cada mes y comulgarán cuando su confesor les permita.
4. Todos se confesarán con el mismo confesor, si su inclinación no los lleva a cambiar, lo que sólo harán con permiso del Prefecto.
5. Todos tendrán algunos libros de piedad para hacer, los días de descanso, un cuarto de hora de lectura o más, según su inclinación y su tiempo libre.
6. Todos tendrán en sus habitaciones una imagen de la santa Virgen, para honrarla al entrar y salir y al regreso de las clases de la mañana y de la tarde; cuando vayan a empezar su estudio, dirán de rodillas ante la imagen, un Ave Maria, para ofrecerlo a la santa Virgen y pedirle su bendición.
7. En algunos domingos y fiestas, cuando el Prefecto lo juzgue conveniente, asistirán, a la una y media, a una conferencia en el lugar que él designe.
8. Estudiarán con gran cuidado las reglas de urbanidad, guardando siempre un gran respeto mutuo y en especial, a todos los de la casa y a los externos que lleven hábito eclesiástico.

Y para conservar la caridad y la unión entre si, suprimirán de sus conversaciones toda clase de burlas y altercados.

## **DEL MOBILIARIO.**

1. Cada uno tendrá su habitación y su cama y nunca dormirán dos juntos, aunque sean hermanos.
2. Los parientes les darán la ropa interior, pero bien marcada, para reconocerla entre la de los demás y en tal cantidad que puedan cambiarla dos veces a la semana.
3. Tendrán una bata del tejido y color que guste a sus familiares; un cofre o baúl para guardar sus vestidos, y cepillos para limpiarlos y se mantendrán limpios y decorosos.
4. Como todos serán tratados de igual manera, el precio de su pensión será igual, es decir, 270 libras para los que la Comunidad suministre lavada de ropa, y solamente 260 para aquellos cuyos familiares les lavan la ropa.
5. Si caen enfermos, y necesitan remedios o dieta diferente a la de la Comunidad, su familia sufragará los gastos que esto demande.

## **CAPITULO VIII**

### **LAS PARROQUIAS**

Como la Congregación ya tiene sobre sus hombros varias y grandes obras, como son las Misiones, los Seminarios y un Colegio, no tomará beneficios de cura de almas.

Sin embargo, si hubiera bastantes obreros para dedicar a estas funciones y se viera obligada a tomar alguno, por razones muy importantes a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, entonces se cumplirán las reglas siguientes:

Sólo se tomará alguno en los lugares donde la Congregación tenga una casa, para que aquél de la Comunidad que sea el Cura, al residir en su beneficio, pueda permanecer también en la misma Comunidad.

El que sea Cura, por título o por comisión, si el curato está unido a la Comunidad, tomará consejo y dirección del Superior de la casa, en cuanto al ejercicio de su cargo.

En la casa, seguirá el orden establecido para el rango y el lugar de cada uno.

En la iglesia de la parroquia, si no está unida, él ocupará el primer lugar. Si está unida, cederá la precedencia y todos los derechos al Superior, excepto la administración de los Sacramentos. En los otros lugares, el Superior será siempre el primero.

No comerá fuera de casa sin permiso del Superior.

Si la casa de la Congregación está fuera de la parroquia, él podrá algunas veces dormir en la casa cural, cuando sea necesario.

Si la parroquia está unida, corresponderá al Superior dar la bendición a los predicadores.

Los residentes allí, estarán obligados a obedecer al Superior, cuando él les encomiende funciones del curato, pero no se entrometerán por sí mismos.

La renta de una parroquia unida pertenecerá a la casa.

Si no lo está, el cura tomará lo necesario para hacer las limosnas que le obligan y entregará el resto al Ecónomo de la casa, quien le suministrará, como a todos los demás, las cosas necesarias.

En todas las funciones curiales donde la Comunidad se encuentre, el vicario, en ausencia del Cura, no tendrá más rango que el que tenga en la casa, sea que la parroquia esté o no unida.

## **DÉCIMA PARTE**

### **LAS ASAMBLEAS GENERALES.**

Nota. Los reglamentos de las Asambleas generales de la Congregación son extraídos en gran parte de las Constituciones del Oratorio.

## **CAPITULO I**

### **MEDIOS PARA CONSERVAR Y AUMENTAR LA CONGREGACIÓN - LAS ASAMBLEAS.**

Como esta pequeña Congregación es una obra únicamente de la Bondad, Potestad y Sabiduría divina, en la que el poder, la industria y los medios humanos no han tenido parte, sólo pertenece a Dios el sostenerla, conservarla y acrecentarla.

También es verdad que, aunque no nos necesita y puede hacer y conservar sus obras sin nosotros, quiere que cooperemos con su gracia en las cosas que hace para su gloria y nuestra salvación.

Porque nos tiene tanto amor, nos quiere asociar con él en sus más divinas acciones y darnos parte en sus más grandes obras y a menudo quiere que dependan de nosotros de alguna manera, en su conservación, crecimiento y perfección.

Por esto, estamos obligados a aportar de nuestra parte todo el cuidado y la diligencia posible, y emplear todos los medios a

nuestro alcance para cooperar con él en el mantenimiento y crecimiento de esta Congregación que es la obra de sus manos y en el cumplimiento de los designios que se digna tener sobre ella.

De lo contrario, seríamos culpables en extremo, si una obra de tanta importancia para su gloria y para el bien de la Iglesia, por nuestra negligencia llegara a decaer y arruinarse en nuestras manos.

Sin embargo, no debemos tener confianza y apoyo en nuestros medios, sino en la sola bondad de nuestro Señor y en la caridad de su santísima Madre.

Además, entre estos medios, hay ocho principales.

El primero es que se hagan las Asambleas generales, como es debido y en el tiempo que se señalará luego.

El segundo, que el Superior de la Congregación, que tendrá su dirección general, tenga las cualidades que se anotarán posteriormente.

El tercero, que la visita de cada casa se haga exactamente y como se debe, todos los años.

El cuarto, que haya buenos superiores, pues ordinariamente, los inferiores son como son sus Superiores.

El quinto, que los Superiores locales tengan suficiente autoridad y poder sobre sus inferiores, y el Superior general sobre los Superiores locales, y la Congregación sobre el Superior general,



para que éste y aquellos tengan todo el poder para hacer el bien y que si hacen mal, estén plenamente sujetos a una autoridad que pueda reprenderlos y corregirlos.

El sexto, que los Asistentes, confesores, sacristanes, ecónomos y todos los demás funcionarios de cada casa cumplan cuidadosamente su oficio.

El séptimo, que los hermanos coadjutores tengan un buen director que se dedique diligentemente a su instrucción y que sean exactos y fieles en el cumplimiento de sus reglas.

El octavo, que todos se sometan de buen grado, por el amor de nuestro Señor y de su santa Madre, a las reglas que éstos le dan a la Congregación y que la Congregación da a sus hijos.

Todos estos medios son en extremo importantes y necesarios para su sostén y su crecimiento, en especial el de las Asambleas generales hechas como se debe. Y para esto se deben cumplir las reglas que se prescriben en los capítulos siguientes.

(En la primera redacción, el P. Eudes habla escrito, antes de la enumeración de estos ocho medios, el pasaje siguiente, pero luego lo suprimió:

Entre estos medios, hay tres clases, de los cuales los primeros son puramente interiores, divinos y sobrenaturales; los segundos son exteriores, humanos y naturales; los terceros son mixtos, es decir, a la vez interiores y exteriores, divinos y humanos, naturales y sobrenaturales”.

“Los primeros son la vida ejemplar, las virtudes cristianas, especialmente el desprendimiento de las cosas de este mundo, el desinterés y la abnegación de nuestra propia voluntad, de nuestro propio criterio y de nuestro propio sentir”.

“La sencillez, la humildad, la desconfianza en nosotros mismos, la confianza únicamente en Dios, el celo de su gloria y de la salvación de las almas, la unión de los corazones y de las voluntades, por una verdadera voluntad y por una perfecta obediencia”.

“La obediencia une íntimamente a los interiores con los Superiores en conjunto y que hacen un solo corazón y una sola alma de los unos y los otros y sobre todo, una intención pura de agradar a Dios en todo, y una familiar y frecuente comunicación con su divina Majestad, por la oración y por los ejercicios espirituales”.

“Estos medios son muy eficaces para mantener y mortificar el espíritu de la Congregación y para conservarla en un estado que la hace útil al servicio de Dios y a la salvación de las almas; pues nos pone en la disposición requerida para ser dignos instrumentos de su mano en las obras de su gracia”.

“Por lo cual, en la Congregación, se debe apreciar más estas cosas interiores que todas las exteriores, es decir, que todos los dones y talentos naturales o adquiridos, cualesquiera que sean. Y todos los verdaderos hijos de la Congregación deben aplicarse de todo corazón a la práctica de estas cosas, en especial los

Superiores, que deben ser los primeros en dar ejemplo a los demás”.

“No faltarán nunca a los retiros y demás ejercicios de piedad señalados en las reglas y en especial a las virtudes cristianas y a las cosas espirituales.”

“Darán orden de decir todos los días una misa especial por las necesidades de la Congregación y que cada uno la diga una semana y que se ponga en la sacristía una tarjeta para designar al que le corresponda”.

“Además, los particulares no dejarán de rogar a Dios en sus misas y comuniones que la conserve, la dirija y la multiplique, según su santa voluntad y que la llene de su divino Espíritu”.

“Y como ella nació en la fiesta de la Anunciación de la santísima Virgen, le tendrán una devoción especial.

Y si es posible, irán todos juntos o una buena parte, la víspera o antevíspera de este día o en la octava, a nuestra Señora de la Delivrande o a otro lugar consagrado a la Madre de Dios, para agradecerle y por ella a su Hijo, los favores que nos ha hecho; para pedirle perdón por nuestras ingratitudes y ofensas y para suplicarle que continúe su protección y bendición sobre su Congregación y que le sirva de Madre”.

“los segundos medios son: la excelencia del espíritu natural, la ciencia adquirida, el don de expresarse bien, la elocuencia, el talento de la predicación, la gracia de conversar y de tratar útil y agradablemente con el prójimo y otros dones exteriores

semejantes, que son excelentes cuando se usan bien y se los emplea con intenciones y disposiciones puras y santas”.

“Entre estos medios exteriores se comprenden: el cumplimiento de las reglas concernientes al estudio, la salud corporal, la economía y gobierno de lo temporal y de las cosas exteriores”.

“Como también el cuidado que debe tener cada uno, especialmente los Superiores en conservar la amistad y la benevolencia de los externos para con la Congregación, en especial, los que nos pueden ayudar con la buena voluntad o perjudicarnos con la mala voluntad, en los designios de Aquél que la estableció, que es procurar el aumento de la gloria de Dios y la salvación de las almas”.

“Los terceros medios, que yo llamo mixtos, porque son interiores y exteriores a la vez, son ocho principales. . .” y ya se describieron).

## **CAPITULO II**

### **LAS ASAMBLEAS GENERALES. CUANDO SE CONVOCAN.**

La misión pública del sumo Sacerdote Jesucristo Nuestro Señor duró tres años. Tres años después de su primera convocación, les dio la plenitud del espíritu evangélico a sus discípulos y a su sagrada familia.

La Congregación, que debe seguir en todo a su Cabeza, no dejará de rendirse y unirse a sus pies, en una Asamblea general convocada en su nombre cada tres años, para que, según su promesa esté en medio de ella y teniéndolo en su seno, se llene más abundantemente de sus luces y de sus gracias, se renueve en su espíritu, se fortifique en su amor y en su virtud y reciba una nueva misión y bendición para servirle otros tres años.

El comienzo de Septiembre parece ser la estación del año más cómoda para convocar esta Asamblea. Sin embargo, depende del Superior General escoger el tiempo que crea más conveniente.

Será citada seis meses antes por el mismo Superior, quien podrá adelantar el tiempo de tres años y convocarla extraordinariamente si juzga que lo requieren los asuntos de la Congregación-

Si llega a morir, el que haya sido nombrado su Vicario, si algo se encuentra por escrito y firmado por él, o en caso de que no lo haya previsto así, su primer Asistente, después de deliberar con los demás, estará obligado a convocar la Asamblea para elegir otro Superior general, lo más pronto posible.

Si sucediere que fuera necesario liberarlo o destituir al mismo Superior por alguna de las causas que se describirán, correspondería también al primer Asistente convocar cuanto antes la Asamblea para este propósito, después de deliberar con los demás.

El que convoque por cualquier motivo, escribirá a todas las casas para avisar a los que deben asistir, el lugar y fecha de la Asamblea y para pedirles que celebren misas todos los días y que se ore para pedir a nuestro Señor que esté en medio de los que se van a reunir para protegerlos, bendecirlos, iluminarlos, dirigirlos, con su espíritu y con su virtud.

Podrá hacerse ordinariamente en la casa de Caen. Sin embargo, el Superior tendrá libertad para escoger la casa de la Congregación que mejor le parezca. Pero cuando se reúnan para la elección del Superior, será siempre, en lo posible, en la casa de Caen.

Estará compuesta por cuatro clases de personas:

1. Del Superior de la Congregación, de su Vicario, si tiene; de sus Asistentes y de todos los superiores de cada casa.
2. De los que queden de los ocho primeros que dieron comienzo a la Congregación, que son: el P. Juan Eudes, Simon Mannoury, Thomas t4anchon, Pierre Jourdan, Jacques Finel, Richard Le Mesle, Juan Fossey y André Godefroy. (Por humildad, el P. Eudes se ponía el último, sin preceder su nombre de ningún calificativo. El cambio se hizo después de su muerte).
3. De los que nombre el Superior general. Pues podrá escoger dos de cualquier casa, previsto que tengan el tiempo de recibidos y de ordenados, como se anotará luego.

4. De los delegados. Pues cada casa delegará uno, como se dirá en el capítulo siguiente. La casa de Caen, como la primera y Madre de las demás delegará dos.

Para tener derecho a delegar, es decir a votar para elegir al diputado de cada Comunidad que irá a la Asamblea general, es necesario estar incorporado a la Congregación y ser sacerdote.

Para ser delegado se debe tener siete años cumplidos de recibido en la Congregación y cinco años cumplidos de sacerdocio.

Sólo se delegará y llamará a la Asamblea a los que puedan ir con comodidad.

Por tanto, los enfermos e impedidos no deben ser llamados ni delegados, ni los que tengan pendiente algún asunto de gran importancia, y que no lo puedan dejar sin perjuicio o inconveniente, a no ser que pueda suplir su falta y esto será a Juicio del que convoque la Asamblea.

Si algunos diputados en ese tiempo estuvieran ocupados en tareas de predicación, regencia u otro similar, se dará orden de remplazarlos para que no tengan ningún impedimento en su delegación.

Si se trata de hacer alguna elección en la Asamblea y los delegados o los que sean llamados están enfermos o impedidos, enviarán su voto escrito al presidente de la Asamblea en un sobre bien cerrado y sellado, de esta manera: Doy mi voto por ... para tal o cual oficio... fecha y firma.

### **CAPITULO III**

#### **COMO SE HACE LA DELEGACION EN CADA CASA**

El Superior de cada casa, al recibir la orden del que convoca la Asamblea y después de hacer celebrar varias misas y pedir oraciones para invocar la asistencia del Espíritu Santo, algunos días antes de la fecha fijada para la Asamblea, reunirá la Comunidad, leerá la orden y las cartas recibidas, como también este capítulo y el anterior.

Les pedirá brevemente a los incorporados a la Congregación que se dispongan a hacer una buena elección del delegado y para ello, renunciar a su propio espíritu y a toda inclinación humana y afecto particular y darse a nuestro Señor para hacer este acto tan importante en su espíritu y seguir su santísima voluntad.

Luego, todos irán ante el Santísimo Sacramento para adorar en él a nuestro Señor como el Superior y el padre de la Congregación, agradecerle los favores que les ha hecho, pedirle perdón por las ofensas e infidelidades; aniquilar a sus pies su espíritu y su voluntad, darse a él para cumplir la suya, suplicarle que les conceda conocerla y que les dé la gracia de cumplirla

Tomarán la firme resolución de dar sus votos por el que ellos vean en su conciencia que el Hijo de Dios y su santa Madre escogerían, si estuvieran en su lugar. Pues ya que la congregación es su familia, no pueden, a menos de hacerse culpables, encomendar la dirección de las cosas que le



conciernen sino a los que ellos mismos querrían dar esta comisión.

Por lo cual, después de haberse dirigido a nuestro Señor, saludarán también a la santa virgen como la Superiora y la Madre de la Congregación y le harán a ella, en proporción, lo que hicieron a su Hijo. En seguida, invocarán la ayuda de San José, San Gabriel, San Juan Evangelista, los es guardianes de la Congregación y de los demás Santos, a los que ésta tiene devoción especial.

Luego irán todos al lugar de la reunión sin hablarse y sin comunicarse sus sentimientos e intenciones. Allá, después del *Veni Creator* y el *Sub tuum praesidium* y el *Avete orines Angeli*, cada uno, habiendo renunciado de nuevo a si mismo y de haberse dado a nuestro Señor, escribirá en un sobre secreto el nombre por el que votará.

Después, el superior y otros dos nombrados por la Comunidad toman todos los sobres, los cuentan, los abren y los leen delante de todos y el que tenga más sufragios será el delegado y se preparará a partir con el Superior para llegar oportunamente al lugar de la Asamblea.

Todos los sobres se quemarán y hecho esto, se dirá el Gloria Patri, Gloria tibi Domine, el Ave Maria, Sancti Angeli.

Todos firmarán al delegado un poder, en nombre de la casa, que lo autoriza a asistir a la Asamblea general y a tratar y

resolver allí, en nombre de dicha casa, todo lo que se proponga en relación con el bien de la Congregación.

Y si se trata de elegir un Superior de la Congregación, se agregará en el poder: “y especialmente, a proceder a la elección de un Superior general y de sus Asistentes y otros funcionarios de la misma Congregación”.

Se procurará no limitar el poder, pues sucedería que, no estando limitados los de los otros, se podrían proponer cosas que los delegados con poder limitado no podrían votar y los otros sí. Por lo cual, los poderes serán plenos, generalmente para todas las cosas, como si estuvieran especificadas en particular.

### **MODELO DEL PODER**

Los suscritos N..., Superior, N.N.N., sacerdotes de la Congregación de Jesús y María, que formamos la casa de..., reunidos en dicha casa, según la orden y mandamiento enviado por N., en tal fecha. . .para nombrar un delegado y enviarlo con el Superior de esta casa a la Asamblea general de la Congregación, para que trate y resuelva todos los asuntos que le conciernen y especialmente para proceder a la elección de un Superior general de la Congregación y de los Asistentes y demás funcionarios.

Después de la invocación al Espíritu Santo y leída la orden y mandamiento hemos procedido a dicha nominación y delegación, por voto y escrutinio.

Para esto, los sobres de nuestros votos se pusieron juntos. N. y N. fueron nombrados para contar los sobres, abrirlos y recomtar los sufragios; hecho esto en nuestra presencia, 14. fue elegido diputado por mayoría de votos.

Al cual, por tanto, damos poder y comisión para asistir a nombre de esta casa, a dicha Asamblea general, para proponer, tratar y resolver todos los asuntos que interesan a la Congregación.

Y en especial para dar su voto para la elección de un Superior general de la dicha Congregación y de los Asistentes y sus demás funcionarios, prometiendo aceptar todo lo que se haga (recibir y obedecer al Superior que sea elegido) y todas las deliberaciones y conclusiones de la dicha Asamblea general.

En testimonio de lo cual, todos hemos firmado el presente poder en la casa de..., sellado con el sello de la casa y mandado a despachar por N. . . , secretario ad hoc. El día... del año... etc.

## **CAPITULO IV.**

### **OTRA MANERA DE ELEGIR DELEGADOS.**

Si las casas de la Congregación se multiplican de tal manera que siguiendo el orden establecido en el primer capitulo de esta parte, el número de los diputados fuera demasiado numeroso, se cumplirá este otro.

Las cuatro primeras clases de personas de las que se habló tendrán siempre derecho a entrar, excepto los Superiores locales que sólo irán por delegación como los de la quinta clase, como lo veremos.

De treinta sacerdotes, tanto Superiores como inferiores, que estén incorporados a la Congregación, se delegarán tres, de los cuales, uno será Superior, otro inferior y el tercero, a voluntad de los diputados.

Para ser del número de los votantes basta estar incorporado a la Congregación y ser sacerdote, como ya se dijo. Pero para ser elegido diputado es necesario tener siete años de incorporado y cinco de sacerdocio.

El Superior, antes de proceder a la elección de diputados, anotará a los que pueden elegir y a los que pueden ser elegidos. Para reunir treinta sacerdotes habrá que juntar tantas casas como sea necesario para alcanzar este número.

Si la distancia de las casas dificulta reunir los treinta fácilmente, en alguna región, se reunirán sólo veinte o diez, y de los veinte se elegirán dos delegados, de los cuales, uno será Superior y el otro inferior; y de los diez, solamente uno.

Si de los treinta, se encuentran dos o tres de más o de menos, y de los veinte, uno o dos, y de los diez, uno, la delegación no dejaría de ser válida.

Además de esta delegación ordinaria que será común a todas las casas, la de Caen tendrá siempre dos delegados escogidos

por la Asamblea, cuando ésta se haga en Caen, y por la casa de Caen, cuando se haga en otra parte: excepto en las Asambleas donde se elegirá Superior de la Congregación.

El que convoque la Asamblea será el que, con el Consejo de la Congregación, debe reunir las casas para juntar treinta, o veinte o al menos diez sacerdotes y enviará el orden de las casas, según la siguiente forma, más o menos.

“Orden para las elecciones de los diputados que asistirán a la Asamblea general de nuestra Congregación”:

Toda la Congregación está dividida en varios departamentos o diputaciones.

Para hacer estas elecciones, las casas han sido reunidas como sigue:

1.- Elección que se hará en nuestra casa de Caen, el día....de. próximo, por los sacerdotes de dicha casa y las de Coutances y de Rennes.

Los sacerdotes de la casa de:

Caen	Coutances	Rennes
N. Superior.	N. Superior.	N. Superbe.
N.	N.	N.
N. etc.	N. etc.	N. etc.

2.- Elección de nuestra casa de Rouen y las de las N. y N. el día....de....próximo, por los sacerdotes de siguientes casas.

Rouen	Casa de N.	Casa de N.
N. Superior.	N. Superior.	N. Superior.
N.	N.	N.
N. etc.	N. etc.	N. etc.

Y así las demás diputaciones.

Las elecciones para diputados se harán por voto secreto.

Los Superiores, recibida la orden, reunirán la Comunidad, le leerán la carta de convocación y estos dos últimos capítulos; después de hacer lo prescrito, elegirán uno que lleve los votos, el día fijado, al lugar donde se hará la elección de los que deben ir a la Asamblea general.

Cada uno dará su sobre en el que escribirán los nombres de los tres que él quiera elegir entre los treinta, o dos de entre los veinte, o uno entre los diez, que hayan sido propuestos en la orden de la diputación.

Todos los sobres serán sellados juntos y el paquete será firmado por el Superior y dos de los más antiguos de la Comunidad y se los darán al indicado para llevarlos.

Este debe tener un poder timado por todos, con la autorización de ir en su nombre a presentar sus votos en la elección de

diputados para la Asamblea general y para firmar el poder que debe darse a los que salgan elegidos.

El modelo de este poder se propondrá a continuación.

El día fijado para la elección, el Superior de la casa reunirá la Comunidad con los que las otras casas, si hay varias, hayan escogido para llevar sus sufragios.

Los sobres serán recibidos, contados y luego se mezclarán con los de la casa donde se hace la elección de diputados, que también habrán sido contados. Luego se abrirán y se leerán delante de todos y serán elegidos los que tengan más sufragios. En caso de empate, tendrá preferencia el sacerdote más antiguo.

El sacerdocio se contará a partir del día de la ordenación y no de la primera misa.

En los sobres se pondrá el nombre de las personas, pero no se dirá si es Superior o inferior.

Si la diputación es de treinta, los sobres contendrán tres nombres; si es de veinte contendrá dos; si es de diez, uno; de otra manera serán nulos.

Si el sobre de treinta contiene tres Superiores o tres inferiores será nulo.

En la de veinte, también, si contiene dos Superiores o dos inferiores.

En la de diez se puede elegir un Superior o un inferior.

Los que no estén incluidos en la orden de la diputación, por olvido o porque después de hacerla y antes de la elección, hayan recibido el sacerdocio y que estén incorporados, podrán votar con los de la casa donde están; en caso de omisión o de neo-sacerdocio, el Superior de la casa donde residan informará a la casa donde se hará la elección y enviara allí los sobres.

Los que cambien de casa después de la orden de la elección, funcionarán como de la casa que envió la orden.

El Superior de la casa donde se haga la elección presidirá y en su ausencia, su Asistente, aunque el que lleve los sobres de otra casa sea Superior y más antiguo que el Superior o el Asistente de la casa donde se haga dicha elección.

Si algunos de los nominados en la orden de la elección estuvieran ausentes, no se omitirán. Si se encontraren allí por accidente, serán admitidos con los otros. Bastará que se haya dado la orden, según la intención de la Congregación, para la validez de la elección de los diputados.

Si encuentran alguna dificultad, será definida en el acto, por mayoría de votos.

Los gastos de las elecciones serán sufragados por las casas que se hayan reunido.

Si alguna casa, por evitar los gastos u otro motivo, prefiere dar poder y comisionar sus votos, los dirigirán bien sellados a uno



de los sacerdotes de la casa donde se hace la elección o de otras que deban concurrir.

Después de elegidos los diputados, los asistentes les firmarán un poder en nombre de las casas que se unieron en esta elección: que autoriza a asistir a la Asamblea general que comenzará el día...de...próximo, en el lugar señalado y tratar y resolver en su nombre todas las cosas que se propongan y relativas al bien de la Congregación.

No se debe limitar el poder, sino dar a los diputados plenos poderes para todas las cosas, por las razones anotadas en el capítulo anterior. He aquí un modelo de este poder que cada casa dará al comisionado para llevar y presentar sus sobres con los votos, a la casa donde se elegirán los diputados que irán a la Asamblea general:

#### DOS MODELOS DE PODER.

Los suscritos N. Superior, N.N.N. sacerdotes de la Congregación de Jesús y María (antes, Congregación del Seminario de Jesús y María), miembros de la casa de N., reunidos hoy, según la orden y mandamiento que nos envió N. con fecha....para elegir, conjuntamente con las casas (o la casa) de N. y N. tres diputados (o dos, o uno) y enviarlos a la Asamblea general de la Congregación, convocada para el....de. . . próximo, en la casa de N. para tratar y resolver los asuntos que se propongan en la Asamblea y en especial para elegir al Superior general, de los Asistentes y demás funcionarios de la misma Congregación.

Luego de invocar al Espíritu Santo y leída la orden y mandato, hemos procedido a la nominación por sufragio y puestos nuestros sobres de los votos en un paquete sellado, para ser presentado por N., que hemos comisionado para ello, a la Asamblea particular que se celebrará con motivo de la elección de diputados en la dicha casa de N...

Y además, hemos dado poder a N. para autorizar en nombre de nuestra casa de N. con los otros sacerdotes reunidos en la casa de N., a los que sean elegidos diputados para tratar y resolver todos los asuntos relativos a la Congregación que se propongan en dicha Asamblea (y en especial para proceder a la elección del Superior general, los Asistentes y demás funcionarios).

Y prometen aceptar todo lo que se haga y decrete, tanto en la Asamblea particular que se celebrará en dicha casa de N. como en la Asamblea general y todas las resoluciones y conclusiones que allí se hagan; (y recibir y obedecer al Superior general que se elija).

En testimonio de lo cual, hemos firmado el presente poder, en nuestra casa de N. y hecho sellar con su sello y enviar por N. que obro como Secretario, el día...de...del año...

## **OTRO MODELO**

Poder que darán los sacerdotes de la casa donde se hará la elección de diputados, junto con los sacerdotes de las otras casas que sean enviados a ella:

“Los suscritos 14. Superior, N.N.N. sacerdotes de la congregación de Jesús y María, miembros de la casa de N4N. procurador de la casa de N. también apoderado en fecha...etc., todos sacerdotes de la Congregación, reunidos en la casa de N. según orden y mandato enviado por N. con fecha....para nombrar conjuntamente tres diputados (o dos o uno) y enviarlos a la Asamblea general, convocada para el día... de... próximo, en la casa de N. para tratar y resolver todos los asuntos relativos a la Congregación (y en especial, para proceder a la elección del Superior general, de los Asistentes y demás funcionarios).

Después de invocar al Espíritu Santo y leída la orden y mandato, hemos procedido a la nominación y elección de diputados por sufragio.

Y para esto, los sobres con los votos de las casas de N. y N. presentados por dichos sacerdotes delegados de las casas, se pusieron con los sobres de la casa de N.

Y hecho esto, N.N. fueron nombrados para abrir dichos sobres y recoger los sufragios en presencia de todos; por mayoría de votos fueron elegidos diputados N. N. N. a los cuales por lo tanto, damos poder y comisión para ir en nombre de ésta (o de éstas) casas a la Asamblea general, para proponer, tratar y resolver todos los asuntos que le conciernen (y en especial, para proceder a la elección de un Superior general, de los Asistentes y otros funcionarios).

Prometen aceptar todo lo que se haga y todas las resoluciones y conclusiones de la Asamblea general (y recibir y obedecer al Superior general que sea elegido).

En testimonio de lo cual, firmamos el presente poder en la casa de N. y sellado con el sello de dicha casa y hecho despachar por N. que obró como Secretario el día...de...

Los elegidos procurarán leer en privado todas las reglas relativas a la Asamblea, para cumplirlas exactamente. Antes de partir, harán un retiro de al menos tres días y harán una confesión extraordinaria, cuando estén en el lugar de la Asamblea.

Mientras dure la Asamblea, en todas las casas se ofrecerán a Dios misas y oraciones por todos los diputados, para que les dé abundantes luces y gracias necesarias y convenientes para hacer con perfección lo que él desea de ellos.

## **CAPITULO V**

Cuando los diputados de la Congregación se reúnan en corporación, en una Asamblea debida y legítimamente convocada, según las reglas señaladas, el Superior general estará enteramente sometido a su potestad y autoridad y obligado a obedecer, en todo, la mayoría de votos. Sin embargo, su voto vale por dos en la Asamblea (Del Oratorio de Francia, cap. 7).

El Superior general será el presidente de la Asamblea (primer Funcionario), de la cual, nuestro Señor Jesucristo será reconocido y adorado como el verdadero y primer Superior y por suyo Presidente. En señal de lo cual, erigirán en el lugar de Asamblea, un altar con la imagen de Jesús crucificado y debajo, de la santísima virgen y sobre el altar, la sagrada Biblia.

En caso de ausencia, por cualquier causa, el presidente podrá nombrar un reemplazo. Cuando se trate algo que le incumba particularmente, se le rogará que se retire y el primer Consultor nombrado por la Asamblea tomará su lugar.

Si la cosa propuesta se relaciona no sólo a su persona, sino a Su administración, sus Asistentes, como partícipes, se retirarán Con él y dejarán en libertad a la Asamblea. El que lo reemplace en su ausencia, tendrá la misma autoridad y el mismo poder, pero sólo tendrá un voto.

La Asamblea tendrá tres Consultores, que con el presidente, recibirán todas las proposiciones que hagan los particulares, las examinarán juntos y con el concepto del presidente, juzgarán si merecen ser sometidas a la consideración de la Asamblea; en este caso, el primer Consultor las presentará a la Asamblea y hará la exposición de motivos que sugirieron los proponentes.

Si los Consultores rechazan las proposiciones, a ningún otro le será permitido presentarlas, sino con permiso expreso del presidente, excepto al fin de la Asamblea, en que se destinarán a esto algunos días para satisfacción de todos.

Desde el comienzo, la Asamblea elegirá por sufragio los tres Consultores, que estarán obligados, en conciencia, a guardar el secreto de los que les hayan propuesto algo.

La Asamblea elegirá también un secretario que anotará todo lo que pase y las proposiciones y resoluciones que se presenten, en un libro exclusivo para esto. Y la Asamblea nombrará un Secretario adjunto para mayor validez y solemnidad de las actas.

Al hacer la elección del Superior general, un sacerdote de la Asamblea recogerá los sobres con los sufragios, en asocio del presidente y el Secretario, para abrirlos y leerlos delante de todos y verificar el número de sufragios requeridos para ser elegido.

Se hará lo mismo en todas las sesiones para la elección de los demás funcionarios.

El presidente comisionará a uno para recoger de los diputados la contribución de la casa o casas que representen para sufragar los gastos de la Asamblea. Y nombrará varios confesores extraordinarios para los diputados.

## **CAPITULO VI. ORGANIZACIÓN DE LA ASAMBLEA.**

El presidente de la Asamblea y los tres Consultores se sentarán juntos. El Secretario tendrá un lugar donde pueda escribir cómodamente y su adjunto estará a su lado.

Los demás tomaran lugar según el orden de promoción al sacerdocio y no según su incorporación. Y para esto, se hará una lista con los nombres de los diputados y el tiempo de su ordenación, con fechas claras y precisas. Sin embargo, cuando haya motivo para proceder de otro modo con alguna persona, el presidente dispondrá y ordenará como bien le parezca.

El horario de la Asamblea será: en la mañana, de nueve a doce; y en la tarde, de tres a seis.

Al comienzo de la Asamblea se nombrará a los que deben verificar los poderes, lo que harán en el acto e informarán a la Asamblea si son correctos; ésta ordenará que se registren según la antigüedad de las casas, de la siguiente manera:

“La Asamblea comisiona a N.N. para verificar si están correctos los poderes de los diputados, que los autorizan para asistir a la Asamblea general, para tratar todos los asuntos que se propongan para el bien de la Congregación, en nombre y representación de los constituyentes, y que prometen aceptar todo, como si estuvieran presentes y para el efecto firman.

Después ha ordenado que se registren según la antigüedad de las casas como sigue: por la casa de Caen ha sido delegado N. Por la casa de Coutances, N. etc., etc. O bien, por la segunda manera de delegar: por las casas de N. N. N. han sido delegados N. N. N. Después de esto, la Asamblea declara su validez, de la siguiente manera que escribirá el Secretario:

La Asamblea declara que es válida, legítima y canónica y que en esta calidad, aprueba y ratifica todo lo hecho hasta el presente, tanto por sí, como por N. que la ha convocado, en lo que a ella respecta, en especial en lo que incumbe al orden y la forma, sea de la convocación, sea de la diputación y poderes, aún de las personas llamadas, aprobadas y aceptadas, según la enumeración hecha, supliendo, si se necesita, todos los defectos y faltas que pudieran suceder por cualquier modo.”

Hecho esto, se elegirá por escrutinio al primer Consultor, luego los otros dos, el Secretario y los demás funcionarios necesarios a la Asamblea. Se hará prometer a todos el secreto, en relación tanto a los externos y aún a los mismos de la congregación que no sean de la Asamblea.

Para evitar componendas y coaliciones, se les hará prometer no coaligarse ni comprometerse entre sí, sobre los asuntos que Se traten, en perjuicio de la plena y entera libertad que deben dar al Espíritu Santo para que los inspire y dirija, y entregarse totalmente a él y esperar la luz que se dignará dar a la Asamblea; bajo pena de expulsión y de privación de voto, tanto activo como pasivo, contra los convictos. La misma pena para los que hayan acusado falsamente.

Al comenzar cada sesión, el Secretario leerá lo acordado en la anterior y el presidente lo firmará.

Los gastos de la Asamblea serán asumidos por las casas que participen en la diputación, en proporción al número de diputados. Se mirará sin embargo la capacidad de las casas, a



juicio del que convoque la Asamblea y su Consejo, los que reglamentarán también la contribución de cada casa.

Todos los miembros de la Asamblea obedecerán al presidente, a él le pedirán los permisos como al Superior de la casa, o al que él comisione para esto.

El Superior de la casa donde se celebre la Asamblea también le estará sujeto; pero los demás de la casa que no estén en la Asamblea, se dirigirán a su Superior ordinario.

## **CAPITULO VII.**

### **PIEDAD Y VIDA INTERIOR EN LA ASAMBLEA.**

El primer día de la Asamblea, el presidente dirá una misa del Espíritu Santo, ayudada por dos diputados, y los demás asistirán a ella, con sobrepelliz y al comienzo cantarán el *Veni Creator*.

Todos los sacerdotes de la Asamblea y de la casa dirán la misa con toda la devoción posible y los que no sean sacerdotes comulgarán por el cumplimiento de la santísima voluntad de Dios sobre la Asamblea.

Al principio de cada sesión, se pondrán de rodillas ante el altar del que se habló antes, para hacer las oraciones siguientes, que entonará el presidente: *In nomine Patris et Filii et Spiritus sancti. Adoremus patrem et Filium cum Sancto Spiritu. Laudemus et superexaltemus eum in Saecula. Gloria Patri etc. Adoramus te Christe, etc. Veni Creator, etc. Ave Maria gratia*

*plena, etc. Avete omnes sancti Ángeli et omnes sancti, etc. Nos cum Prole pia, etc.*

Al final de cada sesión se dirán las que siguen: *Gloria Patri, etc. Gloria tibi Domine, etc. Sub tuum praesidiuin, etc. Sancti Ángeli et omnes sancti, etc. Benedictum sit, etc.* Luego se irá a las Letanías de la mañana y a las de la noche.

Los domingos y fiestas se celebrará una misa solemne y se cantarán Vísperas, con la asistencia de todos, si es posible.

Al principio de la primera sesión, después de las oraciones, se leerá lo contenido en el capítulo anterior, en éste y el siguiente. Luego el presidente, abrirá la Asamblea con una plática de una media hora, para rogar a los miembros que cumplan con exactitud y se conviertan en ejemplos de piedad en la casa.

Y sobre todo, que se dispongan a recibir las luces y gracias del Espíritu Santo y que se den de todo corazón a nuestro Señor para trabajar en su obra según su santa voluntad.

Para aniquilar en ellos todo lo que pudiera impedirlo, les pedirá adorar a nuestro Señor en su espíritu de penitencia, darse a él para disponerse a una verdadera penitencia, es decir a una profunda humillación, dolor y contrición de sus pecados, ofensas, negligencias y obstáculos que hayan puesto a los designios de Dios sobre la Congregación y hacer lo más pronto una confesión extraordinaria a alguno de los que él designe para entonces.

Después de esto, el mismo presidente y otros tres a los que él haya avisado antes, un Superior y dos inferiores, harán la humillación en el lugar de la Asamblea, ante la imagen de Jesús crucificado, en nombre de toda la Congregación.

Comenzará el Superior y luego uno tras otro, los dos inferiores; luego el presidente, con el cual todos se pondrán de rodillas y mientras él se acusa y humilla públicamente, cada uno hará lo mismo interiormente para pedir perdón a Dios y reparación solemne en nombre de toda la Congregación por todas las ofensas de que ella sea culpable ante su divina Majestad. Luego de lo cual se hará la penitencia que el presidente proponga.

Además, todos los viernes, otros dos, un Superior y un inferior, previamente avisados por el presidente, harán la humillación ordinaria en el lugar de la Asamblea, a las cinco y media de la tarde; y esto terminará la sesión. Todos los días, ocho de los diputados, cada uno a su turno, dirán sus misas para la Asamblea y mientras el oficio eclesiástico lo permita:

La primera, de la santísima Trinidad, a la que debe consagrarse toda sociedad cristiana...

La segunda, del Santísimo Sacramento.

La tercera, del Espíritu Santo.

La cuarta, de la Pasión de nuestro Señor, que será una oblación propiciatoria de Jesucristo a Dios, por nuestras faltas, para que se digne librar a la congregación de todo impedimento a su espíritu y a sus designios sobre ella.

La quinta, del sagrado corazón de la santísima Virgen.

La sexta, de San José y en honor de todos los Santos a los que la congregación profesa devoción especial.

La séptima, de San Gabriel y en honor de todos los santos es guardianes de la Congregación.

La octava, de Difuntos, por todas las almas del Purgatorio, en especial por los difuntos de la Congregación, de sus fundadores y bienhechores.

Todas las noches, al fin de las oraciones, hasta el toque de retirada, se expondrá el Santísimo Sacramento, sobre el altar, en el copón únicamente, y cuatro diputados lo adorarán por turno, con sobrepelliz y le ofrecerán los respetos de toda la Asamblea y pedirán a nuestro Señor las luces y gracias necesarias para cumplir sus santos deseos.

El presidente nombrará un diputado para anotar en un papel que fijará en el lugar de la Asamblea los nombres de los que dirán la misa todos los días y de los que adorarán al Santísimo por la noche.

Los demás diputados lo visitarán en privado una vez al día para pedir luz sobre los temas propuestos, pues es nuestra Arca de la Alianza y el oráculo del Nuevo Testamento y allí Jesús tiene los consejos de Dios para nosotros y allí debemos buscarlos.

todos se postrarán diariamente a los pies de la Madre de Dios que también es nuestra Madre y nuestra Superiora, para ofrecerle la Asamblea y rogarle que la ofrezca a su divino

Esposo, el Espíritu Santo, y pedirle su protección, su bendición y su dirección en todo.

Todos los miembros tomarán en cuenta que el lugar de la Asamblea debe ser para ellos como un cenáculo, donde Jesús los mira desde el seno de su padre, con ojos de amor para llenarlos de su Espíritu y sus dones.

Y que su reunión es como un Pentecostés, en que deben recibir la gracia que ilumina y perfecciona toda la Congregación.

Que este lugar y este tiempo deben ser de recogimiento, de oración, de culto a Dios, de adhesión a Jesús, de unión a su santa Madre y a sus discípulos, de negación de sí mismos, de renunciamiento a su propio criterio, para dar lugar al de Jesús, que debe santificar la Congregación.

Cuidarán de no decidirse nunca, de tal modo, antes de la Asamblea, sobre los asuntos que se van a proponer, que no estén dispuestos a cambiar de parecer en la Asamblea; que esto sería fiarse demasiado de su propio criterio y de su propio sentir y no sería depender suficientemente de Jesús en esta acción, como debemos depender de él en todo momento. También evitarán los entendimientos y coaliciones en que los espíritus se podrían enredar.

Todos, al entrar al lugar de la Asamblea, elevarán su corazón a Dios, reverenciarán y adorarán a Jesús presente en medio de ella y presidiéndola, ya que están reunidos en su nombre.

Renunciarán a su propio criterio y a toda acción y promesa hecha al que sea, y se darán a Jesús y a su divino Espíritu.

No deliberarán sobre los temas propuestos sin antes elevarse a ese divino Espíritu, preguntarle lo que deben decir, dándose a él para dirigirse por él.

Sobre todo, evitarán apegarse a su propio sentir y al espíritu de discusión y de vanidad, que quiere aparentar y deslumbrar y estar por encima de los demás; y hablarán sin rudeza y sin elevar la voz, sino con suavidad, cortesía y humildad.

Y para inculcar y grabar este artículo tan importante en el corazón de todos, al empezar cada sesión, después de las oraciones y ya todos sentados, el Secretario pronunciará estas palabras con compostura y en alta voz:” Nada por discusión y vanagloria, sino hacer todo con humildad y caridad, para gloria de Dios y en nombre de nuestro Señor Jesucristo”.

## **CAPITULO VIII**

### **EL PODER DE LA ASAMBLEA. DELIBERACIONES. CLAUSURA.**

La potestad de elegir al Superior general reside únicamente en la Asamblea general debidamente convocada; y esta elección será como se prescribe a continuación.

La Asamblea cambiará los tres Asistentes del mismo Superior, por una nueva elección o los confirmará, si juzga conveniente, por Una sola vez, es decir por otros tres años.

Pero, sea que se confirmen o se elijan, prestarán el juramento del que se hablará a continuación, en el capítulo 3° de la 11ª parte.

La misma Asamblea distribuirá las casas de la Congregación entre los Asistentes, para que cada casa recurra en sus necesidades y en sus problemas al que se le haya asignado y que él se esmere en tratarlos con el Superior para procurar su remedio.

En la última sesión, la Asamblea elegirá un Secretario de la Congregación para escribir y firmar las resoluciones del Consejo, que estará compuesto por el mismo Superior y sus tres Asistentes. Este Secretario puede ser el mismo de la Asamblea si no hay impedimento.

Aunque el Superior solo, tenga el poder de escoger los Superiores locales, como también cambiarlos cuando lo juzgue conveniente, sin embargo, la Asamblea general puede por derecho, disponer de dichos Superiores con conocimiento de causa y ordenar que sean cambiados o liberados o aún destituidos, si llega el caso, por las quejas o motivos que juzgue razonables.

Aunque el Superior general pueda, además de las reglas señaladas, dar otras órdenes y otros reglamentos por algún tiempo y que se esté obligados a cumplirlos en lo que no sea claramente pecado, serán propuestos, sin embargo, en la próxima Asamblea, la cual podrá admitirlos para siempre, o revocarlos, si lo juzga conveniente.

Como la experiencia enseña muchas cosas y que hay observancias que son útiles en ciertos tiempos y lugares, y perjudiciales en otros, y que el Espíritu Santo mismo, que gobierna la Iglesia, da reglas diferentes según la diversidad de los lugares, tiempos y necesidades, también la Asamblea podrá cambiar, disminuir y ampliar las reglas y constituciones escritas para la dirección de la Congregación.

Pero no podrá cambiar lo que toca con las cosas interiores y espirituales, la práctica de las virtudes y el progreso de la perfección, de las cuales nada podrá cambiar, sino para hacerlas más rigurosas; únicamente las que se relacionan con lo exterior y temporal, lo que no hará sin embargo fácilmente, ni por motivos leves, sino únicamente por consideraciones importantes y donde ella vea claramente una mayor gloria de Dios.

Para esto y por dichos motivos, una Asamblea podrá cambiar o revocar lo que haya hecho otra, después de examinar y encomendar a Dios el asunto.

Las materias que se tratarán en las Asambleas generales serán: Los medios para alcanzar el aumento de la gloria de Dios y la salvación de las almas, en la Congregación y por la Congregación. Ponerla y mantenerla en estado de servir mucho a Dios y a la Iglesia.

Hacer cumplir todas las reglas y en general todo lo que incumba al bien espiritual y al corporal de la Congregación, pero



principalmente a lo que concierne a lo espiritual y a la perfección.

En cada sesión, se leerán uno o dos capítulos de las Reglas, las más necesarias, a juicio del presidente y de los tres Consultores, quienes verán y escogerán antes las que se vayan a leer, de las que nunca se omitirán las del “Oficio del Superior de la Congregación y de los Superiores locales”.

En seguida, cada uno dirá las cosas en que más se falle, para que se encuentren los medios de remediarlas.

El que preside recogerá los votos y los conceptos de cada uno, comenzando con los más antiguos, que estarán en los primeros lugares y terminando por los más jóvenes. Y todos podrán cambiar su concepto cuando vean con más claridad el asunto propuesto.

Procurarán no interrumpir ni perturbar a los que exponen Su concepto, sino que lo escucharán con paciencia y tranquilidad y si después de decir lo suyo tienen algo que agregar, no hablarán sin pedir la palabra.

También procurarán no decir nada que hiera la caridad ni que desprecie el sentimiento de los demás, sino que cada uno dirá simple y modestamente lo que crea que es lo mejor.

En todas las deliberaciones, cada uno debe renunciar completamente a sus propios intereses, inclinaciones y satisfacciones particulares para propender siempre al bien universal y a lo que sea para mayor gloria de Dios, que es el

único objeto al que nuestros ojos y nuestros corazones deben unirse sinceramente, Si queremos agradar a su divina Majestad.

Si algún tema, después de reflexionar en él y analizarlo, no se ve suficientemente claro para sacar una conclusión cierta, se escogerán, por asentimiento general de la Asamblea, cuatro de los antiguos, juntamente con el presidente, y todos prometerán adherir a lo que los cinco dictaminen por mayoría de votos, y lo recibirán como de la mano de Dios.

En la última sesión, el Secretario leerá en voz alta las actas de la Asamblea y entonces, se permitirá a todos exponer lo que a bien tengan, luego de lo cual, el Secretario escribirá lo que sigue:

“Se han leído literalmente las presentes actas ante todos los miembros de la Asamblea, quienes, habiéndolas oído y considerado, han quedado satisfechos.

En seguida de lo cual, la Asamblea concluye y se termina, con la presencia y opinión de todos los diputados que han asistido desde el principio hasta el fin y se nombrarán en seguida:

Los nombres de los diputados a la Asamblea, según el orden que se guardó son: N. Superior de la Congregación, N. etc. N. etc. N. etc.

Todos los cuales, de común acuerdo, han firmado las presentes actas, tanto por sí, como por toda la Congregación que ellos representan y postrándose a los pies del Hijo de Dios, se dan a

él para cumplir todos su santa voluntad sobre esta su familia que le está consagrada para siempre y a su santísima Madre.”

Al fin de esta última sesión, el Superior de la Congregación recomendará a todos los diputados, en especial a los Superiores locales, regresar con un gran deseo de renovar en sus casas, por SU ejemplo y toda clase de medios, el espíritu de gracia, de piedad, de amor a Dios, de devoción a nuestro Señor Jesús y a su santísima Madre, de sumisión y obediencia, de caridad fraterna, de humildad, de celo por la salvación de las almas.

Y pedirá también sometimiento a las reglas de la Congregación y a todo lo ordenado por la Asamblea, lo cual se enviará a todas las casas, excepto lo que se refiere a una sola casa, a la cual bastará dirigirlo, y mucho más lo que se refiere a una persona en particular, que debe quedar en secreto.

Después de esto, hechas las oraciones ordinarias, el Superior de la Congregación irá a la puerta para besar los pies de todos los diputados, cuando pasen.

Luego de tomar la sobrepelliz, irán al coro, donde, retirando el Santísimo Sacramento del sagrario, se expondrá en el copón sobre el altar y los cuadernos de las actas de la Asamblea, puestos sobre un cojín, al pie del altar, para presentarlos a nuestro Señor y a su santa Madre; se cantará el Te Deum, las letanías de nuestra Señora y el *Pange lingua*. etc.

Después de lo cual, se dirá la oración de la santísima Trinidad, *Pro gratiarum actione*, del Santísimo Sacramento, del sagrado

Corazón de la santa Virgen, de todos los Santos: Concede *quaesumus*, de los Santos es, por la Iglesia: *Ecclesiae et pro Congregatione: Defende quaesumus*.

Finalmente, se cantará el Alleluia fuera de la Cuaresma, como es costumbre al fin de las misiones; después se dirá: *Sub tuum praesidium, etc. Benedictum sit, etc. Nos cum Prole pia etc.* Esta adición, hasta el fin del capítulo, es todo de la mano del P. Eudes):

“NOTA: Todas las Constituciones precedentes, que se refieren a la Asamblea general, no pueden observarse sino cuando Dios quiera multiplicar y fortificar más la Congregación.

En atención a esto, las Asambleas generales se convocarán por el Superior general y sólo estarán compuestas por el mismo Superior, su Vicario y sus Asistentes, por otros, en pequeño número, que el Superior general juzgue conveniente llamar y por los Superiores locales.

Para tener lugar en la Asamblea se debe tener siete años cumplidos en la Congregación y cinco años de sacerdocio.

Si hay que hacer alguna elección en la Asamblea, y los llamados no pueden venir, enviarán sus votos por escrito, como ya se dijo.

Si hay que elegir Superior general o su Vicario general, se leerán con cuidado las cualidades que deben tener, para no votar por los que no tengan, al menos, la mayor parte de las principales y más necesarias, que se anotarán en la parte 11ª cap. I. No debe

dejar de hacer el juramento que está hacia el fin del capítulo 3° de la parte 11°.

## **UNDÉCIMA PARTE EL SUPERIOR DE LA CONGREGACIÓN.**

### **CAPITULO I.**

#### **CUALIDADES DEL SUPERIOR GENERAL.**

El primero y soberano Superior de la Congregación es nuestro Señor Jesús con su santa Madre, como ya se ha dicho.

Después de él, la Congregación honra a nuestro santo Padre el Papa y a los ilustrísimos señores obispos de las diócesis en que está establecida y donde ejerce sus funciones eclesiásticas, de los que ella depende por entero, como de Jesús, cuyo puesto ocupan y a quienes sus hijos deben rendir particular respeto y perfecta sumisión y obediencia.

Es necesario pues, que tenga un Superior que, bajo la dependencia y autoridad de los señores obispos, la atienda, para gobernar, mantener y aumentar el cuerpo de la Congregación; para conservar la unión y la uniformidad de todas las casas, las que no subsistirían en la separación; para remediar los desórdenes que sólo podría impedirlos un poder como el suyo.

NOTA “En la época del P. Eudes, las diversas casas de una misma Orden eran ordinariamente independientes. Cada una tenía su vida y su administración propias. Este es el régimen que el P. Eudes estableció en la Orden de Nuestra Señora de la

Caridad; pero creyó con razón que la Congregación de Jesús y María no podría mantenerse con ese régimen y por eso la sometió a un Superior general. Hoy, aún entre comunidades de mujeres el régimen de la separación está desueto y nos sorprende que el P. Eudes hubiera creído su deber mencionarlo en las Constituciones, aún para descartarlo.”

Y el Superior cuidará también de mantener la concordia y la paz entre los miembros de la Congregación; de vigilar el cumplimiento de sus reglas y hacer que la rija y la anime un mismo espíritu, las mismas Constituciones, un mismo proceder y que tengan un solo corazón y una sola alma.

Y que, si todas sus casas son como una sola cosa y un solo cuerpo, tenga más semejanza con la santa Iglesia de Dios, más fuerza para trabajar eficazmente para la gloria de su divina Majestad y la salvación de las almas, y pueda proporcionar a los señores obispos buenos sacerdotes que sean útiles a sus diócesis.

Como la Congregación es un cuerpo eclesiástico, que, por consiguiente debe en lo posible, ser regulado como la Iglesia, en la que los cargos pastorales son a perpetuidad, también el del Superior legítimamente elegido será vitalicio, porque es necesaria, para ejercer bien este cargo, una larga experiencia en el gobierno y gran conocimiento de los gobernados, de gran autoridad, la que es más fuerte en el superiorato vitalicio que en el temporal.

Y por este medio se evitarán grandes inconvenientes que traen de ordinario los cambios demasiado frecuentes en un superiorato tan importante y que, alargando el intervalo de esta elección, la ambición, que es la fuente de una infinidad de maldiciones, no causará el mal que haría si la ocasión fuera más frecuente.

Hay que agregar que es mucho más fácil encontrar un hombre adecuado para este cargo, que encontrar varios, lo que sería necesario si hubiera que cambiar con frecuencia.

Es verdad que también puede haber inconvenientes en un superiorato vitalicio, pero se remediarán con los medios que se describirán en el capítulo quinto de esta parte.

Cualidades que debe tener el elegido para este cargo:

La primera y más necesaria es el espíritu de piedad y de oración, por el que pueda comunicarse con Dios para alcanzar sus luces y las gracias necesarias para ejercer dignamente las funciones de tal cargo.

La segunda es que su vida y su conversación sean una regla viva y ejemplo de virtudes, de modo que todo en él sea edificante, tanto para los de la Congregación, como para los externos.

Debe estar lleno de un celo ardiente por la gloria de Dios, de una singular devoción a nuestro Señor Jesús y a su santa Madre, de un particular amor a la Congregación, humildad, caridad, suavidad y benignidad que lo hagan amable a Dios y a los hombres, y gran generosidad y magnanimidad.



La tercera es que esté dotado de un espíritu vigoroso, juicio excelente, gran prudencia y discreción; ejercitado y experimentado en las cosas espirituales e interiores, para saber dar los consejos y remedios convenientes a las necesidades espirituales de gran número de caracteres diferentes que tendrá que gobernar.

Conducirse con discreción en el manejo de los varios asuntos que pasarán por sus manos y en la comunicación que estará obligado a tener con gran número de personas, tanto dentro como fuera de la Congregación.

La cuarta, que sea generoso para emprender las cosas que corresponden a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, especialmente en la Congregación; que sea vigilante, cuidadoso y diligente para conducir las a su fin para que no permanezcan imperfectas por su negligencia y descuido.

Además de esto, necesita una ciencia sólida el que debe gobernar a aquellos de los que dijo el Espíritu Santo: “Pues los labios del sacerdote guardan la ciencia y la Ley se busca en su boca.” (Mal .2.7)

Pero la piedad y la prudencia son mucho más necesarias. Por esto, el que tenga más virtud que ciencia será preferido al que sea más sabio que piadoso y prudente. También debe tener salud, buen porte exterior, aprecio y reputación, que lo hagan digno del respeto y afecto de los de la Congregación y de los externos.

No podrá ser elegido Superior de la Congregación el que tenga menos de treinta años cumplidos, siete de incorporado y cinco de sacerdocio. Tampoco el que por su edad avanzada no tenga ya las fuerzas necesarias para soportar las fatigas de su cargo.

Finalmente, debe preferirse al que tenga en grado excelente estas cuatro cualidades, probidad, ciencia suficiente, prudencia y amor a la Congregación.

## **CAPITULO II**

### **ELECCIÓN DEL SUPERIOR DE LA CONGREGACIÓN**

La elección del Superior de la congregación pertenece a la Asamblea general debidamente convocada y para ello, el que preside, después de hacer leer ante los diputados, las reglas de la Asamblea general, el capítulo anterior y el siguiente, les hará una alocución para mostrarles la importancia de esta acción, de la cual depende la estabilidad o la ruina de la Congregación y las razones que los obligan, bajo pena de un grave crimen, a dar su voto por el que sepan que tiene las cualidades señaladas en el capítulo anterior.

Después de esto y antes de proceder a la elección, tendrán tres días de oración y ejercicios de piedad (cuyo tercer día, que será la víspera de la elección, será de ayuno en toda la Congregación) para alcanzar de nuestro Señor y de su santa Madre, que escojan al que les agrade más para este cargo, y para considerar en oración, delante de ellos, cual creerían en

conciencia que ellos escogerían si estuvieran visiblemente en su puesto.

Durante estos tres días, no se reunirán ni harán pacto con nadie, ni se comprometerán con nadie, pues serían criminales ante Dios, porque sería poner un impedimento formal a la luz y a la inspiración que deben esperar del Espíritu Santo.

Sin embargo, podrán informarse de las cualidades de los principales de la Congregación (si no las conocen suficientemente) de los que pueden hablar con certeza, sinceramente y sin estar prevenidos por algún afecto particular.

No se aferrarán a ningún pensamiento y no tomarán alguna determinación para sí, en lo tocante al que querrán elegir, sino después del *Veni Creator* y las demás oraciones que harán en el lugar de la elección.

El que durante estos tres días tenga conocimiento de que alguno habría intrigado o intrigaría este cargo, directa o indirectamente, por sí o por otro, o que tenga deseo de hacerlo, estará obligado, bajo pena de hacerse culpable del mismo crimen, a informar al que preside o a uno de los más antiguos de la Congregación.

El que sea convicto de una ambición tan detestable ante Dios y tan perniciosa a la Congregación, que no quede lugar a duda, será privado de todo voto activo y pasivo, expulsado de la Asamblea y declarado inhábil e incapacitado para volver a ésta ni a ninguna otra, ni tener ningún cargo en la Congregación.

Si después de esto, no demuestra un gran arrepentimiento de su falta y no haga, en penitencia, actos de profunda humildad, se le expulsará de la Congregación.

Si la convicción no es evidente, sino sólo conjeturas muy probables de la verdad del crimen, aunque no quede del todo comprobado, será por lo menos privado de voto pasivo y activo.

Si hay alguna ligera sospecha y conjeturas no fundadas y alejadas de toda probabilidad, no se divulgará ni se permitirá que el sospechoso reciba algún perjuicio, ni en su reputación ni en nada. El presidente y los tres más antiguos juzgarán estas cosas.

Si el que preside la Asamblea o alguno de los primeros de la Congregación fuera acusado de esta abominación, el asunto lo juzgarán cuatro de los más antiguos, excluyendo al acusado, y aquél de los cuatro que esté informado llamará a los otros tres para analizar y juzgar.

El día de la elección, que seguirá a los tres días de retiro, el presidente de la Asamblea u otro nombrado por él celebrará en la mañana una misa rezada del Espíritu Santo y la ayudarán dos diputados; los demás asistirán con espíritu de oración, con sobrepelliz y comulgarán al final, en lugar de decir la misa, para tener más tiempo y reunir sus espíritus y sus corazones en el Espíritu Santo y en el corazón adorable de nuestro Señor Jesús y de su divina Madre.

Media hora después de esta misa, al sonar la campana, todos los diputados estarán en el lugar de la Asamblea, donde uno de ellos, informado previamente por el presidente hará una breve alocución para excitarlos a elegir al que crean en conciencia que elegirían Nuestro Señor y su santa Madre si estuvieran visibles en su lugar.

Pero se cuidará de decir que señala a nadie en especial.

Luego, todos se pondrán de rodillas ante el altar para decir las oraciones señaladas en el capítulo de las reglas de la Asamblea general.

Si sucediere que todos, por una misma inspiración, llegaran en la forma ordinaria de elección por sufragio, a elegir a alguno por consenso, ése será el Superior general, pues el orden y la forma de elección será muy bien suplida con el Espíritu Santo que los empujó a tener esta suerte.

Cuando la elección no se haga de esta manera, se la hará por escrutinio, como lo diremos.

Antes de la elección, se nombrará un Secretario de la Asamblea y otro que esté con él y con el Presidente, al abrir los sobres de los sufragios, como lo diremos también.

Para proceder a la misma elección por escrutinio, se observará lo siguiente:

Después de las oraciones públicas, todos permanecerán algún tiempo de rodillas, rogarán en privado a Dios y pedirán la

asistencia de la santa Virgen, de San José, de los santos es y de todos los Santos para alcanzar de nuestro Señor la gracia de conocer y seguir su adorable voluntad.

Después de renunciar a su propio criterio y de darse totalmente al Espíritu Santo, cada uno escribirá en una tarjeta sin hablar a nadie, el nombre del que él quiera elegir, poniendo su nombre y su firma debajo.

El Presidente con el Secretario de la Asamblea y el tercero nombrado para esto, se levantarán de su puesto e irán a postrarse de rodillas, uno después del otro, ante el altar para hacer el Juramento que todos harán después, como se indicará, levantándose, se sentarán a una mesa colocada a la derecha del altar y pondrán sus tres votos en una urna que estará abierta sobre la mesa.

Los demás, comenzando por los antiguos, harán lo mismo uno tras otro y de rodillas, con las dos manos sobre los santos Evangelios, jurarán en la forma descrita y que cada uno pronunciará suficientemente alto para ser oído por todos:

*“Testeni invoco cum omni reverentia Jesum Christum, qui est sapientia aeterna, quod ego N. illum eligo et nomino in Superiori generalem congregationis Jesu et Mariae, quem sentio ad hoc onus ferendum esse optissimum”.*

Hecho este juramento, cada uno pondrá su voto en la urna y se retirará a su puesto.

Cuando todos hayan hecho esto, el Presidente y el Secretario tomarán la urna, sacarán los votos y los pondrán sobre la mesa, los contarán delante de todos, para ver si corresponden al número de los electores.

Luego los abrirán y leerán en voz alta uno por uno; el que tenga más votos será el Superior general, sin que le sea permitido ni rechazar ni excusarse ni decir vanas promesas. Si ninguno alcanza la mayoría de los votos, se hará una nueva votación.

Luego de la promulgación del elegido Superior de la Congregación, a nadie se le permitirá cambiar su voto ni que se haga nueva elección; cualquiera que sea el autor de tal cisma, será considerado, detestado y tratado como el mayor enemigo y el destructor de la Congregación, que la quiere arruinar y trastornar totalmente.

Hecha la elección, se quemarán los votos y los que hayan presenciado la apertura, están obligados en conciencia y bajo pena de pecado grave a guardar el secreto.

### **CAPITULO III.**

#### **DECLARACIONES DEL SUPERIOR DE LA CONGREGACIÓN. SU AYUDANTE. LOS ASISTENTES.**

Elegido el Superior de la Congregación, está obligado primeramente a presentarse al Ilustrísimo señor Obispo de

Bayeux, o en su ausencia, a su Vicario general, para presentarle su respeto y su obediencia.

A su regreso, todos los miembros de la Asamblea, con los de la casa donde se celebra, irán juntos, ante el Santísimo Sacramento, en el momento señalado, en que se puedan cerrar las puertas de la iglesia y allí, el Superior elegido pone las llaves de la casa sobre las gradas del altar, como queriéndolas poner a los pies de nuestro Señor y de su santa Madre y hará leer este capítulo y las dos promesas siguientes.

Luego, de rodillas en medio del altar y cerca de las gradas, con la Congregación también de rodillas hará estas declaraciones y todos la harán de corazón con él y él solo las leerá en voz alta de un papel o de un libro que tendrá impreso lo siguiente.

### **PROMESA A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.**

Oh Señor Jesús, henos aquí postrados a los pies de tu divina Majestad, con todo el respeto y sumisión posible, tanto por nosotros como por todos nuestros hermanos ausentes; te adoramos como el primer Superior y verdadero Padre de esta Congregación, dándote gracias infinitas por haberla establecido en la Iglesia y por haberte dignado tomarla bajo tu protección y dirección especial y ponerla bajo la protección y dirección de nuestra santa Madre.

Te pedimos perdón desde lo más profundo de nuestros corazones por todas las ofensas que hemos cometido contra ti,



con una firme resolución de serte más fieles en adelante. Y te declaramos por nosotros y por los que nos sucederán que no queremos ser, ni vivir, ni decir, ni pensar ni hacer cualquier cosa que sea, sino bajo tu autoridad y dirección.

Y yo, N. reconozco a la faz del cielo y de la tierra, que soy infinitamente indigno, no solamente de hacer cualquier oficio en esta Congregación, sino aun que me tolere en ella un solo momento.

Y ya que te place, Salvador mío, que ejerza el cargo que me has impuesto, por la santa obediencia, yo adoro tu santa Voluntad y me someto por entero a sus órdenes en honor y unión de la resignación perfecta, con la que has aceptado el encargo oneroso que tu Padre te dio cuando te estableció como Cabeza y Superior de tu Iglesia.

Pero como decidiste que yo reciba esta pesada cruz, confío en tu inmensa bondad, que me ayudarás a llevarla: declaro que te reconoceré y honraré siempre, como al verdadero y legitimo Superior de esta Congregación y que yo aspire a ser en este cargo una nada que tú llenarás de ti mismo, Dios mío, por tu infinita misericordia.

Declaro también que deseo que todo lo que haga sea en tu nombre, según tus intenciones y con la dirección de tu espíritu.

-

Y que mediante tu gracia, deseo emplearme con toda mi capacidad en cumplir y hacer cumplir todas sus Reglas y

Constituciones, para establecer por este medio el reino de tu santa voluntad.

Para esto, yo renuncio de todo corazón y por siempre a mi propio criterio y a todo lo mío y me doy por entero a ti y a tu divino Espíritu; suplicándote, Jesús mío, que me aniquiles y te establezcas en mi, para que rijas y gobiernes tú mismo esta familia, según tu beneplácito.

### **PROMESA A LA SANTÍSIMA VIRGEN.**

Preciosísima Virgen, Madre admirable, la Amada de Dios, dignísima Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, Templo de la Divinidad, Tesorera de la Santísima Trinidad, que tienes en tus manos todos los tesoros de Dios, para distribuirlos a los pobres, y a quien él ha dado poder absoluto sobre todas las criaturas, Reina del cielo y de la tierra, Refugio de los pecadores, Alegría y Consuelo de los que en ti esperan.

Henos aquí postrados a los pies de tu sagrada Majestad, para saludarte y honrarte como la verdadera Madre y Superiora de nuestra Congregación; darte gracias, de todo corazón, por todos los favores que nos has hecho, para pedirte perdón por nuestras ingratitudes, con una firme voluntad de servirte más fielmente en adelante y para renovarte la devoción y consagración que te hemos hecho de esta familia que desea ser tuya de todas maneras.

En presencia de la santísima Trinidad, te reiteramos la promesa que te hemos hecho de tenerte y honrarte como nuestra soberana Señora y dignísima Madre y de someternos en todo y por siempre a tu poder, autoridad y dirección.

Oh divina Madre, te suplicamos por tu amabilísimo corazón, nos mires y nos trates a todos y cada uno, como cosa totalmente tuya y dispongas soberanamente de todo lo que somos, pongas esta Congregación bajo tu protección y dirección especial; ruegues a tu Hijo que con su bondad todo poderosa, tome plena posesión de ella para regirla como le plazca y establezca para siempre su adorabilísima voluntad.

San José, San Gabriel, San Juan Evangelista, santos Apóstoles, santos Mártires, santos Sacerdotes y Levitas, santas Vírgenes, santos Inocentes y todos los Santos y Santas de Jesús, ofrecednos a él y a su santa Madre por todas estas intenciones y rogadle que nos dé su santa bendición.

Aquí toda la Comunidad dirá estas palabras: *Amen, Amen, Fiat, Fiat, O Domine Jesu, per gratiam tuam et propter gloriam Nominis tui et sanctissimae Matris tuae.*”

El Superior agrega: *Nos cum Prole pia, etc.*

Luego besa la tierra y todos con él, en señal de respeto, de homenaje y sumisión a nuestro Señor y a nuestra Señora, como al Superior y la Superiora de la Congregación, cuyas imágenes estarán siempre en el coro y en el comedor sobre el lugar del Superior.

Debajo de estas imágenes habrá esta inscripción en letras gruesas:

***ECCE DOMINATRIX POTENTISSIMA;  
ECCE PROTECTIO NOSTRA;  
ECCE MATER ET CONGREGATIONIS NOSTRAE  
PROPUGNACULUM.  
IN TE SPES NOSTRA RECUMBIT.***

Luego se cantará el Te Deum y al terminarlo, todos se sentarán y el Superior les recomendará breve y fervientemente renovarse en el espíritu de nuestro Señor y darse firmemente a él, para servirle “*Corde Magno et Animo Volenti*” según las órdenes de la Congregación.

En seguida escogerá un ayudante o Monitor, que tendrá el encargo de representarlo en sus ausencias y al cual todos los miembros de la Congregación se dirigirán para pedirle que les ayude y aconseje cuando tengan que ayudar y aconsejar a otros.

Para esto, manifestará delante de todos a quién escoge como ayudante o Monitor, pidiéndoles a todos y en especial al elegido, que le hagan este oficio de caridad con sinceridad, fidelidad y confianza, por amor a nuestro Señor.

Hecho esto, todos los presentes vendrán a él, uno tras otro, para recibir la bendición de nuestro Señor y su santa Madre, él

los abrazará diciendo a cada uno: Nos cian Prole pia benedicat Virgo Maria.

Después se anotará su nombre en el libro que contiene los nombres de los Superiores de la Congregación, así: Hoy ...del mes de ...del año...~., sacerdote de la Congregación de Jesús y Maria, elegido por la Asamblea general de la misma Congregación, debidamente convocada y celebrada en esta casa de N., para ser su Superior general.

Después de presentarle al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo de Bayeux (o a su Vicario general) sus respetos y su obediencia, y de hacer las promesas de costumbre a nuestro Señor y a su santa Madre, ha sido recibido y reconocido por toda la Congregación en Asamblea, como su legítimo Superior general.

En testimonio de lo cual firma aquí y todos los diputados con él.

Al otro día comerán con la Comunidad tres pobres en honor de Jesús, Maria y José, a los que previamente se habrá invitado y preparado para confesarse y comulgar; el Superior elegido les servirá con todo respeto.

Después de esto, la Asamblea elegirá tres Asistentes, que deben ser tres hombres ejemplares, discretos y con muchísimo amor a la Congregación, para asistir y ayudar al Superior en la administración de su cargo.

Luego elegirá también al Secretario de la Congregación; pero se puede dejar al superior la libertad de escogerlo, si se juzga conveniente.

Elegidos los Asistentes, jurarán sobre los santos Evangelios, que si sucediere (Dios no lo quiera) que el Superior cayera en alguno de los crímenes de los que se hablará en el capítulo V de esta 11ª parte, convocarán la Asamblea general para deliberar sobre lo que se deba hacer.

Terminado todo lo concerniente a las elecciones, se elegirán tres Consultores, como se acostumbra hacer al principio de las Asambleas generales, cuando no se trata de elegir Superior de la Congregación.

Luego se tratarán los otros asuntos que se deban tratar en las Asambleas del modo ya dicho en las reglas de las Asambleas y ésta se terminará como queda señalado.

## **CAPITULO IV.**

### **DEPENDENCIA DEL SUPERIOR A LOS OBISPOS. SU PODER EN LA CONGREGACIÓN.**

El Superior de la Congregación está bajo la autoridad y dependencia de los obispos, como los demás sacerdotes de las diócesis de su jurisdicción y ellos tendrán sobre él los mismos derechos que sobre los demás.

Tendrá la total administración de la Congregación, con la autoridad y poderes que se describirán, para gobernarla y conservarla para que pueda prestar un mejor servicio a Dios y a su Iglesia.

No se establecerán nuevas casas sin su licencia escrita. Y a nadie se recibirá en la Congregación ni a la Probación, ni a la incorporación sin su permiso expreso.

Tampoco se despedirá a nadie ya admitido, sino por su orden expresa y manifiesta, salvo en casos extraordinarios, en que la dilación sería peligrosa y en que la Congregación podría caer en escándalo, pues entonces los Superiores locales o en su defecto sus Asistentes, después de deliberar con los más antiguos y prudentes de la Comunidad podrán hacer lo que crean conveniente, según las intenciones del Superior general, después de haberle escrito.

Cuando juzgue necesario podrá nombrar un Vicario, en comisión temporal, que lo reemplazará en el Consejo de la Congregación y en todas partes. Sin embargo solamente tendrá un voto, y el Superior general podrá cambiarlo cuando juzgue conveniente, sin que esté obligado a decirle el motivo.

En las deliberaciones para nuevos establecimientos, fundaciones, construcciones, compra de casas o terrenos, contraer deudas y otras cosas temporales, sus tres Asistentes tendrán voto decisivo con él.

Pero para las cosas espirituales exteriores, como de prevención, reglamentos y cosas semejantes, tendrán únicamente voto consultivo; es decir, que aunque nunca debe menospreciar sus conceptos y apreciarlos siempre mucho, no estará obligado a seguirlos, si no lo juzga conveniente.

En caso de paridad de opiniones, predominará la del Superior. Pues aunque sea bueno limitar su poder en las cosas temporales, conviene darle más para las espirituales, que se relacionan con la dirección interior de los espíritus, y su progreso en los caminos de la gracia y de la perfección.

(El P. de Condren ya había admitido el principio enunciado aquí por el P. Eudes. “El P. de Condren, dice el P. Cloyseault, tomó una resolución notable con relación a su persona: Se le daría al general una gran autoridad espiritual y una muy pequeña temporal. No parece, decía él, que abuse de la primera, pero podría muy bien hacerlo de la segunda.” (Generalatos de los PP. de Bérulle y de Condren, p.24l. Paris 1.888).

En caso de muerte o ausencia prolongada de uno de los Asistentes, los otros dos nombrarán dos, para escoger uno que desempeñe el cargo hasta la próxima Asamblea. Si Dios quisiera llamar dos o aún a los tres, durante su administración, escogerá otros dos o tres que lo asistirán hasta la próxima Asamblea. Pero no debe alejarlos de sí, sin gran motivo o necesidad.

Debe escoger y nombrar los Superiores locales, que no podrán ser recibidos ni reconocidos, sino por su orden expresa; entre los cuales habiendo elegido y nombrado a los de las casas de



Coutances, de Rennes y de Rouen, se presentarán a los Señores obispos de estas diócesis, para ser confirmados por ellos o por sus Vicarios generales porque así dicen las cartas de fundación de estas casas.

También puede cambiar y exonerar a los Superiores de todas las casas, cuando juzgue necesario o conveniente para el bien de la Congregación.

También puede dar dos Asistentes y un Monitor a cada Superior local; y nombrar al Director de la casa de probación, los Prefectos de los Seminarios y del Colegio, los Ecónomos de cada casa y cambiar todos estos funcionarios cuando juzgue conveniente, después de comunicarse verbalmente o por escrito con los Superiores locales, cuya opinión debe considerar, sin que esté obligado a seguirla, si no lo juzga conveniente.

Asignará a la casa o a las casas de la Congregación las cosas que les sean dadas por los miembros de la Congregación, según las necesidades de las casas y mirando primordialmente el mayor bien de la Congregación.

Aunque los Superiores puedan a veces, por causas razonables, permitir a alguien ir a otra casa por poco tiempo y con el consentimiento del Superior de esa casa, es el Superior general el que dispone la residencia de los miembros de la Congregación y cambiarlos cuando lo juzgue conveniente.

Cuidará que haya en cada casa alguien versado en los casos de conciencia para que pueda resolver las dificultades que se presenten, tanto en la casa como afuera.

Nadie, sea superior o inferior, puede comprometerse en un empleo ni comisión importante, en cosas temporales ni espirituales, sin su permiso; ni se dedicará a confesar ni predicar, sin haber sido examinado y hallado apto por los que él comisione para esto.

Nadie hará imprimir libros sin su permiso, el que sólo les dará después de hacer ver y examinar de personas inteligentes, el tema que tratan.

Es su deber convocar la Asamblea general, en la forma ya descrita. Podrá corregir e imponer las penitencias que su prudencia y su caridad juzguen convenientes para la satisfacción de las faltas que se cometan, en relación a la calidad y disposición de los espíritus.

Como le corresponde cuidar el cumplimiento de las Reglas y las Constituciones, puede también dar dispensas cuando la necesidad, o la caridad o la consideración de un mayor bien lo demanden.

Pero esto sólo lo hará con gran circunspección, después de pedir las luces del Espíritu Santo, mirando los lugares, los tiempos, las personas y las circunstancias de las cosas; mirando siempre la intención de los que hicieron las Reglas, y la finalidad

de éstas, que es sólo la mayor gloria de Dios y el bien de los que se han consagrado a su servicio en la Congregación.

Cuando juzgue conveniente para la gloria de Dios, podrá comunicar todo o parte de su poder, en 4<sup>to</sup> o en los puntos precedentes, a los que sepa que tienen las cualidades requeridas para usarlas como se debe.

Si llegare a morir o a quedar en estado de incapacidad para gobernar la Congregación, ésta se regirá hasta que se elija otro después de su muerte, por el que haya nombrado en vida si se encuentra algo escrito y firmado de su puño y letra.

En caso de que no lo haya previsto así, la regirá el primer Asistente, con el concepto y el consejo de los otros, que tendrán voto decisivo con él en todo, y sólo tendrá un voto en las deliberaciones, como uno de ellos.

## **CAPITULO V**

### **PODER DE LA CONGREGACIÓN SOBRE EL SUPERIOR GENERAL**

Para impedir que el Superior general abuse de su poder y evitar los inconvenientes que podría traer la perpetuidad de su cargo, la Congregación tendrá poder sobre él en cuatro cosas, en las que estará obligado a someterse a su autoridad y a cumplir sus órdenes.

La primera se relaciona con su exterior, como su vida, su vestido y lo concerniente a la salud corporal, en lo cual estará obligado

a conducirse, no según su voluntad, sino según la de la Congregación o mejor, de Dios, que le será manifestada por sus Asistentes.

La segunda mira al alma y al interior, para lo cual estará obligado a recibir con humildad y mansedumbre y sin demostrar nunca ningún resentimiento, las advertencias que le hagan por las faltas que cometa, tanto en su conducta particular, como en la administración de su cargo, sea el Confesor o uno de los Asistentes O el Monitor que escogió después de su elección.

La tercera es que si el Superior tuviera gran descuido y flojedad en las cosas importantes de su oficio, sea por enfermedad corporal u otro achaque considerable y no se viera esperanza de mejoría y que trajera apreciable perjuicio a la Congregación, habría que nombrar un vicario que desempeñe su cargo; si él no lo hace, la congregación lo elegirá en una Asamblea convocada para ello, del mismo modo que se elige un Superior general.

Lo mismo se hará si el Superior llegara a perder el uso de la razón o a contraer alguna enfermedad incurable que lo incapacite para desempeñar su cargo. Si la enfermedad diere esperanza de curación, no sería necesario convocar la Asamblea para elegir un Vicario, sino que él mismo podría nombrar uno que ejerciera su oficio hasta que recobrara la salud.

La cuarta cosa en que la congregación tiene autoridad sobre el superior general, comprende las causas por las que puede deponerlo y destituirlo de su cargo y que son:

1. Si llega a ser hereje o cismático.
2. Si cayera en algún pecado enorme, notorio y escandaloso, en especial la impudicia y la embriaguez.
3. Si hiriere a alguien tan gravemente, con cuchillo u otra cosa, que hubiere efusión de sangre o herida grave.
4. Si usara las rentas de la Congregación en gastos suntuosos y excesivos, o que tome alguna parte apreciable para ayudar y acomodar a sus parientes u otras personas, o que enajenara los fondos.

Si sucediere (y esperamos de la divina bondad que no suceda) que cometiera alguno de estos crímenes y que esto fuera cierto y constante, la Congregación lo podrá deponer y aún expulsar, observando el siguiente procedimiento:

Cuando los Asistentes conozcan el hecho por testimonios suficientes y recordando su juramento hecho en el momento de su elección, convocarán la Asamblea en la forma ya señalada para hacerlo.

Estando reunidos los que deben asistir, el Asistente mejor informado hará la exposición con toda verdad y sinceridad posible, sin disminuir ni exagerar. Cuando el acusado haya sido oído, se le rogará que se retire.

Por mayoría de votos se juzgará, primero si el crimen es verdadero; segundo, si tiene la gravedad para que el Superior general deba ser privado de su cargo y sólo se decidirá de la

gravedad y de la certeza del crimen, por las dos terceras partes de los votos.

Si la materia de la acusación no se encuentra cierta, se hará de modo que la reputación del acusado no reciba perjuicio y se tratarán otros asuntos en la Asamblea, como si no se hubiera convocado para aquello.

Si es cierta pero no amerita que se le prive de su cargo, se escogerán tres o cinco personas de las más antiguas, de la Asamblea, para corregirlo e imponerle la penitencia que juzguen conveniente.

Si es cierta y los dos tercios de los votos deciden la deposición, se tratará de persuadirlo secretamente de que renuncie a su cargo, y que no reciba la humillación.

Si no quiere hacerlo, se depondrá y al mismo tiempo se procederá a la elección de otro, según las reglas ya anotadas para este acto.

## **CAPITULO VI**

### **EL SUPERIOR DE LA CONGREGACIÓN**

El Superior meditará a menudo delante de Dios sobre la extrema importancia de su cargo, la gran obligación que tiene de ejercerlo bien, los innumerables frutos que de él proceden y los indecibles males que sucederían por su negligencia, en una obra de tanta importancia.

Pensará que siendo nuestro Señor con su santa Madre, el primer Superior de la Congregación y él su Vicario que tiene su puesto y representa su persona, debe ser una imagen viva de Jesús y que todo lo debe hacer en su nombre y en su espíritu y debe tratar de obrar, hablar y gobernar como él lo haría si estuviera visible.

Considerará su superiorato no como un honor y dignidad, sino como una carga, como una cruz y como el oficio de la Congregación más peligroso y formidable; tanto porque Dios le pedirá cuenta de todos los desórdenes que sucedan en la Congregación por su falta o descuido, como porque está más expuesto a la rabia de tres serpientes infernales que son muy peligrosas, a saber: el amor propio, el orgullo y la propia voluntad.

Debe sopesar con frecuencia estas palabras del Hijo de Dios: “El mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna, como el que sirve” (Luc. 22,26). “Y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos” (Mar 10,44).

Y por ello, se considerará como el último de la Congregación, obligado a servir a los otros y proveer primero a las necesidades de los demás que a las suyas propias y a emplearse con gusto en los ministerios más abyectos y en las acciones más despreciables.

Grabará en su corazón estas palabras de San Pablo: “El que preside, con solicitud” (Rom. 12,8) y como nuestro Señor tiene tal cuidado de las menores cosas que se nos relacionan, que

cuenta todos los cabellos de nuestra cabeza, como él mismo nos lo asegura, para imitarlo, estudiará cuidadosamente las necesidades de la Congregación para proveerlas en la mejor manera posible.

Debe pensar que ante Dios, un alma es más preciosa que un mundo, que gobernar un alma es más importante que gobernar un mundo y que debe responder ante el Hijo de Dios por todas las almas a él encomendadas, sangre por sangre y alma por alma; y por consiguiente debe emplearse con gran afecto y diligencia en procurar la salvación y la perfección de todos los que están bajo su dirección.

Recordará que debe gobernar más por caridad que por autoridad, más por súplicas que por órdenes, con ejemplo que por palabras, por suavidad que por rigor, por espíritu de mansedumbre que por espíritu de dominación y de imperio “no tiranizando a los que le ha tocado cuidar, sino siendo modelo de la grey” (I Pe.5, 3). y que debe imitar a nuestro Señor, del cual se dijo que “Hizo y enseñó desde el principio.” (Hech.1, 1).

Y que era “Poderoso en obras y palabras” (Luc.24, 19). y que así mismo debe ser el primero en practicar lo que enseña a los demás para no parecerse a los Fariseos, de los que el Hijo de Dios decía:” Dicen y no hacen.” (Mt. 23,3).

Finalmente, pensará también que debe comportarse con todos, no como un maestro severo y riguroso, sino como un padre lleno de bondad y de cordialidad, siendo amable y afable con todos sus hijos, aplicándose a ganarse el corazón de cada uno y



haciéndose todo para todos, para obligarlos a recurrir a él en sus necesidades y ganarlos así a todos para el Señor Jesús.

Sin embargo, debe saber mezclar, a su debido tiempo, la severidad con la dulzura, la misericordia con la justicia, y está obligado a mantener el respeto a su autoridad por la reverencia debida a la persona que representa.

(Primera redacción, que el P. Eudes reemplazó después por el final del párrafo anterior: “Pero esta autoridad debe ser severa y suave a la vez y no imperiosa y dominante. Ante Dios, debe estar postrado a los pies de los demás, estimándose como el más pequeño y haciéndose más dispuesto y más cuidadoso en proveer a las necesidades de los demás que a las suyas propias”).

Y debe unir de tal manera la bondad con la severidad, que no deje de hacer lo que juzgue que es lo más agradable a Dios; que compadezca de tal modo a sus hijos, que aquellos que reprenda o castigue reconozcan en su proceder la caridad y la rectitud, a pesar de cualquier dolor que les cause la corrección.

Debe emplear todos sus cuidados y afectos al gobierno de la Congregación, dándole tiempo razonable a la oración y a los ejercicios de devoción para mantenerse en el espíritu de piedad y recogimiento que le es tan necesario para que su dirección sea útil a los demás.

Debe mantenerse alejado de las ocupaciones y asuntos seculares y tratar de imitar al Hijo de Dios que se dio todo a la

obra de su Padre y que huyó a la montaña cuando las gentes lo quisieron hacer rey.

Recordará las palabras del Apóstol: “ningún soldado al servicio de Dios se enreda en los asuntos del siglo” (2 Tim. 2,4).

Ni aún debe dedicarse a la predicación ni a las confesiones ni a otros oficios, por piadosos que sean, fuera de la Congregación, sino de tal modo y con tanta moderación que estas ocupaciones no le quiten un tiempo que es necesario para el buen desempeño de su cargo.

En todos los asuntos que se presenten no se fiará de su propio criterio ni se apoyará en su inteligencia y experiencias, sino que recurrirá al Santísimo Sacramento, que es el oráculo de la Iglesia cristiana y adorando a nuestro Señor Jesucristo como el Superior y Director de la Congregación, pedirá luz y gracias para conocer y cumplir su santa voluntad y le suplicará que lleve el asunto de que se trata como le sea más agradable.

Luego se dirigirá a la Bienaventurada Virgen como la Superiora y Madre de la Congregación para alcanzar estas cosas por su intercesión. Invocará también la asistencia de San José, de San Gabriel, de San Juan Evangelista y los demás Santos a los que la Congregación tiene especial devoción.

Luego consultará a sus Asistentes y cuando lo juzgue oportuno, en los asuntos más importantes, podrá pedir el consejo de los que crea que tienen discernimiento o experiencia particular en las cosas que se tratan. Y para que permanezcan en plena

libertad de decir lo que Dios les inspire, procurará no demostrar, en las proposiciones que haga de las cosas en que haya que deliberar, ninguna pasión de una u otra parte.

Todas las mañanas al final de su oración o al final de su acción de gracias después de la santa Misa, mirará ante Dios lo que podrá hacer en el día para procurar el aumento de su gloria en la Congregación y de la perfección de sus miembros y para evitar lo que pueda obstaculizarla.

Para esto, se dedicará principalmente tanto como pueda a hacer cumplir todas las Reglas de la Congregación y mantener una estrecha unión entre las casas y una perfecta caridad, paz y concordia entre los Superiores locales y todos los miembros de la Congregación.

Al principio de cada mes, hará una reunión particular de sus Asistentes ordinarios y de algunos de los más antiguos de la casa y de los más afectos a la Congregación para aconsejar los medios de mantenerla y acrecentarla, de hacer cumplir con exactitud sus reglas, de impedir que la piedad y la virtud sufran alguna mengua, de remediar los desórdenes que puedan suceder, y de hacer que sus hijos progresen más y más en los caminos de su santa profesión.

Para que su cargo no le sea muy pesado y lo pueda desempeñar con más facilidad y perfección, además de la ayuda de sus Asistentes, escogerá uno muy afecto a la Congregación y dotado de gran virtud, prudencia, fidelidad, destreza y que pueda confiarle los asuntos más importantes y que pueda tenerlo

cerca para que le sirva de Secretario y que le recuerde lo que debe hacer, decir y escribir y que le ayude en todo lo que desee.

Debe tener una lista de las casas de la Congregación y de sus rentas, y otra con los nombres y cualidades de todos sus miembros, y ésta debe renovarse anualmente. Tendrá un libro con los nombres de todos los fundadores y bienhechores insignes de la Congregación. Debe tener pleno y perfecto conocimiento de todas las pertenencias y actividades de la congregación para disponer todo del mejor modo, para la gloria de Dios. En la casa donde resida, habrá un lugar para guardar sus libros, cartas, contratos y demás cosas que pertenecen a su cargo.

Dará algunos cargos a los que tengan aptitudes para gobernar, cargos en los que pueda probarlos y ejercitarlos para disponerlos poco a poco a cosas más importantes.

Cuando dé algún encargo a alguien o que lo envíe a alguna parte para tratar algún asunto, le advertirá suficientemente por sí o por otro, verbalmente o por escrito, lo que debe evitar y lo que debe hacer, y los medios que debe emplear para cumplir con perfección lo que se le ordene.

Sobre todo procurará nombrar buenos Superiores, que tengan las cualidades que se indicarán luego; los vigilará para animarlos a desempeñar con exactitud su cargo, para aconsejarlos y corregirlos cuando fallen y para cambiarlos cuando sean débiles y descuidados en sus obligaciones.

Lo más importante es que de los Superiores depende principalmente el orden de la Congregación y todo el fruto que ella deba producir para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Procurará también darle Asistentes y Ecónomos ejemplares, prudentes y celosos del bien de la congregación.

Vigilará muy especial y afectuosamente la casa de Probación y nombrará un Director para los Jóvenes, de excelente piedad, prudencia y demás virtudes y cuidará de que no falte nada de lo que pueda servir para formarlos y establecerlos perfectamente en la práctica de sólidas virtudes y en el espíritu de su vocación.

Tendrá su residencia, si alguna buena razón no lo impide, en la casa de Caen, ya que esta casa es el origen, la madre y como el centro de las demás casas.

## **CAPITULO VII**

### **LA VISITA ANUAL**

Una de las principales y más importantes obligaciones del Superior general es visitar todos los años cada casa, para renovar el espíritu de gracia y de virtud que debe vivir y reinar en el corazón de sus hijos. En cuanto le sea posible, él mismo hará la visita. Cuando no pueda, escogerá un delegado al cual comunicará lo que bien le parezca de sus poderes.

Sin embargo, el Visitador delegado no podrá en el acto mismo de su visita, cambiar los Superiores ni despedir a miembros de la Congregación, sin comisión particular; pero podrá cambiar los funcionarios de la casa, cualesquiera que sean, si por algún motivo lo juzga necesario.

En la casa que esté visitando tendrá la precedencia, por encima del Superior, el poder de reunir la Comunidad, y los demás derechos honorarios; pero la administración inmediata y particular de la casa permanecerá en manos del Superior.

Cualquiera que desempeñe el oficio de visitador estará siempre bajo la potestad y jurisdicción del señor obispo diocesano y cuidará en sus visitas de no hacer nada contra el respeto y la obediencia que debe rendir a la autoridad episcopal y mantendrá cada casa bajo la dependencia y sumisión debida.

Y para enseñar esto con su ejemplo, tan pronto llegue a una casa, después de adorar al Santísimo Sacramento, lo primero que haga será ir a presentar su respeto y sumisión al dicho señor obispo o en su ausencia a su Vicario general.

Luego reunirá la Comunidad y le hará una breve alocución para infundirles un gran aprecio por la gracia de la visita y llevarlos a las disposiciones requeridas para recibirla como se debe y para sacar de ella el fruto que Dios les pide, es decir, una renovación del espíritu y del corazón que los haga marchar con nuevo vigor y mayor ardor por los caminos de Dios.

Hecho esto, pedirá el libro de las visitas precedentes; en primer lugar, con las puertas de la iglesia cerradas, vera en privado si está en orden y cómo está todo lo concerniente al Santísimo Sacramento, los santos Oleos, las reliquias sagradas (de las que nunca tomará nada), los altares, las imágenes, los ornamentos, la sacristía y el culto divino.

Después de lo cual, recibirá informe del Superior, de los Asistentes, del Ecónomo y de los más antiguos, sobre el estado de la casa y de las personas que la habitan, recordando lo principal que ellos le digan, pero guardará muy bien lo que debe ser secreto y no dará ningún indicio por pequeño que sea, que pueda hacer sospechar o descubrir los que le hayan dado a conocer las cosas.

Será muy afable y bondadoso con todos, de palabra, de semblante y de todas maneras, dedicándose a alegrar y a contentar a todos según Dios, en lo posible, para ganar sus corazones y animarlos a vencer sus defectos, a adoptar afectuosamente los remedios que les dé y a progresar en el camino de la salvación y de la perfección.

Después de recorrer con el Superior la lista de todas las personas de la casa y de informarse de la vida y costumbres de cada uno, los hará ir a todos a su habitación, uno tras otro, según el orden conveniente, para pedir a cada uno su juicio sobre las cosas que se describirán en el capítulo siguiente.

Conservará todas las respuestas en su memoria y no sólo por escrito; anotará lo que crea que se debe señalar y considerar de las respuestas, para decidir sobre ellas.

Rogará vigorosamente a todos que le abran el corazón y hablen con sinceridad y sencillez, sin pasión, sin respeto humano, Sin exagerar ni disminuir la verdad, explicándoles que si no se remedian los males o desórdenes de la casa, si los hay, serán responsables ante Dios, que los castigará con rigor.

Les advertirá que están obligados en conciencia a guardar secreto de lo que se diga entre él y ellos y que deba ser callado, aunque sean interrogados sobre ello por algún otro.

No creará fácilmente lo malo que le digan contra el que sea, en especial contra los Superiores, si las pruebas no son evidentes, pero las guardará en su memoria para reflexionar luego sobre ello y examinarlo para tratar de conocer la verdad.

Procurará en particular grabar en el corazón de todos, los sentimientos de aprecio, de respeto, de afecto y de confianza que deben tener a su Superior y tendrá cuidado, queriendo consolar y satisfacer a los inferiores, de no debilitar en ellos la reverenda y obediencia que deben al Superior.

Si encuentra que alguno siembra la discordia en la casa o que sea autor de divisiones, sea entre la cabeza y los miembros o sea entre los inferiores, los expulsará pronto de la Comunidad como una peste perniciosa capaz de destruirla.



Pero si hay motivo para esperar que se corrija, lo enviará a otra casa para darle tiempo de hacer penitencia y trabajar en su conversión.

Después de visitar las personas, visitará los lugares, edificios y oficinas de la casa y los muebles, la ropería, el vestuario, los libros y todo lo que generalmente hay en la casa, para ver si cada cosa está en buen estado y dar orden de reparación a lo que la necesite, que no falte lo necesario, que se suprima lo superfluo y excesivo.

Y sobre todo que la frivolidad de las modas mundanas no se vea en lo que pertenezca a la Comunidad, sino que se supriman enteramente como una peste de la sencillez, humildad, pobreza y modestia que todos debemos amar con todo el corazón, si queremos agradar a Jesús y a María, que tanto amaron estas santas virtudes.

Y cotejará o hará cotejar el inventario de todo, como libros, muebles de la sacristía, los del comedor, de la despensa, de la cocina, de la ropería, con el de la última visita, firmado por el que la hizo para ver qué hay de más o de menos; luego lo firmará. Igualmente examinará la administración del Ecónomo para ver su orden y manejo.

Si la Comunidad tiene algún lugar fuera de la ciudad que pueda visitar cómodamente, lo hará para ver si algo necesita reparación o mantenimiento para conservarlo y aumentarlo.

Procurará conocer la vida y actuaciones de los predicadores y catequistas de la casa, cuál es su manera de predicar y catequizar, 51 observan la regla y en especial si son humildes y obedientes.

Los animará y alentará para que lo que hacen bien lo hagan aún mejor; corregirá sus faltas; quitará este empleo a los que no sean aptos o por algún tiempo solamente a los que no se comportan como es debido, hasta que adquieran las virtudes que deben acompañar a tan grande y tan santo ministerio.

El último en visitar será al Superior, en lo que concierne a su persona y a su oficio, según las reglas, y lo que él haya sabido y anotado de él en el curso de su visita.

Luego verá las cuentas de las cosas temporales desde la última visita, entre el Superior y el Ecónomo, en presencia de los Asistentes y de los más antiguos que quiera llamar, si lo juzga conveniente, tanto de la recaudación como de los gastos, que él finiquitará y firmará, anotando el saldo de dinero, lo que se le debe a la casa y lo que ella deba.

Conocerá cuáles son los fondos y rentas de la casa, si han crecido o disminuido, y como se deben conservar y mantener, y no permitirá que se cargue de deudas de tal modo que no pueda pagarlas.

Si hay algunas fundaciones en la casa, sabrá cuales son las obligaciones y si se cumplen con fidelidad.

Vigilará si se ha enviado al Superior general, en la casa de Caen, el duplicado de los contratos importantes, para mandar que se haga, si no lo han hecho.

Ordenará, más o menos, las contribuciones, tanto ordinarias como extraordinarias, que cada casa hará anualmente, después de haber consultado con el Superior, los Asistentes y el Ecónomo.

Si la Comunidad posee algún bien de iglesia en algún lugar, ordenará que se hagan algunas contribuciones en proporción a la renta que se percibe.

No dejará de visitar a los fundadores, bienhechores y amigos de la Comunidad, para agradecerles como se debe y conservarlos para la casa.

Sí hay personas desafectas, se esforzará en ganarlos de nuevo visitándolos también y tratando de quitarles las malas impresiones que hayan concebido, y presentándoles los respetos y demostraciones de cortesía y de caridad que su condición requiera y que la discreción permita.

Hará una plática a los hermanos coadjutores sobre las obligaciones de su estado. Principalmente, verá si las Reglas y Constituciones de la Congregación se cumplen bien, y renovará en los corazones de todos el deseo de observarlas, con entusiasmo e intrepidez (*“corde magno et animo volenti”*) y establecerá los medios para hacerlo.

Para ello, él las leerá todas, antes de partir a sus visitas; y durante cada visita las hará leer siempre, sea en el comedor, sea en algún otro lugar, y uno o dos capítulos al principio de todas las pláticas, conferencias y humillaciones, no omitiendo nunca la del Superior y de todos los demás funcionarios.

Hecho todo esto, reunirá al Superior, los Asistentes, el Ecónomo y a los que crea conveniente, para examinar con ellos las cosas en que más se falta, para adoptar los remedios más eficaces; para tratar los medios de conservar y fortificar el espíritu de la Congregación y suprimir lo que lo dificulta y para deliberar sobre lo que él debe decidir en su visita.

Después de lo cual, tomará alguna hora para considerar delante de Dios, en privado, lo principal que él! haya observado en la visita; para discernir lo que es claro y evidente de lo que es dudoso e incierto y para ver si hay algo que aun deba consultar o con el Superior o con cualquier otro de la casa, o con el Superior general, si él mismo no es sino un delegado.

Antes de sacar la conclusión, encomendará todo a Dios en su oración y en el santo sacrificio de la Misa, para suplicarle que dirija todas las cosas según su santa voluntad.

Luego, habiendo decidido y determinado lo que debe hacerse, lo anotará en el libro de la visita y lo firmará; enseguida el Superior lo debe hacer cumplir.

La visita se terminará por la humillación, hecha por el Superior de la casa y por los que el Visitador designe, el cual pedirá de

nuevo a la Comunidad renovarse en el espíritu de nuestro Señor y de su santa Madre, evitar las faltas que cometen ordinariamente y que pueden obstaculizar las gracias de Dios, y entrar en un nuevo deseo de cumplir fielmente todas las reglas de la Congregación, en especial las que tienen qué ver con la caridad y cordialidad mutua, la humildad y la obediencia.

Mandaré hacer también la humillación a los hermanos coadjutores.

Finalmente, antes de partir verá de nuevo a todos los de la Comunidad, tanto los eclesiásticos como los hermanos coadjutores, en especial los que él sepa que tienen más necesidad, para dar a todos consejos e instrucciones particulares que necesiten.

Cuando las visitas se terminen, el Superior general repartirá los gastos causados, por igual entre todas las casas, considerando sin embargo, las condiciones de cada una.

## **CAPITULO VIII**

### **INSTRUCCIÓN SOBRE LAS PREGUNTAS A LOS DE CADA CASA. SOBRE EL GOBIERNO, LOS SUPERIORES, LOS ASISTENTES Y LOS DEMÁS.**

Si se cumplen bien las reglas y en qué se falla más. Si todos son asiduos en la oración.

Si el santo sacrificio de la Misa, el Oficio divino y todas las funciones clericales se hacen con las disposiciones exteriores e interiores señaladas en las reglas. Si se enseña con cuidado como ayudar bien a la Misa.

Sí se observa la reverenda debida a los lugares santos y si se tiene la diligencia requerida para tener todo limpio y en orden, y para impedir las irreverencias y faltas de respeto.

Si se profesa el respeto y la obediencia debida a los obispos. Si se suministra a cada uno todo lo necesario.

Si los enfermos tienen buena asistencia corporal y espiritual. Si hay alguna división entre los miembros de la casa.

Si ha sucedido algún incidente o desorden extraordinario desde la última visita y qué remedio se le puso.

Si ha habido algún mal ejemplo para los externos o para la Comunidad.

Si hay alguno que se muestre demasiado amante de su familia y que les regale bienes de la casa.

Si se hacen las pláticas, conferencias y humillaciones en el tiempo y jnodo indicados.

Si se cumplen las reglas relativas a la caridad para con los pobres.

Si los predicadores, catequistas y confesores viven según las reglas.

Si se hacen en tiempo oportuno los retiros anuales y las renovaciones de las promesas del bautismo, de la profesión eclesiástica y de la incorporación a la Congregación.

Como y con qué frutos se hacen las misiones.

Si los ejercicios del Seminario se practican según las reglas sobre esta materia.

Si se cumplen las reglas de la humildad, de la obediencia y de la pobreza.

### **PREGUNTAS A LOS PARTICULARES.**

Si tiene buena salud, o sufre alguna enfermedad corporal.

Si le falta algo de lo necesario a su vida, a su vestido, a su dormida o alguna otra cosa.

Si tiene alguna pena de espíritu o alguna tentación.

Cuál es el defecto al cual está más propenso y que pone más obstáculos a su perfección.

Si tiene facilidad para obedecer y someterse a las reglas. A qué empleo o función de la Congregación se siente más atraído.

Cuáles son sus disposiciones en la oración y demás ejercicios de piedad. Si ha hecho el retiro en el último año.

Si tiene queja de alguna persona.

Cómo lo trata el Superior y qué opinión tiene de él y su gobierno. Si da a cada uno plena libertad de escribir al Superior general.

Si conoce algo, fuera de confesión, de alguna casa de la Congregación o de algún particular, que su conciencia le obligue a manifestarle, para decidir en la forma más conveniente.

### **PREGUNTAS A LOS QUE ESTUDIAN.**

Además de lo dicho, preguntará también a los que estudian:

Si tiene inclinación y facilidad para el estudio, y cómo progresa.

Si esta ocupación le molesta para las cosas espirituales.

Si emplea para los ejercicios de oración y de piedad el tiempo señalado por las reglas de los estudiantes.

Si tienen los libros necesarios y si hacen repasos y debates.

### **PREGUNTAS A LOS QUE ESTÁN EN LA PROBACIÓN.**

A los que están en Probación les preguntará además lo que sigue:

Si cuidan de su progreso espiritual. Si cumplen bien las reglas de la Probación.



Si tienen voluntad firme de vivir y morir en la Congregación. Si están resueltos a renunciar enteramente a su propia voluntad, para seguir la de Dios manifestada por las reglas de la Congregación y por la santa obediencia.

Si están dispuestos a recibir todos los cargos, oficios, comisiones y órdenes que la misma obediencia les dé.

Finalmente, de todas estas preguntas hará a cada uno las que la prudencia y la caridad le inspiren. Y procurará comportarse en esto como en todos los actos de su visita, no como un juez severo, Sino como un padre bondadoso, dulce y lleno de suavidad en sus palabras, sus miradas y en todo su porte.

Y procurará también no tener más pretensión que consolar y alegrar a sus hijos y procurarles la verdadera felicidad, que consiste en servir y amar a Dios con entusiasmo e intrepidez, "*corde magno et animo volenti*". según la perfección que exige de ellos en su santa profesión.

## **DUODÉCIMA PARTE.**

### **LOS SUPERIORES LOCALES. ASISTENTES. MONITORES Y ECÓNOMOS.**

#### **CAPITULO I.**

##### **LOS SUPERIORES LOCALES. TIEMPO DE SU MANDATO.**

Los inferiores son de ordinario como son los Superiores. Y es muy frecuente que el orden de las Comunidades dependa principalmente de las personas que las rigen.

Por lo cual, es muy importante escoger bien los Superiores inmediatos que deben dirigir cada casa de la Congregación, y no colocar allí a quien no tenga al menos la mayor parte de las cualidades siguientes, que hacen un buen Superior:

Es necesario que tengan mucha humildad, pues el espíritu de Dios habita en los humildes, y por su asistencia se hace una buena y santa administración.

Que tengan una obediencia comprobada, porque, el que no sabe obedecer no sabe mandar.

Que tengan buen juicio y gran discreción y experiencia en la administración de empleos menores.

Que sean dedicados a las cosas espirituales, sobre todo a la oración.

Que sean muy adictos a la Congregación y al fin para el que fue fundada, y celosos para cumplir y hacer cumplir las reglas.

Que estén dotados de ciencia suficiente para desempeñar este cargo. Que estén llenos de caridad y mansedumbre y que sepan unir, a su debido tiempo, la severidad con la dulzura.

Que sean apreciados y amados, tanto por los de la Congregación, como por los externos.

Que profesen gran amor a nuestro Señor Jesucristo, especial devoción a la santísima Virgen, ardiente afecto a la Iglesia y a todo lo eclesiástico y singular veneración y sumisión al señor Obispo diocesano.

Que no sean demasiado jóvenes ni demasiado viejos.

Que sean modelos de piedad y de todas las virtudes.

Si no tienen todas estas cualidades como seria de desear, es necesario escoger a los que tienen la mayor virtud y piedad y un buen juicio.

El tiempo de los Superiores locales de cada casa será únicamente de tres años, si alguna necesidad urgente no obliga al Superior general a continuarlo por poco tiempo y a condición de que pueda cambiarlo o deponerlo, todas las veces que crea necesario o conveniente para el bien de la Congregación o para su bien particular.

## **CAPITULO II.**

### **LAS PROMESAS DE LOS SUPERIORES LOCALES. SUS AYUDANTES.**

Cuando se haya nombrado algún Superior para una casa, ante todo, debe presentarse al Ilustrísimo señor Obispo diocesano o en su ausencia al señor vicario general para presentarle sus respetos y sumisión y para tener su aprobación.

Luego, de regreso en la casa, reunirá la Comunidad delante del Santísimo Sacramento, a una hora en que puedan cerrar las puertas de la iglesia y si no se puede, erigirán un altar en algún otro lugar de la casa, lo mejor que se pueda hacer, sobre el que colocarán las imágenes de nuestro Señor y de su santa Madre; depositará a sus pies las llaves de la casa, y hará leer este capítulo, además de las dos promesas siguientes.

Luego, de rodillas con toda la Comunidad, hará estas mismas promesas, que todos harán con él y las que sólo él pronunciará en alta voz, leyéndolas en un libro donde estarán impresas, así:

#### **PROMESA A NUESTRO SEÑOR.**

Señor Jesús, henos aquí postrados a los sagrados pies de tu divina Majestad, con todo el respeto y sumisión posible, te adoramos como el primer Superior y verdadero Padre de esta Congregación, te damos gracias infinitas por establecerla en tu Iglesia y haberte dignado tomarla bajo tu dirección y especial

protección y ponerla bajo la protección y dirección de tu santa Madre.

Te pedimos perdón desde lo más profundo de nuestros corazones, por todas las ofensas que hemos cometido contra ti, con una firme resolución de serte más fieles con tu gracia, en el futuro, y te declaramos que no queremos ser, ni vivir, ni decir, ni pensar, ni hacer nada, sino bajo tu autoridad y dirección. Y yo, ...reconozco a la faz del cielo y de la tierra, que soy infinitamente indigno, no sólo de hacer algún oficio en esta Congregación, sino aún de que se me tolere un solo instante.

Pero, ya que te place, Salvador mío, que desempeñe el cargo que me has impuesto, por la santa obediencia, adoro tu santa voluntad y me someto enteramente a tu mandato, en honor y unión de la resignación perfectísima con que aceptaste el encargo que tu Padre te dio cuando te estableció como Cabeza y Superior de tu Iglesia.

Pero, como recibo de tu mano adorable esta pesada cruz, con la confianza de que tu inmensa bondad me ayudará a llevarla, también te prometo que habré de reconocerte y honrarte siempre como el verdadero y legítimo Superior de esta casa y que pretendo ser en este puesto sólo una nada que tú te dignarás llenar de ti mismo, Dios mío, por tu infinita misericordia.

Y que todo lo haré en tu nombre, según tus intenciones y por la dirección de tu espíritu, y que por tu gracia, deseo emplearme con toda mi capacidad, a cumplir y hacer cumplir todas las

Constituciones y Reglas de esta Congregación, para establecer, por este medio, el reino de tu santísima voluntad.

Para esto, renuncio de todo corazón y para siempre, a mi propio criterio y a todo lo mío; y me doy totalmente a ti y a tu divino espíritu, suplicándote, Jesús mío, que me aniquiles por entero y te establezcas en mí, para que tú mismo gobiernes y dirijas esta familia, como a bien tengas.

### **PROMESA A LA BIENAVENTURADA VIRGEN.**

Preciosísima virgen, Madre admirable, la Amada de Dios, dignísima Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, templo de la Divinidad, tesorera de la santísima Trinidad, que tienes en tus manos todos los tesoros de Dios para distribuirlos a los pobres y a quien le ha sido dado poder absoluto sobre todas las criaturas, Reina del cielo y de la tierra, refugio de los pecadores, alegría y consuelo de los que esperan en ti, henos aquí, postrados a los pies de tu sagrada Majestad.

Te saludamos y honramos como la verdadera Madre y Superiora de nuestra Congregación, te damos gracias con todo el corazón por todos los favores que le has hecho; te pedimos perdón por todas nuestras ingratitudes y con la firme voluntad de servirte en adelante, con más fidelidad.

Te renovamos la donación y consagración de esta familia que quiere ser tuya de todas maneras y que en presencia de la santísima Trinidad, te reitera la promesa de tenerte y

reverenciarte como Su soberana Señora y amabilísima Madre y de someterse absolutamente en todo y para siempre a tu autoridad, dominio y dirección.

Y yo, N... aunque indigno de presentarme ante ti, declaro que pongo ahora en tus manos el oficio que la divina voluntad me ha encargado y que quiero cumplirlo solamente por el amor de tu Hijo y con tu dirección.

Divina Madre, te suplicamos por tu amabilísimo Corazón, que nos mires y trates a todos y cada uno como cosa tuya, dispongas soberanamente de todo lo que somos y pongas esta Comunidad bajo tu protección y dirección especial y ruegues a tu Hijo que por su inmensa bondad tome plena posesión de ella, para regirla como mejor le plazca y establezca en ella el reino de su adorable voluntad.

Bienaventurado San José, San Gabriel, San Juan Evangelista, santos Apóstoles, santos Mártires, santos Sacerdotes y Levitas, santas Vírgenes, santos Inocentes y todos los Santos y Santas de Jesús, ofrecednos a El y a su santísima Madre, por todas estas intenciones y rogadle que nos dé su santa bendición.

Aquí la Comunidad contesta: *Amen, amen; fiat, fíat, o Domine Jesu, per gratiam tuam et propter gloriam Nominis tui et sanctissimae Matris tuae. Y el Superior agrega: Nos cum Prole pia benedicat Virgo Maria.*

Luego besa la tierra y todos con él, en señal de respeto, homenaje y sumisión a nuestro Señor y a nuestra Señora, como

al Superior y Superiora de la casa, cuyas imágenes estarán siempre en el coro y en el comedor, encima del puesto del Superior, con las palabras grabadas, como se dijo en el capítulo del juramento y promesas del Superior de la Congregación. (Parte 11ª cap. 3).

Después de terminar el Te Deum que cantan en seguida, se sentarán, y el Superior los exhortará breve y fervientemente a renovarse en el espíritu de nuestro Señor y a darse firmemente a El para servirle, *“corde magno et animo volenti”* según las órdenes de la Congregación.

Manifestará ante todos quién es el Ayudante o Monitor que el Superior general le dio, para que le muestre las faltas que corneta y al cual se dirigirá la Comunidad para amonestarlo por medio de él, para que el que debe ayudar y corregir a los demás, no sea el único que se prive del bien de ser amonestado y ayudado.

Por lo cual pedirá a la Comunidad y sobre todo al Monitor, que le presten este servicio con toda confianza, sinceridad y fidelidad, por el amor de nuestro Señor.

Además, nombrará o cambiará los funcionarios, si es necesario; y conviene que esto lo haga el viernes de la primera semana de adviento, del modo indicado en el quinto capítulo de la segunda parte, si no han de pasar más de nueve meses hasta este día. En este caso, si lo ve conveniente, los podrá cambiar en todo o en parte en ese día, o algún tiempo después y hacer lo descrito en dicho capítulo.



Después de todo esto, los de la Comunidad vendrán uno tras otro a recibir la bendición de nuestro Señor y de su santa Madre, que él les dará abrazándolos y diciendo a cada uno: *Nos cunl prole pia teneclicat Virgo Maria.*

Finalmente, se anotará su nombre en el libro de los Superiores de la casa, de la siguiente manera: Hoy N. del mes...del año..., N. sacerdote de la Congregación de Jesús y Maria, escogido por el Superior general para Superior de esta casa, después de ser aprobado por Monseñor N. (o por el Vicario general de Monseñor N.) y hechas las promesas de costumbre a nuestro Señor Jesucristo y a su santísima Madre, ha sido recibido y reconocido por toda la Comunidad para Superior de esta casa.

Y N. y N. han sido nombrados sus Asistentes y N. como Ecónomo por el mismo Superior general. En testimonio de lo cual, el suscrito N., Superior, firma en este libro y con 41 todos los de la Comunidad.”

Si la instalación del Superior se hace en la mañana, tres pobres comerán con la Comunidad ese día, o al otro día si la instalación es en la tarde, en honor de Jesús, María y José, y a los cuales se habrá escogido previamente y se les habrá preparado para confesarse y comulgar y el Superior les servirá con todo respeto.

## **CAPITULO III.**

### **EL OFICIO DEL SUPERIOR LOCAL.**

#### **1. EN LO INTERIOR Y ESPIRITUAL.**

Reflexionará con frecuencia en la importancia de su cargo. Será muy respetuoso y sumiso al Ilustrísimo señor obispo diocesano. Será pronto, exacto y fiel en obedecer las órdenes del Superior general.

Procurará que su vida sea, con la gracia de nuestro Salvador, un dechado y un espejo de las virtudes que deben brillar en los que están bajo su dirección, recordando que los debe excitar a la piedad, no menos con su silencio que con sus palabras y que no hay doctrina más excelente y persuasión más fuerte que el ejemplo.

Debe pensar que un Superior es como el alma y el corazón de su Comunidad y por tanto, que la debe animar con su caridad, su esmero y su ejemplo y que debe confortar con su celo a todos los miembros, de los que es la cabeza y el corazón.

Y hará que las reglas se cumplan con exactitud, que la caridad mutua y una santa amistad florezcan en la casa de Dios y que todos respiren únicamente la piedad, la paz, la concordia, la unión, la obediencia, la humildad y el servicio a su divina Majestad.

Analizará que al tener el puesto de nuestro Señor y al representar su persona, debe ser su imagen viva y hacer todo

en su nombre y en su espíritu y obrar, hablar y gobernar como El obraría, hablaría y gobernaría si estuviera visiblemente presente.

Para esto, no se fiará de su propio criterio ni se apoyará en su inteligencia y experiencia, en los asuntos que se le presenten, sino que recurrirá al Santísimo Sacramento, que es el oráculo de los cristianos.

Adorará a nuestro Señor Jesucristo como Superior y Director de la Congregación, se humillará ante El, reconociendo que no somos sino tinieblas e ignorancia, indignidad, incapacidad e impotencia, no sólo para obrar el bien, sino hasta para pensarlo y que llevamos en nosotros la fuente de todo mal y un abismo de pecado.

En razón de lo cual, renunciará con todas sus tuerzas a si mismo, se dará al Hijo de Dios, le pedirá luz y gracia para conocer y cumplir su santa voluntad y le suplicará que dirija el asunto como le agrade. Y se dirigirá a la bienaventurada Virgen, como a la Madre y Superiora de la Congregación para alcanzar estas gracias por su intercesión.

Para este mismo fin invocará la asistencia de San José, de San Gabriel, San Juan Evangelista y los demás Santos a los que la Congregación tiene devoción especial.

Luego de esto, consultará a sus Asistentes y en los asuntos importantes, pedirá también el consejo de los más antiguos, en

especial a los que crea que tienen inteligencia y particular experiencia en estos asuntos.

Para darles plena libertad de decir lo que Dios les inspire, no demostrará en la exposición que haga del asunto, ninguna pasión ni inclinación a una u otra parte.

Considerará su superiorato no como un honor y dignidad, sino como una carga y una cruz y como un motivo de temor y de anonadamiento, tanto porque Dios le pedirá cuenta de las almas que debe gobernar y de todos los trastornos que tendrá la casa por su falta o negligencia, como porque está más expuesto que los demás al peligro del amor propio, de la vanidad y de la propia voluntad.

Meditará frecuentemente en estas palabras del Hijo de Dios: “El mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que gobierna, como el que sirve” (Luc 22,26). Y “El que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos” (Mar. 10,44). De este modo, se considerará el último de la casa, obligado a servir a los demás; hará con gusto los oficios más abyectos y las acciones más bajas, poniéndose ante Dios, a los pies de los demás y el menor de todos.

Pensará también estas palabras de San Pablo; “El que preside, con solicitud.” (Rom. 12,8).; y Como nuestro Señor tiene tal solicitud por las cosas que nos atañen, que cuenta todos los cabellos de nuestras cabezas, así, a su imitación, se preocupará cuidadosamente por las menores necesidades espirituales y corporales de la casa, para remediarlas como mejor pueda.

Recordará que debe gobernar más por caridad que por autoridad, por ruegos que por mandatos, por ejemplos que por palabras, por suavidad que por rigor, por espíritu de mansedumbre que por espíritu de dominación y de imperio. “No tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey.”(I Pe 5,3).

Por consiguiente, debe comportarse con todos, no como un maestro severo y riguroso, sino como un padre lleno de bondad y cordialidad, siendo suave y afable con sus hijos y tratando de hacerse amar más que temer, para que con toda confianza recurran a él en sus dudas, escrúpulos, dificultades, confusiones y tentaciones.

Sin embargo, debe saber mezclar la severidad con la dulzura en su oportunidad y está obligado a conservar el respeto a su autoridad, por la reverencia que se debe a la persona que representa.

Y esta autoridad debe ser severa y suave a la vez y no imperiosa y dominante; de modo que cuando tenga algo que decir u ordenar, lo haga con palabras y continente serio pero suave, con semblante y actitud firme, pero bondadosa y humilde; con un corazón lleno de amor y de deseo por el progreso del que le habla.

Debe estar alejado de las ocupaciones y asuntos seculares, y dar toda su solicitud y sus afectos al gobierno de la casa, dedicando un tiempo razonable a la oración y a los ejercicios de devoción

para mantenerse en el espíritu de piedad y de recogimiento que necesita para que su dirección sea útil a los demás.

Todas las mañanas al fin de su oración o de su acción de gracias, después de la santa misa, mirará ante Dios lo que podrá hacer en el día, para procurar el aumento de su gloria en la casa y en la perfección de los que la habitan y para suprimir lo que pueda obstaculizarla.

Pondrá toda la diligencia posible en escoger bien a los funcionarios que pueda nombrar en la casa, en darles la reglas de su oficio, en vigilarlos (y a los demás también), para que lo ejecuten bien, en desligarlos si no son aptos, después de hacer que hagan la experiencia durante algún tiempo, en alentarlos en su trabajo si es necesario y en hacer que cada uno les obedezca en lo que corresponde a su oficio y que todos sean sumisos a él y al primer Asistente, quienes sin embargo les dejarán hacer lo que corresponda al oficio que se les ha encomendado.

Al principio de cada mes hará una reunión particular con los Asistentes, el Ecónomo y algunos de los más antiguos e inteligentes y más afectos a la Congregación para ver los medios de mantener y fortificar el espíritu de nuestro Señor en la Comunidad y hacer cumplir con exactitud las reglas, impedir que la piedad y la virtud sufran ninguna mengua, y procurar que todos progresen más y más en los caminos de la salvación y la perfección.

Su principal preocupación será hacer cumplir, en cuanto sea posible, las reglas de la Congregación y él será el primero en observarlas con toda su capacidad, sin darse ningún privilegio ni tener ninguna singularidad ni ventaja en los vestidos, comidas, ni en nada, sino como los demás, en cuanto la necesidad lo requiera.

No debe cambiar ni innovar nada ni en las Reglas y Constituciones ni en las costumbres, usos y prácticas de la Comunidad, excepto las que sean contrarias a las Constituciones, que hayan sido introducidas sin orden del Superior general.

Si alguien o él mismo necesita dispensa para algo sin importancia, lo podrá dispensar con su autoridad, no para siempre, sino por poco tiempo y luego de consultar con su Consejo. Pero en las cosas importantes, recurrirá al Superior general.

Se esmerará especialmente en el exacto cumplimiento de las reglas que conciernen a la santa misa, la sagrada comunión, la confesión, el oficio divino, la oración, las conferencias, las humillaciones, el catecismo y la predicación y también las virtudes de la humildad, la obediencia y la pobreza.

No olvidará hacer su retiro anual y los ejercicios del nacimiento, del bautismo y de la muerte, con la renovación de la profesión cristiana, de la profesión eclesiástica y las promesas de la incorporación, y ordenará que todos en la Comunidad los hagan.

Proveerá en lo posible, a todas las necesidades tanto espirituales como corporales de los de la casa, según la sinceridad del amor cristiano y no según las inclinaciones naturales, sin mirar a su extracción u origen, a la excelencia de su inteligencia, buenas maneras y otras cualidades estimables al espíritu humano y sin familiarizarse de tal modo con unos, que pueda servir de tentación o envidia a los demás.

Debe demostrar un amor paternal a todos, ayudarles en sus necesidades, compadecer a los enfermos, alentar a los pusilánimes, alegrar a los tristes, hablar a cada uno con frecuencia para informarse discreta y caritativamente de su estado de ánimo, sus necesidades, para luego ayudarlos, excitarlos o animarlos.

Finalmente, un buen Superior debe ser más atento y cuidadoso en remediar las necesidades de sus inferiores que las suyas propias. Pues es poco edificante y demuestra poca caridad hacia el prójimo y mucho amor propio, ver un Superior bien vestido y sin faltarle nada, y que sus inferiores no estén lo mismo

Cuidará particularmente a los jóvenes que, como niños, están aún débiles en la devoción, recordando que San Bernardo dice a los que ayudan a las almas: "El encargo de las almas, no es de las almas fuertes, sino de las débiles."

Sobre todo, ayudará con amor extraordinario a las necesidades espirituales y corporales de los enfermos y les servirá a menudo con sus propias manos, en las enfermedades graves, y hará



todo lo señalado para esta materia en el primer capítulo de la cuarta parte, que trata de la caridad fraterna.

En especial, debe dedicarse a hacer en espíritu de caridad, las correcciones necesarias, para esto, no debe corregir de inmediato y delante de los demás, las faltas que se cometan, sino en privado, suavemente, a no ser que la falta sea tal que para edificación de los que la vieron cometer, requiera una pronta corrección, la que se hará de tal modo que, reprobando la falta, consuele al culpable.

No deberá reprender a nadie en estado de ira u ofuscación, por poca que sea; cuando haya necesidad de hacerlo, se humillará primero ante Dios, a la vista de sus propias faltas, se dará al espíritu de caridad y benignidad de nuestro Señor y le suplicará que disponga al que ha faltado para que haga buen uso de lo que él va a decirle y no le hablará con pasión o sentimiento, ni con palabras ásperas o injuriosas, como tonto, bestia, aturdido, burlón, o cosas semejantes.

Después de la corrección, debe permanecer como antes, de corazón bondadoso hacia su hermano. Si llegare a excederse, se humillará profundamente ante Dios, le pedirá perdón por su falta y buscará lo más pronto la ocasión de hablar con suavidad al que trató con rudeza.

No debe reprender a toda hora todas las faltas que vea en cuanto sean leves y sin voluntad deliberada, sino que disimulará algunas, simulando no verlas, ejercitando la paciencia y el silencio, rogando a nuestro Señor que las remedie El mismo; y si

ve que recaen en las mismas faltas, se hará con caridad la debida corrección.

Es bueno que permita que los Asistentes, el Ecónomo y los principales funcionarios corrijan las faltas ordinarias de los subalternos en los oficios que dependen de esos funcionarios, reservando su intervención en último término, si es necesario.

En las correcciones, si la prudencia no obliga a obrar de otra manera, se llevará de ordinario el siguiente orden: La primera vez que se corrija a alguien por su falta, se hará con gran caridad y mansedumbre. En la segunda, lo hará aún con caridad pero que le produzca bochorno. En la tercera, mezclará la severidad con la bondad, la justicia con el amor, imponiendo alguna penitencia, como lavar la vajilla en la cocina, hacer la humillación en el comedor, besar los pies de los demás mientras están a la mesa, limpiarles los vestidos, los zapatos, barrer sus habitaciones o algún otro lugar de la casa o hacer otras cosas semejantes.

Al principio de la Cuaresma cada Superior verá quiénes no pueden ayunar, para impedírselo; y quiénes, por consejo del médico, necesiten comer carne, para suplir a su necesidad, cuando sea bien conocida y apremiante, y ordenar que tomen sus comidas donde nadie pueda escandalizarse, y también regular la cantidad de pan y demás cosas que deban comer, a la hora de merienda.

En los permisos que den para ayunar, fuera de los ayunos obligatorios, o para hacer otras mortificaciones importantes, les

recomendarán tal moderación que no disminuyan las fuerzas necesarias y convenientes para cumplir los ejercicios de la Congregación.

Vigilarán la unión, la concordia y la paz entre los miembros de su Comunidad y si hubiere algún diferendo o distanciamiento entre algunos, no dejarán pasar el día sin restablecerlos en la caridad fraterna.

Recibirán y acogerán con gran cordialidad a los miembros de las otras casas de la Congregación que pasen por allí o vayan por cualquier asunto, y si mientras están allí necesitan su ayuda o cualquier otra cosa, les demostrarán y les prestarán toda la caridad y el servicio posible.

Se esmerarán por excitar en los corazones de los que están bajo su dirección un gran celo por la salvación de las almas, y por darles los medios para dedicarse a tan santo ejercicio, que es el fin para el que fue establecida la Congregación.

Para esto, buscarán ocasiones de hacer misiones, si se tiene obreros aptos y en número suficiente para hacerlas bien y con el permiso del Superior general.

Velarán cuidadosamente para que se hagan con exactitud los ejercicios de los Seminarios, los catecismos en las iglesias o capillas, según las reglas ya descritas. Y que en lo posible, siempre haya algún predicador para ir a las parroquias vecinas, cuando se pueda, sin faltar a las necesidades de la casa, y buenos confesores para atender a los que vengan a confesarse.

Recordarán que las luces del espíritu humano sólo son con frecuencia tinieblas y que el ojo que ve tantas cosas no se ve a si mismo y que las faltas de los demás son para nosotros más visibles que las nuestras, lo que hace que necesitemos ser amonestados en muchas cosas, pues es verdad que Todos cometemos muchos errores” (Sant. 3,2). Por esto, estarán siempre dispuestos a recibir debidamente las amonestaciones y correcciones que les haga el señor obispo diocesano y el Superior de la Congregación.

Recibirán tan humilde y suavemente los consejos y amonestaciones de los Asistentes o de los Ayudantes y Monitores o del que sea, que todos puedan tener una justa confianza y libertad de advertirles o hacerles advertir en ocasiones.

Procurarán no presionar e importunar al Superior general para obtener de él las personas que quisieran tener en su casa; y no se apegarán a los que tienen, de tal modo que puedan resistirle cuando los quieran cambiar.

Pero en esto y en todo, se limitarán a exponerle sencillamente y sólo una vez y sin exagerar, sus razones y las necesidades de la casa.

Después de lo cual se someterán con humildad y prontitud a sus órdenes; pues es muy importante para el bien general de la Congregación que haya gran libertad de disponer de los miembros como mejor le parezca.

## **2. EN LO EXTERIOR Y TEMPORAL.**

Sin comisión expresa del Superior general, no pueden recibir miembros en la Congregación, ni despedirlos si ya están admitidos, sino en casos extraordinarios en que la tardanza sería peligrosa o en que la Congregación sufriría escándalo evidente.

Pues entonces, los Superiores locales o en su defecto, sus Asistentes después de consultar esto con los más antiguos y más prudentes de la casa, podrán hacer lo que crean que sería la intención del Superior general, después de escribirle.

¿No podrán recibir en su casa a nadie de la Congregación sin una orden escrita del Superior general, para los viajes largos? y del Superior de la casa de donde vienen, en los viajes cortos y por poco tiempo.

Cuando alguien salga de una casa para permanecer en otra, el superior de la casa que deja debe avisar al Superior de la casa a donde va, sobre sus necesidades corporales y espirituales, para que él provea y sobre la calidad de su espíritu y de su temperamento, para que sepa cómo dirigirlo.

Cuando un Superior confíe algún oficio a alguien y que lo envíe para tratar un asunto, lo debe instruir previa y plenamente sobre lo que evitará y lo que hará interiormente ante Dios y exteriormente ante los hombres, para cumplir perfectamente lo que se le ordene.

Cada Superior tendrá un libro con las visitas de su casa y lo que se haya ordenado o que haya recomendado el señor obispo diocesano o el Superior y el Visitador de la Congregación. Y tendrá otro pequeño o memorial, para lo que considere, por la experiencia diaria, que es útil para el bien espiritual o temporal de la casa, para no olvidarlo, y en especial, lo que quiera escribir al Superior general.

Visitará una vez al mes todas las habitaciones y lugares de la casa para ver si todo está en orden y si se cumplen las reglas. Al menos una vez al año visitará también las posesiones de la Comunidad en la ciudad o en los campos, para ver si todo está como es debido o si hay algo qué reparar.

Habrà un inventario de la sacristía, de la biblioteca, de los títulos y documentos, de la ropa y de los muebles de la casa, los cuales cuidará como algo perteneciente a nuestro Señor y a su santa Madre, procurando que nada se pierda o se deteriore por su descuido. No tolerará en la casa armas de ninguna clase, instrumentos de música ni novelas ni libros semejantes, ni tampoco debe introducir nuevas formas de diversión.

No podrá cambiar o alterar la fachada de la casa, (“o jardín”, adición de M. Blouet de Camilly, anotada en el manuscrito) ni podrá vender, empeñar ni cambiar o dar en feudo ninguna cosa, ni adquirir, ni tomar o constituir dinero a interés, ni tomar en préstamo una suma importante, ni edificar ni demoler (“o destruir una casa en todo o en parte o los árboles de un jardín, ni destruir nada” Ítem, sin permiso del Superior general.

Tampoco podrá aceptar cargos u obligaciones perpetuas para la Comunidad, ni hacer ninguna otra cosa importante sin orden especial y escrita del Superior general y su Consejo.

No debe emprender ningún proceso importante, en especial si se trata de iniciarlo, sino con el consentimiento del Superior general y en el modo dicho en el cap. 7ª de la 4ª parte.

Ordenará que se consigan las provisiones necesarias para la casa, en el tiempo oportuno, a saber: cirios para la iglesia, aceite para la lámpara de la iglesia y para el uso de la casa, trigo, cidra, vino, mantequilla, madera, velas, queso, telas, paños y lo demás que se necesite.

No permitirá que la casa contraiga deudas que no pueda pagar fácilmente.

No se comprometerá en ningún empleo importante, como predicar el adviento o la cuaresma, encargarse de la dirección de algún monasterio de religiosas u otra cosa semejante, sin el permiso expreso del Superior general.

Evitará, en cuanto pueda, sin faltar a la obediencia debida al señor obispo diocesano, emplearse en examinar a los ordenandos. Pero si la orden lo compromete a ello, aunque pueda decir su concepto sobre la suficiencia de los que examine, se guardará sin embargo de decidir nada relativo a su admisión o despido; dejará la decisión a la autoridad episcopal. Esto debe ser observado no solamente por el Superior sino por todos los miembros de la Congregación.

Si en la casa hay algunas fundaciones de misas, de misiones u otras cosas, habrá un libro para ordenar que se cumplan con fidelidad.

Si recibe dinero en cualquier ocasión, lo pondrá en la caja, en presencia del Ecónomo y de un Asistente.

Sobre todo, no se comprometerá en ningún cargo u oficio, ni Vicario general, ni Oficial, ni Promotor, ni Teologal, ni otros (“sin la orden o permiso del Superior de la Congregación” agregó M. de Blouet.

### **3. LO REFERENTE A LOS EXTERNOS.**

Harán que se rinda el reconocimiento debido a los fundadores y bienhechores de la casa. Se esmerará en conservar la benevolencia y la amistad de los amigos de la Congregación, los visitará de vez en cuando y les prestará todos los servicios que pueda.

Recomendará cuidadosamente a los nuestros no hacer nada que produzca repugnancia o aversión a alguien con respecto a la Congregación, sino conservar la caridad y la paz con todo el mundo; y si sabe de algunos que se quejen o sean malquerientes, hará todo lo posible por satisfacerlos y volverlos amigos, o al menos quitarles todo motivo de enemistad.

Sobre todo, pondrá una particular diligencia en mantener y aumentar más y más el buen entendimiento y la santa unión que debemos tener con todas las Comunidades religiosas y eclesiásticas, especialmente con la santa Compañía de Jesús; y



para esto, visitará dos veces por año a todos los Superiores de las Comunidades y Llevará a algunos de los nuestros a sus fiestas principales.

También demostrará y hará que los nuestros demuestren todo el respeto y deferencia a los señores Curas y a los demás eclesiásticos; y dará orden de que se los reciba con toda la caridad y educación, y que se trate con mucha cortesía y bondad a los que vengan a la casa, ya para hacer allí el retiro, ya para celebrar la santa misa o por cualquier otro motivo.

No recibirá externos para dormir en la casa, sino los que vengan a hacer el retiro o algunos amigos íntimos con los que estén muy obligados, o personas a las que no se pueda dejar de prestarles este servicio sin ofenderlos notablemente.

Si sabe de algunas personas de las que ordinariamente reciben los sacramentos en nuestra iglesia, cuya vida sea escandalosa y de mal ejemplo, tratarán de remediarlo por su confesor o por algún otro, como juzgue conveniente después de consultar con su Consejo.

Cuando salga de su cargo, finiquitará sus cuentas, en presencia de sus dos Asistentes y del Ecónomo y dejará por escrito en el libro de contabilidad que estará en la caja, el estado presente de la casa, para que su sucesor esté suficientemente informado.

Cuando sea depuesto o exonerado, ocupará el último lugar entre los sacerdotes durante un año, en el coro, en el comedor

y en todas partes y marchará el último, sea que permanezca en la casa donde era Superior o en cualquier otra.

Esto no impedirá que el Superior de la casa donde esté, lo pueda llamar a su Consejo, cuando lo crea conveniente.

Tres meses antes del fin de su trienio, escribirá al Superior general para avisarle el tiempo en que terminará su cargo.

El último día del tercer año ya no tendrá la calidad ni la autoridad de Superior, y tomará el último lugar y el primer Asistente ejercerá todas las funciones, hasta que el Superior general provea el cargo.

## **CAPITULO IV.**

### **LOS ASISTENTES.**

El Superior general tendrá tres Asistentes, como ya se dijo; y cada Superior tendrá dos.

El oficio de los Asistentes consiste en asistir y ayudar con sus consejos y de todos modos a los Superiores en su cargo, para que lo puedan ejercer más fácilmente.

Y ya que este empleo es tan importante, se dedicarán a él con gran cuidado y diligencia.

Tienen voto decisivo con el Superior en la economía y administración de las cosas temporales; y en las espirituales exteriores, voto consultivo únicamente: la disposición de las

personas, su empleo y dirección siguen en su totalidad en los Superiores, como ya se dijo.

Serán muy respetuosos, sumisos y obedientes a los Superiores y serán los primeros en dar ejemplo a los demás en esto y en todas las cosas.

También tendrán mucho respeto y cordial caridad mutua y mantendrán entre sí una íntima unión, concordia y entendimiento.

Mantendrán en su corazón un gran aprecio por el bien común; y en todas las deliberaciones, tendrán siempre ante sus ojos este objetivo.

Y para que sus consejos sean útiles y saludables, desconfiarán de su propio criterio y renunciarán de todo corazón a su propio sentir, para darse a nuestro Señor y a su divino Espíritu y rogarle que les inspire lo que deben decir.

Procurarán no dar su concepto sobre ninguna cosa que no entiendan antes perfectamente. Por esto, nunca se precipitarán a decir su pensamiento; pero considerarán atentamente el asunto en cuestión y si encuentran muchas dificultades y que no apremie demasiado, rogarán que se les dé algún tiempo para encomendarlo a Dios y mirarlo con más calma.

Tratarán de no dejarse llevar de sus enojos, inclinaciones o aversiones, ni de las de los demás, en lo relativo a las deliberaciones, sino que cada uno expondrá su pensamiento con modestia, humildad y caridad, dando sus razones sin

espíritu de amargura, ni de discusión, (sin “étriver” antigua palabra que significa estar en discordia. Littré). ni disputar entre si y sin despreciar, ni envilecer el concepto de los demás, cualquiera que sea.

Si es necesario replicar, lo harán suavemente, con toda modestia, conservando siempre la tranquilidad, la paz, la caridad y la bondad, en perjuicio de todos los demás.

Después de dar su concepto, no se aferrarán a él, ni desaprobarán, ni mostrarán ningún pesar, si no lo aceptan; pero estarán siempre dispuestos a someterse al concepto de los demás.

Si alguien estuviera solo en su concepto y cuya opinión fuera diferente o contraria a la de los demás, no le demostrarán ni tendrán por esto ninguna aversión hacia él, en lo más mínimo.

Cuando se tome una resolución por mayoría de votos en las cosas temporales o por el juicio del Superior en las espirituales, todos se someterán y nadie desaprobará lo que se ha determinado ni tendrá distinto criterio, y todos se empeñarán en alabarlo, sostenerlo y hacerlo apreciar de los demás, si es necesario, y no manifestarán a nadie lo que debe ser secreto.

Sin embargo, si la cosa fuera de importancia y que la conclusión tomada fuera notablemente peligrosa o manifiestamente perniciosa, pueden y deben en este caso, informar de ello al Superior general.

Si algo le viniera al pensamiento relativo al bien común o al particular, aunque no se les pida, podrán proponerlo al Superior, para que juzgue si lo pone en deliberación o no.

No hablarán a los demás ni de las proposiciones hechas, ni cuáles han sido sus conceptos, ni cuál ha sido la decisión y el resultado de la deliberación; será el Superior el que lo expondrá cuando a bien tenga.

Si ven algo en la persona del Superior o en su gobierno, o en su vida, o en su vestido, o en su trabajo, o en sus ocupaciones, o en su obrar con los externos, que juzguen que debe ser moderado, cambiado, disminuido o aumentado, ellos, después de encomendarlo a Dios, lo aconsejarán por medio del Monitor.

Si saben que alguien murmura contra el Superior, o que se queja o habla sin el respeto debido, tratarán de llamarlo a su deber con suavidad y lo consolarán de tal modo que impriman en su corazón la estima y el aprecio que debe sentir para el que tiene el puesto de Dios.

Para cumplir bien su oficio, deben saber las reglas de los Superiores y de los funcionarios y de todos los demás, para ser los primeros en cumplirlas y ayudar a los Superiores a hacerlas cumplir.

Si un Superior tratara a la Comunidad demasiado rudamente y con dureza y que su gobierno fuera contrario al espíritu de la Congregación y que disipara el bien espiritual, los Asistentes harán, primero, que el Monitor le advierta. Si esto no sirve, le

hablarán ellos sobre el asunto, con algunos de los antiguos de la casa, con todo el respeto posible. Si después de esto, no cambia, informarán al Superior de la Congregación.

los Asistentes del Superior no tendrán más rango entre ellos, fuera del ejercicio actual de su cargo, que el que tienen en la

## **CAPITULO V**

### **EL PRIMER ASISTENTE DEL SUPERIOR LOCAL.**

El oficio del primer Asistente será ayudar al Superior en todo lo que le pida y deberá estar muy unido a él y cumplir sus intenciones lo más exactamente posible. Pondrá singular diligencia en hacer cumplir las reglas, que tendrá a la vista y leerá con frecuencia para ver si se observan con exactitud en todas las cosas. No dispensará en nada, ni cambiará, ni hará nada sin orden del Superior.

Tendrá en todas partes el primer lugar después del Superior; y en su ausencia, en el comedor dará la señal, advertirá al lector sus faltas en la lectura, y hará todo lo que el Superior acostumbra hacer.

Vigilará a los funcionarios de la Comunidad, para ver si todos cumplen bien su oficio, según las reglas establecidas, Y cuando se cambie alguno, informará a su sucesor de lo que debe hacer.

Diariamente se presentará al Superior, a la hora que se le indique, para recibir sus órdenes las cuales anotará en una

libreta de apuntes, para darle cuenta de lo que ha hecho y de todo lo que ocurre en la casa. Le recordará todo lo que crea conveniente para el bien de la casa: como las necesidades en la manutención, el vestuario y lo que debe comprar en cada tiempo; del demasiado o poco trabajo que hagan los hermanos coadjutores etc.

Le informará de las faltas que se cometan y que él conozca; de la obediencia, la oración, la caridad mutua, la humildad, la modestia y todas las virtudes, como también de lo demás que crea conveniente para el buen gobierno.

Observará, por medio del sacristán o algún otro, quiénes dejan de confesarse y comulgar en los días asignados, e informará al Superior.

Designará a alguien, por orden del Superior, para encender y apagar las lámparas comunes de la casa, cuando sea necesario, y que abra y cierre a su debido tiempo las ventanas públicas y para poner agua para lavarse las manos.

Se esmerará con particular afecto en mantener la unión de los espíritus por una cordial caridad y con el Superior por una perfecta obediencia; si sabe de alguna diferencia entre algunos, hará todo lo posible para remediarla pronto, y si no puede, informará al Superior.

Si observa en alguien amargura e indisposición contra el Superior, tratará de apaciguarlo y hacerle entrar en los

sentimientos de respeto, de sumisión y aprecio para con el que tiene el puesto de Dios.

Y en estas y otras semejantes ocasiones, él se apropiará la causa del descontento de los particulares y el motivo de las quejas que tengan contra el Superior, para excusarlo, como los miembros se exponen a recibir los golpes que se quieren dar a su cabeza, para responder por él.

Cuando el Superior deba ausentarse por algún tiempo, recibirá de él antes de que salga, las órdenes de lo que debe hacer en las cosas ordinarias y comunes.

Si ocurriere algo extraordinario, que sea urgente y no pueda esperar su regreso sin gran perjuicio, él podrá, después de consultar con el segundo Asistente y algunos de los antiguos, hacer lo que crea que sería la intención del Superior; y a su regreso, le informará del hecho.

Al hacer la humillación el viernes, él señalará al lector de ese día las reglas que debe leer.

Todas las noches mirará que las puertas estén bien cerradas y llevará las llaves al Superior, según las órdenes que tenga.

pedirá al segundo Asistente o al que el Superior le dé como ayudante que haga lo que él no pueda hacer cómodamente y cuando se ausente, le dejará las reglas de su oficio para que pueda reemplazarlo, pero no por esto dejará su puesto ordinario.



## **CAPITULO VI**

### **EL SEGUNDO ASISTENTE DEL SUPERIOR LOCAL.**

El oficio del segundo Asistente es ayudar al primero en todo lo que éste desee, en especial en lo que no pueda hacer cómodamente y suplirlo en sus ausencias. Por lo cual, debe saber las reglas de su oficio para hacer las cosas que aquél haría si estuviera presente.

No tendrá lugar distinto que el que le toque en suerte, en el coro, en el comedor etc. como los demás.

Vigilará que los nuestros no estén ociosos ni vagabundos por la casa y que no pierdan tiempo en conversaciones inútiles, sino que se dediquen a hacer bien su oficio.

Tendrá la dirección de los que aún no son sacerdotes, si el Superior no se la da a otro. También la de los hermanos coadjutores en lo espiritual, si el Superior no comisiona a otro.

Señalará los lectores en el comedor y lo que deben leer, según la orden del Superior y les enseñará a leer bien, si es necesario, y les aconsejará preparar lo que deben leer para no cometer faltas y lo que deben observar para hacer esta acción según las reglas señaladas.

Acogerá a los huéspedes y a los que llegan, y atenderá a sus necesidades.

## **CAPITULO VII.**

### **LOS AYUDANTES O MONITORES.**

Su oficio será avisar al Superior sincera y fielmente de las faltas que éste cometa en su persona o en el ejercicio de su cargo y todos podrán dirigirse a él para que advierta al Superior.

Sin embargo no le dirá siempre las cosas que los particulares le sugieran ni las que se le vengán al pensamiento; procurará no importunarlo con advertencias frecuentes e inútiles y por faltas leves, pasajeras y sin consecuencia; sólo le advertirá las cosas importantes y en especial las que la mayor parte de los Asistentes y antiguos de la Comunidad acuerden que se le deben decir.

Finalmente desempeñará este oficio con gran respeto, prudencia, caridad y humildad, después de encomendar todo a Dios.

Si le advierte al Superior una falta y él no la remedia, pertenece a su oficio reiterar la advertencia varias veces, con la modestia y el respeto conveniente. Si no da resultado, avisará al Superior general para que él ponga el remedio conveniente. Si se trata de este mismo Superior, su Monitor avisará a sus Asistentes.

procurará que, por razón de su oficio, no sufran disminución ni alteración el respeto, la obediencia y sumisión que debe al Superior, ni en el exterior ni en el interior; al contrario, procurará servir de ejemplo a toda la Comunidad, de tal modo

que este respeto no le quite la libertad con la que debe desempeñar su oficio.

Nunca dará a conocer al Superior los nombres de los que le pidieron amonestarlo, ni tampoco dirá a nadie lo que él haya dicho al Superior, ni lo que el Superior le haya respondido.

Sin embargo, si los Asistentes y antiguos de la casa lo comisionan, por consenso, para decir algo importante al Superior y ellos le preguntasen lo que hizo, en este caso estaría obligado a rendirles cuenta de su comisión.

## **CAPITULO VIII.**

### **EL ECÓNOMO.**

El oficio del Ecónomo consiste en manejar los negocios exteriores y la administración de los bienes temporales de la casa, bajo la dependencia del Superior, y conservarlos como una cosa que pertenece a nuestro Señor y a su santa Madre y hacer que se les dé el mismo uso, en cuanto sea posible, que ellos hicieron de las cosas de este mundo, mientras vivieron.

Este oficio debe ser desempeñado por un eclesiástico de la Comunidad y no por un hermano coadjutor, a no ser en caso de gran necesidad.

El que ejerza el cargo lo hará con un afecto particular, por el amor de Jesús y de Maria y en honor e imitación de San José que fue dado por el Padre Eterno a su Hijo, para ser su padre

nutricio y a la santa Virgen, para ser su ayuda y su consuelo en todas las cosas exteriores y que El nombró ecónomo de su casa y de su familia en la tierra.

Tendrá ante sus ojos el ejemplo de las santas mujeres que seguían a nuestro Señor y los santos Apóstoles, para administrarles las cosas requeridas para su vida corporal; y tratará de imitar el fervor y la diligencia de santa Marta, y de evitar su turbación y apremio.

Demostrará gran respeto y obediencia al Superior, no hará nada sin su consentimiento, le comunicará, de vez en cuando, todos los negocios y necesidades de la casa, para recibir de él la orden y la instrucción de lo que debe hacer, lo cual anotará en la libreta de apuntes, para no olvidarlo.

En todo lo que tenga que tratar con el prójimo, sea dentro o fuera de la casa, tratará de poner toda la diligencia, prudencia y fidelidad posible; y de edificar por sus palabras y sus obras a aquellos que hablen con él; y de ganar por bondad y cortesía a los que necesite para desempeñar bien las funciones de oficio.

Procurará en especial conservar, en un lugar destinado para ello, las bulas, títulos, patentes de los señores obispos y del Rey, contratos de fundación, de adquisición y todos los demás títulos, enseñanzas, documentos, cartas y escritos de la casa, poniendo cada pieza en orden y en su lugar, con una inscripción de lo que contiene, para encontrarla fácilmente cuando se necesite.

También tendrá copias confrontadas y autorizadas, según las normas, de las piezas más importantes, para utilizarlas cuando se necesiten y para sacar los originales lo menos que se pueda.

Hará un inventario de todas estas cosas, que conservará cuidadosamente y guardará en un lugar, o caja, o armario, que cerrará con dos llaves, de las cuales una guardará el Superior y otra él.

Hará dos ejemplares de todos los contratos de alguna importancia, guardará uno en el lugar ya dicho y enviará otro al Superior general en Caen. Y para los otros títulos o cartas de la misma importancia y que no pueda tener dos ejemplares, mandará hacer copias autorizadas según las normas, y enviará una copia al mismo Superior general.

Solamente por absoluta necesidad sacará de dicho lugar piezas importantes, dejando un apunte en la libreta que permanecerá siempre allí, en la que se anota el año, el mes y el día en que se toma y se borrará cuando se reponga, lo más pronto posible.

Tendrá para sí un catálogo con los nombres y apellidos de los arrendatarios, de los que deben rentas u otras cosas y de sus garantías, las direcciones, lo que deben y el vencimiento de sus deudas, para que paguen a su debido tiempo; empleando con ellos, especialmente con los que se incomodarían, paciencia e indulgencia, en cuanto lo permita la necesidad de la casa. Cuando paguen, les dará un recibo firmado por el Superior, el primer Asistente y él mismo

Anotará en un libro todas las donaciones, obsequios y limosnas que se hagan y los nombres de sus autores, de lo cual avisará con prontitud al Superior, para que él les demuestre la gratitud y el reconocimiento debidos.

Si él u otro reciben dinero para las misas ordinarias, lo entregarán al sacristán, que lo guardará para emplearlo en las necesidades de la iglesia, como lo ordene el Superior, al cual rendirá cuentas cada tres meses.

Cuando reciba alguna suma de dinero, de donde provenga, la llevará al Superior para contarla en su presencia y la guardará en una caja con tres llaves; el Superior guardará una, el primer Asistente la segunda y él guardará la tercera.

En la misma caja habrá un libro de entradas y salidas, donde anotarán el año, el mes, y el día y de dónde provino y para qué se tomará.

Si sucediere que se vea obligado a emplear el dinero recibido, en alguna necesidad apremiante y por lo tanto no lo pueda poner en la caja, se anotará en el libro como si hubiera puesto y retirado el dinero.

Tendrá un libro en el que escribirá, de un lado, el dinero que se saque de la caja para devolverlo, y del otro lado los aportes que ha hecho y en lo que lo ha empleado; señalará en ambos lados el año, el mes y el día.

Mostrará su cuenta cada mes al Superior, en presencia del primer Asistente, tanto de lo que recibió como de lo que gastó.

Y le informará lo que la casa debe y lo que le deben, para que conozca su estado.

Dará al dispensero el dinero necesario para las necesidades ordinarias de la casa, de lo cual le hará rendir cuentas cada semana.

Ordenará que los otros funcionarios tengan todo lo necesario para su cargo.

Vigilará que los hermanos coadjutores ni estén ociosos ni demasiado cargados de trabajo, sino que cada uno desempeñe bien su oficio y sus obligaciones.

Hará todas las provisiones de trigo, de vino, de cidra, de aceite, de cera para la iglesia, de madera, de telas, de paños, de queso y cosas semejantes, en su tiempo y estación. Pues las cosas compradas en su tiempo son mejores y más baratas. Guardará todo adecuadamente y en lugar conveniente para que no se dañe.

No comprará ni permitirá comprar nada fuera de lo ordinario, sino por orden del Superior.

Tendrá una libreta de apuntes en la que anotará todo lo necesario para la casa, con la cantidad y calidad, el tiempo y la estación para comprarlo, lugares donde se le encuentra, el precio aproximado que habitualmente cuesta y las demás circunstancias que puedan facilitar su compra, para que él y su sucesor puedan servirse de estos conocimientos.

Revisará de vez en cuando las provisiones de la casa, para Ver que nada se deteriore o se despilfarre, y para informar al Superior y al primer Asistente.

Tratará con los comerciantes y con toda clase de personas, con toda la sinceridad, sencillez, verdad, justicia y fidelidad posibles, evitando cuidadosamente los debates y discusiones y tratará de edificarlos por su gran modestia y bondad y encontrar la ocasión de decirles algo útil para su salvación.

En cuanto se pueda, no irá a ferias ni mercados públicos, sino que hará que los hermanos coadjutores o algún laico compren las provisiones necesarias.

No discutirá con los obreros y peones, sino que los despedirá siempre contentos y edificados. Tampoco dará lugar a ningún proceso, sino que si después de hacer todo por evitarlo, Dios quiere dar esta aflicción a la Comunidad, hará como se dijo en el Cap. 7Q de la 4ª parte.

Fuera de esto, tendrá un libro para este fin, en el que anotará los procesos importantes que lleguen a la Comunidad, durante el tiempo de su cargo y pondrá sumariamente las principales cosas que se hagan.

Se presentará ante los jueces lo menos posible y cuando el Superior lo crea necesario, pero hará actuar en nuestros negocios a apoderados externos.

Tendrá un inventario de todos los muebles de la casa y de cada oficina y procurará que cada funcionario tenga uno particular



de lo que corresponda a su cargo, para estar preparado a rendir cuenta de ellos en la visita.

En otro libro anotará todas las cosas que traigan a la casa los que aspiran a entrar a la Congregación, o que permanezcan solamente algún tiempo, el cual se les hará firmar.

Visitará a menudo todas las oficinas, todo el resto de la casa y todo lo que pertenece a la Comunidad en la ciudad o fuera de ella, para después informar al Superior si todo está en orden y buen estado o si algo necesita reparación.

En invierno, después de que haya nevado, visitará las bóvedas y artesonados de la iglesia, y hará quitar la nieve que haya caído.

No permitirá que la casa contraiga deudas, y será cuidadoso en pagar lo que se deba, lo más pronto posible.

Estará pronto y caritativo a todas las necesidades de los que están en la casa, según la orden del Superior.

Cuando alguien deba partir a otra casa o a la misión, o a otra parte, por orden de los Superiores, él lo proveerá de todo lo necesario para su viaje.

## **DÉCIMA TERCERA PARTE.**

### **REGLAS PARA LOS DEMÁS FUNCIONARIOS.**

Ya vimos lo concerniente a los das Asistentes, el Monitor del Superior, el Ecónomo, el Director y Subdirector de la Probación, los Prefectos y Subprefectos de los Seminarios y los Prefectos y Regentes del Colegio, que deben ser nombrados y cambiados por el Superior de la Congregación.

Hay otros funcionarios en cada casa, como son: el Sacristán, el Director del coro y de los oficios y ceremonias, el Director de los retiros, el Bibliotecario, el Prefecto de salud, el Enfermero, el Prefecto de limpieza, el Dispensero, el encargado del vestuario, el lencero, el encargado del comedor, el comprador, el portero, el cocinero, el campanero, el visitador de las habitaciones por la noche, el Director de los Hermanos coadjutores.

Todos estos funcionarios son nombrados y cambiados por los respectivos Superiores locales, como a bien tengan y dependerán de ellos en sus trabajos. Pueden dar varios oficios a una misma persona, si puede cumplirlos sin recargarse demasiado. También pueden dar ayudantes a los que los necesiten, que para este efecto, tienen sus reglas y las deben cumplir.

Deben ser sacerdotes los Asistentes, el Monitor, el Ecónomo, el Director y Subdirector de la probación, los Prefectos y Subprefectos de los Seminarios, los Directores de coro, de los

retiros y de los hermanos coadjutores y los Prefectos de salud y de limpieza

El Sacristán debe tener al menos una orden sagrada, pero si necesita, se le puede dar un hermano coadjutor como ayudante, y lo mismo al Ecónomo. El cargo de la biblioteca sólo se dará a un sacerdote de la Comunidad, que sea muy fiel y muy afecto a la Congregación.

Todos los demás oficios menores, que deben ser provistos por los Superiores locales, pueden ser desempeñados por los hermanos coadjutores. Sin embargo, el Despensero, el lencero y el encargado del vestuario pueden ser eclesiásticos.

La regla del Prefecto de limpieza está contenida en el mismo capítulo del aseo, que está entre los de las virtudes.

## **CAPITULO I.**

### **EL SACRISTÁN.**

El Sacristán debe considerar su oficio como uno de los más dignos y más santos que se puedan desempeñar en la casa de Dios; por lo cual debe esmerarse en ejercerlo santamente, para la gloria del santo nombre de Dios.

Especialmente se conducirá santamente en los lugares santos y dará a todos ejemplo de silencio, de reverencia y de piedad.

Será un modelo de modestia en su porte, en Su marcha, en su conversación y sobre todo en sus ojos que debe mantener modestamente bajos, al ir y venir en la iglesia y en especial cuando hable con las mujeres.

Hablará con gran caridad y bondad a todos los que se le acerquen, sea de la casa o de afuera, para pedirle algo, y se esmerará en complacer y agradar a todos, en lo posible.

Anotará en un libro todos los muebles pertenecientes a la iglesia, para rendir cuenta de ellos en la visita.

Tratará con respeto todas las cosas de la iglesia, aún las menores, en especial las de los altares y las mantendrá limpias y decorosas y en orden; no debe permitir que se empleen en otros usos mientras puedan servir a la casa de Dios.

En la víspera de las fiestas, después de comer, arreglará los altares con los ornamentos convenientes, según la variedad de los días y los tiempos; al día siguiente de la fiesta, retirará los adornos extraordinarios y dejará los ordinarios. No pondrá en los altares adornos profanos, como muñecos para representar al Niño Jesús o su santa Madre, o los es, o los Santos ni otras figuras ridículas y pueriles, ni nada conforme con las nuevas modas mundanas.

Bendecirá o hará bendecir todos los cirios de los altares y el sábado durante el canto del *"Inviolata"*, pedirá a los que ayudan a misa, que no los dejen estropear por no despabilarlos y él mismo se preocupará de ello, en especial, cuando estén

encendidos largo tiempo, como en la exposición del Santísimo Sacramento.

Debe recoger y conservar la cera que gotea y los cabos que quedan.

Pedirá al Ecónomo aprovisionarse con tiempo, para no quemar sino los fabricados al menos un año antes, porque duran la mitad del tiempo más que los frescos; se hará lo mismo con el aceite de la lámpara.

Pondrá una vasija debajo de la credencia, para recibir el agua que cae cuando el sacerdote lava la punta de sus dedos, en la santa misa.

Mantendrá el sagrario extremadamente limpio por dentro y por fuera y en él no se pondrán reliquias, ni santos Oleos, ni nada distinto al Santísimo Sacramento.

Dos o tres veces al año, debe exponer los ornamentos al aire, no al sol y de vez en cuando, dejará abiertos los armarios donde estén, para airearlos. Todos los días al doblarlos y guardarlos, verá si no hay nada roto, o si faltan algunas cintas u otra cosa a las casullas, albas, amitos, sobrepellices etc., para remediarlo inmediatamente.

No debe permitir que nadie meta la mano en los armarios o cajas de los ornamentos, sin su permiso, para no revolverlos o invertir el orden en que están colocados, y para esto, guardará siempre las llaves y nos las dejará a la vista.

Mantendrá la lámpara encendida día y noche ante el Santísimo Sacramento y la hará despabilar de vez en cuando siempre que sea necesario.

Por la mañana, debe preparar los ornamentos y todo lo necesario para la santa misa y después de comer, los doblará adecuadamente para guardarlos en orden.

El vino que sirva a este divino Sacrificio no debe estar agrio ni empezado a dañar, sino bueno, puro y limpio y ordinariamente sacado el mismo día. Que el pan no sea demasiado viejo, sino que sea blanco y bien hecho y el agua fresca y limpia; como también deben estar bien cubiertas las vinajeras.

En la sacristía nunca debe faltar el agua para lavar las manos y pantuflas de los celebrantes, a los cuales se les advertirá que las usen si es necesario para no deteriorar nada con sus zapatos sucios.

Enseñará a ayudar bien la misa, a pronunciar pausada y distintamente las respuestas y cumplir lo que está en el librito hecho para este fin y que tendrá siempre consigo. Sólo admitirá a ayudar la misa a los que lo sepan hacer como se debe y que tengan en su exterior la limpieza, el decoro y modestia requeridos a tan santo ministerio.

Los sábados anotará el orden que cada uno seguirá para decir su misa y el de los ayudantes durante la semana siguiente. Señalará también a los que dirán la misa por los fundadores y bienhechores y las demás especificadas en las Reglas, en

especial, las misas votivas que se dirán alternativamente en honor de San José, de San Joaquín, y de santa Ana, todos los miércoles libres de cada mes.

No permitirá que los sacerdotes externos, ni los del Seminario, ni los que entren a la Probación, digan la misa en público en nuestras iglesias o capillas, sin antes haberlos visto decir la en privado y que se sepa bien si la dicen según las rúbricas, con la devoción y decencia requeridas y de manera edificante.

Tampoco les permitirá a los que no están revestidos con el hábito clerical, es decir, con la sotana, o que lleven una vida desarreglada, o que no tengan tonsura, o que no tengan los cabellos cortos, salvo en rara ocasión, cuando para evitar un mayor mal, esté obligado a tolerar ciertas personas que no podría rechazar.

Cuando sea necesario, renovará las santas Hostias del copón. Vigilará que no falte el agua bendita en la pila. Lo hará todos los domingos, en la sacristía y la pondrá o hará poner, cuando sea necesario, en todas las pilas de agua bendita de la iglesia y de la casa, tanto comunes como privadas de cada habitación.

Todos los años renovará los santos Oleos.

El último día de cada semana, cuidará de prever las fiestas particulares de la diócesis y de la congregación, que lleguen en la semana siguiente, para anotarlas en la libreta de la sacristía. Preparará cuidadosa y decentemente la iglesia para las fiestas importantes, más o menos en proporción a su solemnidad. Lo

hará con moderación evitando los excesos que causarían gran distracción tanto a él como a los que le ayudan.

No prestará de afuera para adornar la iglesia, sino las menos cosas posibles y con el permiso del Superior; cuando preste alguna cosa, la conservará con mucho cuidado y la devolverá pronto, limpia y en buen estado. No debe prestar nada a nadie sin orden del Superior.

El último día de cada mes, al fin de las oraciones de la noche, distribuirá a cada uno, comenzando por el Superior, y a los demás en el orden en que se encuentren, las sentencias del mes, como Se acostumbra.

Tratará las santas Reliquias de la manera señalada en las reglas.

Tocará o hará tocar la campana para los oficios y las conferencias; preparará los candelabros, las velas y las sillas necesarias, cuando se necesiten. También tocará para la predicación y el catecismo y preparará temprano las bancas necesarias.

Por la mañana, sólo abrirá las puertas de la iglesia después de tocar para la primera misa y las cerrará antes de la noche y después de las Letanías del medio día. Pero las podrá abrir durante los Maitines y Laudes, y en las Letanías de la noche, si el Superior no las ordena cerrar en invierno.

Cuando la iglesia esté abierta y haya poca gente, dará orden de vigilarla.



Tendrá un celo especial para impedir todas las cosas contrarias al respeto y al honor debidos a la casa de Dios, especificadas en las reglas de la virtud de Religión para con la Iglesia.

Revisará con frecuencia si algo necesita reparación, sea por dentro o por fuera, para avisar pronto al Superior y al Ecónomo.

Atenderá a los que vengan a buscar confesores, o misas o alguna otra cosa que dependa de la sacristía y debe hacerlo con suavidad y afabilidad.

Cuando haya gente en la iglesia antes del día o por la noche, prenderá la luz para que se pueda ver todo lo que suceda.

Debe acoger con gran cortesía y caridad a los sacerdotes externos que se presenten para decir la misa y que la digan pronto, Si no son de los que hablamos antes.

Cuando se le haga alguna donación a la sacristía, avisará al Superior para que agradezca y mande escribir los nombres en el libro de los bienhechores, si la cosa lo merece.

Llevará un libro con los nombres de los que manden celebrar misas y el dinero que den, el cual guardará para utilizarlo primeramente, en las necesidades de la iglesia y luego en las necesidades de la casa, según la orden del Superior, al que rendirá cuentas todas las semanas, tanto de lo que haya recibido, como de lo que haya gastado.

Sólo permitirá en la sacristía lo necesario para el servicio de la iglesia.

## **CAPITULO II**

### **LA PULCRITUD DE LAS COSAS DE LA IGLESIA.**

Tendrá un cuidado extraordinario de la limpieza, decoro y orden de la iglesia y de las cosas pertinentes.

La debe barrer o mandar barrer, con la sacristía, tan a menudo como sea necesario, para mantenerlas siempre limpias; lo mismo la puerta mayor, hasta la distancia de tres o cuatro pasos hacia afuera.

Para barrer la iglesia, abrirá todas las ventanas para que salga el polvo. Luego debe desempolvar el altar, el sagrario, los candelabros y los cuadros y todo lo demás, con una cola de zorro o algo similar.

Cuando la Comunidad haya salido del coro por la mañana, pondrá todo en orden, barrerá los rincones donde se haya arrojado suciedades de la boca.

Una vez al año, un poco antes de Pentecostés, hará lavar el adoquinado; y dos veces, en Navidad y Pentecostés, hará limpiar los muros, los vitrales y las bóvedas de la iglesia y de la sacristía, desempolvando diligentemente, quitando las telarañas y otras basuras.

Limpiará también las canalitas, las bancas, las sillas, los confesonarios, el púlpito, los balaústres, las puertas, las cajas y armarios de la sacristía, las pilas y lugares donde se lavan las

manos y también las pantuflas que se ponen para el altar. Lo mismo con las pilas de agua bendita, antes de llenarlas.

Cada quince días limpiará la lámpara y sus accesorios; y por lo menos una vez al año la hará brillar y limpiar más cuidadosamente. Y estregará o hará estregar a menudo las gradas de los altares, para mantenerlas siempre limpias y brillantes.

Procurará mantener siempre los altares decente y decorosamente adornados, para que todo esté en orden y que todo inspire devoción.

Antes de doblar los ornamentos, los sacudirá para quitarles el polvo. Todos los sábados examinará los amitos, purificadores, pañuelos y manutergios, para cambiarlos si es necesario. Ordenará que en las fiestas más solemnes, toda la Comunidad tenga sobrepelliz blanca para el oficio divino.

Limpiará o hará limpiar los cálices, patenas y vinajeras una vez al año, antes de la fiesta del Santísimo Sacramento. Si son de plata, se les hará hervir en heces de vino con sal; o se les frotará con cascarán de huevo bien molido y pulverizado, desleído en agua y en cenizas de heno quemado y otros procedimientos adecuados.

Si las vinajeras son sólo de estaño, bastará hacerlas frotar con arena muy fina, cuando haya necesidad. Pero sean de plata, estaño o vidrio, las lavará por dentro diariamente con agua

limpia. El agua con que se laven los cálices y patenas, corporales y purificadores, se arrojará en un lugar santo.

Los candelabros, cruz e incensarios de plata, que se utilicen con frecuencia, se limpiarán como los cálices. Si se utilizan raramente, bastará que después de usarlos, se limpien con un paño o lienzo, antes de guardarlos. Si hay alguna mancha causada por el fuego, podrá quitarse lavando con lejía hervida y sal.

Los candelabros de bronce u otro metal, cada año se frotarán del mismo modo, con arena muy fina y pulverizada.

El sagrario, las imágenes, pinturas y banderas se desempolvarán cada semana, con una cola de zorro o algo suave, lo mismo los manteles de los altares, que se cambiarán cada mes.

Los corporales y purificadores, las albas, los amitos, los manutergios del altar, las sobrepellices y manteles de la comunión se mantendrán Siempre blancos y se guardarán adecuadamente doblados.

Porque el almidón deteriora el lienzo si permanece demasiado tiempo almidonado, sólo se mandará almidonar cada vez unos pocos corporales que, cuando ya no sirvan, se reemplazarán por otros que se hayan lavado y almidonado.

Las casullas, capas pluviales, dalmáticas, velos, frontales de altares y demás ornamentos similares, se guardarán cuidadosamente, bien extendidos en armarios y cajas destinados para ello, se revisarán de vez en cuando para

impedir que se deterioren y se pongan mohosos para ponerlos al aire, cuando haya buen tiempo, dos o tres veces al año o más si es necesario.

Habr  en la sacristía una vasija de cobre o de bronce para lavar los corporales y purificadores, los cálices y las patenas y no se empleará en usos profanos.

El Sacristán escribirá o hará escribir lo siguiente en la cartelera, en letras gruesas y bien legibles, para los sacerdotes externos que vengan a decir la misa a nuestra iglesia o capilla y la fijará en un lugar visible para que no puedan evitar verla:

## **JESÚS MARIA**

“A los sacerdotes que no tengan hábito clerical, es decir la sotana, la tonsura y los cabellos cortos, de modo que se vean las orejas, como ordenan los santos Concilios, se les ruega no decir la misa en esta iglesia (o capilla) como tampoco los que no sepan las ceremonias, hasta que las hayan aprendido.

Los que la celebren deben pronunciar todas las palabras y sílabas clara, distinta y pausadamente y sin apremio.

Se les ruega ponerse las pantuflas que est n en la sacristía antes de revestirse con los ornamentos; y después de la misa, ponerlas en su puesto, con orden y decoro”.

También escribirá o hará escribir lo siguiente, en otra tarjeta que pondrá en un lugar de la sacristía donde pueda leerse fácilmente:

### **A LOS SACERDOTES Y CLÉRIGOS**

“Quien desprecie los decretos eclesiásticos, en el juicio de Dios sufrirá los tormentos del fuego eterno”. Clemente 1. Papa (Ep).

“Quienes obran contra los sagrados Cánones o presumen decir algo en su contra, o permiten que lo quieran hacer, blasfeman contra el Espíritu Santo”. Dámaso. Papa. (Decr. 4).

Estos son los Decretos eclesiásticos propuestos a los clérigos, tomados de los sagrados Cánones.

#### **I**

“Prohibid, hermanos, en todas vuestras iglesias regionales, que los clérigos, que deben ser para los laicos ejemplo de virtudes, honestidad, recato y severidad, se arreglen los cabellos, sino que los corten a manera de una esfera”. 5. Aniceto. Epis. decr.

#### **II**

“No conviene que los clérigos se arreglen los cabellos y administren así los sacramentos; deben dejarse al descubierto los oídos y según Aarón vestir hábito talar para que su traje corresponda a su dignidad”. 3 Decr. tit. 1. cap. 15.

### III

“Prohibimos por edicto perpetuo que los Clérigos se arreglen el cabello, en particular los Sacerdotes, que se lo deben cortar en tal forma que las orejas queden descubiertas. Concilio de Salzburgo Gregorio X.

### IV

“Nadie pretenda, después de recibir la tonsura, arreglarse los cabellos a la moda popular. Quienes fueren sorprendidos en esta actitud serán amonestados, y si persisten, serán excomulgados. Conc. Bávaro. Bajo Adriano”.

### V

“Si algún Clérigo se alisase el cabello, que sea anatema: y por tanto ordenamos que sea apartado de los sagrados ministerios”. Concilio de Maguncia, bajo León IV.

### VI

“A los Clérigos que se dejen crecer el cabello, está permitido cortárselos a la fuerza. Si se presume que alguien contraviene esta regla, o que no quiera enmendarse después de ser amonestado, queda sujeto a excomunión. Concilio de Letrán, bajo Alejandro.

### **CAPITULO III.**

#### **EL DIRECTOR DE CORO Y DE CEREMONIAS.**

Tendrá el cargo y la dirección de todo lo referente a la celebración de los divinos oficios, de las misas cantadas y de todas las ceremonias y nombrará al semanero cada ocho días.

Ya que este oficio es tan santo y tan importante, porque concierne directamente al honor de Dios y los más santos ministerios del sacerdocio, procurará desempeñarlo con gran diligencia y cuidado. Debe saber a la perfección todas las ceremonias y debe dar las conferencias y hacer los ensayos, tanto a los miembros de la Comunidad que no las sepan, como a los del Seminario, en los días y horas señalados por el Superior.

No permitirá que se cante nada ni se haga ninguna ceremonia en público si no se saben perfectamente. Y para eso debe prever las cosas que se deben cantar y hacer en el coro, especialmente las extraordinarias y hacerlas practicar y ensayar el día anterior, a la hora de la conversación después de comida, o a la hora que señale el Superior

Cuando la Comunidad se reúna, a la señal de la campana, en el lugar indicado para ir al coro, después de revestirse de sobrepelliz y demás hábitos sacerdotales, el Director del coro indicará a cada uno su puesto, su oficio, las lecturas o antífonas que deberá decir o cantar; luego, después del oficio, señalará



en especial las faltas cometidas, de costumbre, para corregirlas, salvo si el Superior quisiera hacerlo.

Vigilará si se cumplen las reglas de la santa misa y del oficio divino, para aconsejar a los que falten a ellas; y si no se corrigen, informará al Superior para que él lo remedie.

No permitirá celebrar el oficio divino con los de la casa, a eclesiásticos externos cuya probidad y modestia no conozca, o que desde algún tiempo no estén demostrando una verdadera voluntad de vivir como verdaderos eclesiásticos, si no lo hicieron en el pasado.

Tampoco admitirá a los que no estén en hábitos decentes, con la tonsura y los cabellos cortos, de modo que se vean las orejas, como lo anotan los sagrados cánones; y que no estén dispuestos a cumplir las reglas que ordenan cómo hacer bien esta santa acción.

Para ello, las hará escribir separadamente y se las leerá o las hará leer antes de que vayan al coro con los demás y también les enseñará las ceremonias.

Hará lo mismo para las misas cantadas, en las que además, no permitirá que los eclesiásticos ayuden a cantarlas sin sobrepelliz y bonete.

Vigilará el comportamiento de los que asisten al coro, tanto en las misas como en el oficio divino y que no cometan faltas contra la modestia, para aconsejarlos o que el Superior lo haga.

## **CAPITULO IV.**

### **EL DIRECTOR DE RETIROS.**

Ya que los ejercicios que se hacen en los retiros son de gran fruto cuando se hacen correctamente, cada Superior se empeñará en que los de su Comunidad los hagan todos los años y que los hagan bien.

Para esto, nombrará un Director de retiros, tanto para los de la casa como para los externos, que sea piadoso, celoso y prudente, que al considerar la importancia de su cargo, trate de desempeñarlo bien, ayudando en cuanto sea posible a que los que estén en retiros hagan útilmente todos sus ejercicios.

Para este fin, expondrá ante todo, las intenciones y disposiciones con que deben hacer su retiro. Y les dará el orden de los ejercicios de la mañana y de la tarde.

Todos los días les dará, no sólo de viva voz sino por escrito o en algún libro, los temas de meditación y la materia del examen extraordinario que harán diariamente antes del medio día, y del que se habló en el “Directorio de los retiros”.

Les dará los libros y les señalará lo que deben leer, retirando los otros de su habitación.

Para ayudarlos a entrar a los sentimientos de contrición y penitencia que deben tener en la confesión extraordinaria o general que hagan, les hará leer el 2Q tratado del “Memorial de la vida cristiana”.

Todos los días los visitará en sus habitaciones para ver cómo van en sus ejercicios, sobre todo en la meditación y les dará las instrucciones necesarias en esta materia.

Delegará a alguien de la Comunidad o a varios sucesivamente, que tengan espíritu de piedad, para que les hable un momento, después del almuerzo y de la comida, o lo hará él mismo, si ellos no prefieren estar solos: esto se podrá hacer de ordinario con los de la Comunidad.

Si algún externo se presenta para hacer el retiro en la casa, lo recibirá con gran caridad, bondad y cordialidad; y después de pedir al Superior la orden para la habitación donde lo pondrá, la mandará preparar y asear para que esté decorosa y en buen estado; vigilando si están los muebles que debe tener. Luego lo llevará a la habitación y lo informará del reglamento.

Avisará al encargado del comedor para que disponga su puesto, que debe ser siempre uno de los primeros, tanto para los eclesiásticos, como para los laicos, durante el tiempo de su retiro.

En seguida del cual, si permanecen aún en la casa, el puesto de los eclesiásticos es después del primer Asistente, y el de los laicos, después del último eclesiástico. Sin embargo, el Superior los puede colocar como a bien tenga, sean eclesiásticos o laicos que tengan alguna calidad o mérito notable.

Delegará a alguno de la casa para avisar al que está en retiro, las horas de comunidad y llevarlo al lugar donde se reúnen, menos

a la humillación de los viernes, a la que nunca se admitirán externos.

Se preocupará particularmente en instruir a los que no saben aún, o que sólo son aprendices, sobre la oración mental y la manera de hacerla bien; para esto les hará leer el sexto tratado del “Memorial de la vida cristiana” de Granada.

Les enseñará también cómo hacer útilmente las lecturas espirituales y las disposiciones para la confesión, y la santa misa. No olvidará enseñarles a ayudar a la santa misa como se debe, y les hará leer y estudiar el librito hecho con este fin.

Hará una lista de los libros y escritos que le entregue y no olvidará reclamárselos al fin del retiro y colocarlos de nuevo en la biblioteca.

Si alguien viene a preguntar por el que está en retiro para algo importante, él le dirá para ver si es absolutamente necesario que lo vea.

## **CAPITULO V**

### **TEMAS DE MEDITACIÓN.**

El Director de los retiros dará a los que los hagan bajo su dirección los temas de meditación que sean conformes a su condición, a su espíritu y a su disposición.

Por eso, en primer lugar debe reconocer la calidad y la disposición de los espíritus y qué los atrae y conmueve más, si lo que se refiere al temor o lo que incita al amor. Luego escogerá entre los siguientes temas de oración, los que les sean más adecuados.

I. A los que aún están comprometidos en el pecado, les hará meditar: La fealdad y horror del pecado. El odio infinito que Dios le tiene. El horrible estado de un alma en pecado. Las postrimerías del hombre. Las obligaciones para con Dios por sus infinitos beneficios. La pasión de nuestro Señor. Hay meditaciones sobre todos estos temas en Buzée y en otros libros.

II. A los que empiezan a entrar a la devoción: Las meditaciones que hay al principio de la “Introducción a la vida devota” desde el capítulo 9° al 20°.

III. A los que desean conocer la vocación de Dios sobre ellos: Las meditaciones que hay en nuestros escritos sobre este tema, u otros semejantes.

IV. A los que están hace ya algún tiempo en la práctica de la devoción: El pecado venial. Los misterios y las virtudes de la vida de nuestro Señor y de su santa Madre. Ocho meditaciones que hay en la 5° parte del “Reino de Jesús”. Treinta y cuatro actos de amor a Jesús que se encuentran en la 48 parte del mismo libro y que son otros tantos temas de meditación. Los diversos atributos, sobre los cuales hay varias meditaciones en nuestros escritos.

V. A los eclesiásticos: La dignidad sacerdotal. La santidad de todas las funciones del sacerdocio. Las virtudes de los eclesiásticos. La alianza de los eclesiásticos con la santa Madre de Dios- Hay muchas meditaciones sobre estos temas en el libro de las “Meditaciones” de M. Beuvelet y al final de Buzée, en las últimas ediciones.

VI. A los que se preparan a recibir alguna orden: Las meditaciones concernientes a la orden que van a recibir, que se encuentran en M. Beuvelet y en nuestros escritos.

VII. A los Pastores: La importancia de este cargo. Las obligaciones de un Pastor. Los medios para desempeñarlo.

VIII. A los miembros de nuestra Congregación:

El fin para el que Dios nos creó.

Las obligaciones del Bautismo

Las obligaciones del sacerdocio.

La perfección a que está obligado un sacerdote.

Contra el pecado venial.

La gracia que Dios nos concedió al llamarnos a la Congregación, donde tenemos tantos medios de vivir en la perfección a que estamos

obligados.

El fin para el que fue fundada la Congregación.

El amor a nuestro Señor Jesucristo.

La devoción a su divina Madre.  
El respeto y veneración a las cosas de la Iglesia.  
El celo por la salvación de las almas.  
La mansedumbre y amabilidad hacia el prójimo.  
El respeto y obediencia a nuestros Superiores.  
La observancia de nuestras reglas.  
La mutua caridad y cordialidad.  
El desprendimiento del mundo y de las cosas de la tierra.  
La humildad.  
La modestia.  
El amor a la pobreza y a los pobres.  
La pureza de cuerpo y alma.  
La sencillez.  
E]. amor a la cruz.  
La perfecta sumisión a la divina Voluntad.

IX. A toda clase de personas:

El fin para el que Dios nos puso en el mundo.  
Los beneficios generales y particulares de Dios.  
Los misterios que nuestro Señor obró para nuestra salvación;  
sobre esto hay tres excelentes meditaciones en el 6° tratado del  
“Memorial de la vida cristiana” de Granada.

El Bautismo

La profesión cristiana que hicimos.

Las virtudes de nuestro Señor, de su santa Madre y de los Santos.

Las máximas del Evangelio.

Las ocho bienaventuranzas.

El buen uso de las pesadumbres y aflicciones.

La preparación a la muerte.

El Director hará escribir lo más que se pueda de estas meditaciones para dárselas a los que hacen el retiro, para no deteriorar los libros que habrá de darles. Las meditaciones de Mons. Godeau, obispo de Grasse, para un retiro, son excelentes y también las de los RR.PP. Saint-Jure y Hayneuve, sobre el mismo tema.

## **CAPITULO VI.**

### **EL PREFECTO DE LA BIBLIOTECA.**

El Prefecto de la biblioteca procurará mantener todo en orden y en buen estado y conservar bien los libros. Cerrará con llave, que guardará y nunca prestará ni a los externos, ni a los seminaristas o pensionados.

El nombre de cada libro estará escrito por fuera para poderlo conocer fácilmente. Se colocarán en orden, que estén juntos los de una misma ciencia.



El bibliotecario tendrá un libro con dos catálogos de todos los libros de la biblioteca, el uno de un lado y el otro del otro. El primero tendrá los nombres de los libros por orden alfabético. En el segundo, estarán repartidos según las distintas ciencias: Por ejemplo, una clase tendrá los libros sagrados; La segunda, los comentarios sobre la sagrada Escritura; La tercera, los santos Concilios; La cuarta, los Santos Padres; La quinta, los teólogos eclesiásticos y así los demás; y los nombres estarán en orden alfabético.

Al principio de este libro, que debe ser bastante grueso, bien encuadernado y empastado, se dejarán varias hojas en blanco para anotar los nombres de los bienhechores de la biblioteca, con lo que hayan donado.

Cada año, poco Después de Pascua, hará devolver a la biblioteca todos los libros que estén en la casa, y los que se hayan prestado para afuera, para contarlos y buscar los que falten.

Luego los revisará y los abrirá todos, con la ayuda de alguien, para quitar el polvo, y para ver que los gusanos y ratones no los hayan deteriorado. Para hacer esto más fácilmente, tomará solamente algunos por vez. Después de limpiarlos, los pondrá en su puesto y tomará otros para hacer lo mismo, hasta terminar.

Habrà un catálogo de los libros prohibidos, los guardará en un lugar separado y guardará la llave y no la dará a nadie sino con permiso expreso del Superior.

No guardará libros de medicina ni de cirugía y si los encuentra en la biblioteca, los venderá o los cambiará por otros.

No permitirá novelas, ni comedias de amor, ni libros de burlas o de chistes o de curiosidades inútiles o peligrosas, como astrología, de química, de quiromancia, ni otros de naturaleza similar.

Nunca prestará libros fuera de la casa, a quien sea, sin el permiso del Superior, que lo dará lo menos que pueda.

Habrà en la biblioteca una libreta para anotar los títulos de los libros que preste a los de la casa o a otros, con el permiso del Superior y sus nombres, el año, el mes y el día del préstamo, que borrarà cuando los devuelvan y se los pedirá si tardan demasiado en devolverlos.

Si ve algunos libros deteriorados por la vejez, o cuyas hojas se desprenden o que necesiten pasta, o encuadernarlos de nuevo, con la orden del Superior los hará reparar por un librero. Cuando se requieran algunos libros necesarios, o que sepa que algunos nuevos han salido a la luz, y que sean útiles a la casa, avisará al Superior para que los haga comprar, si lo cree conveniente.

Si al contrario, hay en la biblioteca libros inútiles, también le avisará para que los cambie por otros mejores.

Debe mantener la biblioteca muy limpia y para ello, la debe barrer al menos una vez a la semana, luego de regarla con agua y de abrir las ventanas.

Cuidará que la humedad de los muros no deteriore los libros y que oportunamente se cierren y abran las ventanas.

Ordenará que los anaqueles estén bien pulidos y que los que contengan los libros estén cubiertos con cartulina o cuero.

Anotará en una tarjeta que fijará en la biblioteca, la siguiente regla, que hará cumplir tanto como pueda y avisará al Superior si alguno la quebranta. REGLA PARA LA BIBLIOTECA.

No es permitido sacar libros de la biblioteca para su habitación, sin permiso del Superior y sin anotarlo en la tarjeta destinada para esto con el nombre y la fecha en que lo tomó, lo cual se borrará cuando lo devuelva. El Superior permitirá raramente y por poco tiempo sacar los grandes volúmenes.

Se prohíbe absolutamente sacar algún libro fuera de la casa, ni aún a otra casa de la Congregación, ni prestarlo a nadie sin permiso del Superior, que raramente lo dará.

Quienquiera que haga lo contrario será mirado y tratado, no solamente como desobediente y que desprecia la regla, sino como culpable de latrocinio.

Cuando se retire un libro de su puesto, se hará con cuidado, para no romper ni desprender nada y arreglarán los que queden para que no caigan los unos sobre los otros.

Todos cuidarán de no deteriorar los libros que tengan en su habitación, los conservarán limpios y los regresarán a la biblioteca prontamente y los colocarán en su mismo puesto.

Jamás escribirán por fuera ni por dentro de los libros, sea en la cubierta o en las hojas, ni se pondrán notas ni señales. (Este último párrafo es de M. de Blouet).

## **CAPITULO VII.**

### **PARA EL LECTOR DEL COMEDOR.**

#### **I. Disposiciones interiores para leer bien**

Para leer bien, el lector debe tener tres disposiciones interiores:

La primera es humillarse, reconociendo que es indigno de hacer lo que hizo nuestro Señor y también varios Santos.

La segunda, renunciar a si mismo, a todo amor propio y vanidad y darse al Hijo de Dios, para entrar en las santas disposiciones con las que El y sus Santos hicieron esta acción.

La tercera, manifestar a Dios que la quiere hacer puramente por su amor y por espíritu de caridad, para servir a sus hermanos  
Un alimento espiritual, mientras toman su refacción corporal.

#### **II. Disposiciones exteriores.**

Sólo se leerán libros de piedad y nunca nada profano.

No se leerá en el comedor el libro de los Cantares, ni los libros apócrifos ni cosas que puedan ofender la pureza.

Al almuerzo, primero se debe leer el Antiguo Testamento y a la comida el Nuevo.

La sagrada Escritura se debe leer de pie y con la cabeza descubierta y al principio se dirá, por ejemplo: Libro del Génesis, capítulo octavo; y al fin: Seguirá el capítulo noveno. Si el capítulo es demasiado largo, se leerá sólo una parte y al fin se dirá; Continuará el mismo capítulo; y debe señalar bien dónde se dejó.

Después de la sagrada Escritura, se leerá un libro francés de piedad y en su lugar, en la víspera de las fiestas, la vida de los Santos o los discursos sobre las fiestas y se dirá al principio: La vida de tal Santo, o Discurso sobre tal fiesta.

Se leerá a veces, al fin del almuerzo un libro latino de los Santos Padres, u otros que se crea conveniente. El que nombra los lectores escogerá las lecturas.

Al principio de la lectura se dice:

- 1.El título general del libro, no todo entero, sino lo suficiente para saber qué libro es y el nombre del autor.
- 2.La parte del libro donde va.
- 3.En qué capítulo va y su título. Si se va a mitad de un capítulo, se dirá: continuación de tal capítulo.

Si no se ha leído el Martirologio en el coro, se leerá durante el almuerzo, después de la sagrada Escritura, de pie y descubierta la cabeza, diciendo al principio, el día del mes y de la luna, de lo que se debe estar informado.

En los días de ayuno, el lector tomará algo antes de leer; como también en los otros días en que no haya tomado nada en la mañana.

Se debe leer con voz fuerte, inteligible y bien articulada, leyendo para los otros más que para si. Hay que pronunciar bien cada palabra y cada sílaba y acentuarla; poner los puntos y las comas correctamente, hacer una pequeña pausa, más larga en los dos puntos que en las comas y sin juntar las palabras que deben ir separadas ni separar las que son juntas.

Se leerá con el mismo tono, sin inflexión de voz, pues no es lo mismo que cuando se predica; sin embargo, cuando se lee un título, para hacerlo resaltar, se cambia a un tono un poco más bajo y luego se toma de nuevo el tono ordinario. Hay que descubrirse al leer el título o al pronunciar los santos Nombres de la santísima Trinidad, de Jesús y de María, de su sagrado Corazón y el del Santo cuya vida se lee; y cuando se le llame la atención por las faltas en la lectura.

Si el lector de turno está ocupado, leerá en su lugar el que lo precedió.

Si comete alguna falta al leer, estará dispuesto a recibir la advertencia del Superior o del que éste haya delegado; durante la advertencia se descubrirá y luego volverá a leer, desde la última coma, leyendo del modo que se le dice.

### III. Lectura del Comedor en las dos semanas de la pasión de Jesús.

Durante estas dos semanas, se leerán todos los días, tanto a medio día como en la noche, los siguientes capítulos del santo Evangelio:

Los capítulos 26 Y 27 de 5. Mateo. Los 14 y 15 de 8. Marcos. Los 22 y 23 de 5. Lucas. Del 13 al 19 de 5. Juan.

Se repartirá cada capítulo de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas en tres lecturas.

Los capítulos 13, 18 y 19 de San Juan, en dos lecturas cada uno. Y una lectura de cada uno del 14 al 17. Así serán 28 lecturas para los 14 días de estas dos semanas.

Después de la sagrada Escritura, sólo se leerá sobre la Pasión del Hijo de Dios; y para -esto se tomarán los escritos sobre este tema:

En el primer volumen de las “Vidas de los Santos” p. 18 del P. Simón Martín, religioso Menor. Su “Vida de los Santos” en dos volúmenes fue corregida Y aumentada por el P. Giry, provincial de la misma Orden, y ha tenido varias ediciones.

En el “Memorial de la vida cristiana” de Granada, 6° Tratado.

En la “Vida de Sor Margarita del Santísimo Sacramento”, carmelita, en el libro 61, cap. I. del P. Amelotte, del Oratorio.

En “El jardín de los contemplativos”, (sembrado de flores del amor divino), por el P. Deschamps, p. 101 a 252.

En la “Vida de la E. Águeda de la Cruz”, en el vol. 1° de los Santos de la Orden de Sto. Domingo, cap. 42.

En los libros de santa Brígida, libro 2, cap. 21; libro 4, cap. 70; libro 6, cap. 11; libros de las Revelaciones extrav., cap. 51.

En el “Combate espiritual”: Dolores mentales de Jesucristo, al final del libro.

### **En la Resurrección de Nuestro Señor.**

En el día de la resurrección de nuestro Señor y siguientes, se debe leer: El capítulo 28 de 5. Mateo. El 16 de 3. Marcos. El 24 de 5. Lucas. Y los 20 y 21 de 5. Juan.

## **CAPITULO VIII**

### **PARA LOS QUE SIRVEN EN EL COMEDOR.**

#### **I. Tres disposiciones interiores que deben tener.**

La primera es adorar a nuestro Señor en su calidad de siervo, cuando dijo: “No he venido a que me sirvan, sino a servir.” (Mat. 20,28.

La segunda, humillarse, y reconocer que uno es indigno de hacer lo que hicieron tantos Santos y el Santo de los Santos, que dijo a sus Apóstoles: “Yo estoy entre ustedes, no como el que esta sentado a la mesa, sino como el que sirve.” (Luc. 22,27).



La tercera, renunciar a si mismo y darse al Hijo de Dios para hacer este acto con las santas disposiciones e intenciones con que El y sus Santos lo hicieron.

## **II. Disposiciones exteriores.**

Los que sirvan a la mesa deben ceñirse un delantal que no esté sucio y procurarán que no se deteriore al servir y que todo esté limpio y nunca repugnante.

Si hay algún externo, le darán una servilleta blanca, y si es una persona notable, la deberá atender aparte y la primera en todo lo que le ofrezca, que será limpio y decoroso y le cambiará su plato cuando sea necesario.

Primero se debe servir la sopa; un poco después, las porciones y al final, el postre. No se deben retirar los platos de sopa, sino cuando las porciones están servidas.

Nada se debe levantar sin bandeja en cuanto sea posible, ni pondrá los platos unos sobre otros cuando aún hay algo en ellos; y menos, se les debe vaciar uno en el otro sobre la mesa en que se come, pues esto daría náuseas, sino que se levantarán como se encuentren, procurando no dejar caer nada que manche los manteles, al servir o levantar la mesa.

Después de servir el postre, se deben levantar los platos de las porciones, y antes de levantar el postre, se debe poner en el extremo de las mesas un pequeño plato limpio para recoger las migajas, luego, levantar los postres.

Los que sirvan presentarán el pan en la cesta, cuando se necesite y vigilará que no falte nada a nadie.

Si alguien no come algo que sea importante, avisarán al Superior, para que lo haga cambiar.

Cuando el Superior comience a doblar su servilleta, se recogerá el pan, tomándolo con un cuchillo o un tenedor y poniéndolo en el cesto que tiene en la otra mano; luego quitará los platos con las migajas; y finalmente se tocará la campana para el segundo turno.

## **CAPITULO IX.**

### **EL PREFECTO DE LA SALUD.**

El oficio del Prefecto de la salud consiste en cuidar de todo lo que puede contribuir a conservarla en los sanos; a fortificarla en los débiles y a restablecerla en los enfermos.

De vez en cuando verá si falta a alguien algo necesario a su salud, especialmente a los que son descuidados consigo mismos; o aquejados por la vejez u otra causa.

Debe dirigir al enfermero y a todos los que cuidan a los enfermos y les hará cumplir su regla y la mantendrá consigo para este fin.

Procurará hacer venir el médico, cuando se necesite? y cuando éste venga a ver a los enfermos, estará presente para cumplir sus órdenes.

Cuidará de que nadie trabaje excesivamente, corporal o mentalmente, ni que se pongan en peligro evidente de enfermar por las mortificaciones indiscretas o cualquier otra causa.

Antes de la Cuaresma y en otros días de ayuno, verá quiénes no pueden ayunar, para avisar al Superior y éste no permitirá que lo hagan.

Se informará también si alguien necesita tomar medicamentos, por precaución, sobre todo en primavera y otoño y avisará al Superior.

Si descubre que algo en la bebida, la comida, el aire, el frío, el calor u otros motivos pueden hacer daño a la salud de los de la Comunidad u otros particulares, avisará al Superior para que provea lo concerniente.

## **CAPITULO X.**

### **EL ENFERMERO.**

El enfermero debe ver a los enfermos como la imagen viva de Jesús crucificado. Por lo cual, sólo debe respirar caridad hacia ellos, para ayudarles con cuidado y diligencia a soportar los caprichos, tristezas y mal carácter que el mal causa a veces en los enfermos, distrayéndolos de sus impresiones lo más hábil y suavemente que pueda sin demostrarles disgusto o fastidio de ayudarlos.

Hará un inventario y se encargará de todo lo perteneciente a la enfermería y al servicio de los enfermos.

Cuidará en extremo de que las habitaciones estén limpias, decorosas, adornadas con imágenes, hojas, ramilletes, según lo permita la estación y que las camas estén adecuadamente arregladas, que todo esté en buen estado y que nada, al rededor de los enfermos, despierte malos olores.

Inmediatamente sepa que alguno cayó enfermo, avisará al Superior, quien ordenará llevarlo a la enfermería, si es necesario y luego llamar al médico si lo necesita; que sea el mismo para las enfermedades ordinarias, pero si el mal es peligroso, se podrá llamar a varios. Cuando el médico venga a ver a los enfermos, estará presente para anotar lo que él ordene y cumplirlo sin cambiar nada.

Hará comprar lo necesario y conveniente para los enfermos y lo hará preparar cuidadosamente para dárselo en la hora oportuna. Procurará alegrarlos y regocijarles, sin condescender sin embargo a sus deseos en lo que les podría perjudicar.

Les leerá de vez en cuando algo de un libro de piedad; y cuando estén en peligro, tomará el libro del “Contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo”, que contiene al final varias disposiciones para prepararse a morir cristianamente.

Se pondrá de rodillas junto al enfermo y hará en su nombre las promesas que se señalan en ese libro, pronunciándolas con devoción y de tal modo que el enfermo las pueda oír. Esto lo

podrá hacer también el Superior o el que esté comisionado para ello.

El enfermero pedirá autorización al Superior para llamar algunos de la Comunidad para visitar y recrear a los enfermos.

Se aprovisionará oportunamente, con la orden del Superior, de las drogas y remedios comunes y ordinarios que pueden servir a los enfermos, que guardará en un lugar adecuado y que revisará a menudo para ver que no se corrompan.

Anotará el día que comenzó la enfermedad, la hora en que subió la fiebre y los dispensará de trabajar, tanto para avisar al médico, como para darles las comidas a las horas indicadas.

La ropa blanca, los muebles y todo lo que sirva a los enfermos de algún mal contagioso serán separados cuidadosamente, para no perjudicar a los demás.

Sólo permitirá a los convalecientes levantarse de su cama por orden del médico; procurará darles, en cuanto se pueda, lo que se ordene para su alimentación, durante el tiempo que el Superior crea conveniente.

Debe prestar a los enfermos, con mucha diligencia, toda la asistencia que se debe esperar de una perfecta caridad; pero también debe cuidar de que el trabajo inmoderado, las vigiliass excesivas y las enfermedades contagiosas no perjudiquen su salud y la de sus ayudantes.

Si un enfermo está en peligro de muerte, avisará de inmediato al Superior para que lo disponga prontamente a recibir todos los Sacramentos, que se ore por él y que se le ayude en todo lo posible a morir santamente.

Si alguien está reducido al lecho pero sin peligro, comulgará cada ocho días si no hay alguna razón que lo impida, a juicio del Superior.

Cuando alguien fallezca, proveerá con el Ecónomo y por orden del Superior, a todo lo necesario para su entierro, según la costumbre del país, después de esperar veinticuatro horas, si el Superior no juzga que se abrevie este tiempo, por los malos olores que se desprendan o por cualquier otra razón importante.

Si hay un Prefecto de la salud nombrado, el enfermero le obedecerá en todo lo concerniente al oficio. Si no lo hay, él mismo lo ejercerá y cumplirá las reglas respectivas.

## **CAPITULO XI.**

### **EL DESPENSERO.**

El oficio del despensero depende del Ecónomo. Debe proveer el pan, la sidra, el vino, el aceite, la mantequilla, la sal, el queso, las frutas y lo demás que se requiera para la alimentación de la Comunidad, para la limosna y para otras ocasiones.

Debe cuidar de todo lo pertinente a la cocina, a la bodega, a la despensa, al comedor, al horno; y todas las provisiones para la bebida y la comida. Le corresponde guardar todo en un lugar adecuado y limpio; conservarlos en orden y buen estado; mirarlos a menudo para ver que nada se deteriore ni se derroche; y si se gasta en exceso, avisará al Superior.

Hará servir cada cosa en el comedor en su estación y a su tiempo; no esperará que se agoten para avisar al Superior y al Ecónomo para conseguir otros y les recordará algún tiempo antes, especialmente en el tiempo propicio para proveerse de trigo, sidra, vino, aceite, mantequilla, leña y velas.

Recibirá al por mayor, del Ecónomo el dinero necesario para Su oficio, y anotará en un libro el asiento, para dar cuenta de ellos cada semana al Ecónomo. Todos los sábados le pedirá cuenta al comprador, del dinero que le haya entregado.

Tendrá un inventario de todos los muebles de la cocina, de la bodega y de la despensa y hará que el cocinero y el encargado del comedor tengan uno de lo correspondiente a su oficio, para dar cuenta de ello en la visita.

El pan, la mantequilla, el aceite y las otras cosas de su cargo las guardará en un lugar que cerrará con llave. Guardará también la llave del granero y de la bodega.

Colocará los toneles de sidra sobre gruesos trozos cuadrados de madera, bastante alto para que no se pudra, si están demasiado cerca de la tierra; y suficientemente alejados del muro, que se

pueda pasar por detrás cuando haya necesidad, Y los hará colocar con un espacio de cuatro dedos entre ellos, para que se pueda sacar alguno si es necesario.

Pondrá tarjetas sobre cada tonel para señalar si la sidra es de primera o de segunda calidad y el tiempo de fabricación.

Vigilará que las duelas estén buenas, que no goteen, en especial cuando la sidra está aún caliente; tendrá siempre en la casa martillo, tenazas, un taladro, estopa, lienzos Viejos y un candelero para colocar la vela cuando tenga que ir de noche.

Cuando los toneles estén vacíos, les hará quitar el fondo y sacarlos de la bodega, si es posible; lavarlos y secarlos para guardarlos en un lugar adecuado.

En la bodega conservará el vino que sirve para las misas, del que, diariamente dará al Sacristán solamente lo que necesite para el día.

Hará barrer y limpiar la bodega por lo menos mensualmente.

Tendrá las velas a su disposición y cada semana dará una parte al encargado del comedor para que las distribuya a los particulares, según sus necesidades.

Tendrá en la bodega escobas para uso de la casa.

Dos veces al año hará deshollar las chimeneas y vigilará a menudo los lugares donde se hace fuego para que no suceda ningún accidente.



Ordenará que la cocina esté siempre aseada y decorosa, que todo esté en orden y que todo se haga decentemente.

Por la noche ordenará al cocinero lo que tenga que hacer al día siguiente.

Vigilará que en el comedor no se sirva nada que esté dañado o mal cocido, o mal sazonado, o que sea perjudicial a la salud; nunca usarán especias.

Presenciará a veces cuando se hagan las raciones e impedirá que tengan singularidad por nadie en la bebida y en la comida, sino que se guarde con exactitud la igualdad y la uniformidad, excepto con los enfermos y convalecientes a cuyas necesidades proveerá, según la orden del Superior.

Entregará al encargado del comedor el pan y la sidra necesaria para los que necesiten tomar algo en la mañana, en la cantidad ordenada por el Superior, conforme a la necesidad de cada uno.

A las once de la mañana y a las cinco y media de la tarde irá a entregar el pan y la bebida y las demás cosas necesarias para el almuerzo y la comida; hará partir en su presencia las raciones de pan y dará al cocinero lo necesario para la sopa.

Cuando entregue la mantequilla para las entradas en los días de ayuno dará un poco menos de medio cuarto por persona. Cuando distribuya el aceite para la ensalada, tendrá una pequeña medida que se pondrá en cada plato.

Cuando la harina llegue del molino y el pan del horno, los pesará para que no haya error.

Al final de las comidas, hará recoger las sobras de pan, de sidra y de carne.

Cuidará de los obreros que trabajan en la casa y les preguntará sobre su salvación, menos a los sastres, pues ese cuidado pertenece al encargado del vestuario.

## **CAPITULO XII.**

### **EL ROPERO.**

Estará encargado de los vestidos y calzados de los de la Comunidad; como también de las camas y sus pertenencias: conservará todo como propiedad de nuestro Señor y su santa Madre.

Hará un inventario de lo que sirva y anotará aparte los vestidos nuevos, anotando el día, el mes y el año en que los mandó a hacer y los que haya entregado, a fin de poder rendir cuentas en la visita.

Conservará todos los vestidos en un lugar cerrado con llave, poniéndolos en orden, separando los nuevos y enteros de los ya viejos y deteriorados, cuidando que no se echen a perder, haciendo tejer los que estén rotos, y pedirá orden al Superior para dar a los pobres los que no puedan servir más.

Pondrá en lugar separado las ropas de los que ingresen a la Congregación, sujetando una tarjeta con su nombre y firma; y los guardará hasta que se cumpla el tiempo de su probación.

Al principio de cada mes visitará las habitaciones, para saber si alguien necesita reparar sus vestidos, zapatos o pantuflas y si necesita algo, para proveerlo de lo necesario, después de haberlo comunicado al Superior, sin cuya orden no dará nada a nadie.

Si encuentra algo superfluo en las habitaciones, lo tomará y lo pondrá en el guardarropa.

Tratará de tener varias sotanas, capas, calzas y otras ropas, para darlas a los que los necesiten, mientras les reparan las suyas. Cuando alguien vaya a otra casa o al risión, o a otra parte, le dará la ropa que necesite.

En la fiesta de Todos los Santos o antes si es necesario, dará a cada uno los vestidos más gruesos y necesarios para el invierno; en Pascua, otros más ligeros para el verano, todo según la capacidad de la casa.

No permitirá que nadie escoja los vestidos que necesita, sino que él mismo entregará a cada uno lo que sea conveniente, según la orden del Superior, sin preferencia de personas, sino mirando simplemente la necesidad.

Marcará las calzas y otras ropas personales, y dará a cada uno lo que le convenga.

Revisará de vez en cuando todas las ropas que tenga a su cuidado y las ventilará y limpiará para impedir la presencia de gusanos. Para esto, deberá poner ajeno, laurel, ruda y otras hierbas fuertes, y las cambiará dos o tres veces al año.

Pondrá al aire, en un lugar donde no dé sol, los colchones, colgaduras de cama y mantas, para limpiarlas y desempolvarlas, dos o tres veces al año.

En el mes de marzo hará cambiar los colchones de paja.

Tendrá provisión conveniente de seda, hilo, botones, paños, cuero y todo lo necesario para su oficio.

## **CAPITULO XIII.**

### **EL LENCERO.**

Cuidará la ropa blanca para conservarla bien y distribuirla según la necesidad de cada uno. Tendrá un lugar adecuado y limpio, cerrado con llave, en el que habrá varios anaqueles para colocar en orden las varias clases de ropa, poniendo aparte las tallas grandes y las pequeñas.

Hará anotar todo y tendrá un papel para poner el número de cada clase de ropa, para rendir cuenta de ella en la visita.

Todos los sábados Llevará a la habitación de cada uno la ropa necesaria para la semana, a saber: una camisa, un gorro, dos cuellos, cuatro manguillos, y pañuelos según la necesidad de

cada uno. Y cada quince días, zapatillas; y cada mes, interiores y sábanas.

No permitirá que nadie escoja la ropa blanca que necesite, sino que él la distribuirá a cada uno, sin preferencia de personas, mirando sólo la necesidad.

Todos los sábados, después de Vísperas, dará al encargado del comedor y al cocinero, la ropa necesaria para sus oficios

Los lunes por la mañana, les pedirá la ropa sucia de la semana anterior; e irá por todas las habitaciones para recoger la de cada particular; y si falta algo les pedirá cuenta a los que la deban rendir.

Tendrá la llave de un granero donde hará llevar y extender toda la ropa sucia que se mandará a lavar, poniendo cuidado que todo esté marcado; hará una lista, cuya copia dará a los que la van a lavar; cuando la devuelvan, verá si el número y las marcas corresponden.

Encargará a los que la laven que pongan aparte la que esté rote para que al regreso la mande a reparar.

Cuando alguna ropa ya no sirva, la pondrá aparte para tenerla en cuenta en la visita y para hacer lo que el Superior crea conveniente.

Cuando alguien vaya afuera o regrese, le dará la ropa que necesite.

## **CAPITULO XIV.**

### **EL ENCARGADO DEL COMEDOR.**

Mantendrá el comedor y las cosas que allí sirven, con gran limpieza y decoro. Hará fregar y lavar la vajilla cuatro veces al año. Todos los días limpiará los tenedores y cuchillos y los hará afilar tres o cuatro veces al año. Por lista, recibirá del ropero la mantelería del comedor, de la cual habrá un inventario y la devolverá por lista.

Pondrá toallas donde se lavan las manos para la misa, que servirán sólo a los sacerdotes y otras para los que no lo son. (Las palabras “para la misa” las agregó el P. Eudes en el manuscrito. Había un lugar para lavar las manos cerca del comedor, Cf. parte 2, cap. 14. El autor, distraído, sin duda, parece haber olvidado que él no describe aquí el oficio del Sacristán).

Por la mañana, según la orden del Superior, pondrá el pan y la bebida para el desayuno, como también para el almuerzo y la comida, con el agua, la sal y el vinagre necesarios, antes de que la Comunidad entre.

No pondrá dos clases de pan, ni de sidra, ni de vino, de las que una sea mejor que la otra, sino para los enfermos y convalecientes y por orden del Superior. Entre comidas, no dará nada a nadie, sino a los enfermos, con permiso del Superior.

Recogerá lo que quede de bebida y comida, después de la segunda mesa y lo entregará al dispensero.

Habrá una tabla en la que estará los nombres de los que vivan en la casa, sea que coman en el comedor, o en la enfermería si están enfermos, para avisar al cocinero cuántas porciones debe hacer.

Todos los días barrerá el comedor, cuyo piso lavará o hará lavar y brillar, al menos una vez al año.

Habrá un lugar para guardar las cosas del comedor, de las que hará una lista, para dar cuenta de ellas en la visita.

## **CAPITULO XV.**

### **EL JARDINERO.**

El encargado del jardín será un hermano coadjutor o aún un eclesiástico, según lo ordene el Superior.

Mantendrá el jardín siempre limpio y en orden, provisto, en cuanto se pueda, de todas las hierbas que necesite la casa y aún de plantas medicinales que sean más raras y difíciles de encontrar.

Evitará con cuidado, en el arreglo del jardín, todas las curiosidades, vanidades, adornos superfluos, gastos inútiles y vanas modas mundanas; sólo permitirá lo útil y de fácil uso para la Comunidad, para que la sencillez cristiana se muestre en todos los lugares y en todas las cosas de la casa de Dios.

(“No sembrará ni permitirá que siembren melones, porque demandan demasiado tiempo, cuidado y costos y es más para la satisfacción del gusto que para una verdadera necesidad o utilidad”, esta frase fue suprimida en el manuscrito; no sabemos si por el P. Eudes o por su sucesor.

Conseguirá flores, según la estación, que sirvan para el altar, en especial rosas, lirios, claveles y violetas. Tomará, con diligencia, el tiempo suficiente para cultivar el jardín, para sembrarlo y hacer lo necesario en cada estación, Pedirá ayuda al Ecónomo, si necesita.

No debe arrancar, ni cortar, ni derribar, ni plantar ningún árbol o planta extraordinaria, ni cambiar la apariencia y estado del jardín, sin el permiso del Superior y aún del Visitador, cuando el asunto sea importante.

Habrà un inventario de todo lo perteneciente a su oficio, de lo cual rendirá cuenta al Ecónomo cuando sea requerido.

## **CAPITULO XVI.**

### **EL COMPRADOR.**

Será muy diligente en comprar lo necesario para el uso ordinario de la Comunidad y entregarlo temprano al despensero; lo que compre debe ser bueno y útil y lo más barato que pueda, pero sin discutir demasiado con los vendedores.



No comprará dos clases de carne, una mejor que la otra, a no ser para los enfermos e impedidos.

Hará un lista del dinero que reciba del dispensero, y del día en que lo recibe y en qué lo empleó, para darle cuenta todos los sábados.

Edificará por su discreción y modestia a los que él trate y les dará algunas instrucciones para su salvación, cuando se le presente la ocasión.

## **CAPITULO XVII.**

### **EL PORTERO.**

El portero debe ser muy discreto, para dar sabiamente las respuestas y mensajes que llegan a la casa y salen de ella. Debe ser muy caritativo y atento, para acudir a la puerta tan pronto oiga sonar la campanilla o tocar; para recibir con bondad y cortesía a todos los que se presenten, de cualquier condición que sean, sin mirar si están bien vestidos o no; para hablarles con caridad y mansedumbre; y avisar prontamente a los que se solicita.

Se comportará de tal modo con todos, que no despida a nadie disgustado, sino que los edifique por su modestia, suavidad y piedad, recordando que el portero es el espejo de la casa, en el que los externos ven inmediatamente el espíritu que la gobierna.

Procurará que los nombres de todos los de la casa estén escritos en un cuadro que se fijará cerca de la puerta, para que los que salgan y entren anoten su salida y su regreso y así pueda saber si están en la casa o afuera cuando, pregunten por ellos.

Tendrá siempre algún dinero que el dispensero le dará para el porte de las cartas, y hará una lista de lo que reciba y gaste, para rendir cuenta al fin de la semana al que se lo haya dado.

Todas las cartas que reciba, las Llevará primeramente al Superior y luego las entregará a los destinatarios.

Mantendrá la puerta cerrada y no dejará las llaves pegadas; por la noche, cuando haya sonado la retirada, las Llevará al Superior o al encargado y le informará si aún hay alguien afuera.

Debe barrer y limpiar a menudo los lugares cercanos a la puerta, por dentro y por fuera.

En las horas de la oración, del oficio, o de ayudar a la misa, o de la conferencia, o del comedor, se excusará de llamar a aquellos por los que pregunten, salvo por motivos apremiantes o muy importantes o que la calidad de los que llaman, le obligue a obrar de otra manera.

Cuando busquen a alguien que no esté en la casa, preguntará modestamente quién lo solicita y si podría decir para qué, a fin de informarle cuando regrese.

Si se pregunta por alguno que esté en retiro, no le avisará, pero si es muy importante, le avisará al Director de los retiros.

Cuando un Prelado o alguna persona importante vaya a la casa, pedirá a algún sacerdote de la Comunidad si lo encuentra prontamente, que le haga Compañía mientras él va a buscar al Superior.

Cuando vengan mujeres a la puerta, no se debe entretener hablándoles, sino que les contestará en pocas palabras, siempre con gran cortesía y caridad.

También será corto de palabras con toda otra clase de personas que vengan a la casa sin informarse de lo que no sea necesario.

Sobre todo, debe hablar suave y bondadosamente a los pobres que se presenten a pedir limosna; se la dará, si puede, según la orden del Superior; y si no, debe tratar de despedirlo demostrándole compasión por su miseria, diciéndole que se queda apenado por no haberle podido ayudar; que si pudiera, lo haría con agrado y que rogará a Dios que les dé voluntad a los que puedan ayudarlos.

Cuando el médico o el boticario o el cirujano vayan a la casa, llamará con prontitud al Prefecto de la salud y al Enfermero.

Cuando se done algo a la casa, avisará al Superior, o en su ausencia, al Asistente O al Ecónomo.

Jamás llamará de lejos, a gritos, a ninguno, sino que les avisará a cada uno en su habitación o en el lugar donde se encuentren. No guardará nada a los externos, sin permiso del Superior.

Después de que anochezca, no permitirá salir a nadie, si no está seguro del permiso del Superior.

En el Colegio será él el encargado de tocar la campana para el comienzo y fin de las clases y de abrir y cerrar los salones a las horas indicadas, si el Superior no da este cargo a otra persona.

## **CAPITULO XVIII.**

### **EL COCINERO.**

Debe mantener la cocina y todo lo que allí sirve extremadamente limpio, aseado y en orden; recordará que Dios ama la limpieza y que lo exterior es una muestra de lo interior; y que al contrario, la suciedad exterior es a menudo una muestra de la interior.

Todos los días barrerá la cocina y más frecuentemente Si es necesario y lavará y brillará el piso, dos o tres veces al ano.

Alistará con gran vigilancia, decencia y limpieza todo lo que salga de la cocina para servirse en el comedor y más aún las de los enfermos y achacosos, mirará a nuestro Señor en sus hijos y le servirá en ellos con tanto amor como le serviría si estuviera visible en la tierra.

Nunca pondrá especias en sus preparaciones. Cuando haga las porciones, al cortar las carnes, el pescado y lo demás que lleve

al comedor no las manejará con las manos y los dedos, sino con tenedor y cuchillo.

Para la calidad y cantidad de las porciones, debe seguir las reglas.

No dará nada raro a ninguno de la casa, sin permiso del Superior y no permitirá que nadie, salvo el Enfermero, haga cocinar o preparar algo él mismo, sin el permiso. Si alguien lo hace, él estará obligado a avisar al Superior.

Quemará sólo la leña necesaria y no despilfarrará ni malgastará nada.

Nunca dará nada fuera de la casa a quien sea, ni pan, ni sopa, ni otra cosa, sin permiso del Superior. Si lo hace se hará culpable de latrocinio.

Cuando el encargado del comedor le entregue algunas sobras del refectorio, las utilizará según la orden del dispensero. Tendrá un inventario de todos los muebles de la cocina, los que conservará siempre limpios y en buen estado.

## **CAPITULO XIX.**

### **EL DESPERTADOR.**

Será nombrado por el Superior para despertar por la mañana a los demás y tendrá en su habitación un reloj despertador.

Se acostará media hora antes que los demás (si no tiene permiso para acostarse al mismo tiempo) y se levantará media hora antes, para tocar la campana durante el espacio de un “*Pater y Ave Maria*”, puntualmente a la hora reglamentaria.

Luego irá a todas las habitaciones a despertarlos uno por uno; tocará a la puerta y dirá: Viva Jesús; y el de dentro responde: Y Maria.

Enseguida prenderá las lámparas en invierno, las que podrán prender al levantarse los eclesiásticos que tengan necesidad.

Media hora después tocará el Ángelus e irá a la oración con los demás.

Si hay algunos impedidos o indispuestos que no se levanten con los demás, los despertará a la hora indicada por el Superior.

Si necesita quién le ayude a despertar a tantos, pedirá al Superior que le dé un ayudante, el cual cumplirá la misma regla.

## **CAPITULO XX.**

### **EL VISITADOR DE LAS HABITACIONES.**

El nombrado por el Superior para éste oficio, tocará la retirada a las nueve y media. Luego irá por todas las habitaciones, para ver si todo el mundo se acostó y apagó su vela; si alguien no lo ha hecho, le dirá bondadosamente que lo haga; si no lo hace, avisará al Superior.

Apagará todas las lámparas de los claustros y visitará todos los lugares donde haya habido fuego, para ver si todo está apagado y sin peligro.

## **CAPITULO XXI.**

### **LOS HERMANOS COADJUTORES.**

Serán bien escogidos, de buen cuerpo, buen corazón, buena complexión, buen natural, mente sencilla, humilde y dócil y sobre todo, un gran deseo de servir a Dios en la Congregación y una firme resolución de renunciar a su propia voluntad para seguir la que le será manifestada por la obediencia.

No se recibirán sino los necesarios para el servicio de las casas, en lo que los eclesiásticos no puedan ocuparse sin impedir un mayor bien

Antes de recibirlos, se les probará algún tiempo, durante el cual se les explicará el servicio que deben prestar, la sumisión de su espíritu y de su voluntad en todo y las demás reglas que deben cumplir. Y sólo se recibirán por orden del Superior general.

Ya recibidos, declararán que entran a la Congregación sin pretensión ni esperanza de ninguna compensación temporal, sino solamente para servir por el amor de Dios; y firmarán el acta cuyo modelo se mostrará después.

No Llevarán sotana, vestirán de corto, no según las modas variables del mundo, sino modestamente, siempre de la misma manera, de color oscuro o gris.

A su entrada, harán un retiro de cuatro o cinco días, más o menos, según el alcance de su mentalidad, para prepararlos a una confesión general o extraordinaria, para enseñarles a hacer la oración como mejor puedan; y para enseñarles los demás ejercicios que deben practicar.

Después de esto, se les dará algún empleo en la casa, sin dejarlos nunca ociosos, pero sin recargarlos demasiado, y por encima de sus fuerzas. No se tratarán como mercenarios, aunque sean servidores, sino como hermanos e hijos de la Congregación. (M. Blouet reemplaza esta frase por la siguiente: “serán llamados con el nombre de hermanos y tratados como hijos de la Congregación.”)

Cuando se pueda, se les Llevará algún tiempo a la casa de probación.

Sea lo que sean en dicha casa o en otra, el tiempo de su probación será de tres años y tres meses, que el Superior general podrá abreviar si lo cree conveniente por alguna razón. Cumplido este tiempo, si se les encuentra dignos, se les incorporará a la Congregación de la misma manera que a los sacerdotes. Luego de lo cual, firmarán el acta.

Después de que sean incorporados, aunque se les pueda despedir por las mismas causas que a los demás, y que se han



anotado en el cap. 10 de la 6ª parte, sin embargo nunca se lo hará por enfermedad alguna que les pueda sobrevenir.

La Congregación estará obligada a suministrarles todo lo necesario y conveniente para su vida y manutención y conservarlos sanos, o enfermos de cualquier mal, si les llega después de estar incorporados a la Congregación.

No podrán admitirse a las órdenes sagradas. Se les mantendrá cuidadosamente en la humildad, en la dependencia y la obediencia.

No podrán ser ecónomos de nuestras casas, sin gran necesidad y con la licencia del Superior general.

No se les dará, en lo posible, ningún empleo importante de director y jefe, sino que estarán siempre bajo la dependencia de un sacerdote al que obedecerán y darán cuenta, en todo lo concerniente a su oficio.

Además de esto, nadie los mandará ni los empleará en nada, sino el Superior y el Ecónomo quienes los regirán con gran caridad y bondad.

Cuando estén enfermos, se mandarán a la enfermería; el enfermero los tratará como a los demás, con todo el cuidado y la caridad posibles.

Cuando mueran, se dirán por ellos tantas misas y oraciones, como para los otros.

## **MODELO DEL ACTA QUE LOS HERMANOS COADJUTORES FIRMARAN A SU ENTRADA A LA CONGREGACIÓN.**

Hoy...del mes de...del año...N...de la parroquia de...Diócesis de... después de pedir encarecidamente al Superior y demás sacerdotes de la Congregación de Jesús y de Maria, establecida en Caen y otros lugares, que lo reciban entre ellos para servir a Dios y trabajar en ella por su salvación, según los estatutos y reglas de la Congregación, el Superior y sacerdotes han aceptado su petición y lo han recibido en la dicha Congregación, no en calidad de sirviente, sino de hermano coadjutor, en las condiciones siguientes:

Que para los tres años y tres meses de probación que N... permanecerá en la Congregación para estudiar si puede acomodarse a ella y si recíprocamente se encontrasen bien con él, se le dará solamente su alimentación y vestidos según los necesite, como los hermanos coadjutores de la Congregación acostumbran llevarlos y que no podrá aspirar a ninguna otra recompensa temporal.

De modo que si en estos tres años y tres meses o a su expiración, N...se quiere retirar por cualquier motivo, o bien que los sacerdotes lo quieran despedir por no encontrarlo apto para su instituto, él no podrá reclamarles ningún salario.

Dependerá de su voluntad darle gratuitamente y por caridad, lo que crean conveniente. Y esto, el Superior, sacerdotes y el dicho N...lo han convenido y acordado recíprocamente.

En testimonio de lo cual, unos y otros firman la presente acta, en Caen, el día y año anotados aquí, en presencia de N. . .y N...

### **MODELO DEL ACTA QUE LOS HERMANOS COADJUTORES FIRMARAN AL INCORPORARSE A LA CONGREGACIÓN.**

Hoy...del mes de...del año...N...de la parroquia de...diócesis...N... después de haber permanecido en la Congregación de Jesús y María, establecida en Caen y otros lugares, en calidad de hermano coadjutor, por espacio de tres años y tres meses, ha pedido encarecidamente al Superior y demás sacerdotes de la Congregación que lo reciban e incorporen a ella para servir a Dios toda su vida, según los estatutos y reglas de dicha Congregación.

El Superior y sacerdotes han accedido con las siguientes condiciones: Que el dicho N...servirá a Dios en la Congregación, según los estatutos y reglas señaladas para los hermanos coadjutores y que él ha aceptado después de leerlas.

Que la Congregación se obliga a alimentarlo y suministrarle el vestido y todo lo necesario, toda su vida, en salud y enfermedad y que no podrá despedirlo sino por causa de herejía, cisma, deshonestidad, o embriaguez, o de hurto o de escándalo para los demás, por sus malas acciones, o discursos perniciosos o de desprecio manifiesto de las reglas y órdenes de la Congregación, o desobediencia obstinada a los Superiores O algún otro vicio importante que trastorne la paz y la unión entre

los miembros y si no se corrige después de amonestarlo varias veces.

En estos casos podrá ser despedido, a criterio del Superior y de su Consejo, después de reflexionar madura y cuidadosamente el asunto, sin que el dicho ... pueda intentar ningún proceso por este motivo; y sin que se esté obligado a darle alguna compensación, sino por una pura y libre gratificación.

Que si el dicho N...después de incorporarse a la Congregación quiere salir por cualquier causa, tampoco se estará obligado a darle ningún salario, si no es gratuitamente y por pura caridad.

El Superior y sacerdotes de la Congregación y el dicho N.. han convenido y acordado recíprocamente estas cosas. En testimonio de lo cual, unos y otros firman la presente acta en Caen, el día y año aquí anotados, en presencia de N...y N.

## **CAPITULO XXII.**

### **OFICIO DE LOS HERMANOS COADJUTORES.**

Amarán mucho su estado, porque los hace semejantes a Jesús que dijo: “No he venido a ser servido, sino a servir”, y porque les da la ocasión de practicar la humildad y la obediencia, tan agradables a su divina Majestad.

Implantarán en su corazón una firme y profunda intención de hacer todo, no por respeto humano ni para agradar a los

hombres, ni por temor a la reprensión, sino solamente para agradar a Dios y por el amor a nuestro Señor y su santa Madre.

Pondrán su devoción principal, no en hacer largas oraciones ni emplear mucho tiempo en la lectura de libros espirituales, ni a comulgar con más frecuencia que la que pide la regla, sino en renunciar enteramente a su propia voluntad, a su propio criterio y a todas sus inclinaciones, para obedecer prontamente y con agrado a su Superior, para cumplir fielmente su oficio y para observar con exactitud todas sus reglas.

Tendrán plena confianza en su Director, para abrirle francamente su corazón, hacerle conocer sus penas, tentaciones y dificultades y mostrarle el estado de sus almas, para que puedan recibir sus instrucciones y la ayuda necesaria para su salvación y Su perfección.

Todas las mañanas harán media hora de oración con la Comunidad.

Todos los días, después de que se les haya enseñado, ayudarán a misa, con las disposiciones exteriores e interiores necesarias. Cuando no la puedan ayudar, asistirán a ella.

Recitarán su rosario todos los días y harán un cuarto de hora de lectura espiritual, en el libro que su Director les dé. Dirán las oraciones ordinarias en la capilla o iglesia, después del almuerzo y la comida. En cuanto puedan, asistirán con la Comunidad al examen y las oraciones de la noche.

Se confesarán cada ocho días, en el día y hora que se les señale y con el confesor que les asignen. Comulgarán todos juntos cada ocho días, si el confesor no dispone otra cosa, en la misa indicada.

Asistirán los domingos y fiestas a las Vísperas, al catecismo y a la predicación. Tendrán gran interés y afecto a todo lo concerniente al bien y al progreso de la casa y mirarán todos los muebles y utensilios y demás cosas de la casa, como pertenecientes a nuestro Señor y a su santa Madre.

Por esto no perderán ni dañarán nada, sino que conservarán todo con cuidado y lo mantendrán en la limpieza, pulcritud y orden convenientes a tan gran Señor y a tan grande Señora.

Nunca saldrán sin permiso y se guiarán por la santa obediencia. No darán excusas ni réplicas cuando se les reprenda, sino que permanecerán en silencio, (salvo, si se les interroga y se les obliga a responder); escucharán la reprensión descubiertos, con espíritu de humildad y sumisión y tratarán de hacer buen uso de ella.

Profesarán gran respeto a los eclesiásticos, en especial a los de la Comunidad, con los cuales nunca deben familiarizarse. Cuando hablen a los unos o a los otros, estarán siempre descubiertos hasta que se les haga cubrir.

Vivirán en una sincera y cordial caridad hacia los demás y no permitirán nada que le sea contrario y no dirán ni harán nada

que la pueda alterar. Si faltaren en algo a ella, no dejarán pasar el día sin repararla.

No comerán fuera del refectorio, ni fuera de la casa, ni fuera de las comidas, sin necesidad y sin permiso del Superior.

Guardarán estricto silencio en la iglesia, en la sacristía, en el comedor, y desde el examen de la noche hasta después de la oración del día siguiente, sin hablar en estos lugares y horas, si no es por algo necesario y entonces lo harán poco y en voz baja.

No dirán por fuera lo que se hace o se dice en la casa.

Donde se encuentren, tratarán de edificar al prójimo por su modestia, piedad y sencillez.

No Llevarán armas cuando vayan al campo, ni jugarán a las cartas, ni a los dados, sino solamente a lo permitido a los eclesiásticos de la Comunidad.

No darán ni prestarán nada a nadie, ni en la casa ni afuera, sin el permiso del Superior. Jamás tomarán dinero ni nada de nadie, por ningún motivo y sin permiso del Superior, bajo pena de castigo.

Los del Colegio tampoco tomarán nada, ni de los pensionados, ni de otros alumnos, ni de sus parientes.

Jamás traerán nada de la ciudad o de otra parte a los pensionados, sin permiso del Superior.

Al principio de cada mes, todos leerán sus reglas y cumplirán también las comunes y generales de la Congregación, excepto las de los eclesiásticos.

## **CAPITULO XXIII.**

### **OFICIO DEL DIRECTOR DE LOS HERMANOS COADJUTORES.**

Reflexionará a menudo en estas palabras del Espíritu Santo: “Quien no se preocupa de los suyos, principalmente de sus familiares, ha negado la fe y es peor que un infiel” (1. Tim. 5,8), con el examen de esta terrible verdad, se esmerará en la instrucción y dirección de los hermanos coadjutores.

Esto es muy importante para la gloria de Dios, para el bien espiritual y temporal de la Congregación y para el buen aroma que deben exhalar por doquier no solamente los eclesiásticos Sino también los laicos que le pertenecen.

Por lo tanto se dedicará de todo corazón a instruir con esmero a los que estén bajo su dirección, en la práctica de las virtudes cristianas, especialmente de la humildad, la obediencia, la modestia y la caridad.

Cuando reciba a alguno, le mandará hacer un retiro de tres o cuatro días como lo juzgue mejor, en el cual lo dispondrá a hacer una confesión general sí es necesario o al menos extraordinaria.



Le enseñará lo que un Cristiano debe saber y hacer para agradar a Dios. Le leerá y explicará la regla de los hermanos coadjutores para que sepa lo que debe hacer en la Congregación, para cumplir en ella la Santa Voluntad de Dios.

Particularmente le enseñará cómo confesarse bien, comulgar como es debido, meditar, recitar el santo Rosario, orar a Dios a mañana y noche, asistir a la santa Misa y ayudarla correctamente.

Cada mes hablará en privado con cada uno para conocer las disposiciones de su espíritu y cómo hacen su oración y demás ejercicios, para conocer sus penas y dificultades, para ayudarlos y animarlos.

Los viernes, cada quince días, cada uno debe hacer la humillación a su turno y allí les corregirá sus faltas, los exhortará a enmendarse y les propondrá los medios para ello.

También cada quince días les hará una plática familiar sobre los temas siguientes:

Los principales misterios de la Fe.

Los Sacramentos del Bautismo, la Confirmación, la Penitencia y la Eucaristía.

Y las otras cosas que están en el “Catecismo de la Misión”.

Sus reglas.

La oración vocal y mental.

Las disposiciones interiores y exteriores para oír y ayudar la santa misa.

La veneración a los lugares santos.

La caridad fraterna.

El respeto a los eclesiásticos.

La humildad.

La obediencia.

La pobreza.

La limpieza y pulcritud.

La modestia.

La bondad y mansedumbre.

La fidelidad y exactitud en su oficio.

La manera de trabajar cristianamente.

La manera de tratar a los extraños.

El buen ejemplo que deben dar.

Principalmente los guiará con gran caridad y bondad, sin hablarles agriamente, sin severidad al corregirles sus faltas, salvo después de emplear todos los medios de la benignidad.

## **CAPITULO XXIV.**

### **A QUE OBLIGAN LAS CONSTITUCIONES.**

Como estas Constituciones se han dado sólo para la dirección de los miembros de la Congregación, no obligan por si mismas, ni bajo pecado mortal ni venial, sino solamente en razón de las siguientes circunstancias:

1.- Cuando lo que ellas prohíben sea pecado en sí, o que contengan algún mandamiento de Dios o de la Iglesia, o algún medio necesario para la salvación. Y es lo que se halla a menudo.

La mayor parte de estas Constituciones contienen la práctica de las virtudes que obligan a todos los cristianos y especialmente a los eclesiásticos y los medios para agradar a Dios y salvarse.

Hay pues muchas que no son propias y particulares a los miembros de la Congregación, sino que son reglas generales que habrá que cumplir aunque no se viva en comunidad.

2.- Cuando se comete alguna falta por cualquier pasión desordenada, como por ejemplo, comer fuera de las comidas, o del comedor, o de la casa, por avidez o gula; romper el silencio por cólera o impaciencia; no ir a la oración o al oficio por descuido y pereza; no presentarse a las horas de comunidad, u omitir alguna otra cosa que ordenen las constituciones por negligencia o abandono.

Sucede a veces que despreciamos voluntariamente un bien para nuestro progreso, sin ofender a Dios, en especial cuando se nos invita a practicarlo, porque este desprecio y ésta omisión sólo proceden de la negligencia o afecto depravado o falta de fervor.

Si debemos dar cuenta de las palabras ociosas, cuanto más será por hacer vano o inútil el llamamiento que Dios nos hace por medio de la Regla a hacer un acto de virtud o a marchar por el camino de nuestra vocación. “Quien desprecia sus caminos morirá” dice el Espíritu Santo. (Pr. 19,16).

Además el camino de los hijos de la Congregación es la clase de vida en que Dios los puso y las Reglas y Constituciones que les dio, por las cuales deben marchar, de virtud en virtud hasta llegar a la perfección que les exige.

3.- Cuando se las viola con escándalo de los de la casa o de los extraños, de modo perjudicial para la Congregación. Lo cual sucede siempre con esas transgresiones frecuentes y que hacen costumbre; pues las comunidades sólo pueden subsistir por la observancia de las reglas.

Por esto, los que no las cumplen las derriban y destruyen cuanto pueden y no es pequeño el mal. Pues si es “Maldito el que haga el trabajo de Dios con descuido” (Jer. 48,10), qué maldición caerá sobre el que lo destruye como puede?.

¿Qué maldición tendrá el culpable ante Dios de un hurto continuado? Es lo que harían los que quisieran alojarse,

alimentarse y ser mantenidos a expensas de la Congregación, pero sin cumplir los estatutos.

Pues los bienes que Dios le dio a la Congregación no les pertenecen a los que en vez de mantenerla y conservarla, la arruinan y destruyen, sino sólo a sus hijos que se someten a sus órdenes, que cumplen aquello por lo que fue fundada y que se esfuerzan en alcanzar el fin para el que Dios la puso en su Iglesia.

Lo cual sólo se puede conseguir por los medios que a él conducen, que son la correcta observancia de las Constituciones.

Por ello, los que no las cumplen no tienen ningún derecho a usar de esos bienes, sea para su alimentación, su vestido, o sus demás necesidades. Y su uso permanente sería un hurto continuado, una especie de sacrilegio, porque se apropiaría injustamente no sólo de algo que no les pertenece, sino, que está consagrado a Dios.

Pues todo lo que la Congregación tiene y tendrá ha sido ofrecido, entregado, dedicado y consagrado a Nuestro Señor y a su santa Madre, desde su fundación, por el consentimiento unánime de todos sus hijos, y esta donación y consagración se renueva y reitera cientos de veces.

4.- Cuando se hace algo contra las Constituciones, o se deja de hacer lo que ordenan, no sólo por descuido o inadvertencia, olvido o por sorpresa o seducción de alguna pasión, sino

también con voluntad deliberada, por desdén o desprecio de las mismas Constituciones, porque se las considere despreciables e inútiles, lo cual es grandísimo orgullo; o si alguno las considera útiles, pero no quiere someterse a ellas.

Esta desobediencia formal y este desprecio de las cosas buenas y santas es un pecado por lo menos venial. No es lo mismo con lo que apenas es consejo, porque todo bien nos obliga a apreciarlo y honrarlo y por lo tanto, a no despreciarlo ni vilipendiarlo. Por esto, el que desprecie y deshonne unos estatutos que sólo tienden a honrar a Dios no estará exento de culpa.

Y no se puede dudar que tal desprecio voluntario no atraiga un gran castigo del cielo, en especial, la privación de las gracias y dones del Espíritu Santo, que ordinariamente se le niegan a los que abandonan sus buenos propósitos, que desmienten su profesión y que se separan del camino que Dios les ha señalado.

El desprecio de las Constituciones y de la obediencia se conoce por los siguientes signos:

- 1.- Cuando al corregirles sus faltas, se burlen sin mostrar ningún arrepentimiento.
- 2.- Cuando persistan en las faltas, sin mostrar deseos ni voluntad de enmienda.
- 3.- Cuando declaren que la Constitución no es adecuada.

4.- Cuando pretendan arrastrar a otros en su desorden, quitarles el aprecio y el respeto que deben tener por la regla y por la obediencia diciendo que no cumplirla no es importante, ni peligroso, o cosas semejantes.

Sin embargo estos signos no son tan ciertos: puede suceder a veces que se actúe por causas distintas al desprecio, por ejemplo, que alguien se burle del que lo corrige, por la poca estima que tiene de él.

O que persista en su falta, por alguna debilidad; que discuta por despecho o cólera, o que aparte a otros de su deber, para tener compañeros y excusar así su mal.

Sin embargo, es fácil comprender por las circunstancias, cuándo se hace por desprecio, pues el descaró y el libertinaje siguen de ordinario al desprecio y pronto manifiestan con la boca lo que tienen en el corazón y dicen como lo anota David: “¿Quién es nuestro amo?” (Sal. 11,15).

He aquí las circunstancias en que las Constituciones no se pueden violar sin pecado, pero, aunque no lo haya, los verdaderos hijos de la Congregación no deben dejar de cumplirlas con mucho celo y amor:

1.- Para no perder las bendiciones y gracias que Dios concede a los que las cumplen de corazón, gracias que debemos apreciar infinitamente, porque costaron la preciosa sangre del Hijo de Dios.

2.- Para no privar a nuestros es guardianes de la alegría de vernos fieles a la voluntad de Dios.

3.- Para asemejamos a nuestro Señor y a su santa Madre, que por nuestro amor observaron puntualmente muchas reglas y muy difíciles y severas que la divina Voluntad les impuso cuando estaban en la tierra.

4.- Para no privar a la santísima Trinidad de la gloria que recibe y recibirá en toda la eternidad, por la virtud que se practica al cumplirla.

5.- Para ejercitar por este medio, el amor que debemos a Dios. Si hubiera obligación, bajo pena de muerte, o de condenación eterna, de cumplir estas Constituciones, lo haríamos sin duda y seria el temor el que nos incitaría. El Espíritu Santo nos dice que el amor es fuerte como la muerte, la pasión, inflexible como el abismo (Cant 8,6)

Por lo cual, si verdaderamente amamos a Dios y si tenemos celo por su gloria, las cumpliremos al menos con tanto cuidado y exactitud, por su amor y para que sea glorificado en nuestra Congregación, como lo haríamos por temor a la muerte y al infierno.



## **CAPITULO XXV.**

### **LECTURAS DEL COMEDOR, DESPUÉS DE LA SAGRADA ESCRITURA**

EN ENERO, MAYO Y SEPTIEMBRE. CONCLUSIONES. MEDIOS PARA HACER CUMPLIR LAS REGLAS Y CONSTITUCIONES. Como la Congregación es una obra de la omnipotente bondad de Dios, es muy importante para su gloria y para la salvación de muchas almas, y ya que sólo puede subsistir por la observancia de sus Reglas y Constituciones, se deben cumplir y hacer cumplir con gran celo, por los siguientes medios:

#### **PRIMER MEDIO**

Se les debe tener gran aprecio y mirarlas no como algo indiferente o de poca importancia, sino

- 1.- Como otras tantas llamadas y palabras con que Dios nos declara su santa voluntad y lo que debemos hacer para agradar a su divina Majestad.
- 2.- Como medios muy eficaces para cumplir los fines de la Congregación, es decir, la perfección a que estamos obligados como cristianos y sacerdotes; para formar buenos eclesiásticos en los Seminarios y para trabajar por la salvación de las almas en las misiones.
- 3.- Debemos mirar estas Reglas y Constituciones como parte importante de la Congregación, de las cuales depende su

conservación o su destrucción: su conservación si subsisten estos medios; su destrucción si ellos se arruinan.

Estas tres cosas deben imprimir en nuestro espíritu y en nuestro corazón un alto aprecio de las reglas y Constituciones y gran deseo de cumplirlas.

## **SEGUNDO MEDIO.**

Para cumplirlas, debemos conocerlas, leerlas a menudo y oírlas leer. Para esto, todos los días al fin del almuerzo y antes de salir de la mesa, el Superior dará la señal para que el lector termine y en seguida leerá pausada y claramente tres artículos de las Reglas de Jesús o de la Virgen.

Esto se hará consecutivamente, es decir, que después de leer toda la regla de Jesús, se leerá la de la Virgen, y se vuelve a empezar. Cuando los artículos sean largos, el Superior hará leer solamente uno o dos, y hará que el lector cese cuando él lo ordene.

Al principio de las pláticas y conferencias que se hagan sólo para la Comunidad, se leerá un capítulo, o la mitad si es demasiado largo, de las Constituciones comunes o generales. Durante la lectura el Superior anotará las cosas en que se ha faltado, para dar los consejos al fin de la conferencia.

Antes de hacer la humillación de los viernes se leerá también algo de las Constituciones comunes, luego, de rodillas el que deba hacer la humillación escuchará la regla propia de su oficio

y se humillará por las faltas cometidas y pedirá perdón, como de costumbre.

Un día en la semana, indicado por el Superior se leerán uno o dos capítulos de las Constituciones comunes.

El Superior general y los Superiores locales leerán tres veces al año las reglas propias de su oficio; y por lo menos una vez al año leerán las demás, tanto comunes como particulares.

El Superior del Colegio, además de las reglas de su oficio, leerá también las del Colegio y las hará leer en el comedor dos veces al año.

El Director de los Jóvenes y el Prefecto de los Seminarios harán lo mismo con las respectivas reglas.

El que dirija cada misión hará leer, al empezar, las reglas de la misión; los demás funcionarios leerán tres veces al año las reglas de su oficio.

### **TERCER MEDIO.**

En las asambleas generales se ocuparán muy cuidadosamente en el mantenimiento de la observancia de las Constituciones, por lo cual, en cada asamblea se tratará de leerlas todas para ver en qué se falta y poner su remedio; y para esto, al principio de cada sesión, se leerán siempre uno o dos capítulos.

El principal objetivo de las reuniones del Superior y los principales funcionarios de cada casa, al principio de cada mes, será para examinar en que se falta y poner los remedios

convenientes. Esta misma finalidad tendrá la visita anual, que renovará en todos los corazones el deseo de observarlas.

#### **CUARTO MEDIO.**

Todos los Superiores locales pensarán con frecuencia que sólo están en este cargo para hacer cumplir las Reglas y Constituciones y que están obligados a tener gran vigilancia y a dar instrucción y ejemplo. Por este motivo corregirán cuidadosamente sus faltas a los que están bajo su dirección y si persisten en sus desórdenes, avisará al Superior general.

Si los Superiores descuidan esto, los Monitores y Asistentes les advertirán. Si ven que es inútil, escribirán al Superior general y si éste descuida también el remedio, o la propia observancia de las reglas de su oficio, su Monitor y los Asistentes harán lo señalado en sus reglas sobre esta materia.

#### **QUINTO MEDIO.**

El quinto y último medio para hacer cumplir las Constituciones de la Congregación es que todos sean cuidadosos en la observancia, no sólo de las que parecen más importantes y necesarias, sino de las pequeñas y que parecen menos importantes.

La experiencia diaria demuestra que la ruina de las más santas Comunidades proviene del descuido en la observancia de sus reglas y que este descuido comienza por cosas que se cree de poca importancia, de las cuales se pasa gradualmente a las más importantes.

El verdadero medio de mantener la observancia de las mayores es cumplir exacta y estrictamente las menores, porque el descuido, por pequeño que sea, de las cosas mínimas es el primer paso y el más peligroso de la ruina total del orden.

Por lo cual, mientras más virtud y perfección deseemos en la Congregación, mayor diligencia y precaución debemos poner para cumplir y hacer cumplir las pequeñas Reglas y Constituciones.

## CONCLUSIÓN

Por conclusión de estas Constituciones, yo diré aún una cosa muy importante para la gloria de Dios, para el bien de la Iglesia, para la conservación de la Congregación y para la salvación de los llamados a ella.

De rodillas, suplico humildemente a todos los hijos de la Congregación, mis queridos y amados hermanos, que mediten lo que voy a decir, lo graben profundamente en su corazón y lo practiquen cuidadosamente.

Y es que como la Congregación se fundó en la Iglesia para darle ministros dignos del altar “*dignos altaris ministros*”, irreprochables obreros del Evangelio “*operarios inconfusibles*”, sacerdotes verdaderamente apostólicos “*apostolicos sacerdotes*”, pastores según el corazón de Dios “*pastores juxta cor meum*”, eclesiásticos que sean imágenes vivas de su eminentísima santidad y cumplidos modelos de perfección

cristiana, en una palabra, no hombres sino Dioses y padres de Dioses "*Sacerdos est Deus fleos efficiens*".

Y como los hijos de esta Congregación son escogidos por Dios, por bondad inconcebible, para dedicarlos a formar, perfeccionar y santificar estos dignos ministros del altar, estos obreros irreprochables, estos sacerdotes apostólicos, estos pastores Según su corazón, estas imágenes vivas de su divina santidad, estos modelos de perfección cristiana, estos Dioses y padres de Dioses, es evidente que nadie en el mundo está más obligado que ellos a trabajar por adquirir la perfección y la santidad.

De esto se concluye que nadie, en ninguna Comunidad, tiene más obligación de vivir en la regla y el orden, y practicar con perfección todas las virtudes señaladas en estas Reglas, que los hijos de la Congregación.

Y si no están bien decididos, firmes y arraigados en las sólidas virtudes y en el espíritu del cristianismo y del sacerdocio, ¿qué ocurrirá? Cuatro cosas muy perjudiciales y condenables:

1.- Los que vengan del mundo a nuestros Seminarios, vacíos de este espíritu pero llenos del espíritu del siglo, totalmente opuesto al de Dios, nos arrastrarán pronto en sus sentimientos, en su desorden y en el relajamiento de una vida desarreglada.

Y nosotros, en lugar de volverlos hombres celestes y divinos, ellos nos convertirán en terrestres y mundanos; en lugar de

santificarlos, ellos nos Llevarán a la perdición; en lugar de convertirlos en es, ellos nos pondrán entre los demonios.

2.- Sucederá que los Seminarios, que deben ser escuelas de santidad y academias del cielo, en que se enseñe la ciencia de los santos y las más altas lecciones de perfección cristiana, se convertirán en casas profanas y albergues mundanos, a donde muchos eclesiásticos se retirarán para vivir allí, no con más santidad, sino con más comodidad; no según las máximas del Evangelio, sino con las leyes y costumbres del mundo.

Y en ellos no se hablará de los misterios divinos, ni de cosas santas sino de negocios, de noticias y bagatelas mundanas; en ellos, finalmente, se conducirán no según la santa obediencia y las reglas de una casa de Dios, sino cada uno a su manera y voluntad, sin disciplina y sin reglamento, para llevar una vida más desordenada que la de los soldados, aunque en el ejército deben cumplir con exactitud hasta las menores órdenes de la disciplina militar.

3.- Sucederá que los designios del Espíritu Santo y de la Iglesia, en la institución de los Seminarios serán aniquilados. Ya que éstos son el principal y casi el único medio de dar a la Iglesia buenos pastores y santos sacerdotes; si este medio llegare a faltar, cuando los Seminarios decaigan y perezcan, ¿qué será de la Iglesia, desprovista de pastores y de sacerdotes que la conduzcan por los caminos del cielo y la defiendan de la furia del infierno?

¿Quién podrá comprender las terribles pérdidas y los daños espantosos que sufrirá?. ¿Qué será de tantas almas creadas a semejanza de Dios y rescatadas con la sangre preciosa de su Hijo?

Pues es cierto que un santo sacerdote no va solo al cielo, sino que lleva consigo a numerosas almas; y que un mal sacerdote arrastra aún más a los infiernos.

4.- Sucederá que los Superiores, Directores y otros funcionarios de los Seminarios que contribuyan a su ruina y destrucción, por su mal ejemplo o por su descuido, por no cumplir el orden y la disciplina, atraerán sobre sí una terrible maldición y una espantosa condenación. Pues la justicia divina los hará responsables de todos estos males y de la perdición de numerosas almas.

Si es maldito de Dios, según su divina palabra, el que hace con descuido el trabajo de Dios,~ qué maldición caerá sobre los que destruyen una obra de Dios tan importante como un Seminario eclesiástico?

Por ello, suplico de nuevo y de todo corazón y en nombre del adorabilísimo Padre y de la amable Madre de esta Congregación, especialmente a los Superiores, que reflexionen sobre estas verdades y que se persuadan de que el cumplimiento de las Reglas y Constituciones no es algo indiferente y baladí, sino muy necesario e importante.



Y que estas Reglas y Constituciones no son solamente materia de consejo o de perfección para ellos, sino de obligación perentoria de ser muy vigilantes, celosos y exactos en cumplirlas y hacerlas cumplir, no solamente las que conciernen a los hijos de la Congregación, sino a los seminaristas y pensionados, de cualquier condición que sean, ya que sin ellas es imposible que puedan subsistir ni la Congregación, ni los Seminarios que dirige.

Sean malditos los que desprecien o no cumplan estas cosas.

Bendición sobre bendición para los que las pongan en práctica.

*Amen, amen, Fiat, fiat.*